MARC BLOCH

LA EXTRAÑA DERROTA

TESTIMONIO ESCRITO EN 1940

Prólogo de Stanley Hoffmann

Traducción castellana de
Santiago Jordán Sempere

CRÍTICA
BARCELONA

Título original: L'ÉTRANGE DÉFAITE. TÉMOIGNAGE ÉCRIT EN 1940

Cubierta: Joan Batallé
Ilustración de la cubierta: Tropas germánicas a caballo desfilando victoriosas en París tras la victoria de junio de 1940. Fotografía de AKG, Berlín.
Fotocomposición: Medium Fotocomposició

CRÍTICA, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
e-mail: editorial@ed-critica.es
http://www.ed-critica.es

ISBN: 84-8432-404-4
Depósito legal: B. 32.307-2002
Impreso en España
2003. — NOVAGRÁFIK, Montcada i Reixac (Barcelona)

BIOGRAFÍA DE MARC BLOCH

Marc Bloch nació el 6 de julio de 1886 en Lyón, en cuya Facultad de Letras su padre, Gustav Bloch, ocupaba la cátedra de Historia y Antigüedad Clásica. Por parte paterna pertenecía a una familia judía afincada en Alsacia desde el siglo XVIII.

Después de cursar estudios secundarios en París, en el liceo Louis-le-Grand, ingresa en la Escuela Normal Superior en 1904. En 1908 obtiene la agregación de historia.

Entre 1908 y 1909 realiza varios viajes de estudios a las universidades de Berlín y Leipzig, que le permiten familiarizarse con los trabajos y métodos de la Escuela de Historia alemana.

De 1909 a 1912 recibe una beca de la Fundación Thiers y publica sus primeros artículos sobre historia medieval.

De 1912 a 1914, es profesor de historia y geografía en los liceos de Montpellier y Amiens.

Movilizado como sargento de infantería en agosto de 1914, a los pocos días de estallar la crisis bélica, terminará la guerra como capitán, tras obtener cuatro menciones honoríficas del ejército y recibir la Gran Cruz del Mérito Militar.

En 1919 es nombrado profesor adjunto de Historia Medieval en la Facultad de Estrasburgo.

El 23 de julio del mismo año se casa con Simonne Vidal. De esta unión nacerán seis hijos.

En 1920 se publica su tesis de doctorado, *Reyes y esclavos, un capítulo de la historia de los Capetos*, que presentó y defendió en la Sorbona.

En la Facultad de Estrasburgo ocupa en 1921 el puesto de profesor asociado y más tarde, en 1927, el de profesor de Historia Medieval. Permanecerá en esta ciudad, donde realiza la mayor parte de su obra como docente e investigador, hasta 1936. Ahí es donde entabla amistad con Lucien Febvre y donde funda junto a él, en 1929, los *Annales d'Histoire Économique et Sociale*.

En 1936 es nombrado profesor titular de Historia Económica en la Sorbona (y un año más tarde catedrático). El 24 de agosto de 1939, a petición propia, pese a su edad y a sus responsabilidades familiares, que le dispensaban de cualquier deber militar, es movilizado como capitán de estado mayor.

Al final de la batalla de Flandes se refugia en Dunkerque para no entregarse al enemigo. Pasando por Inglaterra, desembarca finalmente en Cherburgo, donde contribuye al reagrupamiento del ejército del Norte. Después del Armisticio, declarado el 2 de julio de 1940, se traslada disfrazado de civil a la zona no ocupada.

Excluido de la función pública por los decretos de Vichy de octubre de 1940 contra los franceses de origen judío, es «rehabilitado», junto con una docena de universitarios, «por los servicios científicos excepcionales prestados a Francia» y adscrito a la Universidad de Estrasburgo, replegada en Clermont-Ferrand. El año siguiente, como la salud de su mujer impone una estancia en el Mediodía, consigue ser enviado a la Universidad de Montpellier, a pesar de la hostilidad del decano de la Facultad de Letras de dicha Universidad, que no se recata en ocultar sus opiniones antisemitas. Después del desembarco de los americanos en el norte de África y la invasión de la zona libre por las tropas alemanas, se ve obligado a refugiarse en Fougères, en la región de Creuse, donde posee una casa de campo.

Marc Bloch ya había establecido contacto con los primeros grupos locales de resistencia en Clermont-Ferrand. En Montpellier se adhiere a la red Combate, con el grupo Courtin-Teitgen, y contribuye a la organización del movimiento clandestino a nivel regional.

En 1943 pasa a la clandestinidad absoluta, integrándose en el movimiento Franc-Tireur («francotirador»), y se traslada a Lyón. Es miembro del Directorio regional de los Movimientos Unidos de la Resistencia, donde representa a Franc-Tireur. Con el seudónimo de «Chevreuse», y después de «Arpajon» y «Narbonne»,* crea los comités para la liberación de la región y realiza los preparativos de la insurrección en los diez departamentos dependientes de Lyón.

El 8 de marzo de 1944 la Gestapo lo detiene y tortura: le rompen la muñeca, le parten las costillas y le someten al suplicio del baño helado. Lo devuelven a la cárcel de Montluc en estado de coma.

El 16 de junio de 1944, lo hacen subir a un camión junto con otros detenidos, entre los que hay un joven de diecisiete años que no para de llorar. Marc Bloch le consuela diciendo: «Nos van a fusilar, no tengas miedo, no nos harán sufrir... Esto acabará rápido». El camión se detiene al borde de un campo. Marc Bloch es el primero en caer. Muere gritando: «¡Viva Francia!».

* Tres topónimos, los dos primeros correspondientes a pequeñas localidades de la región de París. *(N. del t.)*

Marc Bloch contribuyó a la renovación total de los estudios de historia en Francia, en particular por su gran receptividad a los fenómenos asociados a las mentalidades, la antropología, la sociedad y la economía, así como por preconizar su estudio sincrónico y comparativo. Entre sus obras figuran *Los reyes taumaturgos* (1924), *La historia rural francesa: caracteres originales* (1931), *La sociedad feudal* (1939-1940), *Introducción a la historia* (publicado con carácter póstumo en 1949).

La extraña derrota fue redactada entre julio y septiembre de 1940. Bloch dispuso que no se publicara hasta que Francia no se liberara de la ocupación y, finalmente, en 1946 el movimiento Franc-Tireur se encargó de su edición. Philippe Arbos le rinde el siguiente homenaje (en el segundo Libro de oro de la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud, 1939-1945):

> Ver en Bloch exclusivamente al historiador y al universitario constreñiría notablemente su personalidad. El historiador y el universitario no quisieron concebirse a sí mismos sino en relación con la vida. En este sentido, no hay documento más precioso y conmovedor que el libro que debería haber llevado el título de Testimonio y que, por la publicación de otra obra homónima, debió adoptar el de *La extraña derrota*. Bloch me había confiado un manuscrito que, durante un registro, pasó inadvertido para la policía de Vichy. Un amigo de Clermont-Ferrand, el doctor Canque, lo escondió después en una casita en las afueras de esta ciudad, que fue ocupada por un destacamento alemán de defensa antiaérea. Estábamos muy inquietos por la suerte del manuscrito, cuando un día el doctor Canque lo encontró en el suelo. Los alemanes lo habían tirado a los cuatro vientos sin preguntarse qué podía ser. El doctor Canque lo enterró en su terreno de Orcines; poco después, las tropas alemanas que se replegaban del Mediodía instalaron sus campamentos en Orcines y cavaron trincheras, pero en esta ocasión no sacaron a la luz el precioso texto, que pronto pudimos devolver a la familia de Bloch.

PRÓLOGO

I

Cincuenta años después de la catástrofe de 1940, cincuenta años después de la redacción de lo que su autor llamó modestamente «un proceso del año 1940», el «testimonio» del gran historiador, resistente muerto por la patria, sigue siendo el análisis más penetrante y acertado de las causas de la derrota. Gracias a una gran cantidad de recuerdos, encuestas, investigaciones y confidencias, gracias a la apertura (incompleta) de los archivos, hoy sabemos mucho más sobre las circunstancias del desastre que en el momento de la publicación de la segunda edición del libro, en 1957. Pero todo el saber acumulado no ha hecho más que confirmar la profundidad y la exactitud de la sentencia que este ex combatiente de dos guerras mundiales dictó, justo después de la caída, sobre el drama nacional.

El cofundador de los *Annales* sabía que «sin inclinarse sobre el presente resulta imposible comprender el pasado». Historiador dotado para las grandes perspectivas históricas, crítico con una enseñanza de la historia obsesionada por la política y «púdicamente» reacia a cualquier «análisis social», Marc Bloch supo, en este ensayo, inscribir su análisis de la derrota dentro de la continuidad y los cambios de la historia de Francia y hacer gala de su perspicacia sociológica y de su dominio de la psicología colectiva.

Lo primero que demostró y desbarató fue la causa inmediata de un desmoronamiento sin precedentes: «la incapacidad de los mandos». La derrota de 1940 fue ante todo militar y no se debió, como se quiso creer en un principio, a la inferioridad numérica de las fuerzas y de los armamentos emplazados en el frente por Francia e Inglaterra, sino a un déficit intelectual y a una deficiencia administrativa. El testimonio del capitán Bloch es sumamente valioso a este respecto, y ha sido completado por muchos

estudios sistemáticos: un exceso de papeleo, la mala organización de los enlaces y los informadores, la multiplicación de escalafones y grados, la fragmentación de los mandos supremos, las rivalidades entre los servicios militares y los jefes, la rutina de un «adiestramiento» que no tiene nada que ver con la verdadera disciplina, el miedo a los «líos» y la aversión por las sanciones, la dilución de las responsabilidades..., todos estos factores (que Michel Crozier corroborará, generalizará al conjunto del país y sistematizará más adelante) se señalan despiadadamente, y se deben también en parte a un déficit intelectual que Bloch fue nuevamente el primero en denunciar.

Se trata del embotamiento provocado por el dogma de la guerra defensiva, es decir, por la conversión en doctrina de la «lección» aprendida en los combates de 1914 a 1918, a pesar del profundo abismo tecnológico y político que separaba las circunstancias de la primera y la segunda guerra mundial. Lo que Bloch pone en tela de juicio es tanto un método de formación basado en el verbalismo, en las «ideas generales» (Bloch coincide en este sentido con el desprecio de Charles de Gaulle por el dogmatismo puntilloso de la teoría militar tras 1918), como un sistema de promoción que colocaba a la cabeza de las tropas francesas a unos ancianos incapaces de cuestionarse su interpretación de la victoria anterior, es decir, incapaces de cuestionarse a sí mismos y, por ello, incapaces de reaccionar como lo había hecho Joffre después de los desastres del verano de 1914. La estrategia francesa consistía en prever todo, hasta el detalle más nimio, pero partiendo de un número muy reducido de hipótesis sobre la probable estrategia enemiga. Asimismo, como vio claramente Bloch, se conjugó la inmovilidad en el frente del Este con una maniobra mal preparada de socorro a los belgas, en cuyo frente se alinearon fuerzas mediocres en todos los aspectos. Era la peor fórmula posible y, por ello, «los dos adversarios que chocaron en nuestros campos de batalla pertenecían a dos eras diferentes de la Humanidad. En suma, hemos reproducido los combates característicos de nuestra historia colonial, en los que se enfrentaban lanzas contra fusiles, con la diferencia de que, en esta ocasión, los primitivos éramos nosotros».

Sin embargo, Bloch era también consciente de que «los estados mayores trabajaron con los instrumentos que les dio el país» y que vivían en un «ambiente psicológico cuya creación no era su responsabilidad exclusiva». Para explicar 1940 es necesario, por consiguiente, dar cuenta

de las deficiencias de la sociedad y de la comunidad política francesa. En unas cincuenta páginas extraordinariamente densas, Bloch emprende un «examen de conciencia de los franceses», producto tanto del ciudadano como del historiador. El historiador sabe, por instinto y por oficio, tomar de inmediato la suficiente distancia para abarcar y juzgar el conjunto del drama que acaba apenas de producirse: se trata de una hazaña extraordinaria. Es severo con una derecha cuyo derrotismo ha sido, «a lo largo de casi todo nuestro devenir», una «tradición constante» y que, entre las dos guerras, pasó del chovinismo a lo que los ingleses llaman *appeasement*. Y el historiador de la Francia rural se muestra sarcástico ante el culto de Vichy por el retorno a la tierra: «sólo en las églogas se trata a los pueblos como un remanso de paz»; la «literatura de la renuncia» que, entre las dos guerras, achacó todas las culpas a la «americanización» y a las máquinas, condenó a Francia al declive: «lo que acaba de ser derrotado en nosotros es precisamente nuestra querida y pequeña ciudad de provincias». Ante todo, el historiador capta de manera admirable la evolución de las clases dirigentes hacia la democracia; la aceptaron mientras «los usos y costumbres, como sucede ordinariamente, evolucionaron más lentamente que el derecho», es decir, mientras el sufragio universal respetó «la dominación tradicional ejercida sobre las provincias por los notables de las clases medias». Pero, en cuanto la «tragedia económica» del decenio de 1930 condujo a la formación del Frente Popular, «la actitud de la mayor parte de la opinión burguesa fue inexcusable».[1]

El ciudadano que se expresa de esta guisa no trata a nadie con miramientos. Ni a una burguesía «amargada», incapaz de comprender el «entusiasmo de las masas ante la esperanza de un mundo más justo» y pro-

1. La definición de la burguesía por Marc Bloch es una obra maestra; combina elementos económicos, sociales y culturales, factores objetivos y subjetivos, en muchas ocasiones desagregados: «Así pues, llamo burgués al francés que no debe sus recursos a su trabajo manual; cuyos ingresos, sea cual sea su origen y su abundancia, sumamente variable, le dan un desahogo económico y le procuran una seguridad, a este nivel, muy superior a las incertidumbres anejas al salario de un obrero; cuya instrucción, ya recibida desde su infancia, si su familia está arraigada, ya adquirida durante una ascensión social excepcional, supera, por su riqueza, sus formas o sus pretensiones, la norma cultural más común; que, a fin de cuentas, se siente o cree miembro de una clase llamada a ejercer un papel dirigente en la nación y que, en infinidad de detalles de su modo de vestir, su lengua, su sentido del decoro, refleja, de una manera más o menos instintiva, su apego a este carácter distintivo de grupo y a este prestigio colectivo».

pensa a considerar al régimen político «corrupto hasta la médula» y al pueblo «degenerado». Ni a los sindicatos obreros (o los sindicatos de funcionarios), obcecados en la defensa de las «perras chicas», en «los beneficios a corto plazo», incapaces de mayor amplitud de miras, ni a un pacifismo incapaz de distinguir «entre el asesinato y la legítima defensa». Ni a las grandes escuelas y universidades, donde reinaban los «hijos de los notables», la cooptación y también «la rutina, la burocracia, la arrogancia colectiva». Ni a una enseñanza articulada en torno a la preparación de exámenes y recelosa ante la iniciativa y la observación. Ni a un marxismo esclerotizado, tan hostil a las herejías como el pensamiento militar oficial. Ni a un estado mayor parapetado tras «un muro de ignorancia y error», que no sintonizaba con la vida política del país y cuyos jefes «consideraron en seguida natural la derrota». Ni a un régimen más débil que perverso. Ni a una política exterior altanera y que no guardaba relación alguna con el poder mermado de la nación después de la victoria agotadora de 1918. Ni a sí mismo o a los que, como él, tenían «lengua, pluma y cerebro» pero que, «por una especie de fatalismo», no los emplearon para informar e instruir a la colectividad. Orgullosos de haber sido «buenos obreros» en sus tareas diarias, no cumplieron con el deber de ser buenos ciudadanos y luchar por la «virtud» que la Revolución Francesa y, antes que ella, Montesquieu, habían proclamado indispensable para cualquier estado popular.

Comparemos el diagnóstico de Bloch con otros dos análisis célebres. Léon Blum, un año más tarde, en la cárcel, realizó en *À l'échelle humaine* un examen de conciencia personal. En casi todos los puntos coincide con Marc Bloch: en su juicio sobre el régimen, sobre la «falta manifiesta de ascendente moral de la clase obrera», sobre los estragos del pacifismo, sobre una burguesía mal preparada para un «capitalismo intensificado». En el primer volumen de sus *Memorias de guerra*, Charles de Gaulle, más crítico aún que Blum y Bloch en relación con el régimen parlamentario y la «aniquilación del estado», recurre al ejemplo de su propia y estéril lucha por una preparación adecuada a la guerra moderna para ilustrar el conformismo y la pasividad del «cuerpo militar», que se corresponden con «el espíritu del régimen y del país». De los tres estudios, *La extraña derrota* es el más completo y contundente.

II

El examen de conciencia concluye con un llamamiento a la revancha: «espero, en cualquier caso, que aún nos quede sangre por derramar», una fórmula gaulliana donde las haya, porque preconiza exactamente lo contrario del repliegue timorato del «gobierno de vejestorios» de Vichy, un gobierno alborotado y caótico, cuya preocupación por preservar vidas francesas desembocará en la aceptación del oprobio, en la participación en las maldades y en la multiplicación de las víctimas de la represión y de la guerra interior. El libro de Marc Bloch es doblemente ejemplar: porque su veredicto no ha sido igualado y porque su autor no sólo nos revela sus pensamientos íntimos, sino que, en los pocos años que le quedaron de vida, supo actuar en consonancia con sus principios personales.

¿No son el Marc Bloch de *La extraña derrota* y, más adelante, el Narbonne de la Resistencia, el producto más puro posible de cierto ideal humano, el del ciudadano republicano? Un ideal vislumbrado primero por la Revolución Francesa (antes de la deformación del jacobinismo del Terror, producto, por su parte, tanto de las circunstancias como de la lógica de cierto totalitarismo democrático, que se impuso a la lógica liberal). Más adelante lo ensalzó otro gran historiador, Michelet, y Renouvier. Finalmente, fue reentronizado por la Tercera República, situada entre la generación de los padres fundadores y la victoria de 1918 (es decir, durante la infancia y la adolescencia de Marc Bloch).

El ciudadano republicano es ante todo liberal, no en el sentido del liberalismo conservador de tantos pensadores franceses del siglo XIX e incluso del XX, que tenían a fin de cuentas más de conservadores que de liberales, sino en el sentido definido a la perfección por el propio Marc Bloch:

> Dado que la ciudad está al servicio de las personas, el poder debe sustentarse en su confianza y esforzarse en conservarla a través de un contacto permanente con la opinión pública. Sin duda, dicha opinión puede y debe ser guiada, pero jamás forzada ni embaucada, y sólo mediante el uso de la razón puede el jefe instigar sus convicciones. Así pues, por encima de todo debe distinguir las aspiraciones profundas y permanentes de su pueblo, expresar claramente lo que éste niega, en ocasiones de una manera bastante confusa y, por decirlo de alguna manera, revelárselo a sí mis-

> mo. Semejante debate sólo puede llevarse a buen puerto en una situación segura. El estado, al servicio de las personas, no debe forzarlas ni utilizarlas como instrumentos ciegos para la consecución de fines que ignoran. Sus derechos tienen que ser protegidos por un orden jurídico estable. La tribu unida indisolublemente a su jefe por una pasión colectiva ha sido sustituida por una ciudad gobernada por leyes.

Para los verdaderos liberales, la enseñanza siempre ha sido el tutor de la razón y el instrumento que permite a los sujetos convertirse en ciudadanos, lo que explica el gran poder de seducción, o más bien de convicción, del modelo del ciudadano republicano para los enseñantes franceses, desde los maestros de escuela hasta los universitarios.

Pero este modelo comporta algo más que la mera fe en el régimen representativo. También recoge la herencia de Rousseau y de la pulsión revolucionaria: la República «como el régimen de todos», protectora tanto de la independencia nacional como de la libertad interior, expresión no sólo del civismo de millones de individuos, sino también de la voluntad general. Marc Bloch, contemporáneo de Durkheim, habla de la conciencia colectiva, la conciencia del pueblo. Por esta República, por esta encarnación moderna de la nación francesa, es por la que los ciudadanos tienen el deber de luchar, y a menudo de morir. Como buen liberal, como Montesquieu, Bloch desconfiaba de los regímenes asentados más sobre la «sugestión emotiva» que sobre la información y, como se verá, oponía los magistrados a los «jefes». Pero el republicano sabía que, cuando llega el momento del combate, el jefe es indispensable:

> Ser un verdadero jefe probablemente sea ante todo saber apretar los dientes; instigar en los demás esa confianza que nadie puede proyectar si carece de ella; negarse hasta el final a perder la esperanza en los propios recursos; asumir, por último, tanto para los que están bajo su mando como para sí mismo, el sacrificio fecundo antes que la vergüenza inútil.

Nuevamente una definición gaulliana —y un retrato tanto de Charles de Gaulle como de Marc Bloch—. Este universitario clásico y meticuloso, tan bien descrito por Georges Altman, sentía aprecio por la vida militar, el aprecio «del orden entre los mandos». La vida militar le permitía trabajar al servicio de su país y poner en práctica su pasión por la organiza-

ción. La muerte no le daba miedo; en su cuaderno de apuntes, durante los años negros, recogió, en forma de epígrafe, varias citas que revelan que pensaba con frecuencia en ella sin angustia: por ejemplo, la de Lamennais, en la que se dice que «siempre estará incompleta una vida hermosa que no acabe en el campo de batalla, el patíbulo o la cárcel», o el siguiente verso de Ronsard: «una buena muerte es un ornato de la vida humana».

En *La extraña derrota,* Bloch advierte que los mejores soldados son los que, en la vida corriente, hacen bien su oficio, «sobre todo si la necesidad innata de realizar concienzudamente el trabajo se conjuga con el instinto de la colectividad». Es un preludio de su ingreso en las filas de la Resistencia, una decisión perfectamente coherente con su patriotismo, sus convicciones, su rebelión contra el nazismo y sus cómplices franceses, su desprecio por la gerontocracia de Vichy, su voluntad de volver a enseñar al pueblo francés «el viejo axioma de la lógica clásica: *A* es igual a *A*, *B* es igual a *B*, *A* no es igual a *B*».

Perfectamente coherente... Y, sin embargo, ¡qué extraordinaria conmoción en su vida, hasta entonces recatadamente «burguesa»! Este hombre severo, irónico y distante (para sus hijos tanto como para sus alumnos) era un ser profunda pero púdicamente sensible, que albergaba dos pasiones intensas: una de ellas, por su familia (sabemos que el hecho de que su madre y sus dos hermanos mayores no pudieran mudarse al mismo tiempo que él a Estados Unidos, donde le esperaba un puesto en la New School, le hizo renunciar a irse de Francia) y sobre todo por su mujer, como demuestran unos poemas en los que se expresa con gran emotividad el temor de la separación. La otra pasión era la de la colectividad nacional, desde los «buenos compañeros» del ejército, que ensalzó en otro hermoso poema, hasta la nación en su totalidad. En aras de esa pasión decidió sacrificarlo todo; con cincuenta y siete años, dejó mujer y hogar para lanzarse a la vida clandestina, en Lyón y París, aportar a la Resistencia su talento para la organización, y a la Francia nueva, que invoca de corazón al final de *La extraña derrota*, sus reflexiones sobre el presente y el futuro, así como las dirigidas al *Comité général d'études* (que le encargó un informe sobre la universidad, inacabado en el momento de su detención).

Héroe y mártir de la Resistencia, este ciudadano republicano ejemplar tenía dos particularidades que determinaron que eligiera esa vía.

Historiador descontento con la historia oficial, tenía una concepción sutil, antideterminista, de la historia, que le permitió comprender que la derrota no tenía nada de definitivo, siempre y cuando se produjera una toma de conciencia colectiva sobre la posibilidad de un resurgimiento salvador.

> Porque la historia es, en esencia, una ciencia del cambio. Sabe y enseña que dos acontecimientos no se reproducen nunca de una manera totalmente idéntica, porque las condiciones en que se dan nunca coinciden exactamente. Sin duda, identifica elementos de la evolución humana, cuando no permanentes, al menos sí duraderos. Pero no deja de reconocer, al mismo tiempo, que sus combinaciones pueden ser de una variedad casi infinita. Sin duda admite que se den repeticiones entre una y otra civilización, si no en todos sus rasgos, al menos en las constantes generales de su evolución. En ese caso constata que las condiciones generales imperantes en cada caso fueron semejantes. Puede tratar de adentrarse en el porvenir; en mi opinión, no es incapaz de lograrlo. Pero lo que nos enseña no es que el pasado vuelva a comenzar, que lo que fue ayer será mañana. Al analizar en qué medida ayer difiere de antes de ayer y por qué, este cotejo le permite preveer en qué sentido el mañana, por su parte, se opondrá al ayer.

Por último, este historiador republicano era judío. Como tal, fue víctima de la horrenda legislación de Vichy (y es posible que, antes de la guerra, sus fracasos en el *Collège de France* guardaran relación con el creciente antisemitismo). Pero, en su calidad de judío, se sentía y quería ser ante todo francés y republicano —aunque ciertos franceses, a la sazón en el poder, consideraran a los judíos ciudadanos suspectos o (en el caso de los judíos extranjeros) caldo de cultivo de la disolución—. La Revolución había dado a los judíos los mismos derechos que a los demás franceses; nacido en una familia de origen alsaciano, completamente «asimilada» y patriota, carente de inclinaciones religiosas, convencido de que la integración del individuo en la nación significaba progreso y liberación sociales y culturales, Marc Bloch, como tantos judíos franceses, vio en la persecución un motivo suplementario para declararse francés. Fue Vichy el que quiso incluir a los judíos en una categoría aparte, fue el nazismo el que recurrió a la demonología racista. Era por lo tanto perfectamente natural que Marc Bloch y muchos de sus colegas y amigos judíos protesta-

ran contra la Unión de los Israelitas de Francia creada por Vichy a finales de 1941, y vieran en ella «un nuevo paso hacia la degradación, desde el punto de vista legal, de su condición de franceses», un atentado contra la unidad nacional. Era natural —aunque pueda sorprender, no sin razón, cincuenta años más tarde— que Bloch insistiera en la solidaridad entre franceses y no en la solidaridad entre judíos (franceses y extranjeros), por mucho que, debido a la política de Hitler y en parte a la de Vichy, las redadas y deportaciones de judíos extranjeros por Vichy (posteriores a la afirmación de Marc Bloch, en una carta del 2 de abril de 1941, de que la causa de los judíos refugiados «no es exactamente la nuestra») fueran el preludio de las redadas y deportaciones de los judíos franceses. El adversario imponía una unidad de destino, y quizá también de causa, a todos los judíos. Pero fue el adversario quien quiso separar a los judíos franceses del resto de los franceses, y la reacción de los judíos franceses determinados a luchar fue la de Bloch: participaron en diversos movimientos de la Resistencia, en lugar de fundar organizaciones de combate judías.

Muchos judíos, en Francia y en el extranjero, echan hoy en cara a sus mayores esta actitud, algo completamente comprensible: puesto que aquellos con los que se declaraban solidarios los trataron tan a menudo con desconfianza, hostilidad o crueldad, ¿acaso no habrían debido reivindicar con orgullo su identidad judía y defenderla? El noble *Testamento* de Marc Bloch, en el que se declara judío pero se proclama «ante todo, simplemente francés», ¿era reflejo, como ha escrito Michael Marrus, de un «patriotismo pasado de moda —*old-fashioned*— y de una fe mal puesta en un mito histórico»?[2] Es una crítica de peso, pero ligeramente ahistórica. Porque, de acuerdo con la tradición del civismo republicano, no tienen cabida dos profesiones públicas de fidelidad: la fidelidad a Francia se impone a las demás solidaridades. Porque, en su quehacer cotidiano, pese a los prejuicios de ciertos cuerpos y sectores de la sociedad civil, el estado republicano se había opuesto al racismo y había sabido respetar sus propios principios. Porque, por añadidura, bajo Vichy una actitud

2. En una reseña sobre la biografía muy útil y sólida redactada por Carole Fink con el título de *Marc Bloch: A Life in History* (Nueva York, Cambridge University Press, 1989), M. Marrus añade: «sin duda, pero es también el compromiso noble y digno de un erudito magnífico y de un hombre que vivió según sus ideales antes de morir por ellos».

distinta de la de Bloch les habría hecho el juego a los antisemitas de toda laya. Y porque, por último, fue el patriotismo francés el que aglutinó en la Resistencia a hombres y mujeres que habían sido separados por sus opiniones y orígenes religiosos, sociales y políticos; es el patriotismo lo que da sentido a la vida y al sacrificio de Marc Bloch.

III

En el espejo que pone ante ella *La extraña derrota*, en el ejemplo que le da la vida de su autor, ¿se siente reflejada la Francia de nuestros días?

Por fortuna, la respuesta es que no se ve excesivamente reflejada. Es cierto que, desde la Liberación, las olas gigantescas del cambio han pasado por encima de ciertos escollos denunciados por Marc Bloch sin llevárselos por delante. La reforma de la enseñanza superior que propugnaba Marc Bloch no se ha producido realmente: la reconstitución de auténticas universidades no se ha llevado a término, las grandes escuelas, con sus monopolios, y las grandes corporaciones son más fuertes que nunca, y las bibliotecas universitarias siguen igual de desabastecidas. La «gran libertad para combinar las materias en la enseñanza» secundaria no ha triunfado. Ciertos «fenómenos burocráticos» apuntados en la deposición del «testigo» militar siguen siendo característicos de la Administración. En cuanto a la «maquinaria de los partidos», ¿no es cierto que sigue exhalando «un aroma a cafetines enmohecidos o a oscuros despachos de negocios»?

Pero, en muchos otros aspectos —no sin desgarros—, la Francia de hoy ha aprendido la lección de los errores cometidos antes de 1940. Ya no media un abismo entre la izquierda y la derecha, que siguen existiendo, hasta el punto de que hay quien se lamenta de un exceso de consenso. Son frecuentes las tensiones entre las clases dirigentes y los demás, pero no están a la distancia abismal que les caracterizó en la década de 1930, y la composición de la burguesía, al igual que la del mundo obrero, ha cambiado profundamente. El régimen ha dejado de ser, sin duda, el de una «cámara gobernante». La calidad de la información es muy superior a la imperante en tiempos de Bloch y que él denunció. La Francia de las ciudades de provincias y de las «colinas moderadas» ha pasado a mejor vida.

Ante todo, la situación internacional de Francia ha cambiado. Ya no está encastillada en una postura insostenible de gran potencia; el esfuerzo de renovación acometido por la IV República, a menudo trastabillante, y la V República, con frecuencia triunfalista, le ha permitido, a fin de cuentas, tener un papel importante, pero de potencia media. El enemigo de tres grandes guerras se ha convertido en interlocutor y, especialmente desde hace unos años, el problema de la seguridad, que motivó la fractura de la sociedad francesa entre las dos guerras mundiales, ha perdido su acuidad. El brazo militar ya no se parece al del pasado, y el peligro ya no proviene de un dogma (ofensivo o defensivo), sino más bien de la incertidumbre sobre la utilidad y el empleo del arma atómica, que se ha erigido en el arca de la alianza... La gran empresa pendiente ya no es, de hecho, la defensa nacional, sino la integración europea.

Por eso mismo se tiende a cuestionar el modelo del ciudadano republicano, como demostró el malestar que rodeó la conmemoración del bicentenario de la Revolución en 1989, así como el revisionismo de que ha sido objeto por parte de numerosos intelectuales (y, aunque ya no es verdad que el régimen «nunca ha sabido dar a la nación unas fiestas que fueran verdaderamente de todos», las de 1989, que «fueron de todos», tuvieron más de espectáculo que de «preciosos estallidos de entusiasmo colectivo»). En la medida en que el modelo presuponía y se explicaba en función de tres combates —el del individuo por su emancipación de las servidumbres, las jerarquías y los prejuicios que le habían esclavizado; el del ideal republicano y laico contra una derecha reaccionaria y clerical; el de la nación francesa contra los enemigos mortales apostados en sus fronteras—, en la medida en que este modelo aunaba el liberalismo con una centralización jacobina que acabaría sojuzgando y deslegitimando cualquier forma de particularismo, a la nueva Francia donde todo el mundo se declara republicano o demócrata, donde la religión católica y el estado están en paz, donde el espectro de la guerra se desvanece, donde los grupos, las asociaciones, las regiones y las instituciones locales florecen, le cuesta identificarse con un ideal en el fondo más cantado que vivido.

Pero ese modelo no ha sido sustituido. No carece de interés, aunque tampoco sea muy tranquilizador, constatar que hoy se invoca el antiguo ideal para exigir a los numerosísimos inmigrantes musulmanes que opten entre la asimilación de los individuos o su exclusión (Marc Bloch, en

sus notas, recoge una citación de Bossuet: «La esencia de la unidad radica en excluir»...), una opción que plantea problemas distintos y más complejos a los que tienen los miembros de las comunidades judías instaladas desde hace mucho tiempo en Francia y mucho menos numerosas. Se da la paradoja de la exigencia de integración a un modelo cuya pertinencia está en entredicho y cuya fuerza proviene más de cuanto rechaza o niega —el pluralismo, supuestamente «a la americana»[3]— que de cuanto afirma. De un factor de la derrota, de un antecedente de Vichy, no hablaron ni Bloch, ni Blum, ni de Gaulle por diversas razones: me refiero a la xenofobia. Antes de 1940, era moneda corriente, sobre todo entre los círculos que execraban el modelo del ciudadano republicano. Hoy en día son muchos quienes «reesgrimen» este modelo por oportunismo, porque han comprendido el potencial de exclusión que conlleva, o se limitan a aferrarse a él para no tener que hacer el esfuerzo de imaginación necesario para crear un modelo nuevo, mejor adaptado a la nueva sociedad, a una Francia europea y al problema específico de sus relaciones con los inmigrantes musulmanes...

Todo parece indicar que estamos muy lejos de la derrota extraña, muy lejos de la Resistencia (de la que hoy se analizan más las disensiones internas que su vigor y sus hazañas, y sobre la que todavía está pendiente una síntesis crítica similar a la de Marc Bloch sobre la derrota). Aunque la vida política y social de Francia ya no se encuentra en «la era de la sospecha» y el drama, en cambio las suspicacias, la desmitificación, el cuestionamiento de las ideas heredadas (incluso de las justas) gozan de todos los parabienes en lo que se refiere al pasado reciente. No es de recibo lamentarse por ello, siempre y cuando este proceso nos conduzca a una mayor cuota de verdad, de esa verdad a la que Marc Bloch quería declarar su amor en su lápida mortuoria. Pero habría que evitar que los derrocamientos de todo tipo de ídolos, incluso los más necesarios, y las transformaciones de la Francia contemporánea nos hagan olvidar dos verdades capitales.

3. Supuestamente, porque la «fórmula» nacional norteamericana es muy compleja. Es cierto que reconoce la legitimidad de los intereses específicos de las culturas primigenias de los inmigrantes y de los grupos, en lugar de proclamar la superioridad moral del interés general sobre ellos; pero, al mismo tiempo, pretende transformar a los individuos que pertenecen a grupos, etnias y culturas dispares en ciudadanos americanos; tanto en el caso americano como en el francés, el modelo cívico tiene un contenido ideológico y cultural.

La primera es que, en definitiva, el sacrificio de hombres y mujeres como Marc Bloch, empujados por el mismo ideal, y frecuentemente también por otro culto, cristiano o comunista, fue lo que permitió que Francia se levantara de sus cenizas y, más adelante, cambiara y cuestionara con entera libertad su pasado.

La segunda es que su ejemplo, el de un hombre que, por la acción, superó la «mala conciencia» que decía compartir con su generación, y que puso su talento de historiador y su persona al servicio de la libertad y de la verdad, ha inspirado a otros rebeldes valientes, por ejemplo en la Polonia de la década de 1980.[4] Cuando el este de Europa se libera, a su vez, de una opresión exterior e interior, y cuando tantos intelectuales contribuyen a su emancipación, Marc Bloch, patriota francés, es también —como quiso serlo el ideal del ciudadano republicano— un símbolo universal.

STANLEY HOFFMANN

4. Carole Fink señala que el historiador medievalista Bronislaw Geremek es a la vez un discípulo ferviente de Bloch y uno de los dirigentes de *Solidaridad*.

NOTA DEL EDITOR

Como ayuda al lector español, ofrecemos a continuación una descripción explicativa de los cuerpos del ejército francés, de sus principales insignias y condecoraciones.

UNIDADES DE LAS FUERZAS DE TIERRA DEL EJÉRCITO FRANCÉS

Escouade: escuadra (grupo de soldados a las órdenes de un cabo).
Section: sección (entre 20 y 50 soldados comandados por un teniente o un alférez).
Compagnie: compañía (entre 100 y 200 soldados, o de 3 a 5 secciones comandadas por un capitán).
Bataillon: batallón (600-1.000 soldados, entre 4 y 6 compañías al mando de un comandante o teniente coronel).
Régiment: regimiento (1.800-3.200 soldados, en 2 o más batallones al mando de un coronel).
Brigade: brigada (3.600-9.600 soldados, en 2 o 3 regimientos, o 4-6 batallones, al mando de un general o un coronel).
Division: división (10.000-20.000 soldados, en 3 o más brigadas, al mando de un general).
Corps d'armée: cuerpos de ejército (50.000 soldados en 2 o más divisiones, al mando de un general).
Groupe d'armée: grupo de ejércitos (500.000 soldados, en 2 o más ejércitos).

ESCALAS DEL EJÉRCITO FRANCÉS

1. *Sous-officiers* (suboficiales):
   - *Sergent* (o *maréchal des logis*): sargento.
   - *Sergent-chef*: sargento primero.
   - *Adjundant*: brigada.
   - *Adjundant-chef*: suboficial mayor.

2. *Officiers* (oficiales):
   • *Officiers subalternes* (oficiales subalternos): *aspirant* (alférez), *sous-lieutenant* (subteniente), *lieutenant* (teniente), *capitaine* (capitán).
   • *Officiers supérieurs* (oficiales superiores): *commandant* (comandante), *lieutenant-colonel* (teniente coronel), *colonel* (coronel).
   • *Officiers géneraux* (oficiales generales): *géneral de brigade* (general de brigada), *géneral de division* (general de división), *géneral de corps d'armée* (general de cuerpo de ejército), *géneral d'armée* (general de ejército).*

DIVISAS DE LAS ESCALAS

Se utilizan siempre galones, de forma y matiz diversos, para los suboficiales y oficiales; para los generales la estrella reemplaza al galón, con la siguiente jerarquía: dos para el general de brigada, tres para el de división, cuatro para el del cuerpo de ejército, cinco para el de ejército.

PRINCIPALES CONDECORACIONES

1. *Médaille militaire* (medalla militar): destinada a los hombres de la tropa y a los suboficiales. Para los oficiales es la distinción más elevada.
2. *Légion d'Honeur* (legión de honor), con sus cinco grados: *chevalier* (caballero), *officier* (oficial), *commandeur* (comandante), *grand officier* (gran oficial), *grand croix* (gran cruz).
3. *Croix de guerre* (cruz de guerra), con las distinciones: 1914-1918, 1939-1940 y 1940-1945. Recompensa lo que se considera como hecho de guerra excepcional. .

La atribución de cada una de estas condecoraciones se acompaña de un texto que justifica tal distinción. Este texto lleva el nombre de «mención». La cruz de guerra se podía otorgar desde la primera distinción; a partir de entonces, el número de menciones resulta ilimitado. Así (véanse las pp. 237-238), Marc Bloch fue titular de la cruz de guerra de 1914-1918, con cuatro menciones, y de la cruz de guerra de 1939-1940, con una mención.

* En el ejército español hay tres escalas: suboficiales (a diferencia de la francesa, incluye aquí al subteniente), oficiales (que engloba al alférez, el teniente, el capitán, el comandante y el teniente coronel) y la escala superior de oficiales (que incluye al teniente, el capitán, el comandante, el teniente coronel, el coronel, el general de brigada, el general de división y el teniente general).

PRIMERA PARTE

LA EXTRAÑA DERROTA

I. PRESENTACIÓN DEL TESTIGO

¿Estas páginas serán publicadas alguna vez? No lo sé. En cualquier caso, es probable que, durante mucho tiempo, no puedan ser conocidas, fuera de mi entorno inmediato, más que bajo capa. Sin embargo, me he decidido a escribirlas. El esfuerzo será duro: ¡cuánto más cómodo me resultaría ceder a los consejos de la fatiga y el desaliento! Pero un testimonio sólo tiene valor cuando se plasma con toda su frescura primera y no me resigno a la idea de que el que aquí presento deba ser forzosamente inútil. Tarde o temprano vendrá el día, lo espero ardientemente, en que Francia verá florecer de nuevo, sobre su viejo suelo ya bendecido por tantas cosechas, la libertad de pensamiento y de juicio. Entonces se abrirán las carpetas ocultas; las brumas, que comienzan a tejer una malla de ignorancia o mala fe en torno al desmoronamiento más atroz de nuestra historia, se disiparán poco a poco; y quizá a los historiadores que se afanen en ver a través de ellas les resulte de utilidad hojear, si logran descubrirlo, este atestado del año 1940.

No estoy escribiendo mis recuerdos. Las pequeñas aventuras personales de un soldado, entre muchos, importan, en este momento, muy poco y nosotros tenemos otras preocupaciones que buscar el cosquilleo de lo pintoresco o del humor. Pero un testigo necesita un estado civil. Antes de hacer balance sobre lo que he visto, es necesario precisar con qué ojos lo he visto.

Escribir sobre historia y enseñarla: ése es, desde hará pronto treinta y cuatro años, mi oficio. Me ha llevado a hojear muchos documentos de diversas edades, para separar lo mejor que he podido la verdad de la mentira; también me ha llevado a mirar y observar mucho. Pues siempre he creído que el primer deber de un historiador, como decía mi maestro Pirenne, es interesarse «por la vida». La atención particular que he prestado, en mis trabajos, a los asuntos rurales, ha acabado de convencerme

de que, sin inclinarse sobre el presente, resulta imposible comprender el pasado; al historiador del medio rural los buenos ojos para contemplar la forma de los campos no le son menos indispensables que una cierta aptitud para descrifrar viejos grimorios. Son estos mismos hábitos de critica, de observación y, espero, de honestidad, los que he tratado de aplicar al estudio de los trágicos acontecimientos en los cuales desempeñé un papel sumamente modesto.

La profesión que escogí se considera, ordinariamente, de las menos aventuradas. Pero mi destino, común a este respecto al de casi toda mi generación, me echó en dos ocasiones, separadas por un intervalo de veintiún años, fuera de estos caminos apacibles. Además, me ha procurado una experiencia de un alcance en mi opinión bastante excepcional sobre las diferentes facetas de una nación en armas. He luchado en dos guerras. Comencé la primera el mes de agosto de 1914 como sargento de infantería: entre la tropa, por consiguiente, y prácticamente al nivel del soldado raso. Seguí en la guerra sucesivamente como jefe de sección, como oficial de información, adscrito a un estado mayor de regimiento y, por fin, con el grado de capitán, con la función de ayudante de mi jefe de cuerpo. La mayor parte de la segunda guerra la he vivido hasta ahora en el extremo opuesto de la escala: en un estado mayor del ejército, relacionándome con frecuencia con el Alto Estado Mayor. Un periplo a través de las diferentes instituciones y medios humanos que no ha adolecido de falta de variedad, como puede verse.

Soy judío, no por una religión que no practico, no más que ninguna otra, sino por nacimiento. No me enorgullezco ni avergüenzo de ello, siendo, espero, suficientemente buen historiador para no ignorar que las predisposiciones raciales son un mito y la noción misma de raza una absurdidad particularmente flagrante, en realidad, un grupo de creyentes, reclutados, en otros tiempos, en todo el mundo mediterráneo, turco-jázaro y eslavo. Sólo reivindico mi origen en un caso: frente a un antisemita. Pero es posible que quienes se opongan a mi testimonio tratarán de desacreditarlo tildándome de «meteco». Me limitaré a responderles que mi bisabuelo fue soldado en 1793;* que mi padre defendió en 1870 la ciu-

* *Nota de la edición de 1990*: el 13 de octubre de 1941, N. Tsatskin, traductor jurado ante el Tribunal del Sena, certificaba la conformidad de la traducción al francés de la carta en hebreo-yiddish del bisabuelo de Marc Bloch:

dad asediada de Estrasburgo; que mis dos tíos y él abandonaron voluntariamente su Alsacia natal después de que ésta fuera anexionada por el II Reich; que he sido educado en el culto de estas tradiciones patrióticas que los israelitas del éxodo alsaciano han seguido siempre fervorosamente; que, por último, Francia, el país del que algunos estarían dispues-

«Al ciudadano Wolf Bloch, oriundo de Wintzenheim, distrito de Colmar, departamento de Haut-Rhin en Colmar.

En Wintzenheim, sello: DIV... EJÉRCITO DEL NORTE.

Maguncia, jueves, quinto día del mes de Tamuz del año 5554 (junio de 1793), Saludos a mi querido maestro y padre, de nombre Wolf, de ilustre reputación, y a mi querida madre, su digna esposa, Sarele (Sarah), que Dios les conceda larga vida.

Quisiera comunicarles que estoy bien de salud; quiera el Eterno que lo mismo ocurra con ustedes durante muchos años. [*Dos líneas ilegibles.*]... Hemos estado en primera línea, como voluntarios, y los alemanes han abierto fuego contra nosotros. Cómo nos hemos estremecido de terror... y [*dos palabras ilegibles*] nos ha costado diez [?] mil hombres. Y, en esta ocasión, no fue sólo uno, sino [*varias palabras ilegibles*]. Creo que he podido salir ileso gracias a las buenas acciones de ustedes y de nuestros ancestros. Pueden imaginarse en qué estado nos hallábamos. [*Varias líneas ilegibles*]... Hay que decir que, en dos aldeas, la población nos ofreció cerveza y pan. No pudimos detenernos, pues atacamos impetuosamente los oteros de Maguncia. Me alegro de que no estuvieran ustedes presentes. Y Dios, alabado sea Su Nombre, nos dirigió sobre la buena vía. Quiera Él preservar a los judíos de cualquier desgracia.

Estamos ante Maguncia. No todo el mundo tiene autorización para entrar en la ciudad. Hoy hemos dado un paseo con nuestro capitán y nos hemos comprado unas bufandas. Nosotros fuimos los primeros en derrotar al enemigo.

Esperamos, si Dios responde a nuestros votos y nos permite volver a nuestros hogares, no regresar con las manos vacías. No tenemos dinero, aunque de los piojos no nos libramos; pero, gracias a Dios, no necesito dinero. Quiero decirles que, mientras ustedes [*dos palabras ilegibles*] nuestros jardines, aquí también tenemos jardines. No los hay tan bonitos en Colmar. Los hemos destruido considerablemente. Cada día recogemos guisantes y cebollas y buscamos bonitos espárragos silvestres. No podemos no aprovecharlos. Me habría gustado que fueran para ustedes. Tengo que decirles que conozco aquí a muchos israelitas que no disponen de carne. Podemos renunciar a la carne. Si Dios quiere, pronto volveremos [*tres líneas ilegibles*] y todo irá mejor.

Cuando hayamos regresado a casa, les contaremos todo con detalle. Pronto volverán a recibir noticias mías. Mientras tanto, no deben preocuparse.

Espero recibir pronto una respuesta suya, si Dios quiere. No ahorren en gastos de correo porque yo tampoco ahorro en esos gastos. Verán la dirección tal como yo se la escriba.

Getschel, hijo de Wolf BLOCH.

Cordiales saludos a mis hermanos Abram, Arón y Herzelé y Vogel; todos me tienen que escribir. Saludos cordiales a mi cuñado Mayer Hersch y a mi hermana la Sra. Gitel, que Dios le dé larga vida, y saludos a todos mis buenos amigos.

Nota del traductor: El original está en mal estado, por lo que ciertos pasajes son poco o nada legibles.»

tos a conspirar para expulsarme ahora y quizá (¿quién sabe?) lo consigan, será siempre, pase lo que pase, la patria de la que no podría desarraigar mi corazón. He nacido en ella, he bebido en las fuentes de su cultura, he hecho mío su pasado, sólo respiro bien bajo su cielo y, por mi parte, he tratado de defenderla con todas mis fuerzas.

Un joven oficial me decía en el umbral de una puerta de Malo-les-Bains, mientras caían las bombas: «Esta guerra me ha enseñado muchas cosas. Entre otras, la siguiente: que hay militares de profesión que jamás serán guerreros; y civiles, al contrario, que por naturaleza son guerreros». Y añadió: «Le confieso que nunca me lo habría imaginado antes del 10 de mayo: usted es un guerrero». La fórmula puede parecer ingenua. En mi opinión, no es completamente falsa, ni en sus aplicaciones generales, y ni siquiera, si me interrogo con sinceridad, en lo que me toca personalmente. Un médico del ejército, que fue compañero personal en la 4.ª oficina del estado mayor, gustaba de tomarme el pelo amablemente acusándome a mí, viejo profesor, «de tener más que nadie espíritu militar», lo que, por otra parte, significaba simplemente, imagino, que siempre he apreciado el orden entre los mandos. Volví de la guerra anterior con cuatro menciones; pienso que no me equivoco al suponer que, si la entrada inopinada de los alemanes en Rennes no hubiera cortado en seco las propuestas del 1.er ejército, no habría vuelto a mi hogar, después de la presente guerra, sin una cinta más sobre mi guerrera.[1] En 1915, después de una convalecencia, me incorporé al frente antes de mi turno, como voluntario. En 1939, decidí seguir en activo, a pesar de mi edad y mis seis hijos, que desde hacía tiempo me habían concedido el derecho a colgar el uniforme. No me enorgullezco de estos hechos y testimonios: he visto a demasiadas personas valerosas y humildes cumplir con su deber sin aspavientos, mucho mejor que yo y en condiciones mucho más difíciles. Sencillamente, si el lector, más adelante, ante ciertas afirmaciones de una franqueza un tanto ruda, tuviera tentaciones de acusarme de parcialidad, le pido que recuerde que este observador, enemigo de la blanda indulgencia, no se alistó contra su voluntad y no fue juzgado por sus jefes o camaradas como un soldado demasiado malo.

Pasemos ahora al balance preciso de lo que me correspondió hacer y, por consiguiente, ver, en la última guerra.

1. La mención recayó sobre el conjunto de ese cuerpo del ejército (julio de 1942).

Como he dicho antes, en el intervalo que separó las dos guerras, me negué una y otra vez a aprovecharme de las disposiciones legislativas que me habrían permitido escaparme de cualquier obligación militar. Pero, aunque desde 1919 figuraba adscrito al servicio del estado mayor, jamás acepté asistir al menor curso de los llamados «de perfeccionamiento». Desde el principio, reconozco que no tuve razón. Mi excusa es que esos años precisamente coincidieron con el período de mi vida en el que, a pesar de todo, produje lo esencial de mi obra de historiador, lo que me dejó poco tiempo libre. Me consuelo con mi experiencia directa de las campañas: sin duda, su reflejo en la educación de la Escuela de Guerra, que eludí en estas circunstancias, me habría inspirado pocas ideas acertadas. Como el ejército de la época apreciaba por encima de todo a los buenos alumnos, no me perdonó mis obstinados novillos. Llegó a castigarme por partida doble. Era capitán en 1918 y lo seguía siendo en 1938, cuando fui movilizado. No había pasado de capitán en agosto de 1939, pese a una propuesta de promoción firmada por los jefes que me habían visto trabajar; todavía era capitán cuando, el 11 de julio de 1940, entregué el uniforme. Ése fue mi primer castigo, que me dejó sin rencor ni tristeza. El segundo se refirió a mi adscripción cuando fui movilizado.

Pertenecí primero, sobre el papel, a la 2.ª oficina del cuerpo divisionario del ejército: dado que la 2.ª oficina estaba encargada de la información, no parecía, hay que reconocerlo, un empleo demasiado malo para un historiador; después, a un nivel ya más modesto, formé parte del estado mayor de una división de infantería. Pero pronto fui sacado de los cuerpos del ejército para ser enviado a los poco célebres servicios territoriales: en concreto, el estado mayor de un grupo de subdivisiones. En realidad, este grupo tenía su sede en Estrasburgo, que todos consideraban por entonces la primera presa sobre la que se cebarían las bombas alemanas. Habría habido, me parecía, una cierta falta de elegancia eludiendo semejante puesto. Este sentimiento, confirmado con la pereza natural en la que caigo fácilmente cuando se trata de mi propia persona, me impidió tratar de hacer las gestiones que quizá me hubieran permitido encontrar algo. Sin embargo, poco antes de la guerra un amigo se esforzó para hacerme entrar en la 2.ª oficina del Alto Estado Mayor, pero no lo logró a tiempo. De modo que fue al grupo de subdivisiones de Estrasburgo, después de haber pasado por dos breves períodos de instrucción, donde fui convocado primero en septiembre de 1938, a raíz de la alerta

de Múnich, después, por segunda vez, en marzo del año siguiente, por pocas horas solamente (la convocatoria me sorprendió en Cambridge, desde donde tuve que volver precipitadamente) y, por último, el 24 de agosto del mismo año fatídico de 1939.

A fin de cuentas, no he lamentado demasiado esa adscripción. La labor de un estado mayor de un grupo de subdivisiones es bastante monótona. Pero, para examinar de cerca el estallido de una guerra, constituye un buen observatorio. Al menos lo fue durante las dos o tres primeras semanas. La movilización propiamente dicha se efectuaba en gran medida bajo nuestro control. ¿Qué ocurrió después en los demás estados mayores del mismo tipo que funcionaban en el interior de la nación? Imagino que, después de apagada esta primera fiebre, conservaron pese a todo cierto grado de actividad, hecha de un sinfín de papeleo y de numerosos sucesos de interés local. El nuestro, por su parte, abandonó pronto Estrasburgo, replegándose en Molsheim, al pie de los Vosgos, en donde permanecía implantada en plena zona de armas. Cuando el VI.° ejército se decidió, con sorprendente lentitud, por otra parte, a crear sus propios órganos de mando, nuestro cometido, que poco a poco había ido menguando, quedó reducido a casi nada. Vinieron días interminables de embotamiento. Éramos cinco: un general de brigada, un teniente coronel, dos capitanes y un teniente. Recuerdo la escena que formábamos habitualmente, cara a cara en la sala de la escuela donde nos reuníamos, atenazados por el mismo deseo: que un papel, traído por un mensajero inesperado, nos diera al fin la ocasión de redactar un nuevo papel. El más joven de los dos capitanes era el más feliz: ¡se encargaba del reparto de salvoconductos! Un historiador no se aburre con facilidad; siempre puede recordar, observar, escribir. Pero saberse inútil cuando la nación combate es un sentimiento insoportable.

Nuestro general pertenecía al cuadro de reserva. Terminaron por reenviar a este excelente hombre a sus estudios, es decir, básicamente a la pesca con caña. El resto del estado mayor se fusionó con el del grupo de subdivisiones de Saverne. Sin embargo, personalmente sólo pasé dos días en esa simpática y pequeña ciudad, por entonces prácticamente obstruida. Descubrí una forma de acceder a un personaje de primera fila del Alto Estado Mayor. Obtener un puesto mejor «por relaciones» es un acto que poco orgullo puede inspirar. ¿Hasta qué punto era culpa mía, sin embargo, si ningún otro medio se ofrecía para encontrar para mi buena volun-

tad un empleo más útil? Gracias a ese poderoso intercesor, recibí, a primeros de octubre, una notificación de cambio. Se me adscribía al estado mayor del 1.er ejército, al que me incorporé sin dilación en Bohain, en la región de Picardía.

La orden del Alto Estado Mayor me asignaba una función precisa: la de oficial de enlace con las fuerzas británicas. Debía formar parte, con ese cometido, de la 2.ª oficina. Pero al poco llegaron dos capitanes más, precedidos por dos notas en las que se les asignaba, en idénticos términos, la misma tarea que a mí. El jefe del estado mayor juzgó que había un exceso de oficiales y, considerando que sería mejor que los principales órganos del ejército dispusieran de medios propios de contacto con nuestros vecinos del cuerpo expedicionario, nos distribuyó entre las distintas oficinas, con la excepción de la 1.ª, cuya misión, que consiste en velar por los efectivos y la disciplina, no exige abrir demasiadas ventanas al exterior. Por mi parte, fui adscrito a la 4.ª oficina, que se encargaba de la circulación, la mano de obra y los avituallamientos. En principio, conservaba mis funciones anteriores, a mitad de camino entre la información y la diplomacia. Más adelante veremos cómo, lamentablemente y contra mi voluntad, estas atribuciones fueron resultando cada vez más insignificantes. ¿Había de recaer en la ociosidad que tanto había padecido ya? Semejante perspectiva empezaba a desasosegarme cuando el oficial encargado del abastecimiento de gasolina fue adscrito a otro puesto, por lo que fui nombrado para ocupar su lugar.

Así fue como me convertí, de un día para otro, en el gran señor de los carburantes del ejército más motorizado de todo el frente francés. Mi primera reacción fue de pánico, pues comprendía perfectamente que este servicio conllevaría, en las operaciones de ataque, responsabilidades muy graves, e ignoraba hasta los rudimentos. «¡Esperemos que Hitler siga tranquilo unas cuantas semanas!», escribí a mi mujer. Pero no hay, creo, ningún puesto de dirección que un hombre de espíritu un poco claro, trabajando con dedicación, no pueda estar a la medida para desempeñarlo convenientemente. Aprendí lo mejor que pude mi nuevo oficio, para lo cual tuve mucha suerte: conocí, en la persona del comandante del parque de combustibles del ejército, al guía más seguro y más desinteresado. Es la primera vez que inscribo en estas páginas el nombre del capitán Lachamp. No será sin duda la última. El sabor de amargura que me deja esta guerra, mal dirigida y aún peor acabada, hace más queridos los raros

recuerdos luminosos. Encontrar a un hombre que lo es verdaderamente es siempre una alegría; trabajar con él, en una comunidad perfecta de intenciones, y sentir esta colaboración florecer poco a poco en una sólida amistad, es una de las recompensas más preciosas de la acción.

A decir verdad, mis nuevas funciones sólo me tuvieron muy ocupado durante el período de aprendizaje. Tras esta etapa, fui cayendo, como todos mis camaradas, en la vida poco febril de un burócrata del ejército. Es cierto que no estaba ocioso, pero tampoco puede decirse que estuviera muy ocupado, y mis tareas cotidianas apenas me provocaban una escasa dosis de excitación cerebral. Por fortuna, durante algunas semanas, pude sumarles una labor suplementaria, que escogí espontáneamente. Había advertido que teníamos una información absurdamente insuficiente sobre los depósitos de gasolina situados en territorio belga: una carencia temible para un ejército cuya misión, como todos sabíamos, pasaría por penetrar en Bélgica en cuanto los alemanes, por su parte, hubieran violado la frontera. Ciertas relaciones personales me permitieron completar y precisar considerablemente esta carpeta. Fueron necesarios numerosos trámites, pero mi experiencia de los círculos de los estados mayores me fue de gran provecho. En particular, aprendí cómo el personal de oficina dice lo que, en la lengua de cada día, suele expresarse mediante la frase: «meterse en lo que no nos importa». Recordemos que, a fin de cuentas, esta encuesta, que realizaba por iniciativa propia, no correspondía en modo alguno con mis funciones ordinarias. Esto se dice, subrayando la frase con una sonrisa discreta: «tener dinamismo».

Pero esta ocupación duró muy poco. En lo sucesivo me vi reducido a censar bidones o a calcular con cuentagotas las cuotas de gasolina, un día sí y otro también; volví a tener la sensación, quizá errónea, de que no se aprovechaban correctamente mis posibles aptitudes intelectuales y mi espíritu emprendedor. El aburrimiento de esos largos meses de invierno y la primavera de 1939-1940, que carcomió tantas inteligencias, se abatía pesadamente sobre la triste Bohain. Probablemente intoxicado, también yo, por estos venenos sutiles, me empleaba seriamente, lo reconozco, la posibilidad de buscar otra ocupación, o incluso de solicitar la reintegración en mi puesto de la Sorbona después del verano, cuando estalló el trueno del 10 de mayo.

Para ilustrar hasta qué punto fue inesperada, nada mejor que un pequeño recuerdo personal. Me había desplazado a París el 9 con la inten-

ción de llegar, a la mañana siguiente, temprano, a Meaux. Ahí debía obtener del Servicio de Carburantes del estado mayor general varios carnets con bonos de gasolina que yo distribuía a las unidades para que solicitaran sus cuotas de conformidad con el reglamento. Al llegar a Meaux desconocía por completo los acontecimientos que se habían producido la noche anterior. Cabe imaginar la sorpresa de los miembros del Alto Estado Mayor al ver aparecer, en semejante coyuntura, para una misión tan poco bélica, a un oficial venido expresamente de uno de los ejércitos del frente de Bélgica. Después de varios minutos de equívocos, logré comprender el porqué de una acogida tan molesta: justo a tiempo para precipitarme a la estación, cruzar París y subirme al abordaje a un tren increíblemente atestado para incorporarme finalmente a mi puesto.

Me he prometido no contar aquí los pormenores de las tres semanas posteriores. Más adelante llegará el momento de deducir las lecciones pertinentes. Varias imágenes, escogidas entre las innumerables que se me agolpan en la memoria, servirán para jalonar el curso de esas jornadas y de sus noches, henchidas todas de la gran tragedia de la campaña del Norte.

He aquí, en primer lugar, el liceo femenino de Valenciennes, lugar escogido para nuestro puesto de mando inicial, antes del puesto belga previsto en el guión de la maniobra y que jamás ocupamos. Junto a él íbamos a contemplar, con ojos todavía nuevos, las casas destrozadas por el primer bombardeo. Logré escaparme, en dos ocasiones, para efectuar sendos paseos por la campiña belga, una costumbre de mi carácter nómada que mis jefes no siempre aprobaron. El 11 sólo llegué hasta Mons. El 12, mucho más lejos, hasta Nivelles, Fleurus y Charleroi. A lo largo de los caminos, disfrutando del solaz de las fiestas de Pentecostés, los mineros de Borinage, en los umbrales de sus casas, aclamaban a su paso los vehículos franceses. Ligeramente ondulados, engalanados con sus verdores primaverales, los campos en los que, antaño, se batió el ejército de Ney, en torno a Ligny y a Quatre-Bras, eran un placer para la vista. Pero ya aparecían las primeras columnas de civiles expulsados de la región de Lieja, empujando por las cunetas el clásico cochecito para bebés cargado de los pertrechos más heterogéneos; un síntoma más inquietante era que algunos soldados belgas, en desbandada, comenzaban a deslizarse por

las aldeas. Después de las primeras esperanzas llegaron las primeras angustias. Se empezó a hablar de la brecha del Mosa. Tratamos de enviar suministros a las divisiones de la zona, que se habían volatilizado al lanzarse a la batalla. Finalmente, tras el retroceso del ejército hacia el suroeste, el estado mayor se replegó, el 18 de mayo, a Douai.

Allí vivimos, menos de dos días, en una nueva escuela a las puertas de la ciudad. Ya nos habíamos alojado en la escuela femenina de Bohain, por lo que parecíamos destinados a los centros pedagógicos. A nuestro alrededor, las bombas caían como lluvia espesa sobre la estación, las calles principales, los terrenos de aviación. Cada día me enteraba de que un nuevo depósito de gasolina había caído en manos de los alemanes. Se trataba de nuestros hermosos contenedores de Saint-Quentin y Cambrai, con los que habíamos logrado garantizar, enviando los avituallamientos por fases hacia el frente, el suministro de las unidades en combate; nuestros queridos depósitos «de aldea», donde disimulábamos astutamente los bidones bajo los árboles de los parques o los techos de fábricas de cerámica abandonadas, y con los cuales ya no podía contar el ejército. Pronto hubo que volver a hacer las maletas. En un primer momento se había decidido dejarme en el puesto de mando avanzado de Douai. Pero esta misión, como tantas otras en aquella época, sólo duró unas pocas horas, tras las que salí disparado, atravesando una campiña negra, el paisaje de los escoriales, muchos de los cuales, chuscamente derruidos por las bombas, comenzaban a perder la nitidez de sus perfiles, para instalarme en Lens, en nuestra cuarta y última escuela (19 de mayo).

En esta ocasión se trató de un parvulario. Los muebles, fabricados a escala de niños pequeños, nos condenaban a dos tipos de encorvamiento alternativos: la fatiga de la posición vertical, prolongada de manera indefinida, o las contorsiones de un cuerpo sentado en un espacio demasiado estrecho, con las rodillas dobladas a la altura del vientre y aplastadas contra el pupitre. Pero no siempre se podía escoger: si la necesidad de redactar una nota de servicio nos había obligado a sentarnos, costaba esfuerzos ímprobos liberarse de aquella canga. Aquel extraño suplicio, la fealdad del paisaje, la suciedad penetrante de los polvos del carbón, todo parecía hacer eco, en ese triste paraje, a nuestra creciente angustia. El complejo escolar de Lens fue un horrendo puesto de mando, sin lugar a dudas, y ¡tuvo bien merecida su derrota! ¿Olvidaré alguna vez la noche del 20 de mayo? Al anochecer, mientras a lo lejos humeaba Arrás, incen-

diándose, se me acercó el jefe de mi oficina. Me dijo a media voz, señalando con el dedo sobre un mapa escolar la desembocadura del Somme: «¡Los boches están aquí!» Y luego se volvió murmurando: «No se lo cuente a demasiada gente». Yo acababa de pedir comunicación telefónica con el Alto Estado Mayor; reconozco que sólo tras varios intentos comprendí plenamente lo que tiene de desistimiento la expresión trágica «un ejército atacado».

Emigramos poco después (el 22 de mayo) hacia el norte, a Estiaires-sur-la-Lys. Pero la encrucijada era poco segura. Los aviadores alemanes no trataban de bombardear específicamente los estados mayores, y habría sido muy presuntuoso por nuestra parte pedirles que nos evitaran. La primera tarde, una bomba, que no alcanzó directamente el albergue donde nos alojábamos, sacudió con la suficiente fuerza la chimenea y las paredes para cubrirnos la ropa, los papeles y las caras de un hollín infecto. Comprendimos la advertencia. En plena noche, una orden de partida me sacó de la cama donde, por vez primera en incontables días y por última ocasión en esa campaña, disfrutaba del agradable sueño que ofrecen unas sábanas de verdad. De hecho, no nos pusimos en marcha hasta bien entrado el día; el arte tan necesario del reposo no se contó nunca entre las virtudes de nuestro estado mayor. Por la mañana, después de recorrer un circuito bastante largo, con objeto, como de costumbre, de atraillar mi parque de gasolina, llegué al castillo de Attiches, al sur de Lille, donde ya se habían reunido mis camaradas (23 de mayo).

Este castillo, situado en un parque hermosísimo, era un edificio pesado y con la fachada adornada por horribles baldosines, amueblado en el estilo nobiliario, sombrío y vagamente medieval que la alta burguesía consideraba a fines del siglo XIX el marco obligado de una existencia pretendidamente señorial. En un rincón del comedor, que era nuestro lugar de trabajo, el dueño había apilado un montón de coronas mortuorias, una delicadeza que se nos antojó prematura. En ese lugar, la tarde del 23, nuestra 4.ª oficina se escindió definitivamente en dos secciones. Una de ellas, dando un paso atrás, se dirigió de inmediato hacia la costa, para organizar los suministros por mar. La otra, la *mía*, se quedó donde estaba, con el comandante del ejército. La más alejada del frente fue de hecho la que sufrió los bombardeos más violentos. Se trató de una ironía del destino que, en aquel momento, creo, nadie había previsto. Inocentemente, nos considerábamos sin duda más amenazados por las bombas —que, en

realidad, no dejaron de caer en ningún momento a nuestro alrededor— y, sobre todo, más expuestos al cautiverio. Y, dado que el destacamento replegado, aunque estaba formado por hombres de una valentía indiscutible, contaba también con algunos que no mostraban demasiado disgusto por este retroceso, teníamos la sensación de formar, por nuestra cercanía con la línea de fuego, una pequeña sociedad escogida, en la que reinó constantemente una excelente atmósfera de cordialidad y ayuda mutua. Hasta el punto de que uno de nuestros camaradas, un simple teniente de reserva pero, en la vida civil, presidente de una cámara de comercio del norte, tras ser incluido entre quienes debían replegarse al litoral, se negó valerosamente a acatar la orden. El jefe adjunto de nuestra oficina que, en flagrante y extraña contradicción con los hábitos militares más acendrados, acompañaba a la retaguardia a su propio jefe, encajó muy mal una actitud tan opuesta a la suya propia. Rojo de ira, arrastró al rebelde ante las autoridades superiores del estado mayor. Para su gran sorpresa, vio cómo aprobaban ese ejemplo de desobediencia audaz.

A la imagen del comedor de Attiches asocio también otro recuerdo: uno de los más atroces espectáculos humanos, de hecho, a los que me haya sido dado jamás asistir. Toda la mañana vimos en esa habitación, desplomado sobre una silla junto a la puerta, a un personaje que, con el rostro taciturno y la mirada apagada, mordisqueaba un cigarrillo tras otro. No llevaba ningún distintivo claro sobre la manga y los pasantes lo codeaban sin prestarle más atención que al más ínfimo soldado de servicio. Con todo, la víspera era todavía un general de división que encabezaba una de nuestras unidades más brillantes. Pero el general había sido degradado de los puestos de mando hacía pocas horas. Por alcoholismo, se murmuraba, no sé si acertadamente. Esperaba una entrevista con el jefe del ejército, su última entrevista, largamente diferida. Por fin, casi al mediodía, pudo entrar. La conversación duró apenas unos minutos y no volvimos a ver a nuestro huésped de aquella lamentable mañana.

Luego vino (a partir del 26), nuestro último puesto de mando: más allá de Lille, hacia el noroeste, en Steenwerk, un chalet acogedor, claro y de buen tono. En la casa vecina vivía el general Prioux. Acababa de hacerse cargo del mando del ejército en sustitución del general Blanchard, que había pasado al grupo de las tropas de combate. La presión envolvente del enemigo se iba recrudeciendo y empezaba a plantearse la posibilidad de incendiar los grandes depósitos de gasolina de Lille.

Pasé todo el 27 y la noche siguiente tratando de recabar una decisión al respecto. Recibí cuando menos cuatro órdenes y contraórdenes sucesivas. La última, que prescribía la destrucción de todos los depósitos, estuvo a punto de no alcanzar su objetivo. El motociclista que envié partió de noche. No llegó nunca. Cualquiera que haya sido su destino, no tengo derecho a tener remordimientos. Mi deber era garantizar el envío del pliego. Llevándolo yo mismo habría faltado a mi misión. Sin embargo, ¿cómo negar que se me encoge el corazón al pensar que, tras una palabra mía, un mozo valiente fue probablemente en pos de la muerte? La guerra anterior ya me había deparado varios recuerdos de ese tipo: episodios que me obsesionan en ocasiones, durante mis insomnios, hasta que en mí se desvanece toda conciencia. Por fortuna, pude volver a enviar la orden y la hoguera prendió a tiempo.

Justo a tiempo, pues las tropas se replegaban ya del otro lado del Lys y, desde ahí, se dirigían hacia la costa. No en su totalidad, sin embargo. La noche del 28, el general Prioux nos comunicó que, desesperado por proteger la retirada de al menos dos de sus divisiones, había decidido quedarse personalmente en Steenwerk y esperar al enemigo. Sólo conservaría a su lado a unos pocos oficiales, por lo que nos invitaba a casi todos a llegar de noche al litoral, donde seríamos embarcados. Poco después me presenté ante él para confirmar la orden de vaciar, inutilizar y abandonar los camiones cisterna. Significaba privar al ejército de sus últimas gotas de gasolina y no consideré oportuno responsabilizarme de una resolución tan grave, aunque se dedujera claramente de las demás disposiciones adoptadas en esa tesitura. Nuestro gran jefe recorría melancólicamente a largos trancos el vestíbulo de la casa: era un destino ciertamente aciago el de aquel hombre, arrancado al cuerpo de caballería que, según creo, había comandado muy honrosamente, para asumir, en el último momento, la dirección de unas tropas en desbandada y aceptar, en lugar del verdadero responsable de la derrota ¡un ingrato cautiverio!

Después regresé a nuestra villa. A lo largo del día y siguiendo las instrucciones, ya había quemado mis archivos, incluido el cuaderno sobre el que se había recogido, día a día, la historia de mis servicios. ¡Qué daría yo hoy por tener en la mano ese querido cuaderno verde! Lancé igualmente mi correspondencia personal al anafe del cuarto de oficiales —pues teníamos prohibido el exceso de equipaje— y escogí entre mi baúl varios objetos particularmente preciosos o útiles, para llevármelos

conmigo. De hecho, me dejé las tres cuartas partes. Al menos pude cambiar mi vieja guerrera de faena por un vestido en mejor estado. En eso tuve más suerte que el general al mando de la artillería. Este hombre, de gran dignidad, que, como signo de honor tal vez excesivo, quiso permanecer junto al general Prioux, no disponía ya de sus baúles, enviados prematuramente a Dunkerque. Sólo le quedaba la guerrera que llevaba puesta, con un codo agujereado. Se quejaba en voz alta: que lo hicieran prisionero, pase, ¡pero cubierto de harapos! A algunos les parecerá risible; por mi parte, encuentro nobleza en este sentimiento.

Partimos por lo tanto de noche, en una larga y lenta columna de automóviles que se fue deslizando por el territorio belga, pues las rutas francesas ya habían sido cortadas. Cuando empezó a clarear apenas si habíamos cubierto una decena de kilómetros. ¿Cómo logramos escapar a los exploradores motorizados enemigos? Aún hoy no acierto a explicármelo. El hecho es que, a ratos en coche y otros a pie, alcancé, al final de la mañana, Hondschoote. Pero todavía había que llegar a la costa. Auné mis esfuerzos a los del capitán Lachamp, con quien me encontré en esos parajes, para tratar de alcanzar el grueso del cuerpo de combustibles que había salido mucho antes que nosotros y cuyo punto de encuentro era Bray-les-Dunes. Lo intentamos primero en coche por la carretera de Furnes, topándonos, al principio, con puentes ya inutilizados y, luego, sobre la calzada, con un atasco increíble de camiones detenidos en todos los sentidos y en filas de a tres. Por detrás, un oficial de carros de combate, argumentando una misión urgente, reclamaba a voces que le abrieran paso. Empleamos más de una hora en tratar de hacernos un hueco. Encontré por casualidad a un general de división, que me preguntó qué estaba haciendo ahí. Cuando le hube informado, nos ofreció su ayuda y debo decir que lo hizo con mucho celo. Nuestros esfuerzos dieron finalmente fruto. Pero era demasiado tarde para poder seguir adelante —además, ¿quién nos garantizaba que después no chocáramos con nuevos obstáculos?— y, desalentados, no tuvimos más remedio que regresar a Hondschoote.

Cuando caía la noche volvimos a partir, esta vez a pie y por una ruta más directa: un peatón podía colarse por donde jamás habría pasado un coche. Fue una marcha atroz, al menos durante los diez últimos kilómetros, que hubo que realizar sorteando masas amontonadas de camiones apenas visibles en una oscuridad cada vez más densa. Nuestro parque se encontraba efectivamente en Bray. Me ofrecieron cobijo en una casa

abandonada. Incluso me dieron algo de beber. Por desgracia —como bien tuvieron ocasión de comprobar los cirujanos del hospital de Zuydcoote— toda aquella costa, rodeada al sur por pantanos y pólderes invadidos por la sal, estaba a la sazón casi completamente privada de agua, pues se habían roto las canalizaciones. Para saciar la sed no dispusimos más que de un vaso de champaña. ¡Cuánto más habría agradecido mi gaznate un buen trago de agua en una fuente bien fresca!

Dado que nuestro ejército, como tal, había dejado de existir, yo ya no tenía ninguna misión de estado mayor que cumplir. Pero todavía estaban a mi cargo algunas almas. Sin duda, ya no tenía el mando del parque de combustibles ni de sus compañías de camiones cisterna. Sin embargo, había trabajado demasiado con aquellos bravos hombres para considerar que tenía derecho a ocuparme de mí antes de asegurar su suerte, es decir, su embarque. Pues ésa era entonces la preocupación exclusiva de cada uno. Huir de aquella costa maldita antes de que el enemigo doblegara las últimas defensas; librarse del cautiverio por el único camino que seguía expedito, el del mar: la fiebre de la evasión se había apoderado de ese gentío, ahora casi desarmado, que, desde el litoral donde se amontonaba, veía cómo los ingleses zarpaban antes que ellos. Pasé la mayor parte del día 30 tratando de dar a mis «clientes» un lugar fijo en la lista de salidas. Primero estuve buena parte de la mañana en Bray-les-Dunes, atestada de una muchedumbre desordenada de soldados que corrían en pos de sus unidades y de camiones conducidos por chóferes accidentales, que en ocasiones los abandonaban al cabo de unos centenares de metros. Una vez más, me dediqué a regular el tráfico, tratando sin demasiado éxito de asignar una actividad más eficaz a los desafortunados gendarmes, que estaban absurdamente apelotonados, por paquetes, en el centro de los cruces. Luego se me vio en el cabaret «Perroquet», en la frontera belga, sede durante unas horas del efímero puesto de mando de la zona, y en Malo-les-Bains, donde encontré a los principales elementos de mi 4.ª oficina. Pasé la noche en el vivac emplazado en las dunas. Los obuses alemanes acompasaban nuestro reposo. Por fortuna, aquellos metódicos artilleros regaron sin cesar el mismo punto, hacia la izquierda del hotel de Malo-Terminus. Las primeras bombas causaron numerosas víctimas. Después, nadie volvió a pasar por la zona, o atravesaba corriendo. Si hubieran tenido menos puntería, ¡qué masacre habrían perpetrado en nuestros lechos de arena, entre los carrizos!

A la mañana del día siguiente, se me garantizó que mis hombres embarcarían. ¿Cómo podría haber previsto que una bomba había de hundir su barco? Por otra parte, la mayoría —¡aunque, ay, no todos!— fue rescatada. De modo que nada me impedía ahora preocuparme por mi propio destino. Nuestro antiguo subjefe de estado mayor, que ahora nos comandaba, no mostraba excesiva prisa en que sus ayudantes de campo partieran antes que él. Sin embargo, me autorizó a «arreglármelas yo solo», una expresión que no me gustó nada. ¿Me tenía que colar en el lugar de otro? Felizmente, a primera hora de la tarde, la amabilidad del comandante del cuerpo de caballería me permitió obtener, junto a dos camaradas, una orden reglamentaria de misión. Lo único que teníamos que hacer era buscar el buque que se nos había asignado.

Una información equivocada nos hizo atravesar dos veces Dunkerque, de este a oeste y en sentido inverso. Conservo un recuerdo vívido de la ciudad en ruinas, con sus fachadas huecas, sobre las que flotaban humaredas vagas y, repartidos por sus calles, no tanto cadáveres como restos humanos. Todavía resuena en mis oídos el inverosímil estrépito que, como al final de una gran ópera, vino a poblar con sus sonoridades nuestros últimos minutos en el litoral de Flandes: estallidos de bombas y obuses, el tac-tac de las ametralladoras, los disparos de las defensas antiaéreas y, acompasando aquella sinfonía, la cadencia obstinada de la pequeña ametralladora de tambor del borde. Pero tengo que admitir que, al evocar el 31 de mayo, no son las imágenes de horror y peligro las que más huella han dejado en mi memoria. Evoco en primer lugar el momento en que levamos el ancla del muelle. Una admirable tarde de verano mostraba sus mejores galas sobre el mar. El cielo, oro puro; el espejo remansado de las aguas; los humos negros y leonados que se levantaban de la refinería incendiada y dibujaban, junto al litoral, arabescos tan hermosos que podía olvidarse su trágico origen; el propio nombre de cuento hindú inscrito en la proa de nuestro buque (*Royal Daffodil*, «El junquillo del rey»); todo lo que rodeó la atmósfera de los primeros compases del viaje pareció confabularse para hacer más plena la alegría egoísta e irresistible de un soldado que huye del cautiverio.

Posteriormente, después de nuestro desembarco en Dover, realizamos un viaje en tren que duró todo el día por el sur de Inglaterra. Un viaje que me ha dejado el recuerdo de un prolongado torpor, entrecortado por un desfilar incoherente de sensaciones e imágenes que, como los episo-

dios de un sueño, afloraban a la conciencia y se desvanecían de inmediato: el placer de devorar con ansia los sándwiches de jamón y queso chéster que nos alargaban, por la portezuela, *girls* de vestidos multicolores o *clergymen* tan dignos como si estuvieran distribuyendo la primera comunión; el perfume levemente azucarado de los cigarrillos que nos ofrecían con idéntica profusión; la acidez de las limonadas; la insipidez de un té cargado con demasiada leche; la dulzura de los céspedes; unos paisajes hechos de parques, agujas de catedrales, las vallas y las rocas de Devon; los hurras de los grupos de niños apiñados en los pasos a nivel. Ante tantas atenciones, mis camaradas comentaban «lo simpáticos que son». Al anochecer volvimos a embarcar en Plymouth para echar el ancla, al alba, ante Cherburgo. Ahí nos quedamos plantados largas horas. «Compréndanlo —nos decían los oficiales del paquebote que nos había transportado, francés en este caso—, los señores de la Prefectura marítima no llegan a sus oficinas antes de las nueve de la mañana». Nos reencontramos, a nuestro pesar, con la Francia militar de la retaguardia. Ya no nos lanzaban vítores; se acabaron los sándwiches y los cigarrillos. En lugar de ello, una vez desembarcados, tuvimos una acogida oficial, seca, un poco desconfiada; por lugar de reposo, un campamento inhospitalario y sórdido, donde las únicas notas amables las pusieron algunas damas de la Cruz Roja. Después fuimos sometidos a un nueva sesión de traqueteo en vagones notablemente incómodos, llegando en plena noche a Caen, donde nadie parecía esperarnos, pero que cuenta, por fortuna, con buenos hoteles e incluso con cuartos de baño.

Cómo se trató de reconstituir, con los restos de un ejército, algo que pudiera ser de utilidad; cómo y por qué no se consiguió en absoluto: tendremos ocasión, más adelante, de reflexionar sobre esta melancólica historia. Después de una larga estancia en Normandía, llegamos el 16 de junio a Rennes. El 1.er ejército ya no existía. Pero su estado mayor, o lo que subsistía de él, estaba bajo el mando del general que dirigía la «agrupación» que se acababa de constituir para defender, según se dijo, Bretaña. El 17, Rennes fue bombardeada por la aviación. Nos encontrábamos muy alejados de la zona de los impactos y, aunque la tremenda sacudida producida por la explosión de un depósito de chedita, pese a la distancia, al destruir los vidrios de nuestras habitaciones, me inspiró momentáneamente algunas dudas sobre mi forma de calibrar las distancias, me tranquilicé pronto. «Cuán dulce —como dijo el poeta latino—

escuchar la tempestad mientras se reposa sobre la orilla.» Una cita banal, una confesión quizá odiosa: pero, ¿qué soldado, al prestar oídos a los ruidos de un peligro inminente y saber que no le puede alcanzar, no ha sentido, en lo más recóndito de su ser, dilatársele el corazón con un alivio animal?

El 18 por la mañana empezó a correr el rumor de que el enemigo se aproximaba. Nuestra oficina estaba situada en un bulevar de la parte alta de la ciudad. Del otro lado de la calzada, una calle bajaba hacia el centro. Ahí estaba acantonado mi ordenanza. Hacia las once lo fui a buscar para indicarle que recogiera rápidamente mis maletas. Me di la vuelta y, cuando subía por la calle, divisé al fondo una columna alemana que desfilaba por el bulevar y se interponía por lo tanto entre donde yo estaba y la oficina. No se oía un disparo. Los soldados y oficiales franceses miraban. Más tarde supe que cuando los alemanes se encontraban inesperadamente con un soldado armado, se contentaban con obligarle a romper su fusil y tirar sus cartuchos. Hacía tiempo que estaba firmemente determinado a hacer todo lo posible por no caer prisionero. Si me hubiera considerado útil, habría tenido, espero, el valor de permanecer en mi puesto. A falta de cualquier resistencia, mi inutilidad se volvía flagrante; o, más bien, me pareció claramente que mi única forma de seguir prestando servicio, de alguna manera, a mi país y a los míos, consistía en huir antes de que acabara de cerrarse la trampa.

Una tentativa de fuga hacia el oeste —suponiendo que aún pudiera encontrar una ruta libre— sólo habría servido, manifiestamente, para ser atrapado un poco más lejos, en el callejón sin salida de la península bretona. Asimismo, hacia el sur tenía grandes probabilidades de no poder franquear el Loira. Al menos, eso es lo que me dije en aquel momento. Luego me enteré de que, desmintiendo mis suposiciones, los alemanes no ocuparon Nantes hasta el día siguiente. Pero, ¿habría logrado alcanzar dicha ciudad? ¿Cómo? También he pensado que en Brest quizá habría logrado embarcar para Inglaterra. Pero, ¿tenía derecho a abandonar a mis hijos en un exilio indefinido? Sea como fuere, después de unos minutos de reflexión sobre la acera de aquella calle empinada, escogí la salida que me pareció más sencilla y, por lo tanto, más segura. Fui a la casa que habitaba. Me quité la guerrera, y mi pantalón de tela cruda no tenía nada que evocara particularmente el uniforme. Del amo de la casa que, como su hijo, dio muestras de mucha gallardía, obtuve sin problema el présta-

mo de una chaqueta y una corbata. Después de entrar en contacto con un amigo que era profesor en Rennes, pedí una habitación en un hotel. Juzgando que como mejor se oculta uno es bajo su personaje real, inscribí, sobre la ficha que me presentaron, mi nombre verdadero, así como mi profesión. Mis cabellos grises eran una garantía de que bajo el universitario nadie buscaría un oficial. A menos que la *Kommandantur* tuviera la idea de cotejar las listas de los hoteles con la nómina de mandos del ejército. Al parecer, no se le ocurrió. Sin duda, nuestros amos, exultantes, se contentaban con capturar prisioneros.

Pasé así una docena de días en Rennes. Constantemente, en la calle, en los restaurantes, en el propio hotel, me codeaba con oficiales alemanes, desgarrado entre la gran tristeza de ver las ciudades de mi país entregadas al invasor, la sorpresa de una cohabitación pacífica con hombres que, días antes, sólo habría abordado con el revólver en mano y, por último, el placer malicioso de jugarles una mala pasada a esos señores sin que lo sospecharan. En realidad, esta última satisfacción era espúrea. Siempre me ha resultado molesta la idea de vivir en el engaño y, aunque éste habría resultado aprobable, según creo, para los casuistas más severos, a veces me sorprendía comprobar con qué perseverancia sostener la farsa. Cuando volvió a funcionar el tren, me dirigí a Angers, donde tengo amigos, y, desde ahí, llegué por carretera a Guéret, a ver a los míos. De los dulces momentos del «volverse a ver», como dice bien nuestra antigua lengua, no consignaré aquí nada. Me hacen latir el corazón demasiado fuerte para poder hablar de ellos. ¡Que los cubra el silencio!

En estas lindes se ha confinado mi experiencia. Me refiero a la guerra actual, pues la anterior sólo aparecerá como telón de fondo. He participado en el trabajo y la vida de estados mayores de un rango bastante elevado. Ciertamente, no he sabido todo lo que se hacía en ellos. He llegado a ignorar, como se verá, informaciones de máxima utilidad para mi propio servicio. Pero he podido observar, día a día, los métodos y los hombres. En cambio, nunca he visto personalmente de cerca el combate. He tenido contactos demasiado esporádicos con la tropa. Sobre estos aspectos estoy obligado a recurrir, ante todo, a testimonios ajenos, que estuve bien situado para recoger y calibrar. Sin duda, es suficiente para justificar algunas reflexiones, aunque en ningún modo equiparable con

la visión directa, que no tiene igual, si los ojos ven bien, en cuanto a autenticidad y a sabor humano. Por otra parte, nadie puede pretender haber contemplado o estar informado de todo. Que cada uno diga con franqueza lo que tenga que decir; la verdad surgirá de estas sinceridades convergentes.

II. DEPOSICIÓN DE UN VENCIDO

Acabamos de padecer una derrota increíble. ¿De quién es la culpa? Del régimen parlamentario, de las tropas, de los ingleses, de la quinta columna, responden nuestros generales. En suma, de todo el mundo menos de ellos mismos. ¡Cuánto más sabio era el buen Joffre! «No sé —decía—, si soy yo quien he ganado la batalla del Marne. Lo que sí sé es que, si la hubiéramos perdido, habría sido culpa mía.» Sin duda quería recordar así que un jefe es responsable de todo cuanto se hace bajo sus órdenes. No importa que no haya tenido la iniciativa de todas y cada una de las decisiones adoptadas, que no haya estado al corriente de todas las operaciones. Porque es el jefe y ha aceptado serlo, le corresponde atribuirse, para bien y para mal, los resultados. La gran verdad que este hombre sencillo expresaba con tanta sencillez adquiere hoy un sentido todavía más pleno. De vuelta de la campaña, apenas había oficiales que abrigaran dudas al respecto: por más vueltas que se le den a las causas profundas del desastre, la causa directa —que exigirá una explicación— fue la incapacidad de los mandos.[1]

Temo que esta afirmación, por su brutalidad, choque en muchas personas con prejuicios poderosamente arraigados. Nuestra prensa, casi en su totalidad, y todo lo que nuestra literatura tiene de profundamente académico, han generalizado en nuestro modo de pensar el culto de las convenciones. Un general es, por su propia naturaleza, un gran general y, a pesar de haber conducido a su ejército a la desbandada, le han condeco-

1. Por añadidura, lo corroboró el propio general Weygand, antiguo director del Centro de Estudios Militares Superiores y ex generalísimo, al decir, el 25 de mayo de 1940 (*Les Documents secrets de l'État-Major général français*, p. 140): «Francia ha cometido el error de entrar en guerra sin disponer del material necesario *ni de la doctrina militar necesaria*» (julio de 1942).

rado con un cordón de la Legión de Honor. Sin duda, imaginan que así, corriendo un púdico velo sobre los errores más crasos, preservan la confianza de la nación, cuando en realidad no hacen otra cosa que sembrar una peligrosa irritación entre quienes ejecutan las órdenes. Pero hay más factores y, en definitiva, más respetables.

Una ley histórica singular parece gobernar las relaciones de los estados con sus jefes militares. Cuando vencen, casi siempre son mantenidos al margen del poder; cuando son derrotados, lo reciben de manos del país que no han sabido llevar a la victoria. Mac-Mahon, a pesar de la tragedia de Sedán, o Hindenburg, después del derrumbamiento de 1918, presidieron el destino de los regímenes emanados de sus derrotas; y Francia no escogió ni se dejó gobernar por el Pétain de Verdún ni el Weygand de Rethondes. Evidentemente, no ignoro que en estos triunfos no todo es espontáneo. Pero no por ello dejan de responder a una suerte de psicosis de la afectividad colectiva. A los ojos de los pueblos vencidos, los uniformes atestados de estrellas y medallas, simbolizan, junto a los sacrificios consentidos sobre el campo de batalla, las glorias del pasado y quizá del porvenir. No creo que una opinión que se oponga a la verdad merezca jamás que se evite contradecirla. Pienso, como Pascal, que es un extraño celo aquel «que se irrita contra quienes denuncian los errores públicos, y no contra quienes los cometen»... «Los santos no se callaron jamás», escribió en otro lugar. No es una consigna en pro de la censura, pero merece ser meditada por todo aquel que, sin aspirar, ¡ay!, a la santidad, se afane simplemente por alcanzar la modesta moralidad del hombre honesto. Pero, dada la sinceridad de esta emoción, resulta difícil censurarla ásperamente sin sentir cierto pesar.

Acabo de hablar de «los mandos». Apenas la palabra salió de mi pluma, el historiador que llevo dentro se escandalizó de haberla escrito. En efecto, el abecé de nuestro oficio predica que hay que rehuir los grandes conceptos abstractos para buscar restablecer las únicas realidades concretas que se esconden tras ellos, los hombres. Los errores de los mandos fueron ante todo los de un grupo humano.

No tuve demasiados contactos directos con los grandes jefes, alejado como estaba de ellos por la modestia de mi grado y mis funciones. Al único que tuve la oportunidad de ver en ocasiones más de cerca fue al general Blanchard. Lo recuerdo sobre todo como un hombre muy bien educado. La última vez que me hizo el honor de dirigirme la palabra fue

cuando me encontró en Normandía, después de mi regreso de Flandes, para decirme atentamente: «¡Vaya! Así que usted también ha logrado salir indemne de esta aventura». Me pareció una observación un tanto desenfadada. «¡Bendigamos nuestra feliz aventura!», exclama por su parte Félix en la última escena de *Poliuto*.* Y Voltaire comenta: «Estas palabras, después de haber cortado el cuello de su yerno, provocan algunas carcajadas». En la aventura de Flandes, Blanchard había perdido la mitad de su ejército y dejado atrás, en calidad de prisioneros voluntarios, junto con su propio jefe de estado mayor, al oficial que había nombrado personalmente como su sucesor. Pero soy consciente de que no hay que juzgar a las personas por unas palabras casuales. Un día en que me convocaron al alba al castillo de Attiches para telefonear al Alto Estado Mayor del ejército británico, pasé más de una hora en la sala donde se encontraba el general: sin decir palabra, sin apenas un gesto, petrificado en una inmovilidad trágica, contemplaba fijamente el mapa extendido sobre la mesa que nos separaba, como si buscara en él la decisión con la que no acertaba a dar. También en Attiches escuché, harto involuntariamente, salir varias palabras de su boca, sobre las que volveré más adelante. Pero, en conjunto, apenas si lo pude conocer más que a través de sus actos de mando. Y, sobre este extremo, me resulta difícil trazar la línea divisoria entre sus actos personales y los que se debieron a su entorno.

Evidentemente, tuve una confianza mucho mayor con los oficiales de estado mayor, mis jefes inmediatos o mis camaradas, en su mayoría de la fuerza permanente y licenciados de la Escuela de Guerra.

De hecho, fue tan grande que me he resistido a la tentación de realizar aquí un retrato, que naturalmente sería completamente arbitrario, del oficial de estado mayor arquetípico. Cuando hojeo mis recuerdos con los ojos cerrados, desfila por mi consciencia toda una galería de figuras perfectamente individualizadas: unas condenadas por siempre jamás a hacerme sonreír y otras que serán, mientras viva, de grato recuerdo.

El capitán B..., de la 3.ª oficina, al erguir su cabeza vacía en dirección al cielo, parecía ofrecer eternamente a la veneración de las masas, como si de un sagrado sacramento se tratara, la ciencia libresca de la que era de-

* Obra teatral de Corneille inspirada en la vida del mártir homónimo de Melitina (Armenia), convertido al cristianismo por su amigo Nearco y que padeció martirio por su fe en tiempos de Valeriano. *(N. del t.)*

positario desde que asistiera a un curso de táctica. El capitán X... —éste de nuestra región—, sobre todo fuerte en habladurías, que grande en la acción, consiguió en pocos meses granjearse el odio de todo el personal de secretaría al que, por la gracia de una vocación inherente al mando, se creía en el deber de «meter en cintura»: cuando se iba a dormir al sótano, ¡qué risotadas estallaban a sus espaldas! Cómo confundir a estos matasietes con nuestro encantador cantinero, tan servicial, tan bravo y tan modesto, tan discretamente eficaz en sus funciones de ayudante del jefe de oficina y, después, del oficial de enlace, y a quien sólo puedo hacerle un reproche: el arrebato de desaliento o depresión física que, ante el derrumbamiento de sus sueños de guerrero de cromo, lo llevó una tarde, en la atmósfera cargada de Steenwerk, a dejarse capturar inútilmente. Cuánto debió sufrir para llegar a ese punto, y cuánto más cuando se enterara, a través de un periódico alemán, de la firma del armisticio. Las personas que acabo de nombrar ya las teníamos bien calibradas desde la época de Bohain. Pero los días ardientes de la campaña, en diversos sentidos, nos iban a brindar más de una revelación.

De aquel oficial superior que había combatido en la guerra de 1914-1918 obteniendo grandes honores, ya conocíamos por adelantado, junto con sus cualidades, indudablemente atractivas, sus peligrosos defectos: su sentido de lo concreto, pero también su desorden; su capacidad de «espabilarse», pero también su obstinada repugnancia a prever nada; su amabilidad, pero también, a veces, su falta de franqueza. ¿Quién habría previsto, sin embargo, que se desmoronaría cuando llegara el momento de entrar en acción? Sinceramente, hoy creo que, en aquel momento, fuimos injustos con él. Atribuimos malévolamente a la flaqueza ante el peligro lo que —al tiempo que alimentaba en él ese nerviosismo que parecía tan cercano al miedo— era, ante todo, la conciencia casi prematura de una catástrofe de unas proporciones que crecían sin parar, la ansiedad de una carga demasiado pesada, tanto como un sentimentalismo excesivo: ¿no me confesó en Attiches que no se había sentido con fuerzas para nombrar, él mismo, a aquellos de sus colaboradores que deberían permanecer en el puesto que por entonces se consideraba más expuesto? Pero hay algo indudable: abrumado sin duda por años de oficinas y pedagogía, ese soldado de carrera había dejado de ser —con todo lo que la palabra comporta en términos de dominio de sí mismo y de implacabilidad— un jefe.

En el segundo panel del díptico, ¿cómo podría resistirme al placer de evocar la espigada y rubia silueta del querido capitán de artillería que, en las horas más inciertas que vivimos en Attiches y Steenwerk, ejerció, en el escalón avanzado, el mando de nuestra oficina? Anteriormente, en Bohain, donde tuvo a sus órdenes la sección de abastecimientos, lo habíamos juzgado demasiado puntilloso y a veces malhumorado. No tenía la mente demasiado ágil y, audaz y apasionado, se jactaba en cuanto tenía ocasión de detestar el trabajo intelectual. Su franqueza para defender, aunque fuera contra sus superiores, las opiniones que consideraba correctas, empujaba a apreciarlo; pero su afición a la polémica exasperaba. Su aprecio, algo artificial, por las bromas escatológicas, hastiaba hasta a los menos mojigatos. Sus prejuicios políticos, sociales (pues procedía de la alta burguesía) y, supongo, raciales, eran diametralmente opuestos a mi visión personal del mundo. Éramos unos camaradas correctos, aunque sin excesiva cordialidad por ambas partes.

Pero llegó la campaña del Norte. Cuando todo hubo concluido, el general Prioux decidió que cada oficina nombrara a un oficial, que se quedaría junto a él a esperar al enemigo. T..., como he dicho, era entonces nuestro jefe. Consideró que, como era el jefe, esta misión de sacrificio le correspondía en exclusiva a él. Tenía un juicio lo bastante sólido para no considerar que formara parte de los deberes honrosos del soldado dejarse encarcelar inútilmente: de hecho, más tarde me confesaría haber pasado toda la noche siguiente con el ojo clavado en el agujero de la verja por la cual, en cuanto llegaran los alemanes, tenía pensado zafarse de sus garras, revólver en mano. Lo habría intentado sin duda si, casi en el último minuto, un incidente inesperado no le hubiera devuelto su libertad de movimiento. De noche apareció en el puesto de mando el general que dirigía el 4.º cuerpo; dado que las unidades que tenía a sus órdenes no podían volver a atravesar el Lys, había tomado la resolución de unir su suerte a la del comandante del ejército. Lo acompañaba nuestro cantinero, que hacía las veces de oficial de enlace del general. Como he recordado antes, nuestro pobre amigo se negó a aprovecharse de la oportunidad que le ofrecieron de dirigirse a la costa. Su abnegación cansada salvó a T... En efecto, el general sólo había pedido un prisionero de oficio por oficina. T... fue autorizado a partir. La mañana siguiente tuvimos la alegre sorpresa de verlo surgir, con un retraso mínimo, en nuestra primera cita, no lejos de Hondschoote, encaramado a una flamante bicicle-

ta que había descubierto, mientras se alejaba, en las calles desertadas de Bailleul. Recuerdo que, la noche antes, ambos nos habíamos despedido, por lo que estábamos algo emocionados. Y si no nos dijimos entonces, con tantas palabras, que no habíamos sabido conocernos mutuamente y que mucho lo lamentábamos, es porque esas cosas no se dicen: basta con que se sientan al unísono. La vida nos ha separado hoy. Hasta el punto que ignoro, mientras escribo, si se cuenta aún entre los vivos. Si la vida nos vuelve a juntar, será, me temo, para que volvamos a llevarnos la contraria. Pero no como antes. Yo sería incapaz de borrar de mi memoria los pocos minutos cargados de electricidad humana en el jardín de Steenwerk.

Ni lo que había ocurrido antes y propició esos minutos. Uno de los privilegios del hombre de acción es sin duda que, en la acción, sus defectos se diluyen, al tiempo que irradia virtudes, hasta entonces aletargadas, y les confiere un brillo inesperado. Ésa fue la metamorfosis que nuestro camarada ejemplificó remarcablemente. Siempre había sido concienzudo y sincero, pero además desistió de su apego a las nimiedades y su afición a la contradicción desapareció. Siempre dispuesto a dar una información o una indicación, fue el jefe que sabe dejar la libertad necesaria a quienes ejecutan la tarea, sin renunciar en ningún momento a su responsabilidad por todo lo que ocurría. Hizo gala de paciencia y calma en los peores momentos, mostrándose tan pródigo con su propio cansancio como atento con el ajeno. ¡Y con una enorme simpatía! Acababa de descubrir a un hombre.

No obstante, en ningún grupo humano los individuos lo son todo. Especialmente porque sus peculiaridades tienden a esfumarse en cuanto entran a formar parte de una comunidad sólidamente constituida. Una formación inicial impartida con criterios bastante uniformes, el ejercicio de la misma profesión, el sometimiento a normas comunes de vida, quizá no constituyan los cimientos más fuertes. Precisan el complemento, junto a las tradiciones transmitidas de viejos a jóvenes o de jefes a subordinados, del sentimiento de una suerte de prestigio colectivo. Es el caso por antonomasia de lo que podríamos llamar corporaciones militares. En la nación, los medios de los oficiales de carrera ya constituyen una pequeña sociedad muy diferenciada: en virtud de infinidad de pervivencias, es sin duda la más apta para evocar en nuestra civilización, relativamente equilibrada, la imagen de lo que en la antigua Francia fue el concepto no tan-

to de clase como de «orden». En la nobleza de antaño, pese a las enormes diferencias de rango, imperaba la conciencia de una genuina igualdad de principio, hasta el punto de que incluso el rey, en relación con ese código, no era más que «el primer gentilhombre de su reino». Algo semejante ocurre hoy: cuando un general, aunque sea de los más altos grados, entra en una sala donde trabaja un modesto subteniente, nunca dejará, por la más elemental de las cortesías, de tenderle la mano. Pero, ante un suboficial —por no hablar del simple soldado—, deberán concurrir circunstancias excepcionales para que tenga ese gesto. De igual modo, en el seno del ejército, el mundo de los oficiales de estado mayor se nos antoja un colectivo notablemente homogéneo.

Entre sus rasgos generales incontestables, probablemente uno de los que más le honra sea el respeto del deber profesional. Comparte esta inclinación, según creo, con la mayoría de los oficiales de todo rango. Supongo que, entre los licenciados de la Escuela de Guerra, como en todas partes, los hay vagos, sin conciencia. Quizá con una sola excepción —y, aun así, se trataba de un personaje que manifiestamente ya había sido juzgado por sus pares y relegado a un estado mayor insignificante—, nunca me topé con ninguno. Se trata de una gran virtud, que muy pocos otros cuerpos de funcionarios poseen hoy, mucho me temo, en semejante grado.

Se ha hablado mucho del desdén que siente el oficial de estado mayor por el oficial de tropa. No me permitiré negar que, entre algunos vanidosos a fin de cuentas bastante escasos, se dan ejemplos de la irritante jactancia típica de la Escuela de Guerra. Sin embargo, debo hacerles justicia precisando que casi todos los licenciados que he conocido proclamaban alto y claro su deseo de integrarse entre la tropa. Quizá fuera en parte fruto de la moda. Conozco a muchos que, cuando se vieron entre la espada y la pared, perdieron mucho de su entusiasmo. Pero he tenido la sensación de que, al menos entre los jóvenes, estas declaraciones respondieron en la inmensa mayoría de los casos a un sentimiento perfectamente sincero. Pese a lo cual no deja de ser sintomático que la corrección política haya exigido semejante profesión de estima por la aportación de la tropa.

En cuanto a los malentendidos que, como en tantos ejércitos, surgen en cualquier nación entre quienes ejecutan las órdenes y quienes las dan, estos últimos no son sin duda sus únicos responsables. Pues los problemas no se presentan, en cada escalafón, bajo el mismo ángulo, y ponerse

mentalmente en el lugar de otro siempre ha constituido, tanto en la base como en la cima de la jerarquía, una gimnasia singularmente compleja. A este respecto es incontestable que los estados mayores cometieron muchos pecados. Pero se debió mucho menos, en mi opinión, al desprecio que a la falta de imaginación y de sentido concreto.

Cuando todavía no combatíamos, nos dedicábamos a menudo a desplazar unidades sobre el mapa: ¿cuántos de nosotros nos representábamos bastante vívidamente el cúmulo de molestias materiales y, desde el campo de visión de la moral, el desaliento que provoca entre la tropa abandonar en pleno invierno un acantonamiento en el cual el soldado ya se ha hecho su nido, para instalarse en un nuevo emplazamiento que muy a menudo sólo le ofrece instalaciones mediocres y mal adaptadas? Pero hubo peores ingredientes. Durante la guerra anterior, había constatado en varias ocasiones la incapacidad de los mandos para calcular con exactitud el tiempo que tarda una orden emitida desde un cuartel general en llegar, de etapa en etapa, hasta el punto en que debe ser ejecutada: aquel cuyo espíritu carece de capacidad de visión no aprenderá jamás en los mejores manuales a medir por adelantado este recorrido, y aún menos los errores que puede cometer un agente de enlace por caminos enfangados. El 22 de julio de 1918, cuando me encontraba en el ejército de Mangin —cuyos métodos eran en este sentido particularmente enojosos—, tuve la angustia de recibir personalmente una orden de ataque de este tipo, mucho antes de poder hacerla llegar a sus destinatarios, que ya se habían puesto en marcha. Finalmente llegó tan tarde a su destino que el batallón encargado de la operación no pudo proceder al reconocimiento del terreno antes del alba, se lanzó al asalto totalmente desorganizado y fue masacrado inútilmente casi en su totalidad. No estoy seguro de que la organización de esta guerra haya estado exenta de semejantes extravíos. A este respecto, habría que incriminar al conjunto de cierta tradición en la formación intelectual. Tendremos ocasión de volver sobre este punto.

Existe, es cierto, un remedio sencillo y de todos conocido. Basta con imponer, por fracciones, un movimiento de ida y vuelta entre los dos grupos de oficiales de que se trate. Pero a los grandes jefes no les gusta cambiar de colaboradores. Recordemos que, en 1915 y 1916, su reticencia a resignarse a perderlos había provocado un auténtico divorcio entre el punto de vista de los combatientes y el de los estados mayores. Cuando se impuso finalmente el relevo de estos últimos, al haberse retrasado

demasiado hubo que realizarlo en dimensiones masivas y la tropa, diezmada, ya no podía proporcionar el número necesario de elementos apropiados: en efecto, no todo buen comandante de compañía o de batallón es necesariamente buen oficial de estado mayor. Vi con gran inquietud cómo se reproducía, durante el invierno de 1939-1940, esta cristalización de los mandos; en esta ocasión traté de señalar los peligros de ese proceder a las altas esferas. La crisis de los meses de mayo y junio fue demasiado brusca para que pudieran manifestarse.

Los oficiales de estado mayor, honestos, eminentemente deseosos de dar muestras de buen comportamiento, profundamente patriotas, de espíritu más ágil en su mayoría que el resto de la Escuela Politécnica o de Saint-Cyr, en las que también se forman ellos, en ocasiones auténticamente brillantes, constituyen, en su conjunto, un cuerpo digno de estima. Pero no deja de ser indiscutible que, por sí mismos o por los jefes que surgieron de entre ellos, nos han conducido a la derrota. ¿Por qué? Antes de tratar de explicarlo, sin duda será preferible intentar exponer cómo.

No me he propuesto en modo alguno escribir aquí una historia crítica de la guerra, ni siquiera de la campaña del Norte. Carezco de los documentos necesarios para ello, así como de la competencia técnica. Pero existen constataciones demasiado claras como para que dudase formular y que no pueden esperar más tiempo.

Muchos errores de diversa índole, cuyos efectos se acumularon, condujeron a nuestros ejércitos al desastre. Por encima de todos ellos se yergue una gran carencia. Nuestros jefes o quienes actuaron en su nombre no supieron pensar esta guerra. Dicho de otro modo, el triunfo de los alemanes fue esencialmente una victoria intelectual, y eso fue quizá lo más grave.

Creo que aún se puede ser más preciso. El principal rasgo distintivo de la civilización contemporánea con respecto a las que la han precedido es el siguiente: desde comienzos del siglo XIX, el concepto de distancia ha cambiado radicalmente de valor. Esta metamorfosis se produjo aproximadamente en el lapso de una generación y, pese a su rapidez, se ha integrado progresivamente con tanta intensidad en nuestros hábitos que la fuerza de la costumbre ha logrado enmascarar en parte su carácter revolucionario. Pero la actualidad se ha encargado de abrirnos los ojos. En

efecto, las privaciones de la guerra o de la derrota han actuado en Europa como una máquina que remonta en el tiempo, devolviéndonos bruscamente a un pasado que creíamos desaparecido por siempre jamás. Escribo estas líneas en mi casa de campo. El año pasado, cuando mis abastecedores y yo disponíamos de gasolina, la cabeza de partido que constituye nuestro pequeño centro económico parecía estar en nuestra puerta. Este año, los más ligeros de piernas tenemos que contentarnos con desplazarnos en bicicleta y, cuando el asunto es grave, con un carro tirado por un asno: cada partida hacia el pueblo tiene aires de expedición. ¡Como hace treinta o cuarenta años! Los alemanes han hecho una guerra de nuestros días, bajo el signo de la velocidad. Nosotros, por nuestra parte, ni siquiera hemos tratado de librar una guerra de ayer o antes de ayer. Pese a asistir repetidamente al espectáculo de los alemanes atareados con su guerra, no hemos sabido o no hemos querido comprender el ritmo, acompasado a las vibraciones aceleradas de una nueva era. Hasta el punto de que, en realidad, los dos adversarios que se enfrentaron en nuestros campos de batalla pertenecían a dos eras diferentes de la humanidad. En suma, hemos reproducido los combates familiares a nuestra historia colonial, en los que se enfrentaban azagayas contra fusiles, con la diferencia de que, en esta ocasión, el rol de primitivos lo teníamos nosotros.[2]

Repasemos la lista de los puestos de mando del 1.er ejército durante la campaña del Norte: Valenciennes, Douai, Lens, Estaires, Attiches, Steenwerk. A cada presión del enemigo se respondió con un repliegue. Nada más natural. Pero, ¿de cuánto fueron esos saltos? En cada ocasión, de 20 a 35 kilómetros. Nunca más. En otras palabras —pues, como ya nos enseñó Vidal de La Blache, es en distancias horarias en lo que hay que pensar—, como máximo media hora de coche. Naturalmente, los desplazamientos de la línea de resistencia fueron equivalentes. Al menos se ajustaron al trazado que nuestros mandos creían poder imponer al ene-

2. Pueden hallarse observaciones sagaces sobre la aceleración del ritmo que las metamorfosis del pasado imponen al pensamiento, en un librito donde probablemente a nadie se le ocurriría ir a buscarlas: el de Charlesworth sobre las rutas y el tráfico comercial en el Imperio romano. (M. P. Charlesworth, *Trade-routes and commerce of the Roman Empire*, Ares, Chicago, 1974, 2.ª ed. Londres, 1926). Véase el razonamiento de la página 225. En particular: «Los hombres deben tomar hoy sus decisiones con una presteza que habría dejado de piedra a nuestros antepasados». (Julio de 1942).

migo. En nuestra escuela de Lens, oímos nítidamente cómo se combatía con metralletas. Por sugerente que haya resultado, para los viejos soldados de 1914, este recuerdo de sonidos algo olvidados, no creo que la intención de nuestros jefes fuera complacer a su estado mayor. Simplemente, lo que ocurrió es que los alemanes avanzaban más deprisa de lo que parecían imponer las normas de urbanidad. Sucedió en la práctica una y otra vez. Una «estrategia hebdomadaria», como llamaba a este método uno de mis camaradas: uno de esos jóvenes que, cuando menos, sabían ser de su época y sufrían cuando sus superiores les volvían resueltamente la espalda. Sin embargo, no era necesario haberse desgastado las posaderas de los pantalones sobre los bancos de la Escuela de Guerra o del CHEM. (Centre des Hautes Études Militaires, «Centro de Estudios Militares Superiores»), para comprender una situación diáfana. Evidentemente, una vez aplastado el ejército del Mosa y a pesar de que, en nuestro propio frente, el enemigo presionaba cada día con mayor insistencia, subsistía una posibilidad de salvación: «descolgarse» y luego restablecer una nueva línea defensiva por detrás, muy lejos, para impedir que pudiera ser barrida antes de haber sido consolidada. En lugar de ello, se limitaron a precipitar en la brecha, una tras otra, a pequeñas unidades condenadas a un aplastamiento inmediato, mientras se obstinaban en mantener las posiciones avanzadas de Valenciennes y Denain; hasta el momento en que, una vez decidido el repliegue hacia el litoral, las divisiones que se habían apostado en dichas ciudades no lograron unirse a tiempo a las tropas que retrocedían. Si Joffre, después de los combates de Charleroi y Morhange, hubiera procedido así, no habría ganado la batalla junto al Marne, sino que la habría perdido en torno a Guise. Y recordemos que, en su época, las tropas enemigas sólo avanzaban a pie.

Ignoro qué parte de responsabilidad en estos errores corresponde a los diversos escalones de la comandancia: al 1.er ejército, al cuartel general y, en el grado intermedio, al 1.er grupo de ejércitos. Este último fue encabezado primero por el general Billotte y, a partir del 25 de mayo, por el general Blanchard. Billotte, herido mortalmente el 21 en un accidente de automóvil, ya no está aquí para defenderse. Esta oportuna desaparición lo ha convertido en un chivo expiatorio natural. A juzgar por algunas conversaciones sorprendidas por azar en nuestro pequeño comedor de Maloles-Bains, no se privarán de endosarle este baldón.

Algo que resultará manifiestamente injusto. En caso de invasión de Bélgica por los alemanes, ¿cuál debía ser la réplica de los ejércitos franco-británicos? Durante todo el invierno, ese problema había mantenido en alerta a las oficinas de operaciones de los estados mayores. Dos soluciones habían polarizado a los respectivos bandos. Unos proponían esperar al enemigo a pie firme en una posición cuyos hitos eran el Escalda, en Bélgica, y hacia el este por la línea, lamentablemente bastante incompleta, de blocaos y fosas anticarros que seguía aproximadamente el trazado de nuestra frontera, sin descartar, evidentemente, lanzar algunos elementos de reconocimiento y dilación. Otros, en cambio, querían que la guerra tuviera lugar íntegramente fuera de nuestro territorio, para lo que instaban a ocupar de un salto la orilla izquierda del Dyle, la del Mosa belga y, en el intervalo entre ambos cursos de agua, dibujar una diagonal entre Wavre y Namur que atravesara las llanuras elevadas de la Hesbaye, desprovistas de obstáculos naturales. Todos sabemos que la segunda postura fue la que acabó imponiéndose. Parece probado que la influencia del general Billotte fue preponderante.

Es posible que el mero hecho de plantearse esta elección fuera imprudente. Lo fue, incontestablemente, en cuanto la resistencia belga, organizada en torno a Lieja, comenzó a dar muestras de debilidad. Habíamos previsto que nos daría varios días de tregua, los suficientes para aprovisionar y organizar nuestro nuevo frente. Pero como los puentes que hay en el terreno que media entre Lieja y Mastrique no pudieron ser derruidos en el momento preciso, la zona quedó cortada desde el inicio de la ofensiva alemana, y los testimonios de nuestros agentes de enlace no permitían dudar de que iba a caer rápidamente. Al propio tiempo, los primeros embates habían revelado otras sorpresas. Los tanques enemigos no sólo eran mucho más numerosos de lo que nunca hubieran imaginado nuestros servicios de información; algunos poseían además una potencia inesperada. La aviación alemana era de una superioridad manifiesta con respecto a la nuestra. La misión de establecer contacto, más allá del Dyle y la posición Wavre-Namur, había sido confiada al cuerpo de caballería, completamente motorizado, pese a que conservaba su nombre tradicional: «la única formación de la que no me ocupé jamás», como me dijo un día el veterinario del ejército. El general Prioux, que comandaba entonces esta ingente unidad, propuso ya el día 11 renunciar a la maniobra prevista. Nuestra línea defensiva debía trasladarse incontinenti al Escal-

da y la frontera. Una vez más, Billotte se opuso. Cuando un jefe de tan alto grado se toma la molestia de ejercer presión personalmente, en raras ocasiones es del todo ineficaz. Tengo motivos para creer que, después de una conversación con el comandante del grupo de ejércitos, Prioux se resignó al menos a edulcorar su informe, un informe que, en cualquier caso esto es seguro, no se tuvo absolutamente en cuenta.

Pero, ¿cuál habría sido la suerte del 1.er ejército y de las fuerzas británicas y francesas apostadas a su izquierda si no se hubiera abierto a su derecha inesperadamente la herida vida del Mosa? No me considero bastante competente para lanzar a posteriori una profecía al respecto. El 14 de mayo, una parte del frente que se nos había asignado fue derribada; la defendía una de esas divisiones marroquíes cuyos elementos indígenas soportaron particularmente mal, al menos al comienzo, los bombardeos aéreos y los ataques de los carros de combate. Pero la línea se restableció bastante rápido.

Incontestablemente, fue la debacle de los ejércitos del Mosa y Sedán la que, al dejar al descubierto la retaguardia de las tropas apostadas en Bélgica, condenó su maniobra a un fracaso ineludible. ¿Cómo explicar que el abrupto valle de un río amplio, que parece tan fácil de defender, haya sido tan mal defendido? Sobre este hecho, uno de los más notables de la guerra y probablemente el más sorprendente, no he podido recoger hasta ahora más que rumores sin consistencia. Lo que sé perfectamente es que se tardó mucho en deducir las consecuencias necesarias.

El 13 de mayo nos enteramos de la ruptura de la línea del Mosa; el mismo día, una orden firmada por Gamelin seguía prescribiendo la resistencia en la línea Wavre-Namur. La decisión de replegarse no se tomó hasta el 15 y ya he tenido ocasión de recordar que se hizo con cuentagotas. Al parecer nada sirvió para cambiar de métodos, ni la sustitución de Weygand por Gamelin (que se produjo el 20), ni la visita que, el día siguiente, el nuevo generalísimo hizo a Lord Gort y al general Billotte:[3] un viaje dramático que hubo que realizar en avión, pues las comunicaciones terrestres estaban cortadas hasta el mar. Fue a la vuelta de esta

3. Reproduzco aquí el relato que escuché contemporáneamente a los hechos. Si interpreto bien su informe del 22 de mayo al Comité de guerra franco-británico (*Les Documents secrets de l'État-Major français*, p. 130), Weygand no habría logrado encontrarse con Lord Gort. (Julio de 1942).

entrevista cuando el coche del comandante del grupo de ejércitos que, según se decía, obligaba a sus chóferes a conducir a tumba abierta, se estrelló contra un camión. ¿Cuál fue su papel personal en los acontecimientos que se habían producido desde el 13? No tengo datos luminosos al respecto. Pero hay algo seguro: los errores cometidos entonces fueron, por sus efectos, mucho más decisivos, y parecen por sí mismos mucho menos perdonables que, por temeraria que hubiera podido ser, la concepción inicial del plan de operaciones. A fin de cuentas, equivocarse al principio le ha ocurrido a prácticamente todos los grandes capitanes que se han dejado, alguna vez, entusiasmar; la tragedia comienza cuando los jefes no saben corregir. Pese a la desaparición de Billotte, nadie tuvo la impresión de que soplaran nuevos aires sobre la comandancia. Es probable que sus errores, innegables, los compartiera con toda una escuela. La campaña del Norte, con sus duras lecciones, ¿sirvió al menos para convencer a nuestros dirigentes de que el ritmo de la guerra había cambiado? La respuesta la hallamos en la historia de las últimas convulsiones en las que se debatieron los restos de los ejércitos que habían sobrevivido al desastre de Flandes. Los buques que nos habían permitido huir del cautiverio habían dejado sobre las costas francesas elementos dislocados para la retirada, por el propio embarque, en ocasiones por los naufragios, y completamente desarmados. Había que recomponer las unidades, asignarles nuevos mandos, equiparlas otra vez de pies a cabeza. Pero para esta reconstitución, delicada y necesariamente lenta, la alta comandancia escogió una zona que se extendía aproximadamente entre Évreux y Caen. El frente del Somme, en continuo movimiento, se encontraba en promedio a menos de 150 kilómetros de aquel lugar. Habría sido excesivo en tiempos de Napoleón y suficiente sin duda en 1915. En el año de gracia de 1940, resultó completamente inútil. Los alemanes nos lo demostraron de inmediato. Pronto hubo que retroceder hacia el sur; primero un poco, como de costumbre, y después mucho más lejos. Pero la gran debacle ya había comenzado. En realidad, en torno al Charente, por no decir el Garona, es donde nos debíamos haber reunido: ahí habríamos estado bien situados para dirigirnos en cualquier dirección, y quizá habríamos podido ser útiles. Cuando pienso en este episodio, tan semejante al que ya habíamos vivido en nuestros castillos normandos, la rabia todavía me corroe el corazón. Por otra parte, no fuimos las únicas víctimas de esta sorprendente impermeabilidad a las enseñanzas más claras de la

experiencia ni, ciertamente, las más deplorables. A medida que los alemanes avanzaban hacia la llanura del Saona, la cordillera del Jura y el Rin, pudieron acorralar al conjunto de los ejércitos franceses del este y casi a los de los Alpes. Desde el principio hasta el final de la guerra, el metrónomo de los estados mayores no dejó en ningún momento de llevar varios compases de retraso.[4]

Un episodio que en sí mismo careció de repercusiones prácticas, pero fue suficientemente significativo, acabó de demostrarme entonces que esta curiosa forma de esclerosis mental no se limitaba a las autoridades superiores, culpables de habernos asignado como lugar de refugio las inmediaciones del frente. Desde que, después de mil peripecias, se encargó al general que comandaba el XVI.º cuerpo la tarea de dirigir el trabajo de reagrupamiento, el estado mayor del 1.er ejército, ocioso y caído en desgracia, había sido confinado en dos casas de campo muy apartadas, al sur de Caen. El 15 de junio recibimos finalmente la orden de dirigirnos a Rennes. El desplazamiento debía realizarse en parte por ferrocarril y en parte por carretera. Como sólo disponíamos de un pequeño número de coches, se emplearon primero para transportar hasta la estación ferroviaria el destacamento nombrado para subir al tren. Cuando el trajín hubo concluido, hacia la puesta de sol, fui con uno de mis camaradas a ver al teniente coronel, el personaje de mayor grado que se encontraba entre nosotros. Habíamos acordado proponerle partir sin más dilación. Todo el mundo sabía que se estaban infiltrando en Normandía columnas motorizadas alemanas, lo que suponía una amenaza en particular para nuestras vías de comunicación hacia el sur. En un mano a mano inopinado con autoametralladoras, una caravana de oficiales armada a lo sumo de unos cuantos revólveres habría hecho un pobre papel. Corríamos el riesgo de que nos capturaran estúpidamente, en vuelo, por así decirlo, y semejante perspectiva nos desagradaba al extremo. El teniente coronel, como de costumbre, comenzó a titubear. Pero le parecía incómodo llegar a Rennes en plena noche, y esa preocupación por la comodidad le empujó a decidir esperar a los primeros rayos de sol para levantar el campo. La verdad me obliga a reconocer que no tuvimos ningún encontronazo con el enemigo.

4. «El Sr. Daladier dijo a la Cámara de Diputados, el 2 de febrero de 1937, que lamentaba no haberse topado, al volver a la calle Saint-Dominique, más que con una división mecanizada ligera, que él mismo había creado unos cuatro años antes.»

Pero eso no resta un ápice a la gravedad de aquella imprudencia. Me inclina a no considerar legendaria la desventura del jefe, de un rango mucho más elevado, que, según se decía, había visto cómo en el Oise su comedor fue acorralado por un destacamento de *feldgrau*.*

De igual modo, ¿acaso hemos sabido, durante toda la campaña, dónde se encontraba el enemigo? El que nuestros jefes siempre hayan conocido de manera imperfecta sus verdaderas intenciones y, peor aún, quizá, sus posibilidades materiales, se explica suficientemente por la mala organización de nuestros servicios de información. Pero la ignorancia en la cual hemos estado siempre respecto a sus movimientos cuando éstos se producían se debió, ante todo, a un desfase constante en la apreciación de las distancias. Nuestra propia marcha era demasiado lenta, nuestro espíritu, igualmente, carecía de suficientes reflejos para que aceptáramos que el adversario pudiera desplazarse con tanta rapidez. Al salir de Lens, el 22 de mayo, se decidió que el cuartel general se dividiera en dos grupos: un puesto de mando de combate en Estaires, y la fracción «pesada», más alejada del combate, o eso se creía, en Merville. Tuvimos una sorpresa mayúscula cuando la experiencia nos reveló que la fracción considerada «de retaguardia» se encontraba más cerca de la verdadera línea de fuego que la línea calificada «de vanguardia». Ya antes, cuando el enemigo abrió la brecha del Mosa, hubo que modificar apresuradamente, sobre la marcha, los puntos de desembarque de una división que, con el pretexto de tapar aquella grieta, nos disponíamos a lanzar a la boca del lobo.

Ya en Flandes, los errores de cálculo de esta índole se multiplicaron. Ocurrió que un general de división, al acercarse al punto que le había sido fijado para instalar su puesto de mando, comprobó que el enemigo había llegado antes que él. Todavía me estremezco al recordar la tragedia de la que estuve un día a punto de ser autor, autor inocente, osaré decir, ya que no tenía manera de informarme mejor, y sin duda no fue culpa mía si no se me comunicaba siempre a tiempo los datos de los cuales disponían las demás oficinas del estado mayor. Había prescrito un cambio de acantonamiento de una de las compañías de camiones cisterna, como medida de seguridad, ya que su emplazamiento anterior se había considerado demasiado próximo al frente oriental del ejército. En cuanto hube emitido la

* Feldgrau, «gris verdáceo», el color del uniforme de los soldados del ejército de tierra alemanes durante las dos guerras mundiales. *(N. del t.)*

orden me enteré de que los alemanes, acercándose por el suroeste, ya ocupaban el pueblo escogido. Milagrosamente, la compañía, detenida por un atasco, no llegó nunca a su destinación. Una fracción de un grupo de transporte automóvil fue menos afortunada: cuando se acercaba al lugar de estacionamiento que le había asignado el ejército, fue recibida por un sinfín de ametralladoras y masacrada o capturada.

Por último, ¿podría olvidar cómo nos enteramos de que nos iban a cortar la ruta hacia el mar en territorio francés? Hacía varios días que Lachamp y yo habíamos vuelto a enviar a un acantonamiento cercano a la costa la mayor parte del parque de combustibles. Como nuestros depósitos fijos habían sido progresivamente reducidos a los que teníamos en Lille y como cuando encontrábamos por casualidad algún vagón cargado de bidones sobre los rieles, lo más sencillo era dejar que cada unidad se abasteciera casi a su antojo, casi todo el personal de explotación se había vuelto inútil. Tan sólo habíamos guardado junto a nosotros, además de un pequeño destacamento de soldados de la tropa, a varios oficiales, encargados en su mayoría de mantenernos en contacto con los distintos cuerpos del ejército. Sin embargo, las tropas que se replegaban procedentes de todas las direcciones se iban amasando en un espacio cada vez más reducido, hasta el punto de que los puestos de mando de los diferentes cuerpos llegaron a estar lo bastante cerca como para poder todos visitarse cómodamente en uno o dos paseos. Nos pareció entonces poco sensato seguir exponiendo a los peligros del cautiverio amenazante a más oficiales de los que realmente necesitábamos. El 26 de mayo por la tarde, decidimos ordenar a uno de ellos que volviera con el grueso del parque de combustibles al día siguiente. Pero el 28 por la mañana, lo vi volviendo a Steenwerk. Sobre el itinerario que se le había marcado, entre Steenwerk y Cassel, se había topado con carros de combate alemanes. Era una noticia grave. Me encargué inmediatamente de avisar a nuestros jefes. «¿Está seguro de que no se trata de carros franceses?», me preguntó el primer camarada de la 3.ª oficina, al que nos habíamos dirigido. F... replicó que estaba convencido de que no era así, aunque sólo fuera porque había visto disparar a esas máquinas contra nuestras tropas. El general Prioux, ante quien fuimos todos juntos después, se mostró menos incrédulo: encajó el golpe sin rechistar. Pero todavía me pregunto cuánto tiempo habría tardado en llegarnos esa información si nuestro valiente teniente no hubiera pasado casualmente por ahí.

Sería sin duda injusto ceñir la observaciones anteriores a los escalafones superiores. Por lo general, los ejecutores de las órdenes tampoco lograron conciliar sus previsiones ni sus reacciones con la rapidez alemana. Por otra parte, ambas carencias estaban estrechamente relacionadas. No sólo la transmisión de las informaciones se realizaba considerablemente mal, tanto de arriba hacia abajo como en sentido inverso, sino que los oficiales de la tropa, que en su mayoría tenían menos sutileza teórica, habían sido formados en la misma escuela, a fin de cuentas, que sus camaradas de los estados mayores. A lo largo de toda la campaña, los alemanes conservaron el molesto hábito de aparecer donde no deberían haberse encontrado. No respetaban las reglas del juego. A comienzos de primavera, emprendimos la creación de un depósito de gasolina «semifijo» en Landrecies: una gran idea del Alto Estado Mayor, concebida de acuerdo con un tipo de guerra que nunca llegó a librarse más que sobre el papel. Un buen día del mes de mayo, el oficial encargado de la instalación del depósito se encontró en la calle con un destacamento de carros de combate. Le pareció que eran de un color extraño. Pero ¿conocía acaso todos los modelos que empleaba el ejército francés? Lo que más le sorprendió es que la columna parecía seguir con gran determinación su ruta, dirigiéndose apresuradamente hacia Cambrai, cuando la dirección hacia el «frente» era de hecho la contraria. En un pueblecito con calles en zigzag, no resulta raro que los guías se equivoquen. Nuestro hombre se disponía a tratar de alcanzar al jefe del convoy para indicarle la dirección correcta cuando un individuo más al tanto de los hechos le dio una voz: «¡Cuidado! Son los alemanes».

De modo que esta guerra ha estado hecha de constantes sorpresas. Desde el punto de vista moral, esta situación tuvo consecuencias al parecer muy graves. Voy a abordar un tema delicado y sobre el cual, como sospechará el lector, sólo tengo derecho a tener impresiones un poco lejanas. Pero algunas cosas deben ser dichas, brutalmente si es necesario. El hombre está hecho de modo tal que se prepara a afrontar un peligro previsto, en el lugar en que lo ha previsto, con una predisposición mucho mayor de la que jamás tendrá para soportar la aparición súbita de una amenaza de muerte en un recodo de una senda supuestamente apacible. Después de los episodios del Marne, vi cómo un batallón, que la noche anterior se había puesto valientemente en primera línea a pesar de ser objeto de un espeluznante bombardeo, sucumbió al pánico cuando cayeron

tres obuses, sin herir a nadie, al borde de una carretera, justo al lado de donde se acababan de armar unos pabellones mientras se recogía agua. «Nos hemos ido porque habían llegado los alemanes» fue una frase que oí a menudo los pasados meses de mayo y junio. Entiéndase: habían llegado donde no los esperábamos, donde nada nos había inducido a pensar que debiéramos esperarlos. De modo que ciertas deficiencias, mucho me temo, innegables, se debieron principalmente al ritmo intelectual demasiado lento con el que se habían educado las mentes. Nuestros soldados han sido derrotados y, en cierta medida, se han dejado derrotar con demasiada facilidad, ante todo porque pensábamos con retraso.

No sólo los encuentros con el enemigo han sido muy a menudo inesperados, por el lugar y el momento en que se produjeron, sino que tuvieron lugar, con una frecuencia creciente, de una manera para la que ni los jefes ni, más adelante, las tropas, estaban preparados. Todo el mundo habría tolerado pasar días enteros disparando a cubierto de trinchera a trinchera, aunque hubiera sido, como lo hicimos antaño en el Argonne, a unos pocos metros de distancia. Se habría considerado natural birlarse de vez en cuando un pequeño emplazamiento. Nos habríamos sentido harto capaces de repeler a pie firme una embestida, protegidos por alambradas, aunque nos hubieran diezmado las *minen*, o de lanzarnos al ataque, heroicamente, contra posiciones ya castigadas —aunque quizá de manera imperfecta— por la artillería. Todo ello bajo la dirección de los estados mayores, de acuerdo con hermosas ideas sobre las maniobras maduradas largo tiempo, sabiamente, por una y otra parte. Resultaba mucho más aterrador toparse de golpe con algunos carros de combate en campo raso. Los alemanes, por su parte, corrían un poco por doquier, cruzando caminos. Sopesando el terreno, se detenían cuando la oposición resultaba demasiado dura. Si golpeaban «en blando», por el contrario, se lanzaban hacia delante y explotaban después su avance organizando una maniobra apropiada o, más bien, según todos los indicios, escogían entre la multitud de planes que, de acuerdo con su oportunismo metódico, tan característico del espíritu hitleriano, tenían por adelantado en reserva. Creían en la acción y en lo imprevisto. Nosotros habíamos hecho profesión de fe en el inmovilismo y en la tradición.

En este sentido, nada hay tan significativo como los últimos episodios de la campaña a los que tuve ocasión de asistir: justo en el momento en el que habría podido creerse que las lecciones de la experiencia se ha-

bían por fin tenido en cuenta. Se había decidido defender Bretaña reagrupando en dicha región las tropas replegadas de Normandía y cuya comunicación con los ejércitos que habían retrocedido en dirección al Loira ya había cortado el avance enemigo, al oeste de París. ¿Qué plan se ideó? Se despachó incontinenti a un honorable general del cuerpo de ingenieros para que reconociera el terreno y estableciera una «posición» entre una y otra costa de la península. Pues no hay forma de resistir, ¿no es cierto?, si previamente no se ha trazado sobre el mapa y después jalonado con estacas sobre el terreno una hermosa «posición» continua, con sus empalmes, su línea avanzada, su línea de resistencia, etc. Es cierto que no disponíamos ni del tiempo preciso para preparar el terreno, ni de cañones para aprovisionar convenientemente las futuras trincheras, ni municiones para todos esos cañones, suponiendo que los hubiéramos podido encontrar. El resultado fue que, después de algunos intercambios de ráfagas de ametralladoras, según me contaron, en Fougères, los alemanes entraron sin encontrar oposición en Rennes (que teóricamente la mencionada «posición» debía proteger), se desperdigaron por toda la península y capturaron a un sinfín de hombres.

¿Hay que entender por ello que en aquel momento preciso —justo cuando Pétain anunció que solicitaría un armisticio— ya era imposible cualquier tipo de defensa? Más de un oficial pensaba lo contrario. Especialmente los jóvenes, ya que, desde que los acontecimientos se habían precipitado, el abismo generacional se había hecho más profundo. Pero los jefes, por desgracia, no pertenecían a la generación que gozaba de las arterias cerebrales más ágiles. Sigo creyendo hoy que nuestros «partidarios de llegar hasta el final», como se decía en 1918, no erraban. Soñaban con una guerra modernizada, con una insurrección contra los carros de combate y los destacamentos motorizados. Algunos hasta habían llegado, si no me equivoco, a elaborar los planes de dicha sublevación, que deben descansar ahora en sus archivos. La motocicleta, tan empleada por el enemigo y con tanto acierto, sólo circula rápidamente y sin demasiados percances sobre calzadas en buen estado; hasta los vehículos oruga se desplazan sobre el macadán con menor lentitud que en campo abierto; los cañones o vehículos remolcadores no toleran ninguna otra superficie.

Fieles a su programa articulado en torno a la velocidad, los alemanes enviaban a sus elementos de contacto casi exclusivamente por carretera. No había por lo tanto ninguna necesidad de protegerse estableciendo

puestos a lo largo de centenares de kilómetros, casi imposibles de avituallar y tremendamente fáciles de descubrir. En cambio, cuánto daño habrían hecho a los invasores algunos islotes de resistencia bien situados cerca de itinerarios de carretera, bien camuflados, con la suficiente movilidad y provistos de algunas metralletas y cañones antitanques, o incluso de los modestos cañones de 75 milímetros. Cuando descubrí en Rennes una columna alemana, compuesta en gran medida por motociclistas, que desfilaba tranquilamente por el bulevar Sévigné, sentí que se despertaban en mi interior viejos reflejos propios del soldado de infantería: algo absolutamente inútil, ya que no teníamos a mano más que a nuestros secretarios o a los hombres del parque de combustibles, ambos absurdamente privados de armas desde el inicio de la campaña. Qué tentador habría resultado esperar a aquella maldita columna junto a algunos bosquecillos de la región bretona que tan bien se prestan a las emboscadas, aunque no fuera más que con el modesto material de una compañía de ingenieros. Una vez logrado el efecto primero de desconcierto, nos habríamos ocultado rápidamente en el campo, para volver a comenzar más lejos. Estoy convencido de que tres cuartas partes de nuestras tropas habrían suscrito en seguida con fervor esa estrategia. ¡Ah! Lamentablemente, los reglamentos no preveían nada semejante.

Esta guerra acelerada requería obviamente un material idóneo. Los alemanes se habían dotado de dicho material. Francia no, o al menos, no en cantidad suficiente. Se ha repetido hasta la saciedad: no hemos tenido bastantes carros de combate, ni aviones, ni camiones, ni motos o tractores, lo que nos impidió desde el principio llevar a cabo las operaciones como correspondía. Es cierto, incontestablemente, y no es menos cierto que esta penuria lamentable y fatal no se debió exclusivamente a motivos de tipo específicamente militar.[5] Sobre este punto, a su debido tiempo, tampoco se silenciará nada en la presente obra. No obstante, los errores de unos no sirven de excusa para los de los demás, y la comandancia superior daría muestras de mala fe si se declarara inocente.

5. Hoy he llegado a la conclusión de que ese material, aunque ciertamente insuficiente, no escaseaba tanto como se ha dicho. Escaseaba en el frente. Pero, en retaguardia, teníamos tanques inmovilizados en hangares y aviones que no volaron nunca. A veces, ambos tipos de vehículos estaban desmontados. ¿Qué ocurrió en Villacoublay durante el

Pasemos por alto, si se quiere, la condena del crimen estratégico que obligó a las tropas del norte a abandonar, bien directamente en manos del enemigo, bien en las playas de Flandes, el equipo de tres divisiones motorizadas, de tres divisiones mecanizadas ligeras, de varios regimientos de artillería motorizada de campaña y de todos los batallones de carros de combate de un ejército. Con todo, ¡cuán útil hubiera sido todo ese hermoso material en los campos de la batalla del Somme o del Aisne!, sin duda el mejor con el que contaba la nación en armas. Pero el problema no se ciñó a los preparativos de la guerra. Si no contamos con suficientes tanques, aviones o vehículos de tracción, fue ante todo porque sepultamos en el hormigón unos recursos en efectivo y mano de obra, que indudablemente no eran infinitos, sin tener la prudencia de sellar lo suficiente nuestra frontera del norte, tan expuesta como la del este; porque nos enseñaron a confiar exclusivamente en la línea Maginot, construida con grandes recursos y gran refuerzo de la publicidad, pero inacabada por su izquierda, donde describía una curva y era fácilmente franqueable a la altura del Rin (aunque de este sorprendente episodio del paso del Rin sólo sé cuanto contó la prensa o, lo que es lo mismo, nada); porque, en el último minuto, se optó una vez más por construir apresuradamente en el norte blocaos de cemento que sólo estaban provistos de defensas hacia delante y fueron tomados por la retaguardia, unas defensas consistentes, entre otras cosas, en un espléndido foso anticarros que nuestras tropas se afanaron en excavar entre Cambrai y Saint-Quentin y que los alemanes salvaron sin problemas; porque una doctrina que hacía furor entre los doctrinarios afirmaba que habíamos llegado a uno de esos momentos de la historia de la estrategia en el cual la coraza es más poderosa que el cañón —léase: donde una posición fortificada resulta prácticamente inexpugnable—, con el agravante de que los mandos ni tan siquiera tuvieron el coraje, en el momento decisivo, de ser fieles hasta el final a una teoría que de todos modos habría condenado de antemano al fracaso la aventura de Bélgica; porque eran muchos los sabios profesores de táctica que des-

avance del ejército alemán hacia París? ¿Es cierto, como se ha dicho, que hubo que destruir en tierra numerosos aviones por falta de aviadores capaces de pilotarlos? Es una posibilidad que no me parece en modo alguno inverosímil. Conozco a un aviador civil, debidamente movilizado, que no fue autorizado a montar sobre un solo avión militar en toda la guerra.

confiaban de las unidades motorizadas,[6] cuyos movimientos consideraban demasiado pesados (en efecto, los cálculos les atribuían una capacidad de desplazamiento sumamente lenta, pues se imaginaban que, por seguridad, sólo debían moverse de noche, cuando la guerra de la velocidad se produjo casi exclusivamente de día); porque en el curso de caballería de la Escuela de Guerra se enseñaba que los tanques, cuyo valor defensivo era mediocre, eran prácticamente inútiles para la ofensiva; porque los técnicos, o los que así se hacían llamar, estimaban que los bombardeos de la artillería eran mucho más eficaces que los de los aviones, sin tener en cuenta que los cañones requieren que se traigan sus municiones de muy lejos, mientras los aviones van por sí solos, volando, a buscar las suyas; en una palabra, porque nuestros jefes, sumidos en un mar de contradicciones, pretendieron ante todo repetir en 1940 la guerra de 1914-1918. Los alemanes, en cambio, libraron una guerra propia de 1940.[7]

Se ha dicho que Hitler, antes de elaborar sus planes de combate, se rodeó de expertos en psicología. Ignoro si es cierto. No parece increíble. Es indudable que un ataque aéreo conducido con tanta energía como la que desplegaron los alemanes atestigua un conocimiento muy refinado de la sensibilidad nerviosa y de la forma de quebrarla. ¿Quién, habiendo oído una sola vez el silbido de los aviones que caen en picado hacia un suelo que van a acribillar de bombas, podrá olvidar jamás ese sonido? Ese largo grito estridente no asusta sólo porque se asocie a imágenes de muerte y ruinas. Por sí mismo, por sus calidades acústicas, por así decirlo, crispa todo el cuerpo y lo predispone al pánico. Al parecer, fue intensificado deliberadamente con ayuda de aparatos vibratorios apropiados. Y es que

6. «Por su propia naturaleza, la institución militar, fuertemente jerarquizada, se alimenta de conformismo.» (Paul Reynaud, *Le Problème militaire français*, París, 1937.)

7. La máquina simboliza lo nuevo. He ahí sin duda la razón de que nunca haya agradado demasiado a los profesores de estrategia. Al menos, entre nosotros, J. de Pierrefeu (*Plutarque a menti*, Grasset, París, 1941, p. 300) escribía antaño: «Robert de Beauplan, uno de los corresponsales del *Matin* en el famoso *Circuit de l'Est*, durante el cual Francia comprendió lo prodigioso de su aviación, me contó una sorprendente conversación que tuvo tras esa prueba triunfal con el general Foch, que comandaba el X.º cuerpo. En la meseta de Malzéville, cuando el cortejo volvía a sus automóviles, Foch lo tomó con confianza del brazo y le dijo: "Todo esto no es más que deporte, porque, para el ejército, el avión no tiene ningún valor"». Puede compararse con esta teoría un prólogo célebre del mariscal Pétain sobre los peligros de la motorización. Pero entre 1914 y 1918, hasta los estrategas habían tenido tiempo suficiente para comprender qué estaba ocurriendo. (Julio de 1942).

los alemanes no concibieron los bombardeos aéreos únicamente como un procedimiento de destrucción y masacre. Por ajustados que sean sus puntos de contacto con la tierra, los proyectiles no logran alcanzar nunca más que a un número relativamente reducido de hombres. En cambio, un ataque de nervios puede propagarse muy lejos y debilitar la capacidad de resistencia de las tropas en un vasto espacio. Ése era sin duda uno de los principales propósitos de los mandos enemigos cuando lanzaban sobre nosotros, oleada tras oleada, su aviación. El resultado no hizo sino responder demasiado bien a sus expectativas.

Una vez más, me veo forzado a abordar un tema que me infunde escrúpulos de todo tipo, al menos en lo que respecta a esta guerra. Únicamente los verdaderos combatientes tienen derecho a hablar del peligro, del coraje y de las vacilaciones del coraje. Sin embargo, voy a relatar con total franqueza una breve experiencia. Mi bautismo de fuego en 1940 (el de 1914 se remontaba a la batalla del Marne) se produjo el 22 de mayo, sobre una carretera de Flandes, pues no tengo en cuenta los bombardeos, relativamente alejados, de Douai o de los alrededores de Lens. Ese día, por la mañana, el convoy en el que iba mi coche fue ametrallado por aviones y, después, bombardeado. La metralla, que mató a un hombre no muy lejos de donde yo me encontraba, no me impresionó demasiado. Es cierto que en ningún caso es agradable que la muerte pase rozándonos, y cuando cesaron las ráfagas sentí una satisfacción completamente natural. Pero en todo momento mi inquietud había sido más racional que instintiva. Era un temor en frío: nada más alejado al menos en el mundo del miedo genuino. El bombardeo aéreo, por lo que supe, no provocó víctimas, al menos entre mis vecinos. Pero pese a ello me afectó sobremanera y, cuando me levanté de la cuneta donde me había acuclillado durante la tormenta, tuve que reconocer que me había estremecido de forma bastante despreciable. Hacia el final de la campaña sufrí varios bombardeos de artillería cuya intensidad seré el último en exagerar, pues ya había conocido antaño otros, aunque de una naturaleza muy distinta, pero que no dejaron, sin embargo, de ser bastante duros. Los soporté, creo, sin demasiado esfuerzo y sin perder la serenidad. Las bombas lanzadas por los aviones nunca me han permitido conservar el buen humor.

En mi caso es probable que influyera un reflejo adquirido. Desde la batalla del Argonne de 1914, el canto de abejas de las balas está inscrito en mis circunvoluciones cerebrales, como en los surcos de un disco un

estribillo listo para sonar desde las primeras vueltas de la manivela y tengo un oído bastante bueno para no haber olvidado, en veintiún años, el arte de calibrar por su sonido la trayectoria de un obús y evaluar su probable punto de caída. Me habían bombardeado muy raramente desde el aire y, ante ese peligro, era tan bisoño como mis reclutas. Sin embargo, la diferencia de temperatura que provocan los tres tipos de emociones descritas tiene un carácter tan general que hay que atribuirle forzosamente razones menos personales y más profundas. Por mucho que la ausencia, casi constante, de cazas franceses en aquel cielo hostil, así como la deplorable impunidad que se concedía a los bombarderos enemigos, tuvieron mucho que ver con el desánimo de las tropas, no son suficientes para explicarlo todo.

Es probable que por sí mismo, el bombardeo aéreo no sea realmente más peligroso que tantas de las demás amenazas a las que se expone el soldado. Al menos en campo abierto. Dentro de las casas, el derrumbe de los muros y la sacudida de la atmósfera, que se expande por ondas en un espacio demasiado estrecho, han provocado siempre verdaderas masacres. A descubierto, en cambio, los disparos de artillería, aunque sean poco densos, provocan al menos el mismo número de víctimas, creo yo; y la ráfaga de metralleta es la única que no perdona literalmente a nadie. Desde el principio de la campaña nos llamó la atención el número relativamente reducido de pérdidas achacables a los aviones enemigos, a pesar de que los informes del frente pintaban su actividad de una manera tan colorista. Pero estos bombardeos desde el cielo poseen una capacidad de sembrar espanto absolutamente única.

Los proyectiles caen desde muy alto y parecen, aunque sea falso, descender en picado. La combinación del peso y la altura les imprime un impulso visible y formidable, al que los obstáculos más sólidos parecen incapaces de resistir. En la propia dirección del ataque, unida a semejante poderío, hay algo inhumano. Como ante un cataclismo de la naturaleza, el soldado inclina la cabeza bajo ese desencadenamiento de fuerzas y tiende a creerse absolutamente inerme. (En realidad, un foso, e incluso un «cuerpo a tierra» ejecutado a tiempo, protegen bastante bien de las esquirlas, generalmente menos abundantes que en el caso de un buen obús. Sin tener en cuenta, naturalmente, los efectos directos de las bombas. Pero, tanto en el caso de la aviación como de la artillería, hay, como dicen los soldados veteranos, «muchos huecos».) El ruido es odioso, salvaje,

sumamente exasperante: tanto el silbido, intencionalmente potenciado, del que hablaba antes, como la detonación, que sacude el cuerpo hasta la médula. La propia deflagración, que agita el aire ambiente con una violencia inaudita, suscita en el espíritu una imagen de desgarro confirmada a la perfección por el espectáculo de unos cadáveres abominablemente destrozados y desfigurados, hasta el horror, por las estelas de los gases liberados por la explosión. El hombre, siempre temeroso de la muerte, nunca soporta de peor manera la idea de su propio fin que cuando se asocia a la amenaza de un descuartizamiento total de su ser físico; probablemente se trate de la forma más ilógica de su instinto de conservación, pero no por ello deja de ser como ninguna otra la más profundamente arraigada. Es posible que, si la guerra hubiera durado más tiempo, nuestros ejércitos habrían acabado acostumbrándose un poco a los terrores de los bombardeos aéreos, algo que constituye uno de los elementos casi indispensables de cualquier resistencia al peligro. El razonamiento habría demostrado que, pese a ser sin duda terribles, sus efectos materiales son comparables con los de ataques de otro tipo. En una guerra de velocidad, los cálculos de la psicología alemana tenían que dar necesariamente en la diana. Pero, ¡con qué sarcasmos se habría acogido en nuestros estados mayores la mera hipótesis de que se pudiera sacar de los laboratorios, para consultarles sobre problemas de estrategia, a unos sabios extrañamente ocupados en medir las sensaciones!

¿Hasta qué punto se puede hablar del desorden de los estados mayores? Al margen de que, como cabría esperar, las costumbres variaban mucho en función de cada grupo o cada jefe, el propio término debe emplearse con cautela. En efecto, hay más de un tipo de orden y, por lo tanto, de desorden. Todos los estados mayores que he conocido profesaban, a veces con una minuciosidad exasperante, el culto por los «papeles» bien confeccionados. Los documentos escritos tienen que presentarse de manera impecable. Las fórmulas de estilo obedecen a las leyes de una tradición rigurosa. En los cuadros, las cifras se alinean por columnas, como en un desfile militar. Los expedientes se clasifican con mimo; los documentos se registran debidamente, tanto al salir de los archivos como al entrar en ellos. En resumen, se trata de lo que podríamos llamar la vertiente burocrática del orden. Nada más natural que verlo florecer en tiempos de paz, entre hombres educados en un tipo de vida a su vez eminentemente burocrático. Disto mucho de despreciarlo: impone claridad

a las mentes, ahorra pérdidas de tiempo. Lamento tan sólo que este encomiable sentido de la limpieza en los documentos escritos no se haga siempre extensivo a los locales. Jamás he visto nada tan sucio ni fétido como el hogar en el que trabajaba cierto estado mayor de una sección acorazada; y el ayudante de compañía que hubiera dejado acumular en los dormitorios de la tropa la mitad del polvo que cubría en Bohain nuestras mesas y armarios no habría sido degradado. Es cierto que conozco varias antecámaras de ministerios que no tienen nada de militares y presentan un aspecto poco atractivo. Pero no sirven de excusa. ¿Me acusarán por ello de atribuir demasiada importancia a estas bagatelas? Reconozco que no aprecio en absoluto el descuido en las cosas, pues se transmite con facilidad a la inteligencia. He aquí, pues, una reforma útil que se puede proponer para el «restablecimiento» francés.

Tal como se practicaba, la apreciable regularidad administrativa de las notas o de los tablones de anuncios de los estados mayores tenía también su revés. Con ella se desperdiciaban recursos humanos que habrían podido emplearse mejor. Entre mis camaradas de la reserva me encontré con altos funcionarios y jefes de grandes empresas privadas. Al igual que yo, todos ellos estaban atónitos al verse obligados a realizar faenas burocráticas que, en su vida civil, habrían confiado a los más modestos de sus empleados. En calidad de responsable del abastecimiento en combustible de un ejército, durante meses pasé todas las noches sumando las cifras correspondientes a cada día. Es cierto que no empleaba en ello demasiado tiempo y que perfeccioné mi agilidad aritmética que, en un primer momento, lo confieso, tenía bastante oxidada. Pero, una vez sentados los principios de la contabilidad, cualquier escriba lo habría podido hacer, al menos, tan bien como yo. Mi caso no tenía nada de excepcional. Que nadie invoque el principio del «secreto», ya que mi borrador lo pasaba luego a limpio un simple soldado. De igual manera, una vuelta de unos minutos por nuestra oficina, tapizada por los mapas de los depósitos de municiones del ejército, de sus contenedores de combustible y sus estaciones de abastecimiento, habría bastado para que un soplón, si lo hubiera habido entre nuestro personal, dispusiera de informaciones notablemente valiosas. La verdad es que los estados mayores se parecían a una empresa cuyos cargos superiores fueran ocupados por los jefes de servicio —en este caso, representados por oficiales—, mientras los puestos inferiores correspondían a los dactilógrafos, aunque, a nivel inter-

medio, carecieran por completo de empleados propiamente dichos. ¡Qué fácil habría sido reclutar entre nuestros suboficiales de la reserva a excelentes colaboradores de este tipo! En efecto, no es aconsejable que personas con responsabilidades bastante delicadas y que deben conservar un sentido agudo de iniciativa tengan el espíritu constantemente lastrado por tareas casi exclusivamente mecánicas. Por otra parte, si los estados mayores hubieran tenido una mayor dotación de suboficiales, probablemente habrían podido prescindir, al menos cuando las inquietudes del combate no eran demasiado acuciantes, de bastantes oficiales, que habrían encontrado mejor acomodo en otra parte.

No obstante, ¿a qué se debe que, a muchos de nosotros, y, a juzgar por algunas confidencias, ante todo a los encargados de ejecutar las órdenes, los mandos les hayan dado con tanta frecuencia, una vez se emprendían operaciones sobre el terreno, una innegable impresión de desorden? En mi opinión, la razón reside en que el orden estático de la oficina es, por muchos motivos, la antítesis del orden, activo y perpetuamente inventivo, que exige el movimiento. El primero es cuestión de rutina y adiestramiento; el segundo, de imaginación concreta, de agilidad en la inteligencia y sobre todo, posiblemente, de carácter. Es cierto que ambos tipos de orden no se excluyen mutuamente, pero el primero no determina el segundo y, en ocasiones, si no se le presta la suficiente atención, puede ser contraproducente. Durante el largo período de espera que se vio prolongar, en perjuicio del ejército francés, las costumbres típicas de los tiempos de paz, el orden del que tan orgullosos estábamos sólo se adquirió al precio de una extrema lentitud. Cuando hubo que proceder con rapidez, nuestros jefes confundieron con demasiada frecuencia la fiebre con la presteza.

Igualmente, elaborar cada día documentos bien presentados no exige gran esfuerzo. En cambio, es necesario un dominio de sí mismo de una naturaleza completamente distinta para tomarse la molestia, con la suficiente antelación, de preparar unos planes de acción cuidadosos y al propio tiempo flexibles, cuya ejecución deberá esperar hasta una fecha indeterminada, momento en el cual tendrán que poder adaptarse a los nuevos imperativos que les imponga una época confusa. Los episodios de la movilización a los que asistí por vez primera en 1939 me inquietaron considerablemente. No voy a discutir la bondad de los sistemas empleados por los centros de movilización, que sustituyeron al método usado en

la guerra anterior, consistente en el reclutamiento directo por parte de los cuerpos interesados. Sé que la creación de dichos centros se topó con más de un adversario, incluso en el Alto Estado Mayor. Me ha parecido que por su propia organización debían provocar inevitablemente muchos retrasos y problemas. Dado que eran los cuerpos los que seguían suministrando la mayor parte de la ropa y el equipo, resultaba inevitable organizar todo un sistema de transporte, incómodo y bastante lento, para hacerlos llegar a los centros. Por añadidura, al parecer nadie se había dado cuenta de que, al intentar vestir a reservistas de cuarenta años de edad con la ropa de jóvenes reclutas, o enjaezar a caballos de tiro con los restos de los harneses abandonados por los caballos de los húsares, lo que se hacía era plantear a los mencionados centros, ya fueran «principales» o «secundarios», problemas propiamente irresolubles. Añádase a esto que, debido al carácter tristemente minucioso de este trabajo, los comandantes de esos centros no siempre se escogieron de forma conveniente. He conocido a algunos perfectamente competentes, pero también a otros que, habiendo sido reclutados entre capitanes o jefes de batallón al final de su carrera, tenían todos los defectos que normalmente se atribuyen a los viejos ayudantes. Una vez se hubo optado por ese sistema, habría convenido cuando menos confiar su funcionamiento, que obviamente iba a ser muy delicado, a oficiales bien escogidos y que habrían sido recompensados con promociones especiales por esta tarea. Al ejército siempre le ha costado admitir el hecho de que la importancia o el mérito de una labor se midan en términos distintos de su brillo exterior.

Pero, al margen de que fuera bueno o malo —y supongo que, pese a todo, alguna ventaja tendría—, el régimen de estos centros no excusa unas faltas que no guardaban ninguna relación con su principio constitutivo. ¿Qué oficial que haya servido en una región o en un grupo de subdivisiones puede recordar, sin sonreír amargamente, el embrollo inimaginable de las «medidas» previstas, y numeradas consecutivamente, para el período llamado «de tensión», que debía preceder a la movilización general? Cuando a uno lo sacaban en plena noche de su duermevela por un telegrama que prescribía, por ejemplo, «Apliquen la medida 81», había que consultar el «tablero», que estaba siempre a mano. En él se enteraba uno de que la medida 81 ponía en marcha todas las disposiciones de la medida 49, con excepción de las decisiones que ya hubieran entrado en vigor en virtud de la aplicación de la medida 93, en caso de que ésta,

por casualidad, se hubiera anticipado, en la sucesión temporal, al lugar que parecía atribuirle su número, sin por ello dejar de añadirle las dos primeras cláusulas de la medida 57. Doy estas cifras un poco al azar. Mi memoria me impide reflejarlas con una exactitud literal. Todos mis camaradas convendrán en que, en el fondo, he simplificado la situación. A nadie le puede extrañar que, en esas condiciones, se hayan podido cometer errores. A una lectura demasiado apresurada de nuestras instrucciones comunes se debió que, en septiembre de 1939, la gendarmería de Alsacia-Lorena procediera a la masacre prematura de todas las palomas mensajeras de tres departamentos. Nadie niega que los oficiales que, en un despacho mal ventilado de la calle Saint-Dominique, habían perpetrado ese rompecabezas chino con un batiburrillo de cifras, carecieran a su manera de imaginación: pero no tenía nada que ver con la imaginación que permite hacerse una idea anticipada de cómo deben ejecutarse las órdenes.

Pero hubo hechos más graves. Sé de uno de nuestros famosos centros, radicado en Estrasburgo, en un barrio bastante cercano al Rin, que estaba al alcance de la artillería ligera del enemigo, e incluso de sus ametralladoras. Otro se cobijaba en un fuerte de los alrededores, también junto al río. Su único acceso consistía en un puente sobre el foso: una bomba o un obús bien dirigidos lo habrían convertido en una auténtica ratonera. No ocurrió nada semejante, quizá me replique alguien. De acuerdo. Pero ¿quién podía prever que los alemanes no iban a disparar contra Estrasburgo? La verdad es que este dispositivo no sufrió ningún contratiempo mientras la cabeza de puente de Kiel estuvo desmilitarizada; más adelante, el Alto Estado Mayor olvidó modificarlo o no lo modificó lo suficiente.

¿Cómo pasar por alto finalmente el abominable desorden de la única movilización a la que tuve ocasión de asistir de cerca: la de los elementos territoriales, que dependían directamente del grupo de subdivisiones? Cuando nuestro general asumió el mando, descubrimos estupefactos que no disponíamos de ninguna lista de las unidades que a partir de entonces recaían bajo sus órdenes. Hubo que improvisar el cuadro lo mejor que se pudo, bastante mal a decir verdad, hurgando entre unos archivos horriblemente enmarañados. ¡Qué caos en esas unidades! ¡Cuántos solapamientos de unidades sobre el terreno! Aquí teníamos, en nuestra zona, dos secciones cuyo comandante de compañía pertenecía a otro grupo. Allá, varias compañías, pero ningún coronel. Nuestros valerosos guarda-

vías eran hombres de edad avanzada; su buena voluntad corría pareja con su capacidad de improvisación. Aunque pocos de ellos lograron ir calzados convenientemente, de milagro ninguno murió de hambre. Pero no podría precisar cómo sobrevivió una sección que busqué en vano todo un día a lo largo del frente de Saint-Dié. Sin duda, sería injusto sacar conclusiones generalizando a partir de unos pocos casos particulares. Tengo motivos para pensar que, en nuestro rincón, la movilización no se había preparado con excesiva fortuna. En principio fue dirigida por un oficial superior que había retenido básicamente de su educación en los estados mayores un modo de proceder bastante desenfadado, por lo que abandonó en gran medida la tarea a sus subalternos. Este ejemplo, con todo, no deja de ser inquietante. En 1940 pudimos constatar que se habían subsanado algunos errores. No todos. En particular, los centros no habían cambiado de lugar, y los guardavías siguieron hollando durante mucho tiempo el balasto llevando sandalias o calzado inapropiados cuando no se habían traído personalmente zapatos más resistentes.

En el 1.er ejército, desde antes del mes de mayo, no hacía falta ser muy observador para descubrir y temer algunas fisuras que, aunque entonces fueran inofensivas, corrían el riesgo de dar paso a auténticas riadas de agua cuando estallara la tormenta. Por ejemplo, la mala organización de los enlaces.

A este respecto no tengo ninguna queja personal. Durante toda la campaña no tuve dificultades para comunicarme con los diversos destacamentos del parque de combustibles y pocos problemas serios para hacerlo con las unidades que había que aprovisionar. La inteligente abnegación de Lachamp nos ayudó mucho en este sentido. Naturalmente, siempre que pude, procuré no inmiscuirme en sus prerrogativas de jefe: las ejercía con demasiada autoridad y competencia para que nadie tuviera la más mínima tentación de no respetarlas. Pero habíamos llegado al entendimiento tácito mutuo de que, dado que yo estaba más cerca que él de las fuentes de información y era menos nómada, en caso de que se produjera una verdadera urgencia, podía comunicar directamente las instrucciones del ejército a sus subordinados. A veces ganamos un tiempo apreciable al saltarnos un escalafón en el conducto reglamentario.[8] La

8. En realidad, saltábamos más de uno. En teoría, el parque de combustibles dependía del comandante del ejército y, por debajo de él, del general que comandaba la artille-

experiencia de otra gran guerra nos había inspirado, hasta la obsesión, el sano terror del juego de la gallina ciega al que conduce inexorablemente la mala preparación de los enlaces. Pese a los frecuentes vaivenes del puesto de mando del ejército y del parque, en ningún momento dejamos de saber con exactitud dónde nos podíamos encontrar. Y, al margen del reglamento, logramos montar un sistema privado de transmisiones en el interior de nuestro servicio.

En mi oficina había constantemente dos motociclistas, cada uno de ellos delegado por una de las dos compañías de camiones cisterna. Ambos debían haber reconocido en todo momento, como mínimo, el emplazamiento de su propia compañía y el de la comandancia del parque. Además, Lachamp tenía permanentemente apostado en mi oficina a uno de sus oficiales. Otros cuatro oficiales del parque se encargaban del enlace con los cuerpos del ejército. Cada uno de ellos iba todos los días, y en ocasiones varias veces durante la misma jornada, al puesto de mando del ejército y luego al cuerpo que se le había asignado. Estos valerosos hombres, muchos de los cuales no estaban ya en su primera juventud, a menudo trotaron sin descanso por carreteras que no eran muy seguras. Sé de uno que, durante nuestro primer repliegue, después de la ofensiva sobre Bélgica, buscó a su cuerpo divisionario de ejército durante más de veinticuatro horas. Siempre acababan por volver y nos fueron de suma utilidad. Entre el 11 y el 31 de mayo, para enviar una orden o recibir una solicitud de abastecimiento, no tuve necesidad de recurrir una sola vez a la oficina del «correo», encargada en principio de las comunicaciones entre el estado mayor y las unidades subordinadas. No albergo duda alguna sobre el hecho de que las órdenes y las solicitudes llegaran a su destinación. En efecto, según creo, las tropas que combatían no carecieron nunca de la gasolina que les llevaban valientemente los «Mickeys»

ría, representado a su vez, en el escalafón inferior, por el jefe de escuadra que dirigía el servicio de municiones y gasolina. Por lo tanto, la vía jerárquica exigía que todas las órdenes del ejército dirigidas al parque pasaran, antes de llegar a destino, por estas dos autoridades superpuestas. Ése era efectivamente el camino que seguían invariablemente todos los documentos oficiales en Bohain, y la lentitud del proceso nos preocupaba mucho, a Lachamp y a mí, cuando nos imaginábamos qué ocurriría cuando fuera necesario acelerarlo. Afortunadamente, cuando llegó el momento, pudimos saltarnos el conducto reglamentario. Sin provocar chispas, gracias a la amabilidad y la buena voluntad de los oficiales concernidos.

(como se apodó en el ejército a los coches del parque, que portaban un pequeño «Mickey» como insignia), en ocasiones hasta unos centenares de metros de la línea de fuego. Tampoco dejamos abandonados en manos del enemigo depósitos con los que pudiera aprovisionarse. Alumbrando todo el recorrido de nuestra retirada, de Mons hasta Lille, Lachamp y sus oficiales provocaron más incendios que en su día Atila, y, mediante el fuego, vaciaron depósito tras depósito hasta la última gota. Con la única excepción de los de Saint-Quentin, cuyo destino sigo ignorando hoy, pues nos cortaron su acceso de una manera rápida y definitiva. Al comprobar que todo iba bien, nuestros jefes nos dejaron muy pronto la rienda suelta. Un gesto que les agradezco en extremo.

En cambio, mucho me temo que cuando dicha autonomía o acuerdo tácito no pudo lograrse, los contactos entre las diversas jerarquías del mando o entre los del mismo nivel no siempre funcionaron de manera satisfactoria. He oído más de una vez a los oficiales de tropa quejarse de haber pasado mucho tiempo sin recibir órdenes, un hecho que he ilustrado antes y que es imputable a que los estados mayores no se enteraban más que imperfectamente y demasiado tarde de lo que sucedía en el frente. En unas carreteras atestadas, como muy pronto ocurrió con las nuestras, en particular por los refugiados, sólo hay un medio de transporte que pueda colarse por todas partes: la motocicleta. Si no me equivoco, el servicio de correos del ejército no poseía ninguna. Hasta el propio número de coches de que disponíamos era insuficiente y se distribuía mal. Éramos varios los que nos habíamos inquietado, ya desde el invierno, por esta situación, debida ante todo a una deficiencia en la organización y la vigilancia. Nadie puso remedio. Sus efectos se hicieron sentir fuertemente durante la campaña.

Desde el principio de las operaciones activas, el puesto de mando del ejército fue transferido, como ya he indicado, de Bohain a Valenciennes: con la intención, evidentemente, de disminuir la distancia con Bélgica, donde habían penetrado nuestras tropas. Cuando llegué a Valenciennes, el día 11 a primera hora de la tarde, traté de inmediato de dirigirme a Mons, para organizar, junto al estado mayor belga de aquella ciudad, la requisa de los depósitos de carburantes. Se trataba de una misión urgente, no cabía duda. Pero descubrí que, como todos nuestros automóviles se empleaban supuestamente para mudarnos, yendo y viniendo entre el antiguo emplazamiento del puesto de mando y el nuevo, resultaba abso-

lutamente imposible desplazarme. ¿Para qué habíamos dejado Bohain, si no podíamos rodar por las carreteras que iban hacia el frente? Por fortuna, ese día recibí la visita de un amable notario de Lille, que ejercía las funciones de adjunto del comandante de un grupo de transporte. Venía a pedirme gasolina. Cínicamente, le respondí: «Aquí no se hacen regalos. No hay gasolina si no me provee de un coche». Cerramos el trato y pude partir finalmente hacia Mons. Esa lección me fue muy útil y, más adelante, creé mis enlaces por cuenta propia, como he relatado antes.

Igualmente, ¿qué milagro hacía falta para que las órdenes llegaran a tiempo cuando con mucha frecuencia el ejército no sabía dónde hallar a sus diversos cuerpos? Un día en que el cuerpo de caballería se había desplazado, el oficial de enlace del parque de combustibles fue, como de costumbre, a contactar con ellos. Cuando volvió entre nosotros, lo acompañé a la 3.ª oficina. Me parecía prudente comprobar si nuestros grandes tácticos conocían con exactitud el nuevo emplazamiento del puesto de mando. Una vez realizada la verificación, se constató que existía un desfase de 30 kilómetros entre la localización real y el lugar que habían señalado con carboncillo sobre el mapa. Todavía oigo las gracias, poco efusivas, que nos dieron por nuestra intervención. Las mismas incertidumbres se producían en los enlaces laterales. Un poco más tarde, tuve que aconsejar a Lachamp que se presentara ante el estado mayor de las fuerzas británicas. El asunto era grave: se trataba, ni más ni menos, que de la destrucción de los depósitos de Lille. ¿Dónde se encontraba el cuartel general de Lord Gort? Franqueando una vez más la temible puerta de la 3.ª oficina, fui a preguntar cuál era su emplazamiento. B... me respondió sin pestañear que no sabían nada. Por suerte, di con un trozo de papel que andaba por ahí y que, entre otras indicaciones de naturaleza análoga, recogía las coordenadas de aquel lugar. Nuestros camaradas estaban mejor informados de lo que ellos mismos suponían. Pero el mero hecho de que un oficial encargado de las operaciones pudiera soportar durante un solo minuto la idea de carecer, a falta de una indicación topográfica elemental, de un medio de comunicarse con la comandancia de las tropas aliadas y que no temiera reconocer fríamente que lo ignoraba, aunque no hubiera sido cierto, resulta tremendamente ilustrativo de las condiciones de trabajo que nos eran impuestas.

Por otra parte, ¿supimos organizar en algún momento nuestra colabo-

ración con «los ingleses»? En ninguna otra situación esta deficiencia fatal de nuestros enlaces, en el sentido propio de la palabra, adquirió unos tintes más nefastos.

Pero el problema del fracaso de esta alianza es demasiado complejo y se ha prestado, además, a polémicas demasiado ardientes y desagradables, para que resulte tolerable abordarlo tangencialmente. Es necesario, de una vez, tener la valentía de coger al toro por los cuernos. Al menos, en la medida de mi experiencia.

Tengo grandes amigos en Gran Bretaña. Me han facilitado el acceso a su civilización, que me brindó su hospitalidad y por la cual siento desde hace mucho un vivo aprecio. Hoy más que nunca los llevo en el corazón, cuando veo que son los únicos, con sus compatriotas, que defienden, poniendo en peligro sus vidas, la causa por la que yo habría aceptado de buen grado morir. Ignoro si algún día llegarán a sus manos las líneas que vienen a continuación. Si las leen, quizá les resulten chocantes. Pero son sinceras y sabrán, espero, perdonar mi franqueza.

La anglofobia de muchos medios de comunicación franceses es hoy objeto de una explotación miserable. Por sí misma, su existencia es innegable. Tiene diversos orígenes. Unos se remontan a reminiscencias históricas, más pertinaces de lo que se suele creer: ni la sombra de la Doncella,* ni la de los fantasmas huraños de Pitt y Palmerston,** han dejado de perfilarse del todo en el telón de fondo de una opinión colectiva dotada de memoria. Probablemente sería beneficioso para un pueblo viejo saber olvidar con mayor facilidad, porque el recuerdo enturbia a veces la imagen del presente y el hombre necesita por encima de todo adaptarse a lo nuevo. Otras causas son mucho más falaces y espúreas. Los lectores de cierta publicación semanal muy difundida en el ejército aprendieron hace tiempo, cuando tuvo lugar la campaña italiana contra Etiopía, que nuestro deber pasaba por la «destrucción» de Inglaterra. El artículo iba firmado. ¿Era la firma de quienes lo habían inspirado realmente? Todo el mundo sabe que no eran de aquí. Pero aún hay más. Sin duda debe consi-

* *Pucelle d'Orléans*, apodo de Juana de Arco. (*N. del t.*)

** William Pitt, primer ministro del Reino Unido de 1783 a 1801 y 1804 a 1806, fue un enemigo acérrimo de la Revolución Francesa. Henry Temple Palmerston, primer ministro de dicho país de 1855 a 1865, apoyó la independencia de Bélgica, impidiendo así que Francia se anexionara ese país. (*N. del t.*)

derarse inevitable que a dos naciones muy diferentes, pese a compartir unos ideales comunes, les cueste conocerse, comprenderse y, por lo tanto, amarse. Es algo que puede decirse de los dos lados del canal de la Mancha, y no creo que entre el inglés medio, en particular en la pequeña burguesía, los prejuicios clásicos contra el «galo» hayan perdido por completo su antiguo verdor. Pero es incontestable que, durante nuestra reciente y demasiado breve confraternidad de armas, algunos episodios no han contribuido a disipar el malentendido.

En las fuerzas británicas que tuvimos por vecinas en tierras de Flandes durante largos meses de espera y que ocuparon nuestros pueblos y dirigieron la policía de nuestras carreteras, el ejército nacional de reclutas tenía una importancia menor. Al menos la tropa estaba casi en su totalidad compuesta por profesionales. Tenía todas las cualidades, sin duda, de un ejército profesional. También algunos de sus defectos. El soldado «a la manera de Kipling» sabe obedecer y combatir: lo iba a demostrar, una vez más, con su sangre, en los campos de batalla de Bélgica. Pero es saqueador y libertino. Son dos vicios que nuestro campesino no perdona fácilmente, cuando se ejercen a expensas de su corral o de su familia. Además, el inglés se muestra raramente en ventaja en el continente. Al menos si no pertenecen a medios singularmente refinados. En su casa, casi de manera sistemática, son de una amabilidad sin límites. En cuanto franquean el estrecho, tienen siempre tendencia a confundir al huésped europeo con un «nativo» —entiéndase el indígena de las colonias, hombre por definición de rango inferior— y lo que tienen de timidez natural no hace más que acrecentar su rigidez. Sin duda, se trata de fruslerías cuando lo que está en juego son los sentimientos profundos y los grandes intereses nacionales. Con todo, ¿quién se atreverá a negar el peso que tienen sobre una opinión campesina, como la nuestra, tan dada a desconfiar del extranjero y un poco encerrada en sí misma?

Después de varias semanas aciagas llegaron los días del embarque. No seré yo quien se una a los reproches formulados por el hecho de que los británicos dejaran clara su intención de ser los primeros en subir a bordo, sin permitir que ninguno de nosotros, con muy pocas excepciones, pusiera el pie sobre la cubierta de un buque antes de que la totalidad de sus tropas hubiera abandonado la costa. Sin contar aquellas de nuestras fuerzas que defendían el frente marítimo, su ejército había estado siempre situado más cerca del litoral. Por otra parte, rehusaban, con bastante

naturalidad, perder sus bienes y sus personas en un desastre del que no se sentían responsables. Cuando los marinos de la Union Jack hubieron acabado de asegurar la salvación de sus compatriotas, se ocuparon de la nuestra. Su abnegación ante el peligro, tanto como su interés atento y su cordialidad, siguieron siendo, para con nosotros, los mismos de que habían hecho gala con sus primeros pasajeros.

Sin embargo, intentemos comprender aún ahora las inevitables reacciones del sentimiento. Nuestros soldados, privados por sus propios jefes de los medios de combatir, desesperadamente contaban, en la interminable playa de Flandes o entre las dunas, los minutos que les faltaban para escapar de las prisiones del III Reich. Cada día sentían más cercano el enemigo, se veían expuestos a bombardeos cada vez más violentos y sabían que no todos podrían partir, como de hecho ocurrió. En esta situación, ¿no habrían debido tener un corazón caritativo impropio de un mortal para contemplar sin amargura cómo los navíos se llevaban hacia la libertad, uno tras otro, a sus camaradas de una nación extranjera? Por muy héroes que fueran, no tenían nada de santos. Añádase a ello, ocasionalmente, el aguijón de algunos incidentes quizá difíciles de prevenir en semejante clima febril, pero hechos a medida para irritar una sensibilidad que ya estaba en carne viva. Como la historia —perfectamente auténtica, doy garantía de ello— del agente de enlace francés ante un regimiento británico que, después de varios meses de camaradería en el acantonamiento y el combate, vio cómo le abandonaban sobre la arena y le cerraban delante todas las barreras que lo separaban del paquebote al que sus amigos de la víspera subían por las pasarelas. Las emotivas atenciones que se prodigaron a un gran número de nuestros hombres una vez en territorio inglés, curaron muchas de esas heridas. Sin embargo, en ocasiones se echó de menos ese bálsamo. La acogida de las poblaciones fue invariablemente cálida. La de las autoridades, por el contrario, no siempre supo liberarse de una rigidez demasiado sospechosa. Los campamentos que ocupamos, en algunas zonas, evocaban a una penitenciaría. Unas tropas hastiadas siempre son difíciles de manejar. No debe sorprender que una administración encargada de una tarea delicada y cuidadosa y que aspiraba ante todo a que imperara el orden cometiera algunos deslices por falta de tacto pero, al propio tiempo, es perfectamente natural que esos errores hayan dejado una impronta profunda en sus memorias.

Se ha dicho hasta la extenuación que los británicos no nos ayudaron lo suficiente. Dado que se utilizaba como excusa para camuflar las deficiencias propias, se llegó hasta el extremo de usar cifras falsas. Todos los datos me confirman que en Flandes había más de tres divisiones británicas. Pero la propaganda perniciosa que dijo que eran menos no tuvo necesidad de inventar todos sus argumentos.

Para quien esté un poco al corriente de unas tradiciones políticas y sociales considerablemente distintas de las nuestras, la imposición de la conscripción equivaldrá siempre a un acto de valentía. Resulta difícil negar que esta valentía fue un poco tardía y a nadie le extrañará que, en la línea de fuego, el francés de treinta a cuarenta años se preguntara a veces por qué el inglés de su edad permanecía en su hogar. Desde entonces, Gran Bretaña ha recuperado su retraso con creces mediante el sacrificio. Pero, ¿quién podía prever entonces el porvenir?

No es menos cierto que cuando el primer ejército se planteaba la posibilidad de romper el frente enemigo y abrir una vía de norte a sur, en dirección a Arrás, combinando esta iniciativa con la movilización de las tropas francesas del Somme, que debía desplazarse en sentido inverso, la comandancia británica retiró, en el último minuto, la ayuda que había prometido en un principio. Naturalmente, este gesto motivó rencores profundos. También hubo quien se benefició de él, como ocurriría más tarde con la capitulación belga, sobre la que un escéptico de nuestra 3.ª oficina dijo al enterarse: «He ahí una gran oportunidad para el general Blanchard». Nuestras tropas ya estaban rodeadas mucho antes de la defección de Leopoldo III; de igual manera, cuando los británicos faltaron a su compromiso en relación con la ofensiva proyectada, ya se nos había cerrado más de la mitad de las vías de escapatoria. ¿Hay mejor excusa para los errores propios que las faltas ajenas?

A fin de cuentas, hubo que renunciar a cualquier esfuerzo serio de reventar por el norte la «bolsa alemana». La negativa inglesa contribuyó sin duda a abocar de antemano esa iniciativa al fracaso. Un rechazo, me temo, que no fue muy elegante en sus formas. En el peor de los casos, si ante el cambio de la situación estratégica parecía ya imposible cumplir con los compromisos contraídos, el estado mayor del cuerpo expedicionario habría hecho mejor en no dejar oscilando tanto tiempo a los mandos franceses entre la ilusión y la incertidumbre. (Aunque sobre este episodio no he oído más recriminaciones que las nuestras.) En el fondo,

probablemente la decisión de Lord Gort no careciera de fundamento.[9] En cualquier caso, el historiador, que se preocupa más de comprender que de juzgar, no tendrá problemas para explicarla. Ha llegado el momento de mirar el reverso de la moneda.

Nuestra propia ofensiva hacia el sur se montaba con gran lentitud. Los reconocimientos, la instalación, la preparación de la artillería; en suma, todas las operaciones preliminares que la doctrina juzgaba indispensables, precisaban mucho tiempo. Ya habían obligado en una ocasión a retrasar el desencadenamiento de la acción. Lo que se proyectaba era una batalla de Malmaison a pequeña escala. Ignoro si se pudo proceder con mayor rapidez. Es posible que la disposición del ejército, que se desplegaba hasta el Escalda, ya no lo permitiera. Lo que sí sé es que, a ese ritmo, corríamos el serio riesgo de que el enemigo nos tomara la delantera. ¿No le dábamos así plena libertad para reforzar sus tropas —en un primer momento, las de vanguardia— en el espacio muerto que mediaba entre nuestros ejércitos del norte y del sur, al tiempo que le permitíamos acentuar su presión sobre los demás frentes? Resulta muy verosímil que nuestros aliados, que en el ínterin habían sufrido violentos ataques, sintieran el peligro, por lo que se alejaron para no verse arrastrados al fracaso que preveían.

Esa actitud les inspiró pocos escrúpulos desde el momento en que comenzaron a juzgar nuestros métodos sin ninguna indulgencia. Esta retirada de su confianza fue, en mi opinión, su gran recurso psicológico para justificar su conducta durante las dos primeras semanas de la campaña de Flandes. En varios días, vimos cómo el termómetro de la alianza bajaba varias decenas de grados. Como todo el mundo sabe, los británicos habían aceptado desde el principio de la guerra someterse a un mando único. De una forma algo incompleta, todo hay que decirlo, y cuya aplicación produjo extraños efectos. El Alto Estado Mayor británico estaba a las órdenes de nuestro generalísimo. Pero sin intermediarios. De modo que el jefe de nuestro 1.er grupo de ejércitos, que dirigía las operaciones

9. Cada vez estoy más convencido de que era la opción más prudente. ¿Qué porvenir habría tenido la guerra si todo el ejército británico se hubiera agotado entre mayo y junio de 1940 sobre el territorio continental? Pero se trataba de una prudencia difícil, y no cabía esperar que los soldados franceses comprendieran cabalmente esa decisión. (Julio de 1942).

francesas desde las Ardenas hasta el mar, vio cómo se insertaba, en plena mitad de unas tropas cuya responsabilidad le correspondía, un destacamento de grandes dimensiones con el que no podía maniobrar de manera directa. Por sí misma, la concesión que nos había hecho el gobierno de Londres había herido profundamente un orgullo nacional muy puntilloso y, entre los militares, un orgullo profesional aún más susceptible, explicable sin duda por la superioridad numérica de nuestras fuerzas terrestres, que era aplastante. Pero también por el aprecio que suscitaba nuestra educación estratégica. Foch, después de Doullens, había llevado a los ejércitos aliados a la victoria. Se confiaba en que su sucesor lo imitara. Fuera como fuese, nuestros oficiales estaban íntimamente convencidos de esta supuesta superioridad de nuestra ciencia del estado mayor. Imagino que en ocasiones dejaron entrever en exceso esa convicción.[10] Pero, en pocos días, el derrumbamiento impensable de nuestros ejércitos del Mosa dejó expuestos a ser rodeados a todos los combatientes que luchaban más al norte. Los británicos estaban convencidos de no tener nada que ver con ese desastre, que pudo suponer la pérdida de todo su cuerpo expedicionario. Aquel episodio menoscabó su fe. La lentitud y torpeza de nuestros alardes acabaron con ella. Nuestro prestigio estaba muerto y no es un secreto. ¿Fue acaso culpa de nuestros aliados?

Después de que la operación común proyectada en Arrás se malograra, al parecer ambos estados mayores, sumidos en una suerte de desilusión mutua, renunciaron casi por completo a colaborar. ¡Cuántos puentes volaron entonces los británicos para cubrir su retirada, sin preguntarse siquiera si no estarían cortando la nuestra! Pese a las protestas del ingeniero allí apostado, destruyeron también prematuramente la centralita telefónica interurbana de Lille, privando así al 1.er ejército de casi todos sus medios de transmisión. Si nosotros los juzgábamos sin miramientos, creo que algunos de ellos, por su parte, sin duda legítimamente decepcionados por las deficiencias de nuestro sistema de mando, olvidaron en

10. Cito una frase del proceso verbal del Comité de Guerra del 26 de abril de 1940 (*Les Documents secrets de l'État-Major général français*, p. 98) sumamente elocuente sobre la insoportable vanidad de nuestros estados mayores. Quien habla es el general Gamelin: «Son los ingleses quienes deben llevar el peso de las operaciones [en Noruega] ... *Por añadidura, hay que apoyarlos moralmente, ayudarles a organizar la dirección operativa, darles el método y las agallas.*» ¡Qué lástima! (julio de 1942).

ocasiones la consideración que merecen quienes ejecutan las órdenes y cuya valentía no estaba en entredicho.

Una mejor delimitación de las zonas asignadas a cada ejército habría evitado probablemente incidentes enojosos. No existía ningún poder que tuviera el derecho a imponer esos límites. Antaño habría sido competencia del Alto Estado Mayor francés, que era la única fuente de autoridad común. Pero desde que habíamos sido rodeados dejó de dirigirnos. No obstante, ¿no podía llegarse a un acuerdo amistoso? Ignoro si se intentó. Si así fue, no tuvo éxito. Por ejemplo, ¿quién detentaba el poder supremo en Lille? Nadie lo supo jamás. Antes del 10 de mayo, esa ciudad indudablemente formaba parte de la zona británica. Pero fue en torno a ella donde al final se concentró el 1.er ejército. De Lille tomamos durante algunos días lo esencial de nuestros recursos en combustible. Cuando se planteó organizar la inutilización de los depósitos, resolvimos no confiar la tarea a nuestros aliados. Sus procedimientos de destrucción —añadir alquitrán o azúcar a la gasolina— nos parecían insuficientes en relación con el nuestro, que era el fuego. Cuando sometieron el asunto a su consideración, el general Prioux mandó redactar una carta y una orden. En la carta, dirigida a Lord Gort, parecía dejar cortésmente en sus manos la decisión. En virtud de la orden, cuyos destinatarios éramos nosotros, se la arrogaba por entero. Un ejemplo de sutil diplomacia que evidenciaba con suma crudeza la incertidumbre en la que nos hallábamos sumidos sobre los derechos de cada uno. De hecho, esta confusión se prolongó hasta el final. Quedó un solo depósito sin incendiar. Estaba situado del otro lado del canal cuyos puentes ya habían destruido los británicos y que, por un motivo que desconozco, impidieron atravesar en barca a nuestros soldados. ¿Quién fue responsable de semejante caos? Los británicos tuvieron probablemente su parte de culpa. Sin embargo, toleramos estos hechos con demasiada facilidad para pretender que fuimos completamente inocentes.

Pero sin duda la ruptura moral habría sido menos profunda y sus consecuencias menos graves si previamente hubiéramos tejido una red de enlaces más sólida con nuestros aliados. Hay que reconocer que la situación era harto compleja. El estado mayor de Lord Gort ejercía a la vez las funciones de Alto Estado Mayor de las fuerzas británicas y de cuartel general del ejército. En el primer concepto, se comunicaba directamente con nuestro Alto Estado Mayor, y la Misión francesa, comandada por el

general Voruz, delegó ante él al general Gamelin en calidad de representante. En el segundo concepto, estaba, o debería haber estado, en contacto constante con los dos ejércitos franceses que ocupaban, respectivamente, el VII.º ejército, que por su flanco izquierdo lindaba con la costa, y el I.º, que se encontraba a su derecha. A este respecto, la Misión no tenía mucho que decir. Eran los ejércitos quienes debían organizar los contactos a su nivel. A decir verdad, estas relaciones de intermediación se redujeron casi siempre, en los compases de espera, a problemas muy superficiales de delimitación. Pero, ¿quién podía dudar de que, en cuanto se desencadenaran las operaciones activas, iban a plantearse problemas de muy distinta índole, y que su solución satisfactoria dependería en buena medida de la labor que se hubiera realizado para instaurar un buen entendimiento y el intercambio recíproco de información? Es cierto que los acontecimientos habían de superar cualquier previsión: como el Alto Estado Mayor, tras la penetración alemana, había desaparecido de nuestro horizonte, y pronto no hubo, en la práctica, entre los británicos y nosotros, más comunicación posible que a nivel del ejército.

Como recordará el lector, en principio yo había sido nombrado oficial de enlace ante las fuerzas británicas. Durante las primeras semanas que pasé en Bohain, traté de desempeñar lo mejor posible esta función. Se me dejó hacer sin prestarme excesiva ayuda. Cuando me encargaron del servicio de combustible, no me olvidé de mi antigua tarea. En el cuartel general británico, por entonces dispersado, por motivos de seguridad, en varias aldeas miserables de los alrededores de Arrás, visité en particular el «Q»[11] (pronúnciese «quiu»), que equivale aproximadamente a nuestra 4.ª oficina. Fui a conversar con el estado mayor de un cuerpo divisionario en Douai. Entré en contacto con la Misión francesa. Muy pronto comprendí que estos viajes intermitentes, aunque sirvieran para subsanar sobre la marcha algunos problemas menores, no podían crear un verdadero contacto.

En la acción no hay vínculos eficaces sin un poco de camaradería, ni camaradería sin un poco de vida en común. Sin duda es algo cierto para todos los hombres. Lo es en el máximo grado en el caso de los británicos, afables y confiados, en ocasiones hasta el candor, una vez aceptan

11. Abreviatura de «Quarter-Master General's Branch».

a alguien entre sus allegados; en cambio, tienden a ser distantes, pese a su impecable urbanidad, con el huésped que está de paso. Cuando nos presentábamos en sus oficinas nos daban correctamente la información solicitada. Pero sólo esa información; y, sin duda, no habríamos podido extraer nada más. ¿Era suficiente? El objetivo habría consistido en aprender a manejar los resortes de una maquinaria de guerra bastante distinta de la nuestra, que sin embargo estaban llamadas a armonizarse; detectar sus puntos débiles (¿qué ejército no los tiene?); comprender, para poder explicar después, unos puntos de vista que, fatalmente, no coincidían con los de nuestros mandos; y por encima de todo, en entablar esas relaciones directamente humanas que son las únicas que permiten realizar por ambas partes sugerencias fecundas sin herir el amor propio y que evitan, el día en que se desencadena el peligro, la tentación del «sálvese quien pueda». Algunas visitas ocasionales no podían bastar para todo ello. Hubiera hecho falta el té de las cinco, el whisky con soda, la atmósfera de un club que se prolonga, ante la mesa de trabajo, en una cooperación amistosa. En una palabra, habría sido manifiestamente necesario mantener de manera permanente ante el cuartel general aliado, a un oficial del 1.er ejército. Eso era lo que opinaba también el jefe de estado mayor de la Misión francesa; eso fue lo que hizo también el VII.° ejército, cuyos desvelos, desgraciadamente, fueron vanos por la fuerza de los acontecimientos. En efecto, con excepción del XVI.° cuerpo, cuyo cometido era la defensa de Dunkerque, dicho ejército fue retirado ya el 15 ó 16 de mayo casi en su totalidad del frente de Amberes y lanzado a la brecha del Mosa y el Oise, donde fue pulverizado prácticamente en su totalidad.

En el 1.er ejército nos contentábamos con acoger en la 3.ª oficina a un representante del cuartel general británico. El primero que conocí era un antiguo oficial de carrera, que se había hecho banquero en la City. Sus ademanes a un tiempo solícitos y bruscos, sus aires de vividor, su humor, más original sin duda entre nosotros que con los suyos, lo habían hecho popular. Muy entregado a su oficio, se decía que era considerablemente celoso de la autoridad que le confería su misión. Es posible que, por nuestra parte, el celo algo intemperante de algunos de nuestros camaradas no le hubiera puesto lo suficientemente a resguardo de unas intrusiones que estaba decidido a no padecer. Siempre, por mi parte, mantuve con él excelentes relaciones. Pero sin duda prefería guardar entre sus manos los hilos de su labor de enlace. Temo que su influencia ante nuestros jefes

desde este punto de vista no siempre excluyera peligros. Ante todo, era muy hábil. Además, profundamente imbuido de los prejuicios sociales de los que raramente se libra la alta burguesía inglesa, imagino que tampoco estaba exento de los prejuicios nacionales inherentes a la vieja tradición «tory», aunque tuviera demasiado tacto para manifestarlos.

Qué ingenuo habría sido quien hubiera contado con él para informarnos sobre las insuficiencias eventuales del equipo o de los métodos británicos. Poco antes del 10 de mayo nos dejó para ocupar un puesto en el «Ministerio del Bloqueo», en Londres: demasiado pronto para los servicios que no habría dejado de prestarnos en un período más activo, estoy convencido de ello. Traté mucho menos con su sucesor que, con idéntica cortesía, tenía menos don de gentes. Profesionalmente sólo tuve que trabajar una vez con él en Lens: en esa ocasión me pareció ante todo preocupado por eludir cualquier responsabilidad. Sin embargo, al margen de las idiosincrasias personales de esos delegados del ejército aliado, sus mejores elementos no ejercieron en realidad más que la mitad de las funciones anejas a una representación diplomática. Para mantener los lazos que nos unen a un país amigo, saber lo que ocurre en él y consolidar esa amistad sobre los sólidos cimientos de una comprensión mutua, ¿qué gobierno se contenta con dar hospitalidad al embajador de la nación extranjera y, con el pretexto de emplear a dicho plenipotenciario, renuncia a enviar a ella a su propio agente?

De modo que un día, haciendo acopio de valor, pedí audiencia a nuestro subjefe de estado mayor, que por entonces ejercía las funciones de jefe. Le expuse como mejor supe los argumentos que acabo de desarrollar. No omití darle a entender que personalmente no aspiraba en absoluto a desempeñar las funciones del oficial de enlace destacado ante el cuartel general de Lord Gort; en mi opinión, correspondían a camaradas con más experiencia en el arte militar. Pero cometí una torpeza. Temiendo que mi opinión personal no pareciera de poco peso, creí oportuno apuntalarla con la opinión más autorizada del jefe de estado mayor de la Misión francesa. ¡Error craso!, pues el teniente coronel al que iba dirigido mi alegato era un enemigo jurado del teniente coronel que yo había escogido como garante. Sin duda, con ello no me había allanado el camino. Las vías de la Escuela de Guerra están sembradas de minas para quien no ha sido educado en sus augustos edificios. Mi interlocutor me dejó hablar muy cortésmente y luego replicó que no le había convencido en

absoluto: a su modo de ver, con la presencia entre nosotros de un oficial británico era más que suficiente. Más adelante traté de plantear mi propuesta al Alto Estado Mayor. Una vez más, en vano. Y, sin que nadie tuviera nada que reprocharme, renuncié a imponerme los vaivenes de antaño sobre la carretera de Arrás a cambio de unos minutos de conversaciones vagas y ociosas, y me consagré progresivamente con carácter exclusivo al servicio de combustibles.

Durante la campaña, un oficial superior de nuestro estado mayor que ya había tenido anteriormente algunos contactos con los británicos fue nuestro agente ordinario ante su cuartel general. Inteligente y con una amplitud de miras mucho mayor que la mayoría de sus pares, estoy persuadido de que no sólo lo hizo lo mejor que pudo, sino que fue mucho más eficaz de lo que habría podido ser ningún otro. Pero no había vivido nunca codo con codo con ellos y ni siquiera entonces lo hacía, ya que pasaba la mayor parte del tiempo corriendo de un puesto de mando a otro. Ante todo, las circunstancias se prestaban menos que nunca a la creación de una confianza que sólo habría podido resistir a la fuerza de los acontecimientos si hubiera estado muy arraigada. Una alianza verdadera es una creación continua; no se inscribe sobre un papel; sólo subsiste por una multitud de pequeñas relaciones humanas cuya suma crea un vínculo sólido. Algo que olvidamos con demasiada frecuencia en el 1.er ejército. Una negligencia que nos fue sumamente perjudicial.[12]

Como he dicho, al llegar al ejército pasé algunos días en la 2.ª oficina, la de información. Posteriormente, mis esfuerzos por hacerme con una lista precisa y puesta al día de los depósitos belgas de gasolina, me hicieron entrar también en contacto con las 2.as oficinas tanto del grupo de ejércitos como del Alto Estado Mayor. Por otra parte, mal historiador habría sido si no me hubiera interesado desde siempre por estos problemas de información y testimonio. Pero precisamente por mi condición de histo-

12. Sobre estas deficiencias en los enlaces entre nuestras fuerzas y el cuerpo expedicionario, véase la intervención de Churchill ante el Comité de Guerra franco-británico del 22 de mayo y su telegrama del 24. (*Les Documents secrets de l'État-Major général français*, pp. 57 y 132, julio de 1942.)

riador, los métodos que se empleaban a mi alrededor pronto me inspiraron profundas inquietudes.

Entiéndaseme bien. No pretendo en modo alguno englobar en una sola condena *a priori* a todo un grupo de hombres entre los cuales, ya fuesen personas de la fuerza permanente o de la reserva, figuraban sin duda numerosos trabajadores entregados y competentes. En el curso de mis pesquisas siempre tuve en la 2.ª oficina del Alto Estado Mayor, sino una ayuda muy eficaz, al menos una acogida invariablemente amable y, en el grupo de los ejércitos, se me brindó una comprensión y una colaboración verdaderamente inestimables. El ejército había resultado poco favorecido y, en el estado mayor, cuando las lenguas se soltaban, nadie se preocupaba por esconderlo. El vanidoso oficial que comandaba nuestra 2.ª oficina habría ocupado ciertamente un puesto de honor a la cabeza de un batallón lustroso un día de revista. No tengo motivos para dudar de que se hubiera comportado tan decorosamente en el campo de batalla. Pero, manifiestamente, la tarea que se le había confiado superaba con creces sus posibilidades. Una vez más, a pesar de la deficiencia de los mandos, no todo fueron sombras. En la 2.ª oficina tuve excelentes camaradas, casi amigos, especialmente en la sección de los intérpretes, que gobernaba, con sabrosa y elocuente autoridad, un industrial de Lyón. Aquellas personas trabajaban lo mejor que podían, con gran abnegación, y, en su esfera, necesariamente un poco reducida, con innegable inteligencia.

No obstante, hay que decir que estuvimos notablemente mal informados. Tuve ocasión de seguir de cerca una parte del trabajo de información concerniente a Bélgica. Ya he contado cómo el Alto Estado Mayor, desde el principio, sólo nos había proporcionado indicaciones vagas y a menudo erróneas sobre los emplazamientos, la capacidad y el contenido de los depósitos de gasolina. Y, lo que es peor, no se preocupó en ningún momento de suministrarnos indicaciones de mejor calidad. En el propio ejército belga, ¿cómo estaba organizado el servicio de aprovisionamiento de carburante, con el cual, en caso de alianza contra un agresor común, estábamos llamados necesariamente a colaborar? Traté de averiguarlo. El general Blanchard se prestó a firmar personalmente la carta en la que se pedían algunas precisiones al respecto. Nunca obtuvo respuesta. Tengo poderosas razones para creer que este desconocimiento no era exclusiva de mi servicio. Ello se debía a razones diversas.

Ante todo, a la plétora de órganos de información y al espíritu de rivalidad que, por una predisposición molesta, sobre la que volveré más adelante, surgía casi fatalmente entre ellos. Los agregados militares no dependían del Alto Estado Mayor, sino del Ministerio, y eran muy celosos de sus prerrogativas. So capa de un falaz respeto de la neutralidad, el Ministerio y el Alto Estado Mayor se concertaban, por su parte, para prohibir a los estados mayores subordinados cualquier prospección directa en Bélgica. A decir verdad, ni el grupo de los ejércitos ni los ejércitos perdían ocasión de trabajar de manera independiente. Más de una indicación útil nos llegó por esta vía más o menos subrepticia. ¿No habría sido mejor organizar la convergencia de los esfuerzos mutuos?

También habría resultado conveniente dirigirlas mejor, con un sentido más agudo de lo concreto. Una 2.ª oficina debería ser concebida como una especie de agencia que trabajara para los distintos órganos de la comandancia. Habría respondido a sus demandas: las de la artillería, la aviación, los carros de combate, los servicios encargados de regular la circulación ferroviaria o vial, así como las oficinas de estudios estratégicos de las que dependen todas estas secciones; ya que cada uno de estos órganos de mando tiene preguntas particulares que plantear, que los no especialistas no siempre están en condiciones de prever. Habría tratado de anticiparse a sus necesidades y satisfacerlas. Habría difundido a cada una de las secciones mencionadas, nada más recibirlos, los datos de naturaleza útil.

En lugar de ello, la búsqueda de información no dejó nunca de moverse en el mismo ámbito estrechamente delimitado por unas tradiciones que no tenían prácticamente en cuenta el aspecto material de la guerra. Ante todo, se intentaba reconstituir de manera hipotética el «orden de batalla enemigo» —es decir, la disposición de sus unidades— que, se supone, puede dar alguna indicación sobre sus intenciones, pero que casi siempre, debido a la actual rapidez de los movimientos, se puede interpretar de tres o cuatro maneras contradictorias. A ello se añadían, a título accesorio, algunas encuestas de orden moral o político, en las que solía hacerse gala de una cándida ignorancia de los verdaderos análisis sociales. Recuerdo un folleto sobre Bélgica que creía ser muy elocuente sobre los resortes internos del país cuando nos explicaba, en el mejor estilo del *Almanaque de Gotha*, que el reino era una «monarquía constitucional». ¡Como no lo demostró la experiencia!

En cuanto a la difusión de las informaciones, un chiste clásico en los estados mayores explica cómo una 2.ª oficina, en cuanto se entera de algo, se apresura a ponerlo por escrito sobre un papel, indicando encima en rojo «estrictamente confidencial», y a encerrarlo, al abrigo de las miradas de los posibles interesados, en un armario con triple cerrojo. Un día tuve la prueba de que no era un rasgo puramente legendario. Había conseguido que nuestra 2.ª oficina comunicara a los cuerpos divisionarios la lista comentada de los depósitos belgas de gasolina, tal como habíamos logrado finalmente establecerla. Cierto tiempo después, dirigimos al conjunto de las unidades una instrucción general relativa a su aprovisionamiento de carburante en caso de que penetraran en Bélgica. Trataba esencialmente de las requisas, de la instalación por el ejército de sus propios depósitos y, sobre la localización de los recursos locales, se limitaba a referirse al cuadro enviado anteriormente. En cada estado mayor fue remitida, como correspondía, a la 4.ª oficina, encargada de los abastecimientos de todo tipo. Ese mismo día recibí una llamada telefónica un poco áspera del camarada que, en uno de los cuerpos, dirigía un servicio equivalente al mío: «Nos hablan de un cuadro que no hemos visto jamás». Nos informamos. El envío se había realizado perfectamente pero, como lo que procede de una oficina acaba deslizándose, por una tendencia imparable, hacia la oficina homóloga del escalafón inferior, la misiva había acabado en la 2.ª oficina del cuerpo destinatario. En ella el papel había sido emparedado incontinenti en la famosa caja fuerte de los secretos, sin que nadie se preocupara en ningún momento de ponerlo en conocimiento del único oficial capaz de utilizarlo. A mi alrededor todo el mundo se encogió de hombros: «¡Siempre hacen lo mismo!» En cuanto a infligir una corrección o a tomar las disposiciones precisas para que no se volviera en lo sucesivo a las andadas, a nadie se le ocurrió. Hasta ese extremo se tenía por ineluctable la rutina.

Nuestra 2.ª oficina, como todos sabíamos perfectamente, no era modélica. Los documentos que creó durante el período de espera y, en teoría, de estudio, que precedió la ofensiva alemana, lograron sorprender incluso a los más avezados. Se hizo célebre un mapa de los ferrocarriles en el cual un trazado desafortunado de la frontera parecía convertir a Aquisgrán en una ciudad belga y se clasificaba la línea Hamburgo-Berlín como de escaso tráfico. Pero, a fin de cuentas, sólo inducía a error a los más crédulos. El «boletín de información» que se publicaba a intervalos cortos daba fe

de errores de concepción más sutiles y, por lo tanto, más graves. Imaginemos a un investigador que trata, de tarde en tarde, de hacer balance de sus análisis, a un arqueólogo, por ejemplo, que publica los informes consecutivos de sus excavaciones, a un médico que entrega a sus alumnos las hojas de análisis de una enfermedad, o el famoso carnet donde Pasteur anotaba sus experimentos. ¿Qué esperamos de esos informes sinceros? Que nos digan en cada fase: he aquí un testimonio que era dudoso la última vez y acaba de ser confirmado o, por el contrario, una interpretación antes considerada prácticamente indiscutible y que hoy los progresos de nuestra información obligan a descartar o, cuando no se trata de hechos pasados, sino de fenómenos estudiados en clase, he aquí un acontecimiento nuevo, quizá indicativo de una transformación capital. En otros términos, ya que cualquier conocimiento es, por sí mismo, un movimiento progresivo del espíritu y que el conocimiento de hechos por su propia naturaleza cambiantes no puede resultar más que del examen de su evolución, un acta de investigación, tomada de manera aislada, tendrá poco peso si no concuerda con las actas anteriores. En cambio, nuestros diversos «boletines» se sucedían sin que nunca o casi nunca pudiese apreciarse un nexo entre ellos. Cotejándolos minuciosamente, se observaba con bastante frecuencia que se contradecían o que, después de haber llamado la atención una vez sobre un grupo de datos que parecían muy prometedores, en el siguiente número se abandonaba dicha línea de investigación sin previo aviso. ¿Acaso el segundo dato hacía caduco el primero? ¿Se había evitado voluntariamente consignar repeticiones? ¿Se había realmente modificado la situación? Muy sutil habría sido quien lo descubriera. Tengo cierto temor de que, al airear todos mis pensamientos, pueda incurrir en el pecado de la calumnia. Sin embargo, más de una vez me he preguntado en qué medida esta incoherencia se debía a la torpeza o a la astucia. Todos los jefes de las segundas oficinas están aterrorizados ante la posibilidad de que, el día del «mazazo», los hechos desmientan las supuestas certidumbres que han difundido entre los mandos. Así pues, ofrecerles una gran selección de indicaciones contradictorias, ¿no equivale a reservarse la opción de decir triunfalmente, pase lo que pase: «Si me hubieran creído...»?[13]

13. Véase el demoledor testimonio sobre las malas costumbres de las segundas oficinas, mucho antes de la guerra, ofrecido por B. de Jouvenel en *La Décomposition de l'Europe libérale* (Librairie Plon, París, 1941, p. 212): «Nuestro estado mayor hace gala

En cuanto comenzaron las operaciones activas, ¿qué utilidad tuvieron, día a día, los servicios de la 2.ª oficina? Me costaría mucho pronunciarme al respecto, pues casi nada de lo que pudo hacer o decir se filtró hasta mí. Hay algo indiscutible: dado que a partir de ese momento los famosos «boletines» guardaron un silencio tan absoluto como prudente, los oficiales que desempeñaban funciones similares a la mía sólo supieron sobre el enemigo lo poco que lograron cazar por suerte o casualidad en las conversaciones o reuniones. Es decir, prácticamente nada. Me refiero no sólo a las preguntas que se hacían por una curiosidad quizá ociosa, sino sobre todo a los conocimientos que les resultaban indispensables para el buen ejercicio de su propio oficio. Cuando, por azar, se confiaba a alguien un dato de cierta entidad, ocurría (ya lo he ilustrado anteriormente) que, por falta de un centro de información al cual transmitirlo, tenía que tomar la decisión, como último recurso, de precipitar al informador ante el jefe del ejército en persona. ¡Como si a un jefe ya abrumado por un exceso de responsabilidades los datos de ese tipo no debieran llegarle únicamente ya reunidos y filtrados! Por otra parte, habría sido conveniente no dejar que esos centros o «agencias», por retomar una comparación anterior, encargados a la vez de informar y de recibir las informaciones, funcionaran únicamente en forma de 2.ª oficina de los estados mayores. Habría sido al menos tan necesario, desde mi punto de vista, hacer que en cada oficina hubiera un oficial especializado en estas funciones, que le habrían dado ocupación más que suficiente. ¿Quién puede creer que fuera sencillo aprovisionar las unidades en municiones, víveres, material de ingeniería o combustible y fijar el emplazamiento de depósitos de municiones, estaciones de suministro de víveres, parques de ingeniería o camiones cisterna, sin saber prácticamente nunca dónde se encontraban dichas unidades ni dónde estaba el enemigo?[14]

de una vanidad pueril al enumerar en las páginas del *Annuaire* (*L'Annuaire militaire de la S.D.N.*) unas fuerzas que no tenemos, unos militares de carrera que no se han alistado y unos reservistas que no han sido convocados. De este modo refuerza la tesis alemana». En cuanto a 1914, véanse las *Memorias* (Joseph Joffre, *Mémoires*, Plon, París, 1932. 2 vol.) de Joffre (informaciones falsas sobre los cuerpos de reserva alemanes). (Julio de 1942).

14. En efecto, esta incapacidad de informar constituye una vieja tara de nuestros estados mayores. En sus *Memorias*, el duque de Fezensac cuenta que cuando Ney le confió un día la misión de llevar una orden a uno de los generales que se encontraban a las órdenes del mariscal, tuvo la ocurrencia de pedir dónde debía dirigirse: «No me replique

Los errores de método de nuestra 2.ª oficina y de tantos otros servicios, en el conjunto de los ejércitos, sin duda no pasaron desapercibidos por la mayoría de nuestros jefes, y estoy convencido de que, entre ellos o en su entorno inmediato, hubo más de un espíritu justo que, en su fuero interno, los condenó con severidad. Sin embargo, ¿cómo es posible que casi nunca provocaran una sanción o incluso un simple cambio de afectación? «Ya no se sabe castigar en el ejército francés», decían en ocasiones mis jóvenes camaradas de la fuerza permanente. Una fórmula sin duda un poco brutal. Pero la crisis de autoridad que reflejaba es incontestable. Analicémosla de más cerca.

Antaño frecuenté con asiduidad a los oficiales de tropa. No pongo en duda que hubiera entre ellos, hoy como ayer, un gran número de hombres capaces de dirigir su unidad con una justa y flexible entereza, con un talante tan ajeno al desorden —cuya imagen aborrezco personalmente— como a las absurdas y legendarias novatadas de los brigadas. El oficio de comandante de compañía, batallón o regimiento es bueno cuando se ejerce de manera noble, a la francesa; y a menudo he constatado que fomenta, en los espíritus rectos, la virtud de la humanidad, por la que profeso la admiración más viva. Me complació encontrar dicha virtud en mi entorno, en la persona del brillante oficial de estado mayor que, antes de partir para destinos más elevados, fue durante algún tiempo nuestro subjefe de oficina. «Desde que él ya no está aquí, nadie se ocupa de nosotros», decían melancólicamente nuestros secretarios. Sólo los torpes temen que la simpatía pueda confundirse con la familiaridad.

El hecho de que, por desgracia, el gobierno de los hombres no se haya practicado en todas partes con tanta mesura e inteligencia humana, lo corroboran algunos informes dignos de crédito. Hay dos expresiones que desearía ver tachadas del vocabulario militar: «adiestrar» y «meter en cintura». Quizá fueran oportunas para el ejército del Rey Sargento,*

—me contestó el mariscal—, no me gusta». Y Fezensac añade: «Nunca se nos hablaba de la situación de las tropas. No se nos comunicaba ninguna orden de movimiento, ningún informe. Había que informarse como se podía o, más bien, adivinar los datos». (Citado por M. Leroy, *La Pensée de Sainte-Beuve*, Gallimard, París, 1940, p. 56.) Una observación que habríamos podido suscribir, ¿no es cierto, querido Lachamp? (Julio de 1942).

* Apodo de Federico Guillermo I; rey de Prusia (1688-1740). *(N. del t.)*

pero no tienen cabida en un ejército nacional. No es que niegue, por nada del mundo, que en él como en otras partes, sea necesaria una disciplina y, por consiguiente, el aprendizaje de dicha disciplina. Pero no puede ser más que la prolongación de las virtudes civiles y, según la hermosa expresión con que Pierre Hamp describía el verdadero valor, debe ser «una forma de conciencia profesional». Un oficial manifestó un día ante mí su extrañeza al ver a las telefonistas empleadas en la central del ejército realizar tan bien su trabajo: «tan bien como si fueran soldados», dijo con un tono inimitable, que reflejaba que era mayor su escándalo que su sorpresa. ¿Era acaso ese orgullo de casta el que lo haría capaz de dirigir a una tropas levantadas, en toda la nación, para la defensa del país, y la mayor parte de las cuales se componía de hombres que la vida ya había acostumbrado a la independencia del hogar?

En la práctica, «meter en cintura» se confunde casi siempre con la imposición del respeto de las formas exteriores, cuyo valor es innegable cuando son expresión de una disciplina más profunda, pero que no tienen sentido si no se ha creado al mismo tiempo un clima de confianza lo bastante fuerte para que la observancia de estos gestos de deferencia surja espontáneamente en la mayoría de las personas. Tolero que se «adiestre» a los hombres, pero jamás sin tener en cuenta al hombre como individuo, a quienes los verdaderos jefes saben perfectamente cómo tratar. ¿Era un jefe de este tipo el coronel que —me consta la veracidad de la anécdota— un día de frío intenso degradó a un suboficial por llevar las manos metidas en los bolsillos de su capote? ¿El que realizaba sin cesar observaciones sobre la vestimenta de su tropa y, en cambio, dejaba que en pleno invierno se congelara en acantonamientos mal organizados?

Tuve ocasión de asistir personalmente a una tentativa similar de «adiestramiento». Fue en Normandía, cuando nos habíamos reagrupado después de la campaña de Flandes. ¡Qué simpatía y amabilidad rezumaban entonces nuestros soldados! Ninguno de nosotros, ni siquiera los más endurecidos, pudo sustraerse a la emoción. Bajaban del tren exhaustos por un largo viaje, muchos de ellos hambrientos, a veces sin más ropa que los harapos heterogéneos que les habían distribuido los ingleses después del naufragio. Habían perdido por el camino sus unidades, sus jefes directos, sus «compañeros». En muchos casos, para llegar finalmente al acantonamiento donde volverían a encontrar un poco de esa atmósfera de ayuda mutua colectiva tan necesaria para el hombre de tropa, aún tendrían

que recorrer a pie una gran cantidad de kilómetros. Sin embargo, no se oía una queja, tan sólo un «gracias» valeroso a cambio de los detalles que se les deparaban, se les veía reconfortados no sólo por sentirse, al menos provisionalmente, a resguardo, sino también por volver a ver sano y salvo a este o aquel oficial cuya suerte les había preocupado. Recibí en aquella ocasión unos apretones de manos que me confortaron el corazón. En verdad, el recuerdo de aquellos días me impedirá siempre, si llego a sentir alguna tentación al respecto, perder la esperanza en el pueblo francés.

Para dirigirnos llegó un general animado sin duda por las mejores intenciones, de una fe militar perfectamente sincera, duro consigo mismo y con los demás, pero cuya percepción psicológica no estaba a la altura de sus demás cualidades. Juzgó que el ambiente imperante no era del todo el de un cuartel bien administrado y quiso remediarlo. Las rondas de oficiales se multiplicaron y llovieron por doquier las observaciones sobre el porte no reglamentario de los uniformes. Tras escapar a lo que los diarios calificaban ya pomposamente, pero no sin cierta propiedad, como «el infierno de Flandes», muchos de los nuestros habían creído poder traer a sus mujeres a los pueblos en que nos alojábamos: tanto los soldados rasos como los oficiales, de modo que se respetaba el principio de igualdad. El general fue inflexible. Un guerrero puede, si se le antoja, ir a un burdel; en cambio, las efusiones conyugales representan para él el pecado de la debilidad. Como nuestro nuevo jefe era, a su manera, una persona justa, de hecho comenzó por infligir quince días de arresto mayor al viejo general de la reserva que había ocupado su puesto antes que él: ¿pues no lo había encontrado una tarde del brazo con su venerable esposa? Nos reímos. Pero el hombre de rango no fue consolado. En pocos días, la temperatura moral cambió. Síntoma elocuente de ello fue que el saludo a los oficiales, que hasta entonces se había ofrecido con cordialidad y diligencia, empezó a realizarse con parsimonia y, visiblemente, por obligación. Un «pseudo-adiestramiento» había arruinado, con una presteza inaudita, el buen humor y la alegría de una tropa que llegaba del frente y estaba destinada, o eso creíamos, a volver a él.

Entre las personas que vivieron en 1914-1918 bajo la ocupación alemana y la han vuelto a padecer en estas últimas semanas, varias, sin ponerse de acuerdo previamente, me hicieron una observación que me sorprendió mucho: comparado con el ejército imperial, el régimen del ejército nazi les parecía tener unas costumbres «más democráticas». La dis-

tancia entre el soldado y el oficial parece menos infranqueable (pese a que los oficiales tampoco devuelven siempre el saludo, algo que pude comprobar personalmente). De arriba a abajo, es más patente el entendimiento en un clima de buena voluntad común. Resultaría desastroso que la unión espiritual que ha sabido lograr un misticismo cuya grosería no debe disimular su poderío, quedara comprometido en nuestro imperio por viejas tradiciones prusianas, profundamente opuestas a nuestro verdadero espíritu nacional y quizá obsoletas en la propia Prusia.

Así pues, con razón o sin ella, el ejército francés no había olvidado el viejo arte de castigar, o no lo había olvidado lo suficiente. En cambio, es más que obvio que los mandos no han sabido aprovechar, como habrían podido y debido, los largos meses de espera que el enemigo puso a su disposición para proceder a la limpieza necesaria de sus miembros. En el 1.er ejército, el período de operaciones se caracterizó por algunos despidos estruendosos. Pero, ¿había que esperar hasta entonces, es decir, hasta que fuera demasiado tarde? En efecto, ya se sabía con anterioridad que había algunas deficiencias. ¿Es necesario un nuevo ejemplo? El mando de nuestro cuartel general recaía sobre un viejo oficial cuya cordialidad campechana no ocultaba a nadie su absoluta incapacidad. «Hace treinta y dos años que no entiendo», gustaba de repetir. Me extrañaría mucho que, de boca a oreja, esa cándida confesión de la que tanto nos burlamos no haya llegado a los oídos del más encumbrado de nuestros jefes. A decir verdad, las atribuciones de este honroso émulo del capitán Bravida* no tuvieron una importancia capital mientras estuvimos en Bohain. Sin embargo, todo el mundo sabía que, cuando comenzaran las operaciones activas, tendrían un peso mucho mayor. En particular, comportaban, según el propio reglamento, la dirección del servicio de automóviles del estado mayor que, tanto antes como, por desgracia, después del 10 de mayo, dejó mucho que desear. Por otra parte, el despido de un oficial de ese rango no habría sido tan problemático como el de un generalísimo o un comandante de ejército. No por ello dejamos de conservar a nuestro ridículo jefe de batallón durante todo el invierno y, después, a lo largo de toda la campaña —durante la cual, por otra parte, no lo vimos casi nunca— hasta el día en que, a punto de embarcarse, desapareció misteriosamente en

* Personaje burlesco de la novela *Tartarín de Tarascón*, de Alphonse Daudet, caracterizado por su celo y su torpeza. *(N. del t.)*

Dunkerque. ¿Cómo? Las brumas de la leyenda cubrieron su final. Haríamos mejor en reconocer que nunca lo supimos y suponer —como, a fin de cuentas, es muy posible— que muriera simplemente por Francia o, con gran desdicha, fuera apresado por el enemigo. No era sin duda culpa suya si lo habían mantenido en un puesto que superaba con creces sus modestas posibilidades. No fue el único que se vio en semejante tesitura. Nos habría hecho falta el brazo rudo del Joffre de 1914 y algunos de sus jóvenes turcos. Algunos seguían vivos. Pero envejecidos, cargados de honores, echados a perder por una larga vida de oficinas y triquiñuelas.

En efecto, en mi opinión, la molicie de los mandos se gestó ante todo en las costumbres adquiridas durante la paz. La manía del papeleo influyó considerablemente. A ese jefe de una 2.ª oficina que omitió transmitir al único oficial interesado una información fundamental, imaginémoslo por un segundo encabezando un departamento destacado en una empresa privada. ¿Qué habría sucedido? Supongo que el patrón lo habría mandado llamar, le habría dicho a puerta cerrada cuatro verdades y lo habría reenviado a su puesto, tras una admonición sincera: «Que no se repita». Y probablemente no se habría repetido. Pensemos ahora en el caso anterior tal como yo lo he visto: si hubiera creído factible que mi superior inmediato y luego el jefe de estado mayor y, más adelante, el propio general del ejército formularan una advertencia al oficial culpable, habría tenido que enviarles una nota escrita. Peor aún, dicha nota, según las sacrosantas reglas jerárquicas, no habría podido tener más destinatario que el propio comandante del cuerpo divisionario: en efecto, de escalafón en escalafón, sólo se permite la correspondencia entre jefes. En estas condiciones, el asunto habría adquirido tal gravedad que todo el mundo me desaconsejó que emprendiera el trámite; de edulcoración en edulcoración, mi nota habría quedado plantada sobre una mesa augusta, si es que hubiera llegado tan lejos. Añádase a esto el miedo a las «historias», la preocupación por la diplomacia que entre los hombres deseosos de promoción se convierte en una segunda piel, el temor a desagradar al poderoso de hoy o de mañana. Un día se decidió, a propuesta mía, disminuir la cuota de gasolina de un cuerpo divisionario y aumentar proporcionalmente la de otro. Lo que motivó dos notas de servicio paralelas. El subjefe de estado mayor hizo firmar al general Blanchard la orden de atrincheramiento y, en cambio, se reservó para sí mismo la firma del documento en el que se anunciaban al segundo cuerpo divisionario agrada-

bles mejoras en su abastecimiento. De esta forma, aparentaba no tener nada que ver con la mala noticia y ser responsable de la buena. Así es como cada uno vela por su carrera. Una carrera que se compromete riñendo a los demás o, al menos, cuando no se tiene el ánimo bien templado, se teme, en ocasiones erróneamente, comprometer. Por último, la rutina es por esencia complaciente. Largos años de burocracia habían acostumbrado a numerosas deficiencias, que raramente tomaban un cariz trágico. Los tiempos cambiaron. Pero no las costumbres. Por decirlo en pocas palabras, bastará con indicar que en tiempo de paz los estados mayores no fueron buena escuela para la forja del carácter. Algo que, indudablemente, quedó sobradamente demostrado.[15]

Un viejo dicho militar describe los sentimientos mutuos de dos oficiales que van subiendo juntos los distintos grados de la jerarquía: «Tenientes, amigos. Capitanes, camaradas. Comandantes, colegas. Coroneles, rivales. Generales, enemigos». El lector debe sospechar ya que no estoy bien situado para tratar con conocimiento de causa sobre las discordias de los grandes jefes, que eran en ocasiones objeto de palabras veladas en las conversaciones que tenían lugar a mi alrededor. Unas discordias atizadas por las clientelas que, de manera fatal, urden en torno a cada «patrón» una red de devociones e intrigas y cuyo caldo de cultivo había sido preparado a la perfección por la deplorable proliferación de órganos de mando. ¿Hemos comprendido en algún momento en el ejército francés que, cuanto mayor es el número de sedimentos sucesivos que debe atravesar una orden o información, más peligro corre de no llegar a tiempo y que, aún peor, cuando el número de jefes superpuestos es excesivamen-

15. Efectivamente, se trata de un grave problema. En ningún texto se plantea con más acierto que en las *Mémoires* de Joffre. No sólo incluyen la sorprendente lista de los generales que hubo que apartar de sus puestos en los primeros meses de guerra (por ejemplo, entre la movilización y el 6 de septiembre de 1914, al menos la mitad de los comandantes de las divisiones de infantería en activo y exactamente la mitad de los comandantes de las divisiones de caballería). La observación de Joffre acerca de un general de cuerpo divisionario: «Había demostrado ser incapaz de pasar de la mentalidad del tiempo de paz a la del tiempo de guerra» es aplicable, naturalmente, a la mayoría de los jefes así destituidos: en suma, para aproximadamente la mitad de los jefes de los tiempos de paz. Pero, entonces, ¿qué es la educación militar, cuando prepara para todo menos para la guerra? (Julio de 1942).

te elevado, la responsabilidad se diluye entre ellos hasta el punto de que ninguno se siente personalmente involucrado? Esta tara de nuestra burocracia militar aquejaba a todos los niveles. Ya he indicado que si en el servicio de combustibles hubiéramos respetado el reglamento al pie de la letra, un desnivel triple habría separado a los ejecutantes del representante del ejército. Entre el comandante de un regimiento de infantería y las correspondientes divisiones se interpone el estado mayor de la infantería divisionaria: un «órgano de retraso», como lo llamábamos cuando yo era soldado de infantería. Me sorprendería que, desde entonces, este calificativo hubiera perdido su razón de ser. Más arriba se encontraba el ejército; el grupo de ejércitos, en principio mero instrumento de coordinación estratégica pero que a menudo trató de salir de este rol; la comandancia del Teatro de Operaciones del Noreste, encargada de las operaciones bélicas en todo el frente francés, con excepción de los Alpes y, por último, la comandancia superior de las fuerzas terrestres. Cuando se realizó el reparto de atribuciones entre los dos últimos niveles —o, por humanizar la terminología, entre el «estado mayor Georges» y el «estado mayor Gamelin»—, oí cómo se exponía la nueva organización del Alto Estado Mayor. El conferenciante se expresaba con la mayor claridad posible. Y, sin embargo, no fui yo el único que sacó de su discurso una sola conclusión en limpio: nos dirigíamos, inevitablemente, al caos y a los solapamientos perpetuos. Diversos ecos que llegaron después a mis oídos me han demostrado que no nos equivocábamos. Y todo ello sin tener en cuenta un tercer embrión de estado mayor, escondido en los pliegues más íntimos del templo: ¡el gabinete militar del generalísimo!

Todo esto ocurría lejos de mi alcance. En cambio, tuve numerosas ocasiones de sopesar con exactitud las rivalidades mutuas de las oficinas y, muy cerca de la cúspide de la pirámide, las del Estado Mayor General (*alias* el Alto Estado Mayor) con el Estado Mayor del ejército (es decir, el Ministerio).

Uno de los más notables oficiales que tuve la suerte de conocer —el teniente coronel cuyas atenciones con nuestros secretarios he mencionado más arriba— me dijo un día: «En un estado mayor no debería haber oficinas». Con lo cual daba a entender que este fraccionamiento, tal vez inevitable, está preñado de peligros, pues cada parte del todo corre el riesgo, por una propensión casi fatal, de tomarse a sí misma por un todo, y las pequeñas sociedades cerradas se creen una patria. La 3.ª oficina,

que constituye el refugio de los estrategas y que nuestras malas lenguas apodaban el «trust de los cerebros», suele pasar por ser el sanctasanctòrum. Orgullosos de una función que es, en efecto, de las más importantes y delicadas, los oficiales que la componen no condescienden a menudo a colaborar más estrechamente con sus camaradas más alejados de las fuentes primigenias del arte militar. A veces se diría que desprecian en exceso unas actividades sin las cuales las flechas más hermosas trazadas sobre el mapa de operaciones no serían más que signos vanos. Lo mismo ocurre, por otros motivos, con la 2.ª oficina, atormentada por el culto del secreto. Con la excepción de algunos cascarrabias, se respeta la urbanidad de las formas. Se protege eficazmente lo que le toca a cada servicio. Estos compartimentos estancos existen en todas partes. Pero en ninguna mi experiencia me ha mostrado que sean más temibles que en el órgano supremo de mando: me refiero al Alto Estado Mayor.

Ahí, en enero, perdí una tarde entera tratando de lograr en vano que la 2.ª y 4.ª oficinas adoptaran una iniciativa común. Como se habrá adivinado, se trataba de un asunto relacionado con la gasolina. El lector podrá apreciar que no carecía de gravedad. Pero, como entraron en juego terceras personas, que todavía hoy no tengo derecho a comprometer, me veré obligado a recurrir a ciertos circunloquios.

Había, en alguna parte de un pequeño país neutral, más o menos a igual distancia de las fronteras francesa y alemana, un cierto depósito de carburantes. Mi informante habitual no se había contentado con brindarme datos sobre la capacidad de los recipientes, que era bastante considerable. Había añadido: «Puedo, como usted juzgue más oportuno, mantenerlos constantemente llenos, para facilitar el aprovisionamiento de sus fuerzas en caso de que en algún momento se vean obligadas a penetrar en ese territorio; o, por el contrario, dejar las cantidades estrictamente necesarias a efectos comerciales, para no correr el riesgo de abandonar a los alemanes unos recursos preciosos. Que decida el Estado Mayor francés. En cuanto me transmita sus instrucciones, sean las que sean, serán ejecutadas». El problema se reducía en definitiva a saber quién, en opinión de nuestros mandos, iba a alcanzar antes ese lugar en caso de que Alemania violara la neutralidad: los enemigos o nosotros. No sólo superaba con creces mi competencia personal. El ejército que se hallaba en las lindes de ese sector no era el mío. Aún más: ni siquiera pertenecía a nuestro grupo de ejércitos. Por consiguiente, no había más alternativa

que ir a preguntar al Alto Estado Mayor cuáles eran sus órdenes al respecto.

Me dirigí primero a la 2.ª oficina, a la que tenía que comunicar otras informaciones. Cuando abordé esta cuestión espinosa, aquellos señores me replicaron, no sin razón: «Estamos aquí para informar, no para tomar decisiones. Vaya a la 4.ª oficina». Sin embargo, no se ofrecieron a acompañarme y sin duda sabían por qué. Por otra parte, quizá hubiera sido más natural que me dirigiera directamente al ayudante del jefe del estado mayor del generalísimo encargado de las operaciones, o a sus representantes. Pero, ¿puede el no iniciado llamar personalmente a la puerta del santuario? Heme pues en camino por la larga carretera de La Ferté-sous-Jouarre, poblada de gendarmes, hacia la 4.ª oficina, con cuyos vericuetos, como es natural, ya estaba familiarizado. Me fueron paseando de sala en sala. En todas partes oí la misma cantinela: «No sabemos quién es el enemigo. Ponemos aprovisionamientos *franceses* a su disposición. Eso es todo. Además, su informante, ¿es un hombre de fiar? ¿Y si nos estuviera tendiendo una trampa?»

—La 2.ª oficina responde del valor de esta información.

—¡Oh!, ¡la 2.ª oficina! ¿Qué tiene que ver con la gasolina? Y, si ha empezado a ocuparse de su asunto, no tiene más que proseguir con él.

—Me parece muy bien pero, si eso es lo que ustedes quieren, desearía que se lo comunicaran por teléfono.»

Al menos, obtuve esa satisfacción. La conversación telefónica me pareció un tanto áspera en los dos extremos de la línea. Cada uno se devolvía la patata caliente. A los pocos minutos, la 2.ª oficina concluyó con un mensaje bastante seco: «No nos concierne». Es la forma en que unos propietarios se pelean sobre una pared medianera. Sólo había un interés que a nadie parecía preocupar: el del ejército francés. Testarudo por temperamento, reinicié la conversación con la 4.ª oficina. De escalafón en escalafón, acabaron conduciéndome ante dos tenientes coroneles. Me expresé con mucho ardor. Probablemente demasiado, teniendo en cuenta la modestia de mi grado. Comprendí a tiempo que estaba superando los límites del respeto jerárquico y, como un escándalo sólo habría servido para condenar a un fracaso sin paliativos mi empresa, me detuve en seco. Pese a todo, iba siendo presa del desaliento. El único botín que obtuve fueron unas promesas vagas: probablemente se elevaría la cuestión al ayudante del jefe de estado mayor del generalísimo encargado de los ser-

vicios; éste quizá considerara procedente plantear el problema a su colega encargado de las operaciones... Para librarse de un pesado o un loco no hay más remedio que hacerle creer que se cede ante su temperamento. De hecho, nunca jamás volví a oír hablar del tema.

Sin embargo, me costaba hacerme a la idea de no responder al «simpatizante» que, del otro lado de la frontera, de una manera totalmente desinteresada y corriendo algunos riesgos personales, nos había ofrecido su ayuda. El interés práctico de sus propuestas, por evidente que fuera, no era lo único que estaba en juego. Nuestro silencio habría revelado a un extranjero la incertidumbre de los mandos franceses. Ya era suficiente con estar nosotros mismos al corriente. De acuerdo con el amigo francés que me había servido de intermediario y no llevaba uniforme, hice que les comunicaran el siguiente mensaje: «No rellenen sus cubas». Era un tremendo abuso de poder, pero los acontecimientos me impidieron albergar demasiados remordimientos al respecto: como habíamos previsto, los alemanes, cuando estalló la tormenta, fueron los primeros en llegar.

Fueron asimismo mis encuestas sobre los recursos en gasolina las que me enseñaron cómo, al margen de la guerra que realizábamos o preparábamos contra los alemanes, se estaba librando otra gran batalla intramuros. En ella se enfrentaban el Alto Estado Mayor con el Estado Mayor del ejército, la Ferté-sous-Jouarre con París y una tradición que se remontaba, sin duda, a la lejana época de Chantilly, Joffre y Gallieni. Un primer sondeo sólo había arrojado informaciones incompletas sobre los depósitos belgas. Nuestro informante estaba dispuesto a facilitarnos otras. Pero, ¿por qué conducto le haríamos conocer nuestras necesidades? Ni soñar con llamarle a París. Por otra parte, él no deseaba entrar en contacto con el agregado militar, cuya visita le habría podido comprometer, ni con los agentes del Servicio Secreto, más habituados a tratar con soplones a sueldo que a conversar con negociantes perfectamente respetables y, por otra parte, poco competentes para hablar de gasolina. Me pareció que lo más sencillo sería pedir a nuestro intermediario francés que se desplazara en persona a Bruselas, con el pretexto totalmente natural de un viaje de negocios. Lo mismo opinó la 2.ª oficina del grupo de ejércitos, que seguía de cerca el asunto. No quedaba más que proporcionar a ese misionero benévolo los visados necesarios y conseguírselos sin que a la pérdida de tiempo del viaje, que aceptó con una gran abnegación, se añadiera la de largas esperas en las antesalas de la policía o de las em-

bajadas. No parecía que debieran plantearse problemas especiales; no sólo tenía las mejores razones del mundo para responder de una persona próxima, sino que él era muy conocido y apreciado en París en el mundo del comercio y por su actividad profesional estaba constantemente en contacto con los órganos de la Defensa nacional; por último, el grupo de ejércitos y, más arriba, el Alto Estado Mayor se ofrecían como fiadores. Sin embargo, había que pasar por la 2.ª oficina del ministerio. Pese a la recomendación expresa del grupo de ejércitos, formulada tanto en nombre del Alto Estado Mayor como en el suyo propio, o quizá debido a ella, nuestro personal no quiso ni oír hablar del tema. «No conocemos a esa persona; ignoramos lo que quiere hacer.» (Huelga decir que les habíamos puesto perfectamente al corriente.) («Nos negamos a asumir ninguna responsabilidad. Que se las arregle como pueda.») Y, en efecto, se las arregló, a cambio de trámites enojosos que, por suerte, sus relaciones personales abreviaron un poco. Y comprendí con una claridad meridiana que, en realidad, no existía un ejército francés sino, en el seno de éste, muchos cotos vedados.

Lo volvería a comprobar aún más claramente y en circunstancias mucho más trágicas cuando hubo que reconstituir, con los supervivientes de Flandes, un simulacro de fuerzas armadas en Normandía. En esa ocasión, no sólo pasamos sin cesar de un general a otro, con el agravante de que a veces cambiaban en el curso del mismo día y cada uno de ellos, en cuanto asumía el mando, se apresuraba a deshacer lo que su antecesor había puesto en marcha. Por encima de nuestras cabezas y a nuestras expensas, o más bien a expensas del país, proseguía la áspera disputa entre el Alto Estado Mayor y el ministerio. En principio, dependíamos del segundo, al menos en un primer momento; pues Normandía, considerada una región muy alejada del frente (pese a que por entonces ya estaba en el Somme), no pertenecía a la zona de los ejércitos. Pero era el Alto Estado Mayor el que debía emplear nuestros servicios. No hace falta que insista: se adivina perfectamente que este duelo no ayudó a acelerar ni nuestro reagrupamiento ni nuestro rearmamento. El enemigo estaba literalmente a las puertas de la ciudad e incluso más allá, pese a lo cual los dos interlocutores en conflicto todavía no habían sabido acallar sus discordias. No me refiero a interlocutores políticos, sino militares, y, por ello mismo, más culpables si cabe.

Para quien escoge la carrera de las armas, el valor personal es la más obligatoria de las virtudes profesionales: es hasta tal punto indispensable para la buena conciencia del grupo que es regla darla por hecho. Estoy seguro de que la gran mayoría de los oficiales de la fuerza permanente ha sido fiel a esta gran tradición. Si hubo, aquí o allá, algunas excepciones —fui testigo de una o dos durante la guerra anterior y he creído reencontrarme con algunas durante ésta—, no mancillan en nada el honor de la colectividad. Demuestran simplemente que el hábito no siempre consigue hacer al monje y que en todas partes hay seres bastante carentes de imaginación para adoptar un oficio sin ser plenamente conscientes de las responsabilidades que obliga a contraer: el de soldado, por ejemplo, sin comprender que quizá un día la vida del cuartel deba dejar paso a la guerra. Estos débiles, en el fondo, son ante todo gentes infelices que han cometido un error. Lo cual no impide que el desprecio del peligro esté lleno de matices y de grados. Pero, ¿es posible extenderse sobre este tema en unas memorias sin ofender, en el recuerdo, secretos pudores? Quien haya visto el fuego lo sabe bien: hasta los más templados a veces sólo logran dominar el miedo a duras penas. En cambio, en otros momentos, el mismo hombre parece alcanzar la indiferencia sin el menor esfuerzo, como un producto espontáneo del imperativo de la acción necesaria, de la habitud o, sencillamente, de un buen equilibrio mental.

Igualmente, el valor no es cuestión ni de carrera ni de casta. La experiencia de dos guerras —sobre todo de la primera— me inclina a pensar que es la predisposición anímica más extendida entre los hombres mínimamente sanos. Al menos en nuestro pueblo, donde la mayoría de los cerebros son sólidos y los cuerpos bien conformados. Erróneamente, muchos oficiales piensan que los soldados más bravos se reclutan entre los violentos, los aventureros o los gamberros. Por el contrario, siempre he constatado que estos seres brutales resisten mal a cualquier peligro cuando dura un poco. Dar muestras de valor equivale para el soldado a ejecutar hábilmente su oficio. Cuando un muchacho honesto está acostumbrado, en la vida corriente, a efectuar meticulosamente sus tareas cotidianas (en el banco de trabajo, el campo, detrás de un mostrador y, me atrevería a decir, en la mesa de trabajo de un intelectual), seguirá con total naturalidad cumpliendo con idéntica sencillez el deber que le imponga la coyuntura, aunque sea bajo las bombas o la metralla. Sobre todo si la nece-

sidad innata de realizar concienzudamente el trabajo se conjuga con el instinto de la colectividad. Un instinto que tiene numerosos matices, desde el impulso, semirracional, que lleva al hombre a no abandonar a su camarada, hasta consentir el sacrificio personal en bien de la comunidad nacional. Pero el proceso que conduce de las modalidades más elementales a las más elevadas es casi insensible. No conocí, en 1914-1918, mejores guerreros que los mineros de los departamentos de la región del Norte o de Pas-de-Calais. Con una sola excepción. Me sorprendió mucho tiempo, hasta que me enteré, por azar, de que aquel timorato era un esquirol, un obrero no sindicado y empleado como rompehuelgas. No pretendo cuestionar ningún partido político. Quiero señalar simplemente que cuando se carece, en tiempo de paz, del sentido de la solidaridad de clase, toda capacidad de ir más allá del interés egoísta inmediato tampoco se da en el campo de batalla. La infantería de Verdún y del Somme era un ejército compuesto por reservistas entre la tropa y, en gran parte, entre los cuadros. Reservistas también, en días menos lejanos, mis amigos fieles del parque de combustibles y de los camiones cisterna que, sin amilanarse ante unas llamaradas aterradoras, incendiaron un sinfín de cubas cuyo contenido no debía cederse al enemigo; que aprovisionaron los carros tan cerca de una línea de fuego en perpetuo movimiento que en varias ocasiones tuvieron que arrastrar sus cisternas sin haber tenido tiempo de rebobinar las tuberías de alimentación, que seguían flotando por detrás de los vehículos como una cola inmensa. Como se consideraban «servicios de retaguardia», ¡la mayoría carecía de armas! Fue un modesto chófer de profesión el soldado de gran corazón que se negó a ser relevado a pesar de haber sido herido de muerte durante una de estas operaciones de aprovisionamiento. «Estoy perdido. Váyase. No quiero que alcancen a un compañero por mi culpa.» Asistí de cerca, durante los cuatro años de mi campaña anterior —la verdadera— a más de un episodio como éste. Me detengo. Si me dejara llevar, no podría parar en todo un día.

Sin embargo, en esta ocasión se ha hablado mucho de las flaquezas de la tropa. En particular de sus oficiales. Se han contado historias de huidas en las que el coche del jefe se adelantó con mucho al pánico de quienes iban a pie. Se han citado casos de abandono del puesto. Se han evocado órdenes de «sálvese quien pueda» emanadas de arriba. No estuve presente en ningún caso. Pero no es necesario haber sido un testigo presencial de los acontecimientos para comprender que una gran parte de

esos episodios son del dominio de la leyenda: todos los pueblos vencidos buscan un Ganelón* o, como mal menor, achacan su derrota a algunos errores de bulto. Pero admitamos, como temo que ocurrió, que no todos esos rumores sean falsos: que, en el ejército combatiente, haya habido realmente, como he oído decir a algunos camaradas de los estados mayores, una «crisis de los mandos».[16] También en este caso la responsabilidad del alto mando ha sido considerable.

Los mandos subalternos o medios de la tropa estaban compuestos, en una proporción notable, por viejos oficiales de guarnición. Pese a lo que se suele creer en ciertos medios, es una grave ilusión suponer que la rutina de las revistas minuciosas, los ejercicios de maniobras en el campo y los pequeños episodios de disciplina interna, preparen eficazmente para el mando directo de los hombres, en una vida de aventuras guerreras privada bruscamente del amparo del reglamento. Muchas profesiones civiles constituyen una escuela mejor para el desarrollo de las cualidades que exigen circunstancias tan nuevas: al menos por poco que conlleven ciertos elementos de responsabilidad sobre otros hombres y de adaptación a las condiciones cambiantes de la acción. Añádase a ello la atmósfera debilitadora de una carrera de pequeños funcionarios ocupados a medias, pues éste es, prestigio aparte, el modo de existencia habitual de muchos capitanes o jefes de batallón en tiempo de paz. Únicamente los espíritus realmente ardorosos o que cuentan con el respaldo de un poderoso sentido

* En *El Cantar de Roldán*, Ganelón, el padrastro de Roldán, es quien desaconseja a Carlomagno tomar Zaragoza, la única ciudad que se le ha resistido en España. Pacta traicioneramente con Marsín la estrategia a seguir. Cuando el ejército de Carlomagno se retira hacia Francia, es atacado por la retaguardia y muere Roldán. *(N. del t.)*

16. Hoy pienso, después de recoger numerosos testimonios a lo largo de los dos años transcurridos, que las deficiencias en la dirección de las tropas han sido considerablemente menos raras de lo que quería creer recién salido de la derrota. Naturalmente, no modifico mi texto. Pero, para ser escrupulosamente veraz, temo que habría que acentuar ese aspecto. Se trata de una confesión dolorosa y que me entristece. Sin duda, se produjo cierta crisis de la moralidad de los grupos de clases (tanto entre los oficiales de reserva como de la fuerza permanente) más profunda de lo que nos atrevíamos a pensar. Todo el mundo sabe que no lo contaminó todo. Junto a estas flaquezas y en los mismos medios, cuán numerosos fueron los actos de valor. Son estos contrastes los que hacen tan difícil matizar en historia. Por otra parte, la crisis de la moralidad colectiva, en ciertos estratos de la nación, y las reacciones de esos mismos elementos contra la crisis, es algo que hoy conocemos lamentablemente demasiado: la «colaboración» ha constituido una piedra de toque muy elocuente. (Julio de 1942).

del deber se libran de esos vicios. Pero no todos consiguen elevarse tan alto. El período de espera, que se prolongó hasta el 10 de mayo, habría debido permitir proceder a la depuración necesaria de los mandos y, como consecuencia, a su no menos importante rejuvenecimiento; contra la anquilosis del carácter, no hay protección más eficaz que un cerebro todavía ágil regado por una sangre aún generosa. Ni el capitán Coignet ni sus émulos de las guerras napoleónicas eran sin duda genios, pero alcanzaban apenas la edad madura. El ejército alemán, por su parte, aunque sólo lo hayamos entrevisto de paso, ha dado, en comparación con el nuestro, una impresión incontestable de juventud. Esta poda, como ya sabemos, no se produjo. Tampoco, por otra parte, nos preocupamos demasiado de ascender a los puestos de subteniente y teniente, posiblemente a costa de un pequeño suplemento de formación, a los suboficiales de la reserva, cuyos recursos en autoridad, competencia y abnegación no podían haber pasado desapercibidos para nadie después de la experiencia de 1914. Conozco a algunos a los cuales sus coroneles impidieron asistir a los cursos que se impartieron para cubrir dichos puestos, porque consideraban que les resultaban demasiado útiles o porque, lamentablemente, sus «enchufes» no fueron suficientes. ¿Se esperaba que la selección la llevaran a cabo las balas? Eso equivalía a olvidar que la guerra podía no durar cuatro años, o ni siquiera el lapso de tiempo que medió entre los primeros combates de agosto de 1914 y la huida hacia el mar.

Ya he hecho suficiente hincapié en los efectos de la sorpresa. Una expresión que sólo debe interpretarse en su sentido puramente estratégico. Los peores casos de parálisis anímica se debieron al estado de estupefacción y escándalo que un ritmo de guerra inesperado, sumió a unos hombres predispuestos por sus educadores a una imagen totalmente distinta del combate. Esta conmoción psicológica afectó también a los oficiales de tropa. Pero en ningún lugar fueron más patentes sus estragos que en algunos servicios de semirretaguardia de los puestos, plazas fuertes y estados mayores territoriales. Como en todas partes, algunos seres vigorosos se endurecieron al ser puestos a prueba: conozco el caso de un comandante de puesto de mando, mutilado de la guerra anterior, que se presentó voluntario para tratar de abrir paso a un destacamento de carros de combate. En otras ocasiones, lamentablemente, la retirada, sin duda inevitable, se asemejó con demasiada frecuencia a una huida y a veces se anticipó a los acontecimientos. El Alto Estado Mayor tuvo que obligar a volver a su

puesto a un general que tenía a sus órdenes toda una región militar: este jefe había abandonado su ciudad sin que se le hubiera ordenado, por la sencilla razón de que en su opinión el enemigo ya no estaba demasiado lejos. Semejantes flaquezas, de las que ésta no es el único ejemplo, merecen sin duda la censura. Pero también suscitan algo de compasión. En un ambiente distinto, los mismos personajes se habrían comportado quizá de una manera muy honrosa. En cambio, el destino les había colocado en un lugar en el cual sus tareas cotidianas eran una prolongación de las propias de los tiempos de paz, y la atmósfera mental desprendía un polvoriento olor a oficina o prefectura. Ante todo, se había convenido que estarían alejados del frente. Pero el enemigo rompió el contrato. ¿Cómo es posible que no se hubiera explicado de antemano a esos honestos servidores, en su mayoría excesivamente envejecidos en el oficio, que, en una guerra de velocidad, la retaguardia está expuesta en todo momento a convertirse en la vanguardia?

Lo más terrible fue que este desasosiego afectó a círculos que tenían responsabilidades mucho mayores. Varios de entre nosotros constatamos horrorizados cómo progresaba, casi día tras día, entre algunos de los oficiales que ocupaban los cargos más considerables del estado mayor, especialmente entre aquellos a quienes correspondía de oficio el gobierno de las operaciones. Los primeros síntomas del mal fueron externos: miradas extraviadas, barbas mal afeitadas, un nerviosismo que pasaba bruscamente de una agitación febril por naderías al fingimiento de una serenidad imposible. Cuando un jefe empieza a decir «¿para qué?», pobres de quienes ejecutan sus órdenes. Luego fue subiendo la marea de una desesperación que, en lugar de servir de acicate a la acción, parecía buscar refugio en una suerte de pereza somnolienta. No he conocido espectáculo más desmoralizador que ver a algunos desplomándose en los sillones de la 3.ª oficina. Naturalmente, de tanto en tanto se aferraban a las ilusiones más inverosímiles, sobre todo cuando la iniciativa salvadora parecía corresponder a otros. Durante todo un día, en Attiches, nos embriagamos con la imagen de un ejército caritativo que, según se decía, avanzaba «a marchas forzadas» sobre Arrás y Bapaume. Para caer después aún más bajo en la atonía de la voluntad, a imagen y semejanza de lo que acontecía en círculos todavía más elevados. «Haga lo que quiera, mi ge-

neral. Pero al menos haga alguna cosa.» En Lens, uno de mis camaradas oyó a uno de los comandantes de unidad del ejército increpar así al general Blanchard.

Por mi parte, yo iba a oír cosas aún peores. Sin duda, fui indiscreto. Pero muy a pesar mío. Todo se debió a mis costumbres nocturnas. Durante toda la campaña, jamás quise dormir en ningún sótano. Desde luego, no fue por vanagloria. Mi rechazo se basaba, sencillamente, en una aplicación razonada, y creo que razonable, del cálculo de probabilidades. Por desgracia, padezco de un reumatismo bastante agudo. Las posibilidades de que pasar una noche expuesto a semejante humedad me dejara baldado eran, según mis estimaciones, algo así como el 90 por 100. Comparado con eso, ¿qué importancia tenía la probabilidad, casi ínfima, de que cayera una bomba justo encima del puesto de mando? Pero no siempre podía dar con un refugio conveniente. Desde la época de Lens, utilizábamos camillas en lugar de camas. En el castillo de Attiches hice que me instalaran la mía directamente en nuestra oficina, situada en la planta baja. Una opción que resultó desafortunada. Aunque no estuviera de servicio, dos noches seguidas unos generales que entraron en la sala y me hallaron a mano, me despertaron para pedirme una información o para que les hiciera de guía en el dédalo de nuestro edificio. No habría sido de recibo que les respondiera, sin levantarme: «Despierten al camarada que tengo al lado, hoy no estoy de guardia».

Para la tercera noche, del 25 al 26 de mayo, decidí buscar mejor acomodo. En la primera planta había toda una serie de habitaciones reservadas a personas de mayor graduación. Entre ellas corría un largo pasillo que, en cambio, podía considerarse vacante. Pedí que instalaran en él mi dormitorio y, después de acabar con mis deberes en la planta baja, bastante tarde como de costumbre, me dispuse a concederme unas horas de reposo.

A primera hora de la mañana me despertó el ruido de una puerta que se cerraba y luego de una conversación. Alguien acababa de entrar en la habitación contigua y charlaba con su ocupante, sin que ninguno de los dos interlocutores se preocupara en absoluto de sofocar los sonidos. Nunca he sabido quién era el visitante: sin duda se trataba de un personaje de alto grado. Pero su voz no me resultaba familiar. En cambio, reconocí en seguida la de quien le respondía. Pertenecía, incontestablemente, al general Blanchard. Por otra parte, el propio contenido de la conversación habría bastado para disipar cualquier duda. Con total inocencia y con la

única preocupación de encontrar en el pasillo un lugar a resguardo de las corrientes de aire, me había ido a refugiar justo delante del umbral de la habitación que, como el fuego, habría debido evitar. Cuando comprendí lo que ocurría, ya era demasiado tarde para dar muestras de mi presencia: ¿acaso podía reconocer que había sorprendido una parte de la conversación? Pese a la aversión que me inspira cualquier tipo de mentira, tuve que resignarme a fingir el sueño. Por otra parte, nadie me descubrió. Sin embargo, el diálogo proseguía. No comprendí todo lo que decían. Tampoco me esforcé en hacerlo. De cuanto llegó a mis oídos he olvidado buena parte. Pero de una cosa sí estoy seguro, absolutamente seguro, con una certeza que nada podría desmentir: oí al general Blanchard decir, con mucha más sangre fría de la que jamás hubiera podido imaginar: «Veo muy bien una capitulación doble». ¡Y no era más que el 26 de mayo! Todavía teníamos los medios, si no de salvarnos, al menos sí de combatir mucho tiempo, heroicamente, desesperadamente, como lo hicieron, en julio de 1918, las compañías de combate rodeadas en el frente avanzado de Champagne, deteniendo así y desgastando a un gran número de divisiones alemanas. Son unas palabras que llevé encima, los días siguientes, como un secreto agobiante, especialmente porque no quería compartirlo con nadie. Me hicieron estremecer. Todavía hoy me producen ese efecto.

Reconozcamos, por una vez sin rodeos, que en esta expresión el espectro que dejó planear su horrible sombra sobre la agonía de nuestros ejércitos de Flandes. Peor aún: sobre la agonía de todos los ejércitos franceses. «Capitulación» es una de esas palabras que un verdadero jefe no pronuncia jamás, ni siquiera confidencialmente; en las que ni tan siquiera piensa. Como tampoco cabe anunciar a las tropas, como hizo el 17 de junio un mariscal hasta entonces cargado de glorias, su intención de solicitar «el cese de las hostilidades», mucho antes de tener la seguridad de obtenerlo, al precio que sea. Cuando un camarada cuyo valor descollaba entre todos escuchó, como yo, ese discurso tristemente famoso, me dijo: «Tú y yo nos sentimos sin duda bastante seguros de nosotros mismos. Pero sabemos muy bien que, a partir de ahora, deberemos esforzarnos denodadamente para no ceder al instinto que nos impulsará a evitar, mucho más que antes, exponernos. En efecto, ¿puede haber una idea más molesta que la de morir la última mañana de una guerra? ¿Con qué ánimo va a combatir de aquí en adelante el soldado medio?» Es probable

que ser un verdadero jefe sea ante todo saber apretar los dientes; instigar en los demás esa confianza que nadie puede proyectar si carece de ella; negarse hasta el final a perder la esperanza en su propio talento; asumir, por último, tanto para los que están bajo su mando como para sí mismo, el sacrificio fecundo antes que la vergüenza inútil. Antaño, otros hombres que no eran necios ni se acobardaban ante el peligro que corrían sus personas se habían desmoronado también con sorprendente rapidez ante el infortunio. La historia militar no ha deparado a su memoria más que desprecio. «Desde que he observado cuanto sucede a mi alrededor, he logrado comprender el estado de ánimo de Dupont en Bailén.»* Éstas fueron las terribles palabras que pronunció, a finales de mayo, un joven oficial de la fuerza permanente. Pero habría sido sin duda más adecuado que se refiriera a Bazaine,** si es cierto que, como parece haber demostrado el episodio, en esa última renuncia a nuevos esfuerzos, el desaliento se confabuló con el partidismo y con mezquinas ambiciones políticas. En 1940, Bazaine volvía a triunfar.

Para que el jefe pueda curtirse contra la adversidad, ante todo es necesario que disponga de un cuerpo poco agotado y de una mente sana. Bazaine no era sólo un político. Era también un hombre desgastado. La mala disciplina de trabajo tuvo mucho que ver con el rápido desgaste de los recursos morales entre nuestros mandos. Desde los primeros días de Valenciennes, cuando la situación, sin duda grave, no justificaba en modo alguno el más mínimo azoramiento, vimos con inquietud cómo varios oficiales, cuyos cargos les obligaban a tomar decisiones de suma gravedad, pasaban las noches en blanco, comían deprisa, sin respetar horas fijas, y, durante el día, erraban de despacho en despacho o revoloteaban de un asunto a otro; vimos que, en suma, no se reservaban los momentos de reflexión tranquila de la cual hubiera podido nacer la salvación. Probablemente, al martirizar sus cuerpos, creían dar muestras de estoicismo, al igual que, al correr a diestro y siniestro, se convencían de estar

* Pierre Dupont de l'Étang, conde y general, rindió las armas en Bailén, por lo que fue sometido a un consejo de guerra y encerrado en el castillo de Joux. *(N. del t.)*

** Achille Bazaine, mariscal que en la guerra franco-prusiana entregó la plaza de Metz. *(N. del t.)*

desplegando una gran actividad. Olvidaban así que el esqueleto se venga siempre y que, sin un horario bien regulado, no hay ninguna actividad realmente fecunda. Incluso en los períodos de mayor tranquilidad, se ha aceptado siempre con demasiada facilidad que en los estados mayores reine una atmósfera de desorden constante. Por el contrario, lo que ha hecho falta es acostumbrarse a una organización de los horarios que durante la batalla no habría podido ser sin duda excesivamente rigurosa, pero que no por ello debe dejar de constituir un ideal. A menudo hemos oído alabar en los círculos militares el sueño legendario del buen Joffre. ¿Por qué no se le ha imitado más a menudo?

Sin embargo, las deficiencias de carácter tuvieron, en mi opinión, su origen principal en la inteligencia y la formación.

En dos ocasiones y en dos campañas diferentes, con más de veinte años de intervalo, he oído a oficiales licenciados decir de la formación que se les había impartido: «La Escuela de Guerra nos ha engañado». Y no es que en ambas fechas se enseñara lo mismo. Desde luego, en 1939 nada había más ajeno al espíritu de nuestros jefes que las doctrinas de Grandmaison —ese «criminal», como lo calificó uno de ellos— tan caras a los estrategas de 1914; nada más opuesto a su visión de la guerra que el desprecio de la artillería pesada, el elogio del asalto con bayonetas contra posiciones fortificadas, el dogma de la ofensiva a cualquier precio. Pero los métodos, más importantes que el propio contenido de las clases, no habían cambiado lo suficiente.

El capitán T..., crítico por temperamento donde los haya, pero también con un verdadero temple de jefe, tenía por costumbre vituperar y burlarse de las «ideas generales» que sus maestros de la Escuela de Guerra se habían esforzado por hacerle respetar. «Las ideas generales no existen.» No me haré eco de su condena. Lo que es cierto —y lo que, en el fondo, quería decir T...— es que una idea, en la esfera de las ciencias positivas o de las técnicas, sólo tiene el valor de una imagen o un atajo para llegar a determinados hechos concretos. Si no cumple esta función, se reduce a su etiqueta pegada sobre el vacío. Pero, como sabe bien cualquier profesor, y probablemente mejor que nadie un historiador, no hay nada más peligroso en pedagogía que enseñar palabras en lugar de cosas. Es una trampa especialmente letal por cuanto las mentes jóvenes ya suelen ser demasiado proclives a embriagarse de palabras y a tomarlas por las cosas. Debido a que los licenciados son los intelectuales del ejército

y se arrogan, por tener conciencia de este papel, un sentido de superioridad, siempre me han parecido sorprendentemente sensibles a las fórmulas. «¡Qué tristeza combatir sobre el suelo propio!», nos decía un día, en 1916, nuestro coronel, un brillante alumno de la Escuela de Guerra, mientras subíamos hacia las trincheras que constituían el punto de partida hacia el Somme y de las que no había de volver. Pero en seguida se corrigió: «¡Da lo mismo! La estrategia nos enseña que lo único que cuenta es vencer al ejército enemigo, esté donde esté». Nuestras cosechas destrozadas, nuestras fábricas cautivas, nuestro mineral de hierro empleado en la forja de cañones alemanes: todo eso carecía de importancia por el mero hecho de que el espíritu podía refugiarse en una frase de manual. En varias páginas que constituyen uno de los pasajes más sólidos de una obra terriblemente enmarañada, Taine explica que el rasgo más característico de la genialidad napoleónica fue, sin duda, la capacidad de descubrir una y otra vez las realidades que se ocultaban detrás de los signos. Mucho me temo que los sucesores modernos de Napoleón hayan dejado perder en gran parte este arte soberano. ¿Acaso no nos emborrachamos una y otra vez, en Rennes, de la bella palabra «posición», como si de un filtro se tratara?

Una enseñanza que sólo se ha recibido pasivamente corre siempre el peligro de no dejar más que un rastro bastante fugaz. Las lecciones que se imparten personalmente dejan una huella bastante más indeleble sobre la mente. Pero, entre nuestros jefes o camaradas, había pocos antiguos alumnos que hubieran subido de una u otra forma al estrado. Entre todos los deportes que practica el ejército, el pedagógico se cuenta entre los más en boga y, desde las teorías a los alumnos cabos hasta las sabias lecciones del CHEM (Centro de Estudios Militares Superiores), presenta la imagen de una inmensa colmena escolar. Dado que yo mismo pertenezco a la corporación de impartidores de cursos y que ya no figuro, ¡ay!, entre los más jóvenes, estoy legitimado para decir que siempre hay que desconfiar un poco de los viejos pedagogos. Inevitablemente, se han creado a lo largo de su vida profesional todo un arsenal de esquemas verbales a los cuales ha acabado por aferrarse su inteligencia como a tantos otros clavos, a veces considerablemente oxidados. Además, siendo hombres de fe y doctrina, se inclinan, las más de las veces sin percatarse de ello, a favorecer a sus discípulos dóciles más que a quienes les contradicen. Al menos son muy raros los que conservan hasta el final un cere-

bro lo suficientemente ágil y, en relación con sus propias tomas de partido, un sentido crítico lo bastante dúctil para rehuir estos pecados del oficio. ¡Cuán mayor será este peligro cuando, ante unos oyentes que son al propio tiempo subordinados, el desacuerdo se tome fatalmente por indisciplina! Los estratos más altos de los estados mayores estaban poblados de profesores ya maduros y, por lo común, en las 3.as oficinas se encontraban aquellos de sus alumnos que habían considerado mejores. No eran probablemente las mejores circunstancias para potenciar la capacidad de adaptarse a lo nuevo.

No ignoro que la Escuela de Guerra se esforzaba por enseñar a los alumnos cosas, muchas cosas. He tenido en las manos varios de sus cuadernos de apuntes, atestados de cifras, cálculos horarios, datos sobre los alcances de tiro y el consumo de municiones o combustibles. Todos ellos, no lo niego, eran sumamente útiles y por lo general los alumnos los conocían muy bien. Pero junto a ellos estaba el *Kriegspiel*, el indispensable y peligroso «juego de la guerra». Imaginémonos a los maestros y discípulos manejando las unidades sobre el mapa, con profusión de flechas multicolores. ¿Cuánta imaginación no les sería precisa, a unos y a otros, para no perder de vista en ningún momento las realidades subyacentes a esos signos: el penoso desplazamiento de las columnas, los múltiples incidentes del camino, los bombardeos, los inevitables retrasos, la sopa lista después de la hora fijada, el agente de enlace que se pierde o el jefe que pierde la cabeza? Sobre todo, ¿qué gimnasia de agilización mental no sería precisa para atribuir a lo imprevisto, es decir, ante todo, al enemigo, la importancia que le corresponde y que es enorme?

Por cierto, ya que hablamos del enemigo, un auténtico aguafiestas de la estrategia, a nadie se le había ocurrido tratar de adivinar de antemano lo que haría, para preparar la correspondiente réplica. Por desgracia, en esta guerra (como de hecho ocurrió también en agosto de 1914 o en la primavera de 1917), antes de la ofensiva de Nivelle el muy malcriado no hizo nunca lo que se esperaba de él. No creo que la culpa fuera, en sentido estricto, no haber previsto lo suficiente. Ocurrió, por el contrario, que las previsiones se realizaron con demasiado detalle. Pero cada una de ellas sólo era aplicable a un número muy reducido de eventualidades. ¡Sólo dios sabe cuántos retoques le dimos a nuestra «maniobra Dyle»! Por mi modesta parte, todavía podría decir, si no hubiera quemado mis archivos, cómo debían haberse organizado mis abastecimientos en Bél-

gica el «día D 9». En cualquier caso, por desgracia, el D 9 ya no tenía depósitos en Bélgica y casi ninguno en la retaguardia. Sobre todo, las escuelas de los tiempos de paz se habían acostumbrado a tener una fe excesiva en la utilidad de las lecciones sobre maniobras, de las teorías tácticas, de los papeles, en suma, persuadiéndose de manera inconsciente de que todo ocurriría como estaba escrito. Cuando los alemanes se negaron a jugar el juego según las normas de la Escuela de Guerra, se vieron tan desamparadas como el mal orador ante una interpelación para la cual su registro no tiene preparada una réplica. Se creyó que todo estaba perdido y, por consiguiente, se dejó que todo se perdiera porque, para organizar una acción que se había limitado demasiado por el dogma o el verbo, sólo habrían podido encontrar recursos en una mentalidad realista, capaz de tomar decisiones e improvisar, una mentalidad que no les había podido inculcar una enseñanza demasiado formalista.

La estrategia, tal como se estudia comúnmente en todos los países, demanda esta sustancia concreta que tanto necesita, en las enseñanzas de la historia. Pero no siempre logra captarla. ¿Podría ser de otro modo? El arte militar pertenece al tipo de técnicas que no pueden realizar experimentos directos. Un constructor de automóviles, cuando concibe la idea de un nuevo coche, no tiene más que fabricar un modelo para evaluar su funcionamiento. En cambio, cuando un maestro en las ciencias del combate quiere estudiar el comportamiento probable de dos ejércitos de determinado tipo en el campo de batalla, no puede llamar a las armas a decenas de millares de hombres y, después de disponerlos a su antojo, forzarlos a matarse mutuamente. Es cierto que se realizan grandes maniobras. Pero, precisamente porque en ellas no se mata, estas «pequeñas guerras», como se denominaban antes, sólo proveen una imagen extrañamente deformada de la guerra auténtica, imagen que por sus pretensiones de verosimilitud, en ocasiones llega a ser grotesca. En estas condiciones, no queda más remedio que volver sobre los ejemplos del pasado, que constituyen las experiencias naturales.

Así pues, ¿cabe achacar en parte las deficiencias de nuestra preparación estratégica a la historia? Algunos lo han pensado: «¿Hay que deducir que la historia nos ha engañado?» Esta duda, en las últimas horas de nuestra estancia en Normandía, ya ensombrecidas por la derrota, la sorprendí en labios de un joven oficial que acababa de salir de la Escuela. Si con ello quería cuestionar la enseñanza supuestamente histórica que ha-

bía recibido, no tengo objeciones que formular. Pero esa enseñanza no era la historia. En realidad, se situaba en las antípodas de la ciencia que creía representar.

Porque la historia es, en esencia, una ciencia del cambio. Sabe y enseña que dos acontecimientos no se reproducen nunca de una manera totalmente semejante, porque las condiciones en que se dan nunca coinciden con exactitud. Sin duda, reconoce elementos de la evolución humana, cuando no permanentes, al menos durables. Pero no deja de reconocer, al mismo tiempo, la variedad casi infinita de sus combinaciones. Sin duda admite que se den repeticiones entre una y otra civilización, si no en todos sus rasgos, al menos en las constantes generales de su desarrollo. En ese caso constata que las condiciones generales imperantes en cada caso fueron semejantes. Puede tratar de adentrarse en el porvenir; en mi opinión, no es incapaz de lograrlo. Pero lo que nos enseña no es que el pasado vuelva a comenzar, que lo que fue ayer será mañana. Al analizar en qué medida ayer difiere de antes de ayer y por qué, este cotejo le permite prever en qué sentido el mañana, por su parte, se opondrá al ayer. Sobre las hojas de investigación, las líneas que trazan los hechos acaecidos nunca son rectas; únicamente se inscriben curvas, unas curvas que, por extrapolación, la historia trata de prolongar hacia la incertidumbre de los tiempos venideros. No importa que la propia naturaleza de su objeto le impida modificar a su antojo los elementos de la realidad, como pueden hacer las disciplinas experimentales. Para descubrir las relaciones que vinculan las variaciones espontáneas de los factores con los fenómenos, le basta con los instrumentos de la observación y el análisis. Con ellos puede lograr revelar las causas de los hechos y de sus mutaciones. En una palabra, es verdaderamente una ciencia de la experiencia, puesto que, mediante el estudio de las realidades, que un esfuerzo de la inteligencia y la comparación le permiten descomponer, logra descubrir cada vez con mayor acuidad los vaivenes paralelos de las causas y del efecto. El físico no nos dice: «El oxígeno es un gas puesto que, a nuestro alrededor, nunca lo hemos visto asumir ninguna otra forma». Él dice: «El oxígeno, bajo ciertas condiciones de temperatura y presión que se dan casi siempre a nuestro alrededor, se presenta en estado gaseoso».

Igualmente, el historiador sabe bien que dos guerras consecutivas jamás serán la misma guerra si, en el intervalo que media entre ellas, la estructura social, las técnicas y la mentalidad se han metamorfoseado.

Pero la acusación más terrible que se puede formular contra la enseñanza de la historia, tal como se ha practicado casi siempre en las escuelas militares, es la constatación sencilla e irrefutable de que persuadió a los jefes de 1914 de que su guerra sería como la de Napoleón y, a los jefes de 1939, de que la suya sería como la de 1914. Antaño hojeé las famosas conferencias de Foch, pronunciadas, si mis recuerdos son exactos, en torno a 1910. Raramente una lectura me ha producido semejante espanto. Desde luego, desglosa de manera admirable los elementos de la batalla napoleónica. Pero también la brinda como ejemplo, sin parar mientes en ningún momento en el hecho de que los tiempos han cambiado. Y no es porque no aparezcan ocasionalmente observaciones casuales sobre las diferencias de armamento o del equipo terrestre. ¿Es eso suficiente? Antes de abordar cualquier descripción, debería haber puesto en guardia al lector, diciéndole: «Atención, los combates que vamos a exponer tuvieron lugar en territorios donde las carreteras eran mucho menos numerosas que hoy, donde los transportes adolecían de una lentitud casi medieval. Los libraron ejércitos cuya potencia de fuego era ínfima, en comparación con la de nuestros tiempos, y cuya reina era la bayoneta, porque aún no se habían inventado ni la ametralladora ni los alambres de espino. Si, a pesar de todo, la historia de estos combates puede enseñarnos algo, será con la condición de no olvidar en ningún momento que, siempre que entren en juego los nuevos factores, la experiencia antigua carecerá de valor». Confieso que he tenido un contacto menos directo con las obras o los cursos de los sucesores de Foch. Pero los hechos recientes me confirman que la mentalidad no había evolucionado.

Sin embargo, los mandos de 1914 lo siguieron siendo en 1918. Pese a numerosos errores sangrientos, supieron modificar y adaptar sus procedimientos. A principios de 1918, el general Gouraud, que era un pedagogo diligente e ingenioso, presentó un día a varios oficiales, entre los que estaba yo, dos compañías de infantería: una armada a la manera de 1914 y que maniobraba como tal; y otra de nuevo cuño por su composición, su armamento y la articulación de sus maniobras. Las diferencias saltaban a la vista. Pero no era más que un ejemplo a un nivel básico. La metamorfosis se había producido en todos los niveles de la guerra. ¿Cómo es posible que nuestros jefes de 1940 hayan sido incapaces de asimilar esta lección práctica?

Indudablemente, hay que atribuir la suficiente importancia a la formidable diferencia en el ritmo con el cual se han desarrollado ambas guerras. ¿Cómo iba a dejar una guerra de velocidad, tiempo suficiente para reparar los errores cometidos al principio? Mientras los estados mayores de 1914-1918 dispusieron de cuatro años, nosotros sólo contamos con unas pocas semanas. Habría sido preciso un genio superior para realizar cambios en plena batalla y, sin duda, el estado del material sólo lo habría permitido a medias. Los nuevos factores del problema estratégico debieron haber sido analizados antes de los hechos. Pero adaptarse por adelantado a una realidad sólo prevista y analizada de manera abstracta es probable que sea, para la mayoría de los hombres, un ejercicio mental singularmente más complejo que amoldar de manera progresiva sus acciones a unos hechos directamente observados.

Sin embargo, estas matizaciones no lo explican todo y no constituyen una excusa suficiente. Pues, en definitiva, no es posible que hayamos ignorado todo de los métodos y las doctrinas del ejército alemán durante el tiempo de paz. Pues, antes que nada, desde el verano anterior teníamos ante los ojos el ejemplo de la campaña de Polonia, cuyas lecciones eran bastante claras y que los alemanes, en esencia, se limitarían a reproducir en el oeste. Nos dieron el regalo de ocho meses de espera, que también habrían podido ser de reflexión y reforma. No los aprovechamos. ¿Por qué? Hay que mencionar aquí un factor humano y psicológico cuya importancia fue considerable.

¿Quiénes eran nuestros jefes de 1940? Eran generales de cuerpos divisionarios o generales de ejército, que en la guerra anterior habían sido jefes de batallón o coroneles. ¿Sus principales ayudantes? Los que en 1918 fueron comandantes de compañía. Todos, en diverso grado, seguían impregnados de los recuerdos de la campaña anterior. ¿A quién puede extrañarle? No sólo habían vuelto una y otra vez, oralmente o por escrito, sobre esas gloriosas experiencias; no sólo las habían convertido únicamente en una asignatura pedagógica: sino que se habían adherido a su conciencia con la tenacidad de las imágenes de juventud. Tenían el resplandor de los hechos vistos, cuyo eco resuena en los pliegues más íntimos de la memoria afectiva. Tal episodio, en el que otros sólo habrían visto un ejemplo frío de un curso de estrategia, era para ellos, como para todos los antiguos combatientes, la evocación inolvidable de la exposición valerosa al peligro, del camarada caído junto a uno, de la rabia ante

una orden errónea, de la embriaguez ante el espectáculo del enemigo que huye. En 1915 ó 1917, muchos de ellos habían tenido que lanzarse, a la cabeza de sus unidades, al asalto de trincheras aún intactas; al cerrar los ojos, volvían a ver los cuerpos de sus hombres segados por las ametralladoras entre los alambres de espino. En los estados mayores, habían contribuido a idear operaciones inteligentes y parsimoniosas, de las cuales un día habría de emanar la victoria: la conquista de la meseta de Malmaison, que constituyó el bautismo de fuego de una táctica todavía fresca; la resistencia y el repliegue estratégico del ejército de Gouraud, el 15 de julio de 1918. Mal preparados como estaban por la educación que habían recibido o que impartían para comprender instintivamente la ley irresistible del cambio, ¿qué rara versatilidad intelectual habrían requerido para liberarse de las trabas de lo ya visto y lo ya hecho? Por el contrario, todo les impulsaba a imaginar que, para ganar la nueva guerra, bastaba con eludir los errores que habían estado a punto de hacer perder la anterior, y con repetir los métodos que la primera vez habían asegurado el éxito. Creo que fue en febrero cuando escribí lo siguiente a un amigo: «Es indudable: si nuestros mandos hacen tonterías, no serán las del ataque de Champagne o de la ofensiva de Nivelle». Pero, ¡ay!, los caminos del error son inescrutables y lo que ayer fue sabiduría mañana puede ser locura.

Sin duda, el hechizo del pasado habría tenido una impronta menos fuerte sobre cerebros menos esclerotizados por la edad. Pude observar, con una claridad creciente a medida que se iba desarrollando la campaña, que las apreciaciones de los jóvenes oficiales de estado mayor, la mayoría de los cuales no había participado en la guerra anterior, solían ser más certeras que las de sus jefes. En realidad, los alumnos demasiado buenos mostraban una obstinada fidelidad a las doctrinas aprendidas. Desgraciadamente, ocupaban los puestos más influyentes. En cambio, muchos otros, después de renegar de la palabra de sus maestros, comenzaban a sacudirse las cadenas intelectuales de una formación que tendían a juzgar con severidad. Incluso muchos de los oficiales más maduros, de los antiguos combatientes de 1914 ó 1918 pero aún alejados de la vejez, dieron muestras de no ser incapaces de renovarse. Pero, ¡qué quieren! El nuestro era un mando de ancianos.

Las reglas de la promoción en tiempo de paz crean jefes de batallón de cuarenta años y nos han dado generales de sesenta. Y, como es habitual,

estos personajes canosos, cargados de honores y, en algunos casos, protagonistas de gestas gloriosas, habían olvidado por completo que también ellos fueron jóvenes en los días de sus proezas pasadas, por lo que su gran preocupación consistía en cerrar el paso a sus cadetes. El público no ha prestado la suficiente atención a la ley en virtud de la cual, poco antes de la guerra, se crearon dos nuevos grados en la jerarquía militar. Durante mucho tiempo el ejército careció de un nivel superior al de general de división. Una nota de servicio, redactada por el gobierno o el Alto Estado Mayor, bastaba para fijar las atribuciones de los generales de este rango; podía habilitarles tanto para dirigir un ejército, o incluso todos los ejércitos, como un cuerpo divisionario de ejército o simplemente una división. Pero, ¿existe acaso un verdadero paraíso sin un gran número de escalones jerarquizados en torno al trono celestial? Un buen día se decidió que, aunque hasta entonces no habían sido más que simples funciones, los puestos de general de ejército y general de cuerpo divisionario se convirtieran en grados. Podría pensarse que se trataba de una satisfacción inofensiva de amor propio concedida a algunos hombres que padecían una sed un poco pueril de distinciones. ¡Nada de eso! En efecto, cuando los grados difieren, la disciplina impone irrevocablemente que el más elevado vaya aparejado con el derecho a dar órdenes. En lo sucesivo, un general de división joven no podría hacerse cargo, por ejemplo, de un ejército, a menos que antes hubiera sido ascendido, respetando las formas, a general de cuerpo divisionario: puesto que, una vez esté a la cabeza de su nueva unidad, por definición tendrá a sus órdenes subordinados de su graduación anterior. Pero el paso de un grado a otro está naturalmente sujeto a reglamentos o costumbres que lo hacen mucho más lento y complejo que un mero cambio de empleo. Los miembros del Consejo Superior de Guerra, elevados todos ellos por la reforma que sin duda habían alentado al cargo recién creado de general de ejército, podían abrigar así la esperanza de perpetuarse, pasara lo que pasara, en la dirección de la nación en armas. En realidad, dudo que, si este sistema hubiera existido en la guerra anterior, hubiéramos podido ver a un teniente coronel de 1914 —cuyo nombre era Debeney— dirigir al primer ejército a las victorias de Montdidier y Saint-Quentin, de 1918, o al coronel Pétain —al Pétain de nuestra juventud— ascender gloriosamente un grado tras otro, quemando etapas, para acabar desfilando, una mañana clara de verano, bajo el Arco del Triunfo, en primera fila de todas las tropas francesas.

Igualmente, cuando se comprendió, ya a raíz de las primeras derrotas, que era posible que nuestros altos mandos no estuvieran del todo libres de culpa, ¿a qué sangre joven y fresca se le pidió que devolviera algo de vigor al ejército? Se puso a un generalísimo del estado mayor de la guerra anterior a la cabeza de los ejércitos; se escogió a otro de estos generalísimos como consejero técnico del gobierno (el primero había sido de hecho vicepresidente del Consejo Superior, mientras el segundo, por el mismo tiempo, había ocupado el cargo de ministro de Guerra); ambos fueron posteriormente responsables, por diversos conceptos, de métodos cuyos vicios saltaron a la vista de todo el mundo. Hasta ese punto ejercían aún un imperio sobre los ánimos, tanto en los círculos militares como entre nuestros gobernantes de la esfera civil, la superstición de la edad, el respeto de un prestigio sin duda venerable, pero que aunque sólo fuera para protegerlo, habría debido envolverse reverentemente en el sudario de púrpura de los dioses muertos: y por último, el falso culto de una experiencia que, al ir a buscar sus supuestas lecciones al pasado, no podía sino conducir a interpretar mal el presente. Es verdad que se nombró asesor del gobierno a un general de brigada recientemente ascendido.* ¿Qué hizo? Lo ignoro. Sin embargo, mucho me temo que, en presencia de tantas constelaciones, sus dos míseras estrellas no hayan tenido demasiado peso. El Comité de Salvación Pública lo habría nombrado general en jefe. Hasta el final, nuestra guerra habrá sido una guerra de hombres viejos o de especialistas temáticos enfangados en los errores de una historia comprendida hacia atrás: una guerra impregnada por el aroma enmohecido que exhalan la Escuela, la oficina de estado mayor en tiempo de paz o la caserna. El mundo es de quienes aman lo nuevo. Por esa razón, por haberse encontrado ante lo nuevo y no haber sabido prevenirse, nuestro mando no sólo ha padecido la derrota, sino que, como los boxeadores entorpecidos por la grasa, que se desconciertan ante el primer golpe imprevisto, la ha aceptado.

Pero que a nadie le quepa la duda de que, si hubieran cuestionado en algún momento su propio talento, nuestros jefes no habrían sucumbido con una complacencia tan culpable a ese desaliento que una sabia teología ha convertido en uno de sus peores pecados. En el fondo de su cora-

* El autor se refiere al general de Gaulle. *(N. del t.)*

zón, estaban predispuestos a perder la esperanza en el país que debían defender y en el pueblo que les proporcionaba los soldados. Llegados a este punto, abandonaremos la esfera militar. Es más lejos y más profundo donde hay que buscar las raíces de un malentendido demasiado grave para no contarlo entre los motivos principales del desastre.

III. EXAMEN DE CONCIENCIA DE UN FRANCÉS

En una nación, nunca un cuerpo profesional es por sí solo totalmente responsable de sus propios actos. La solidaridad colectiva es demasiado poderosa para que pueda haber tanta autonomía moral. Los estados mayores trabajaron con los instrumentos que les dio el país. Vivieron en un ambiente psicológico cuya creación no era su responsabilidad exclusiva. Ellos también eran lo que los medios humanos de los que procedían les habían hecho y lo que el conjunto de la comunidad francesa les había permitido ser. Por ello, después de haber hecho lo posible, de acuerdo con su experiencia, por exponer los vicios que ha creído vislumbrar entre nuestros mandos militares y su parte de culpa en la derrota, un hombre honesto no puede dejarlo hasta ahí, sin tener la impresión de haber perpetrado en cierto sentido una traición. La equidad impone que el testimonio del soldado se complete con el examen de conciencia del francés.

Desde luego que no abordo con alegría del corazón esta parte de la tarea. Por francés que sea, me veré obligado a no hablar sólo positivamente de mi país; es duro tener que descubrir las deficiencias de una madre dolorosa. Siendo historiador como soy, conozco tan bien como el que más las dificultades de un análisis que, para no ser excesivamente imperfecto, debería remontarse a las ramificaciones causales más lejanas, complejas y, para el estado de evolución actual de las ciencias humanas, más ocultas. ¿Qué importancia pueden tener sin embargo estos pequeños escrúpulos personales? ¿Cómo aceptar que mis hijos, cuando lean algún día este balance, o los amigos desconocidos, bajo cuyos ojos quizá caiga un día, puedan reprocharle un sesgo para con la verdad y que, mostrándose severo con ciertos errores, haya guardado un silencio complaciente con otras faltas, mucho más numerosas, en las que todo ciudadano tuvo su parte?

Los combatientes raramente se muestran satisfechos con lo que ocurre en la retaguardia. Es menester un corazón singularmente grande, cuando se duerme por tierra, para perdonar a los compañeros de días anteriores sus camas mullidas y, cuando se está expuesto a la metralla, para evocar sin amargura la seguridad rentable de las tiendas que los parroquianos no han abandonado, o los encantos apacibles del café de provincias, cuyas terrazas sólo conocen de la guerra las meditaciones estratégicas. ¿La batalla se salda con un desastre? Es entonces cuando la brecha que separa a estas dos mitades de la nación amenaza con ser la más duradera. El soldado de la tropa, consciente de sus propios sacrificios, se niega a sentirse responsable de su inutilidad. Sus jefes, temerosos de su juicio, le alientan a buscar culpables en cualquier parte menos en el ejército. Así es como nace la fatal leyenda de la puñalada trapera, propicia a las rectificaciones a posteriori y a los pronunciamientos. Las páginas anteriores no permiten albergar ninguna duda al respecto: no todos los soldados de 1940 están dispuestos a prestar oídos a estos sembradores de cizaña. Pero es forzoso reconocer que también la retaguardia cometió numerosos pecados.

Por otra parte, ¿había, podía haber siquiera, una verdadera retaguardia, en el sentido que instintivamente nos habíamos acostumbrado a atribuir a esta palabra? La Francia levantada en armas de 1915-1918 estuvo compuesta de varias franjas de territorio dispuestas una detrás de otra. Cada una se distinguía por un tono diferente en la gradación del peligro. Primero venía la zona ardiente del frente, sin duda móvil, pero que hubiera bastado con que se retrasara desde las inmediaciones de Saint-Quentin a los arrabales de Noyon para que se estimara que había sufrido un tremendo repliegue. Una distancia equivalente a media hora en auto. Un poco más allá se extendía, sobre una franja bastante estrecha, la semirretaguardia, la de los acantonamientos de reposo, relativamente expuesta. Por último, por detrás se desplegaba hasta el infinito la tranquilidad de sus campos y sus ciudades. Es cierto que, de tarde en tarde, una alerta súbita, que parecía casi escandalosa, se permitía el lujo de turbar momentáneamente la calma de ese refugio dichoso: un *Junker* sobrevolaba París, un zepelín soltaba sus bombas, un Bertha* lanzaba

* El cañón Bertha, probablemente el más célebre de la primera guerra mundial, con el que los alemanes bombardearon París a 100 km. de distancia. *(N. del t.)*

inesperadamente sus obuses, en ocasiones sobre el estanque de un parque público, a veces, con un éxito más cruel, sobre el pilar de una iglesia. En las trincheras temblábamos al pensar en nuestras familias, aunque ¿qué es eso en comparación con nuestros recuerdos más recientes?

En efecto, el bombardeo aéreo y la guerra de velocidad han sembrado el desconcierto total con respecto a esta hermosa jerarquización del peligro. Ya no hay cielo que no esté preñado de amenazas y la fuerza de penetración de los elementos motorizados se ha comido la distancia. Cientos de personas murieron en unos pocos minutos en la bretona Rennes, donde todavía ayer se consideraban tan a resguardo como en el centro de América. Las carreteras de la región de Berry han sido barridas por la metralla, que no distingue entre soldados y niños. En el fondo, ¿son tan novedosos estos horrores como algunos lo han creído? Es cierto que por su intensidad, y sobre todo por su rapidez, el bombardero alado, ese azote mortífero, no tiene precedentes. Pero no hace tanto tiempo que nos hemos acostumbrado a que las guerras cosecharan por lo común más víctimas en el campo, saqueado y hambriento, o a lo largo de las calles de las ciudades también saqueadas, que en las propias filas de los combatientes. Sólo lo recordaban algunos lectores de antiguos grimorios. El pasado inmediato constituye para el hombre medio una pantalla cómoda, que le esconde los elementos más alejados de la historia y sus trágicas posibilidades de renovación. ¡Qué lejos parecen aquellas épocas bárbaras donde el guerrero no era el único que se hacía matar! Las poblaciones de la retaguardia, al igual que sus oficinas de intendencia o de guarnición, querían creer en la distinción de géneros.

Sin embargo, algunas razones de peso nos deberían haber hecho dudar y es probable que, en el fondo de nuestros corazones, no creyéramos con tanto ahínco en tal distinción. Pues no habían escaseado las advertencias. ¿No nos habían hecho desfilar ante los ojos en el cine las atroces imágenes de la España en escombros? ¿No nos habían narrado bastante, un reportaje tras otro, el martirio de las ciudades polacas? En cierto sentido, estábamos demasiado advertidos. Estoy convencido de que la propaganda enemiga no fue ajena a esta aviesa insistencia sobre el tema de los bombardeos. Quizá se hubiera defendido París y la superstición de las ciudades abiertas no hubiera entorpecido tanto las operaciones si la opinión pública no se hubiera representado con tanta intensidad la suerte de Madrid, Nanjing o Varsovia. Nos habían informado lo suficiente para

infundirnos miedo, pero no lo suficiente ni en los términos necesarios para que el sentido común pudiera aceptar lo inevitable y consintiera en remodelar la moral civil a las condiciones nuevas o renovadas de la guerra.

Creo no tener un alma insensible a la piedad. Es posible que los espectáculos de dos guerras sucesivas me hayan endurecido algo el alma. Con todo, hay una imagen a la que siento que jamás podré acostumbrarme: la del terror pintado en los rostros de los niños que huyen ante las bombas bajo un cielo plagado de aviones. Ruego al cielo que jamás me vuelva a poner esa visión ante los ojos en la realidad, y lo menos posible en los sueños. Es atroz que las guerras no puedan perdonar a la infancia, no sólo porque constituye nuestro porvenir, sino porque su tierna debilidad y su irresponsabilidad dirigen una confiada llamada a nuestra protección. La leyenda cristiana probablemente no habría sido tan dura con Herodes si sólo hubiera tenido que reprocharle la muerte del Precursor. Su crimen inexpiable fue la Masacre de los Inocentes.

Ante el peligro nacional y los deberes que prescribe, en cambio, todos los adultos son iguales y es un extraño malentendido pretender que algunos de ellos gocen de no sé qué privilegio de inmunidad. ¿Qué es, por cierto, un «civil», qué sentido tiene esa palabra en tiempo de guerra? Es tan sólo un hombre al que la edad, la salud, en ocasiones la profesión, considerada especialmente necesaria para la defensa, le vetan de portar útilmente las armas. Ver cómo se le impide a uno servir a su país de la manera en que cualquier ciudadano honesto debe desear hacerlo, es una desgracia; pero resulta incomprensible que pueda conferir el derecho a sustraerse al peligro común. Dentro de unos pocos años, no estaré en condiciones de ser movilizado. Mis hijos ocuparán mi lugar. ¿Deberé concluir por ello que mi vida es menos preciosa que la suya? Todo lo contrario, mucho mejor sería que se pudiera preservar su juventud, si fuera necesario, a costa de mi vejez. Herodoto lo dijo hace tiempo: la gran impiedad de la guerra es que por culpa de ella los padres amortajan a sus hijos. ¿Seremos capaces de lamentarnos de esta vuelta a la ley de la naturaleza? En cuanto a la nación, no hay peor tragedia para ella que verse forzada a sacrificar las existencias sobre la que reposa su destino. Ante la frescura de esta energía, las demás no pueden sino tener escaso peso. No exceptuaré ni siquiera a las mujeres. Al menos a las que no son madres recientes y cuya salud es indispensable para sus hijos. Nuestras compa-

ñeras se burlan de los remilgos de sus abuelas. Tienen toda la razón del mundo y no veo que el valor les sea menos consustancial que a nosotros ni menos obligatorio. En el tiempo en que el ejército era una profesión, el soldado profesional, ya fuera señor o mercenario, vertía su sangre por sus jefes. A cambio, las poblaciones que no combatían los mantenían con sus cánones o les pagaban un salario. Cuando ponían en peligro la seguridad de los poblados, éstos estaban legitimados para reclamar. Se trataba de una ruptura del contrato. Hoy día, cuando todo aquel que se siente con fuerzas se hace soldado, nadie, en una ciudad amenazada, escapa al reclutamiento en masa, ni a sus molestias ni a sus riesgos. Eso es lo único que cuenta. El resto no es más que sensiblería. O cobardía.

Estas verdades parecen tan simples que recordarlas da un poco de vergüenza. Sin embargo, en los meses que acabamos de vivir, ¿las hemos comprendido de una manera suficientemente unánime? Y es que, en efecto, hemos visto a demasiados administradores convencidos de acatar los imperativos de sus cargos cuando suplicaban que no se defendieran sus ciudades, a demasiados jefes, tanto civiles como militares, plegarse a esta concepción errónea del interés público. Es indudable que lo que guiaba a estas almas timoratas no era sólo la preocupación, en sí misma enternecedora, de proteger vidas humanas. Las terribles destrucciones de propiedades con que había ido aparejada la guerra de 1914-1918 habían dejado una huella inmarcesible en el recuerdo. Todo el mundo sabía que habían mutilado cruelmente el patrimonio artístico del país y que, por encima de todo, habían comprometido seriamente su prosperidad. Se consideró prudente aceptarlo todo antes que volver a padecer ese empobrecimiento por partida doble. Una extraña prudencia, que no se preguntaba si, para una civilización y para una economía, cabe peor catástrofe que ¡dejarse vencer por una nación de rapiña!

Llegó el día en que se decidió declarar ciudades abiertas todas las que tuvieran más de 20.000 habitantes. Esos buenos apóstoles parecían pensar que podía tolerarse el bombardeo, la destrucción y el incendio de cualquier pueblo de paletos. ¡Pero jamás de una ciudad bien burguesa!... Así fue como, mientras los cadetes de Saumur se dejaban matar en el Loira, el enemigo ya había franqueado a sus espaldas los puentes de Nantes, vedados al combate.

Hay que tener el valor de decirlo. Esta debilidad colectiva quizá no haya sido, con mucha frecuencia, más que la suma de numerosas debili-

dades individuales. Algunos funcionarios huyeron en tropel. Se dieron órdenes prematuras de partida. En todo el país prendió la verdadera locura del éxodo. ¿Quién no ha encontrado en las carreteras, entre las filas de los evacuados, a cohortes enteras de bomberos, encaramados sobre sus mangueras municipales? Cuando se anunciaba el avance del enemigo, se apresuraban a poner a resguardo sus personas, junto con sus bienes. Con orden y concierto, no lo dudo. A lo lejos, qué importancia podía tener que todo pereciera en el incendio, mientras se conservara, a distancia de las brasas, el material para apagarlo... Maravillas de la burocracia, dirán algunos. Lamentablemente, el mal era más profundo. Sé de algún centro industrial donde los jefes de empresa, tras el anuncio de que se aproximaban las columnas alemanas, abandonaron precipitadamente sus fábricas, sin siquiera pagar el salario de sus obreros. Imagino que, de haber sido movilizados, habrían cumplido con su deber hasta el final. Al seguir siendo «civiles» olvidaron, y no se les repitió lo suficiente, que en tiempo de guerra, ya no hay oficios. La nación en armas sólo tiene puestos de combate.

¿Me he equivocado? ¿Voy a ceder también a la tentación que empuja a los hombres que se aproximan a la vejez a rebajar, ante sus recuerdos de juventud, a las generaciones posteriores? Me ha parecido que, incluso entre los «movilizables», se había perdido algo de aquel poderoso arrebato igualitario ante el peligro que en 1914 se apoderó de casi todos nosotros. Es cierto que se habían presentado a nuestro pueblo ciertas exenciones del servicio, menos como una necesidad enojosa y un poco humillante, que como un favor, o incluso un derecho. Se había dicho en exceso a los campesinos: «¿Por qué los obreros sí y vosotros no?»; a los padres de familia: «Vuestros hijos os reclaman»; a los antiguos combatientes: «Dos veces es realmente demasiado». Cuando se hubo reorganizado y desarrollado el Ministerio del Armamento, la desbandada de muchos oficiales de reserva para ocupar un puesto en aquellas oficinas apacibles nos desalentó un poco. Partían exclamándose: «¡Qué lástima, pero soy tan necesario!» ¿Eran todos realmente indispensables hasta ese punto? Y, ¿no se les habría podido reemplazar en muchas ocasiones por personas de mayor edad? He oído a menudo a personas bienintencionadas expresar el deseo de proteger por lo menos a nuestra juventud intelectual de las hecatombes letales de la última guerra. En mi opinión, este sentimiento sonaba falso. En efecto, es atroz que hayan muerto tantas es-

peranzas en el Marne, el Yser o el Somme. Nuestras fuerzas espirituales se desangraron considerablemente. Pero, ante la llamada de las armas, ¿cabía acaso sopesar otro elemento? Para nuestra libertad intelectual, nuestra cultura, nuestro equilibrio moral, ¿qué mayor perjuicio cabía que la derrota? Por otra parte, ante el sacrificio no cabe plantearse excepciones. Nadie tiene derecho a considerar su vida más útil que la del vecino porque todos, cada uno en su ámbito, grande o pequeño, encontrarán siempre razones perfectamente legítimas para creerse necesarios.

No sé qué influencia pudo tener este deseo de economizar la sangre de los jóvenes en el sorprendente retraso que se registró en la leva e instrucción de los reclutas. En el momento de la debacle, acababa apenas de llamarse a filas a la clase de 1940; prácticamente aún no había recibido la más mínima instrucción. En cuanto a los adolescentes de menor edad y muchos de los cuales sólo deseaban seguir la senda de sus mayores, no se había hecho el menor esfuerzo en las ciudades para su educación militar. Esta negligencia inverosímil, ¿a quiénes tuvo por responsables? ¿A los mandos o al gobierno político? (Pero, si los estados mayores hubieran insistido, ¿no le habrían arrancado esa decisión?) Tampoco estoy mejor informado sobre los motivos. ¿Es posible que el interminable período de espera, en el que apenas se registraron bajas, hiciera olvidar a nuestros jefes la conveniencia de tener perfectamente listos a unos refuerzos cuya necesidad sería tan acuciante cuando estallara la batalla? De ser así, el dejarnos disfrutar conscientemente de esa falaz ventaja, no habría sido uno de los efectos menos desastrosos de esa larga «guerra podrida», como la llamaban los alemanes. «Tenemos demasiados hombres», dijo un oficial a uno de mis colegas que, rechazado por su condición de jefe de familia, pedía que le dejaran volver a servir a la bandera. ¿Se temía que faltaran armas? O quizá, atormentados por el recuerdo de la desdichada clase 16 que, con las lágrimas en los ojos, vimos antaño cómo era precipitada, apenas salida de la infancia, a la hoguera del Somme, ¿cedimos —como lo he formulado a manera de hipótesis más arriba— a los consejos de una piedad algo blanda? Sea como fuere, no puede negarse que nuestros dirigentes y, sin duda, nuestras clases dirigentes, no hicieron gala del heroísmo implacable que requiere una patria en peligro.

A decir verdad, la expresión «clases dirigentes» es equívoca. En la Francia de 1939, la alta burguesía se lamentaba de haber perdido todo su poder. Se trataba de una tremenda exageración. Con el apoyo de las finanzas y la prensa, el régimen de los «notables» no estaba tan «acabado» como pretendía. Pero es cierto que los amos de antaño habían dejado de ostentar el monopolio de las palancas de comando. Junto a ellos, entre las potencias de la República figuraban no la masa de los asalariados, sino los jefes de los principales sindicatos, como se pudo apreciar perfectamente en 1938, cuando un ministro partisano entre los partisanos del acuerdo de Múnich, supo explotar su mediación para sembrar el pánico entre la opinión pública favorable a sus propias deficiencias. Pero los déficit del sindicalismo obrero no han sido, en esta guerra, menos incontestables que los de los estados mayores.

Voy a hablar ahora de acontecimientos que no he visto con mis ojos. Las fábricas de la guerra o de la preguerra se hallaban, como cabe imaginar, bastante alejadas de mi horizonte. Pero he recogido demasiadas opiniones concordantes sobre el tema, emanadas de medios demasiado distintos, desde los ingenieros hasta los mismos obreros, para permitirme poner en entredicho sus conclusiones. En las fábricas de guerra no se trabajó lo suficiente, no se produjeron bastantes aviones, motores ni carros. Algo de lo que los asalariados no fueron los únicos ni, por supuesto, los principales responsables. Pero bien harían en no defender inocencia. Olvidando que ellos también ocupaban, a su manera, un puesto de soldados, trataron ante todo de vender sus penas al precio más elevado posible; es decir, a aportar el menor esfuerzo posible, durante el menor tiempo posible, a cambio del mayor dinero posible. En tiempos corrientes, nada hubiera sido más natural. «Sórdido materialismo», exclamaba un día un personaje político, que nadie hubiera creído tan apegado a los placeres puros del espíritu. Nos la pintaba bonita. El obrero es un mercader de fuerza humana. Los comerciantes de tejidos, azúcar o cañones harían mal en escandalizarse porque también él aplique la ley de oro del comercio, esto es, dar poco y recibir mucho. Pero esta actitud, legítima en otros momentos, en un pueblo en peligro y ante los sacrificios de los combatientes, se había vuelto cruelmente inadecuada. Uno de mis vecinos en la campaña, un fontanero movilizado en una fábrica, me contó que sus camaradas le escondían las herramientas para impedirle que

trabajara más o con mayor rapidez de lo que imponía la costumbre no escrita en su taller. He ahí un cargo de acusación terrible tomado directamente de la vida.

Sin duda resultaría muy injusto suponer que el conjunto de una clase pudiera albergar semejante desprecio de los intereses nacionales. Consiento de buen grado que hubo muchas excepciones. Pero el mero hecho de que ese desprecio estuviera tan extendido basta para que sus consecuencias tuvieran efectos dramáticos sobre el equilibrio de la guerra. Y exige una explicación.

Se ha repetido hasta la saciedad que esta guerra había apelado mucho menos que la anterior a los sentimientos profundos de la nación. Creo que se trata de un grave error. No forma parte del temperamento de nuestro pueblo desear en ningún momento la guerra. Ningún francés aspiraba en 1939 a «morir por Gdansk». Pero tampoco nadie aspiró en 1914 a «morir por Belgrado», y la camarilla que tejía sus telas de araña en torno a los Karageorgievich era tan desconocida para nuestros campesinos o nuestros obreros como, veinticinco años más tarde, el gobierno corrupto de los «coroneles» de Polonia, y tan poco susceptible de provocar el entusiasmo de las masas. En cuanto a Alsacia-Lorena, aunque es cierto que, desde los primeros combates de agosto de 1914 surgió inmediatamente la imagen de esas provincias mártires de la sombra discreta que apenas unos días antes la envolvía, no fue más que como efecto de tareas que nos impusimos por desidia. Como habíamos tenido que coger las armas, nadie se planteó que pudiéramos dejarlas sin haber liberado antes a nuestros hermanos perdidos. En tiempo de paz, los hermosos ojos de las alsacianas de las litografías no habrían tenido jamás la suficiente fuerza para hacerle aceptar a una opinión preocupada ante todo por la seguridad del hogar, que con el único designio de secar sus lágrimas, se lanzara despreocupadamente al país hacia los peligros más atroces.

La verdad es que, en ambas ocasiones, el móvil del entusiasmo popular fue el mismo. «*Ellos* no paran de buscar camorra. *Ellos* lo quieren todo para sí. Cuanto más les cedamos, más reclamarán. Esto no puede seguir así.» Éstas fueron las palabras de uno de los vecinos de mi pueblecito de la región de Creuse, un poco antes de mi partida para Estrasburgo. Un campesino de 1914 no lo habría expresado de otra manera. Por otra parte, si una de las dos guerras podía concordar con las inclinaciones íntimas de las masas, y sobre todo de las masas obreras, se trataba

sin duda de la segunda: debido, precisamente, a ese carácter «ideológico» que tanto se le ha reprochado y que, sin embargo, daba al sacrificio una aureola de belleza. Como tampoco lo habría hecho en 1914 para liberar Alsacia-Lorena, el francés de la fábrica o del campo no se habría resignado en 1939 a derramar su sangre espontáneamente para abatir dictaduras. Pero, en una lucha contra ellas y declarada por su culpa, habría sido consciente de servir a una gran obra humana; dudar de ello sería desconocer toda lá nobleza inexpresada que se oculta en el fondo de un viejo pueblo civilizado como el nuestro. Es más que posible que lo absurdo de nuestra propaganda oficial, su optimismo irritante y grosero, su timidez y, ante todo, la impotencia de nuestros gobernantes para fijar con honestidad sus objetivos bélicos, pudieran, durante unos meses demasiado largos de inacción, enturbiar en parte esos claros focos de luz que comenzaban a iluminarse. En mayo de 1940, el espíritu de la movilización no había muerto. En los hombres que hicieron de ella su canto de identidad colectiva, la Marsellesa no dejó en ningún momento de insuflar, con un solo hálito, el culto de la patria y la execración de los tiranos.

Con todo, entre los círculos asalariados, estos instintos, que todavía eran vigorosos y que un gobierno menos timorato habría sabido mantener la llama, chocaban con otras tendencias menos antiguas de la conciencia colectiva. Los jóvenes de mi generación habían depositado inmensas esperanzas en el sindicalismo. No podíamos imaginar el funesto estrechamiento del horizonte ante el cual iría sucumbiendo poco a poco el entusiasmo de los tiempos heroicos. ¿Fue efecto de una política de los salarios que conduce casi necesariamente a potenciar de una manera desproporcionada los pequeños intereses coyunturales? ¿De la diplomacia sutil, de los tejemanejes electorales, las intrigas de clanes en las que se empantanan los dirigentes de los grupos? ¿De las costumbres burocráticas contraídas por las administraciones obreras? Sea como fuere, lo cierto es que esta desviación, virtualmente universal, parece haberse debido a una suerte de fatalidad ineludible.

Recordemos la palabra con la que a Marx le gustaba estigmatizar los movimientos sociales de pequeños vuelos: *Kleinbürgerlich*. ¿Cabe concebir una actitud más «pequeñoburguesa» que la de la mayoría de los grandes sindicatos, y en particular que la de los funcionarios, durante los últimos años? He asistido en ocasiones a las asambleas celebradas entre colegas de mi oficio. Estos intelectuales no abordaban casi nunca otra

cosa que no fuera, no diré ya sumas importantes, sino cualquier suma. Ni la función de la corporación en el país, ni incluso su porvenir material parecían contar para ellos. Los beneficios del presente limitaban de forma despiadada sus miradas. Mucho me temo que lo mismo debió ocurrir en los demás oficios. Lo que descubrí durante la guerra y vuelvo a ver en la posguerra entre los empleados de correos y de ferrocarriles no me ha resultado nada edificante. No hay duda de que en su inmensa mayoría, se trata de gente de valor, que puede llegar hasta el heroísmo, como han demostrado algunos. Pero, ¿seguro que la masa y que, sobre todo, sus representantes, han comprendido algo de la notable intensificación de su deber que una época como la nuestra les imponía? Me refiero al ejercicio cotidiano de su profesión que, a fin de cuentas, sigue siendo la piedra de toque de su conciencia profesional. En junio, en varias ciudades del oeste, he asistido a la siguiente escena: mujeres desdichadas que, de etapa en etapa, trataban de volver a sus hogares y vagaban por las calles arrastrando bultos de dimensiones inhumanas. ¿Por qué? Para no infligir a sus empleados unas pocas horas de trabajo suplementario o más intensivo de lo habitual, las estaciones habían considerado oportuno cerrar sus consignas. Estas anteojeras, este envaramiento administrativo, estas rivalidades personales, esta falta de aliento ante todo, tan alejados del dinamismo de un Pelloutier,* explican el desmoronamiento inerme de los sindicatos en toda Europa y en nuestro país ante los primeros embates de las potencias dictatoriales. No cabe explicar de otra manera su conducta durante la guerra. Poca importancia tienen algunas declaraciones grandilocuentes efectuadas ocasionalmente y dirigidas a la galería. Las masas sindicalizadas no supieron imbuirse de la idea de que, para ellas, nada era tan importante como imponer, con la mayor rapidez e intensidad, la victoria de la patria y, con ella, la derrota del nazismo y de cuanto sus émulos, en caso de que triunfara, iban necesariamente a tomarle prestado. No les habían enseñado, como habría sido el deber de unos verdaderos jefes, a alargar, elevar y ampliar su punto de mira, a trascender la inquietud del pan cotidiano, una inquietud que puede hacer peligrar el pan de mañana. Hoy ha sonado la hora del castigo. Raramente una incomprensión como ésta habrá sido penalizada con mayor severidad.

* Sindicalista francés (1867-1901) que fue secretario de la Fédération des Borses du Travail y autor de una *Histoire des bourses du travail. (N. del t.)*

Y, además, estaba la ideología internacionalista y pacifista. Me jacto de ser un buen ciudadano del mundo y el menos chovinista de los hombres. Como historiador, soy consciente de toda la verdad que encerraba el famoso grito de Karl Marx: «¡Proletarios de todos los países, uníos!» He visto demasiado la guerra, por último, para ignorar que es algo al mismo tiempo horrible y estúpido. Pero la estrechez de miras que he denunciado antes consistió precisamente en la negativa a conciliar estos sentimientos con otros impulsos, no menos respetables. Nunca he creído que amar a la patria impidiera amar a sus hijos; tampoco comprendo que el internacionalismo del espíritu o de las clases sea irreconciliable con el culto de la patria. O, más bien, cuando interrogo mi conciencia, me doy perfecta cuenta de que esta antinomia no existe. ¡Pobre corazón el que se prohíbe albergar más de una ternura! Pero dejemos el ámbito de lo afectivo. Todo el que sea pudoroso y deteste las grandes declaraciones, demasiado trivializadas para traducir como sería menester unas realidades espirituales tan íntimas, no aguantará demasiado tiempo en esa esfera sin sentirse incómodo. Por otra parte, tampoco es por esta senda por la que los pacifistas nos invitaban habitualmente a seguirles.

Invocaban ante todo el interés y, al representarse dicho interés en forma de una imagen terriblemente ajena a cualquier conocimiento verdadero del mundo, indujeron a graves errores a sus discípulos, un poco gregarios, que ponían toda su fe en ellos.

Decían que el capitalismo francés era duro para sus siervos, en lo que sin duda no les faltaba razón. Pero olvidaban que la victoria de los regímenes autoritarios conduciría inexorablemente a la esclavización casi absoluta de nuestros obreros. ¿No distinguían acaso, en torno a sí, dispuestos a saltar sobre ella y casi deseosos de que se produjera, a los futuros beneficiarios de nuestra derrota? Enseñaban, y tampoco les faltaba razón, que la guerra acumula un estrago inútil. Pero omitían distinguir entre la guerra que se decide librar voluntariamente y la que se nos impone, entre el asesinato y la legítima defensa. Cuando se les preguntaba si nos aconsejaban que tendiéramos nuestro cuello al verdugo, replicaban que «nadie os ataca». En efecto, les gustaba hacer juegos de palabras y es posible que, habiendo perdido la costumbre de analizar con franqueza su pensamiento, se dejaran atrapar en las telarañas de sus pro-

pios equívocos. El salteador de caminos no le grita a su víctima: «¡Dame tu sangre!» Le da una opción: «la bolsa o la vida». Asimismo, el pueblo agresor ofrece al pueblo que trata de oprimir: «Renuncia a tu libertad o acepta la masacre». Proclamaban que la guerra es una cosa de ricos o de poderosos, en la que no deben mezclarse los pobres. Como si, en una vieja colectividad, cohesionada por siglos de civilización en común, el más humilde no fuera siempre, de buen o mal consentimiento, solidario del más fuerte. Cuchicheaban —los he oído— que, a fin de cuentas, los hitlerianos no eran tan malvados como los pintaban: se ahorrarían sin duda muchos más sufrimientos abriéndoles las puertas de par en par que oponiéndose violentamente a la invasión. ¿Qué piensan hoy esos buenos apóstoles sobre lo que ocurre en la zona ocupada, tiranizada, hambrienta?

Como la palabra que predicaban equivalía al evangelio de una comodidad aparente, sus sermones tenían gran eco entre los instintos indolentes y egoístas que, junto a virtudes más nobles, reposan en el fondo de todo corazón humano. Estos entusiastas, muchos de los cuales no carecían personalmente de valor, trabajaban de forma inconsciente en la fabricación de cobardes. Pues es indudable que la virtud, si no corre pareja con una crítica severa de la inteligencia, corre siempre el peligro de obstruir sus metas más preciadas. Institutores, hermanos, vosotros que, a fin de cuentas, en vuestra mayoría habéis luchado tan bien; que, a costa de una inmensa buena voluntad, habíais sabido crear, en nuestro país de liceos somnolientos, de universidades presas de las peores rutinas, la única enseñanza de la que podamos estar orgullosos; pronto llegará el día, así lo espero, el día de gloria y felicidad, en el que una Francia liberada del enemigo y con una vida espiritual más libre que nunca antes, nos volverá a congregar en torno al debate de las ideas. Ese día, instruidos por una experiencia difícilmente adquirida, ¿no os plantearéis cambiar en algo las lecciones que profesábais ayer?

Lo más singular era, sin duda, que a esos intransigentes enamorados del género humano no les sorprendía coincidir, en la argumentación en pro de la capitulación, con los enemigos natos de su clase y de sus ideales. A decir verdad, esta alianza, por extraña que pudiera parecer, a veces se remontaba, en espíritu, a una época anterior a la enemistad mutua. En efecto, entre los hombres que tantas veces habían combatido en los cam-

pos de batalla electorales, aceptaban por asociados, en la misión de lograr la paz a cualquier precio, a muchos que habían salido antaño de sus filas para volar hacia destinos más fructuosos. Esos tránsfugas se habían despojado, como de un incómodo disfraz, de todo vestigio de sus antiguos ardores revolucionarios. Pero guardaban al menos una huella indeleble de su paso por las sectas que habían empleado como trampolín para su beneficio propio. Habían perdido en ese proceso el sentido de los valores nacionales y nunca lo habían de recuperar. No es casual que la debacle llevara al poder a un ministro que en sus años mozos había estado en Kienthal;* que los alemanes quizá logren aupar al poder a un agitador callejero que antes de endosar, en la preguerra, la chaqueta del patriotismo, fue uno de los jefes del comunismo.** No cabe una condena más terrible contra una escuela de política: cuando se ha recibido su formación, puede olvidarse todo lo que se aprendió, todo lo hermoso y con frecuencia lo noble; se puede olvidar todo, salvo una negación: la de la patria.

Así pues, aunque las necesidades generales de la defensa nacional se confundieran más que nunca con los intereses propios de los asalariados, sus exigencias más evidentes se toparon con una opinión obrera tristemente incierta sobre la vía por la que debía optar. Las inverosímiles contradicciones del comunismo francés añadieron un nuevo fermento de confusión a este desasosiego. Pero nos estamos refiriendo a problemas de un orden completamente distinto, como son los del pensamiento.

No sólo en el terreno militar nuestra derrota se ha debido a causas intelectuales. Para poder triunfar, ¿no nos habíamos acostumbrado demasiado, como nación, a contentarnos con conocimientos incompletos e ideas insuficientemente lúcidas? Nuestro régimen de gobierno se cimentaba en

* Ciudad donde se celebraron sendas conferencias, en 1915 y 1916, sobre el futuro del socialismo. *(N. del t.)*

** Se trata de Jacques Doriot (1895-1945), muerto en Alemania por un avión aliado. Fue diputado, alcalde de Saint-Denis y miembro del Partido Comunista en 1924, del que fue excluido en 1934. Fundador de la LVF (Legión Voluntaria de Francia), combatió con los alemanes en el frente del Este y en 1944 fundó en Alemania un «Comité de Liberación».

la participación de las masas. Pero a ese pueblo al que se entregaba así la vara de mando sobre su propio destino y que, en mi opinión, no era incapaz de acertar en la elección de su vía, ¿qué hicimos para proporcionarle ese mínimo de informaciones nítidas y seguras sin las que no cabe una conducta racional? En el fondo, nada. Sin duda ahí radicó la gran deficiencia de nuestro sistema pretendidamente democrático, ése fue el peor crimen de nuestros pretendidos demócratas. Se habría podido tolerar que sólo hubiera que deplorar algunas mentiras y omisiones, sin duda culpables, pero fáciles de desenmascarar, que inspira el espíritu de partido abiertamente declarado. Lo más grave fue que la prensa llamada puramente informativa, e incluso muchos boletines que sólo prestaban obediencia a consignas de orden político, de hecho sirvieron a intereses ocultos, a menudo sórdidos y, ocasionalmente, en su fuente, extraños a nuestro país. Sin duda, el sentido común popular tenía la revancha. La tomaba en forma de desconfianza creciente ante cualquier forma de propaganda, por escrito o por la radio. Sería un craso error creer que el elector vota siempre «como quiere su diario». Conozco a más de uno, entre los humildes, que recibe cada día el periódico correspondiente a su adscripción política y vota casi siempre *contra* él. Quizá esta impermeabilidad a unos consejos carentes de sinceridad constituya hoy, en el estado en el que vemos a Francia, uno de nuestros mejores motivos de consuelo y de esperanza. Sin embargo, hay que convenir en que, para comprender los retos de una inmensa lucha mundial, para prever la tempestad y pertrecharse debidamente de antemano para resistir a sus rayos, esa era una mediocre preparación mental. Deliberadamente —lean el *Mein Kampf* y las conversaciones con Rauschning—, los hitlerianos niegan a sus masas cualquier acceso a la verdad. Reemplazan la persuasión por la sugestión emotiva. Nosotros debemos optar: o convertir también a nuestro pueblo en un teclado que vibre ciegamente al magnetismo de algunos jefes (pero ¿cuáles?, los actuales no emiten en absoluto «ondas magnéticas»), o formarlo para ser el colaborador consciente de representantes que ha elegido para sí. En la fase en que se encuentran nuestras civilizaciones hoy, este dilema no da cabida a términos medios... La masa ya no obedece. Sigue porque la han hecho entrar en trance o porque sabe lo que ocurre.

¿Acaso nuestras clases pudientes y relativamente cultivadas, por menosprecio o por desconfianza, no habían considerado adecuado esclarecer al hombre de la calle o del campo? Era una opinión que sin duda existía. Una opinión tradicional. Si las burguesías europeas dejaron que las «clases bajas» aprendieran a leer, no lo hicieron con alegría del corazón. El historiador podría citar infinidad de textos en apoyo de esta afirmación. Pero el mal había calado más profundamente en las pieles. Quienes estaban en condiciones de saciar su curiosidad carecían de ella. Comparemos dos diarios casi homónimos: *The Times* y *Le Temps*. Los intereses cuyas instrucciones acatan ambos son bastante similares; sus públicos, a ambos lados del canal, alejados por igual de las masas populares; su imparcialidad, igual de sospechosa. Con todo, quien lea el primero sabrá siempre sobre el mundo, tal como está hecho, mucho más que el abonado al segundo. De hecho, el mismo contraste se da entre nuestra prensa más orgullosa de lo que denomina su «tenor» intelectual, y el *Frankfurter Zeitung*, por ejemplo: el *Frankfurter* de antes del hitlerismo e incluso el de hoy. El sabio, como dice el proverbio, con poco se contenta. En el ámbito de la información, nuestra burguesía en realidad fue, en el sobrio sentido que Epicuro atribuye a la palabra, terriblemente sabia.

Ese síntoma lo confirman otros cien. A lo largo de las dos guerras he tratado con numerosos oficiales, de la reserva o de la fuerza permanente, de extracciones sumamente diversas. Entre quienes leían un poco y por ello resultaban algo raros, no he visto a casi ninguno tener entre las manos una obra capaz de ayudarle a comprender mejor el presente, aunque no fuera más que a través del sesgo del pasado. Fui el único que llevaba consigo, en la 4.ª oficina, el libro de Strasser sobre Hitler; sólo uno de mis camaradas me pidió que se lo prestara. Se ha denunciado muchas veces la miseria de nuestras bibliotecas municipales. Consulten los presupuestos de nuestras grandes ciudades: comprobarán que sería más apropiado hablar de indigencia. Y no sólo hemos descuidado el arte de conocer a los demás. ¿Qué hemos hecho de la vieja máxima «conócete a ti mismo»? Me han contado que, en una comisión internacional, nuestro delegado fue objeto de las burlas del de Polonia: de la práctica totalidad de las naciones asistentes, éramos los únicos que no podíamos presentar una

estadística seria de los salarios. Nuestros jefes de empresa han creído siempre más en la confidencialidad, tan propicia a los pequeños intereses privados, que en el conocimiento abierto, que contribuye a la acción colectiva. En el siglo de la química, han conservado una mentalidad de alquimistas. Pensemos también en los grupos que, antaño, se fijaron la misión de combatir al comunismo. Salta a la vista que sólo una encuesta realizada con honestidad e inteligencia en todo el país, les podría haber situado en condiciones de conocer las causas de un éxito que tanto les preocupaba y, más adelante, quizá, de frenar su crecimiento. ¿Quién de entre sus filas tuvo jamás semejante idea? Poco importa ahora el signo político. Aunque lo aprobemos o rechacemos, el síntoma verdaderamente grave es que el engranaje intelectual de estas poderosas asociaciones de intereses haya dado muestras de tamaña ineficiencia. ¿A quién puede sorprenderle que los estados mayores hayan organizado mal sus servicios de información? Pertenecían a círculos donde se había ido atrofiando progresivamente el gusto por informarse; donde, a pesar de que se podía hojear el *Mein Kampf*, todavía se seguía dudando de los verdaderos propósitos del nazismo, donde, maquillando la ignorancia con la hermosa palabra «realismo», al parecer todavía hoy se abrigan dudas al respecto.

Lo peor es que esta pereza de saber arrastra, casi ineludiblemente, a una funesta complacencia hacia uno mismo. Cada día oigo por la radio predicar la «vuelta a la tierra». A nuestro pueblo mutilado y desamparado se le dice: «te has dejado engatusar por los encantos de una civilización excesivamente mecanizada; al aceptar sus leyes y comodidades, te has desviado de los valores antiguos, que conformaban tu originalidad; ¡malhaya la gran ciudad, la fábrica, la escuela incluso! Lo que te hace falta es el pueblo o la ciudad de campo de antaño, con sus trabajos de aires arcaicos y sus pequeñas sociedades cerradas gobernadas por los notables; en ellos recuperarás tu temple y tu fuerza y volverás a ser tú mismo». No ignoro que estos hermosos sermones encubren —en realidad bastante mal— intereses completamente ajenos al bienestar de los franceses. Un partido entero, que hoy tiene o cree tener el control del tablero de mandos, no ha dejado nunca de echar de menos la antigua docilidad que considera innata a los pueblos modestamente campesinos. De hecho, que nadie se llame a engaño. No es nuevo que nuestros paletos tengan, como se decía antes en los libros de texto, «una nuca dura». Alemania, que ha triunfado merced a la máquina, quiere reservarse el mono-

polio. Sueña con agrupar en torno a sí a los gremios de labriegos, como si de lacayos se tratara, y darles la forma de colectividades exclusivamente agrícolas, a las que más adelante obligará a intercambiar, a precios fijados de forma imperativa, su trigo o su leche por los productos de su gran industria. Así es como concibe las naciones. A través del micrófono, esa voz que habla en nuestra lengua procede de aquel país.

Sin embargo, estos consejos bucólicos no son propios exclusivamente de nuestros días. Mucho antes de la guerra, toda una literatura de la renuncia nos había familiarizado con ellos. Estigmatizaba el «americanismo». Denunciaba los peligros de la máquina y del progreso. En contraste, alababa la dulzura apacible de nuestra campiña, la simpatía de nuestra civilización de pequeños burgos, la amabilidad y al propio tiempo la fuerza secreta de una sociedad a la que instaba a mostrar cada vez mayor fidelidad a los géneros de vida del pasado. Eran las palabras de un academicismo de rebaño, que habrían hecho sonreír a nuestros viejos autores rústicos, a un Noël du Fail o un Olivier de Serres. El verdadero trabajo del campo tiene más de estoicismo que de dulzura, y sólo en las églogas se trata a los pueblos como un remanso de paz. No obstante, no todo en esta apología de la Francia rural era falso. Creo firmemente que, todavía hoy, constituye una gran ventaja que los pueblos tengan un profundo arraigo al suelo. Así dan a su edificio económico una rara solidez y, sobre todo, se aseguran unas reservas en recursos humanos absolutamente irreemplazables. Por haberlo visto vivir junto a él día tras día, por haber combatido antaño a su lado y haberme inclinado mucho sobre su historia, conozco el valor del auténtico campesino francés, con toda su lozanía y su robustez, su sutil gusto. Soy tan sensible como cualquiera al discreto encanto de nuestros viejos burgos y no ignoro que fueron la matriz donde se formó durante mucho tiempo la parte más activa de la colectividad francesa.

Sin embargo, ¿nos resignaremos a no ser más que un «museo de antiguallas», como han declarado los italianos refiriéndose a sí mismos? No nos engañemos: ni tan siquiera tenemos la opción. Si alguien lo cree aún posible, que recuerde la suerte que nuestros enemigos reservan a los museos. Queremos vivir y, para ello, vencer. Pero, tengamos el valor de reconocerlo, lo que acaba de ser vencido en nosotros es precisamente nuestra querida y pequeña ciudad de provincia. Sus jornadas desplegadas a una cadencia demasiado lenta, la lentitud de sus autobuses, sus

administraciones somnolientas, las pérdidas de tiempo que multiplica constantemente una dejadez apacible, la ociosidad de los cafés de sus guarniciones, sus politiqueos de cortas miras, su artesanía «de poca monta», sus bibliotecas con los estantes huérfanos de libros, su gusto por lo ya conocido y su desconfianza ante cualquier sorpresa que pueda perturbar sus blandas costumbres: he ahí todo lo que ha sucumbido ante el ritmo infernal que desencadenó en nuestra contra el famoso «dinamismo» de una Alemania cuyas colmenas zumbaban. Aunque sólo sea para preservar, en nuestro viejo patrimonio, lo que puede y debe ser preservado, tenemos que adaptarnos a las necesidades de una nueva era. El carro tirado por un burro quizá fuera un modo de transporte simpático y lleno de encanto. Pero si nos negamos a reemplazarlo, cuando sea conveniente, por el auto, veremos cómo nos arrebatan hasta los burros. Pero para hacer algo nuevo, primero hay que instruirse. Si nuestros oficiales no han sabido deducir los métodos de guerra que imponía nuestro mundo de hoy se ha debido, en gran medida, a que, a su alrededor, nuestra burguesía, de la que habían emanado, cerraba con demasiada pereza los ojos. Si nos replegamos sobre nosotros mismos estamos perdidos: sólo nos salvaremos si hacemos trabajar exigentemente a nuestros cerebros, para que sepan más e imaginen más rápido.

Y para recuperar también esa coherencia en el pensamiento que una extraña enfermedad parece haber arrebatado, desde hace algunos años, a todos aquellos que se jactaban poco o mucho de participar activamente en política. A decir verdad, el que los partidos calificados de «derechas» se inclinen con tanta presteza ante la derrota no debería sorprender demasiado a un historiador. Se trata de una tradición presente en casi toda nuestra trayectoria: desde la Restauración hasta la Asamblea de Versalles. Los malentendidos del asunto Dreyfus hubieran podido sembrar la confusión en el juego, al comparar militarismo con patriotismo. Resulta natural que los instintos profundos se hayan impuesto al fin y no hay nada que lamentar al respecto. Con todo, el que los mismos hombres hayan podido manifestar la absurda germanofobia y, alternativamente, nos hayan hecho entrar en calidad de vasallos en el sistema continental alemán; o el que se hayan erigido en defensores de la diplomacia a la usanza de Poincaré al tiempo que alzaban sus voces contra el supuesto «belicismo» de sus adversarios electorales: estas palinodias sugieren, entre los jefes que actuaban con sinceridad, una extraña inestabilidad

mental y, entre sus adeptos, una insensibilidad, igual de sorprendente, ante las peores antinomias del pensamiento. No olvido que la Alemania de Hitler suscitaba unas simpatías a las que no podía aspirar la de Ebert. Francia, al menos, seguía siendo Francia. ¿Queremos buscar a cualquier precio una excusa para sus acrobacias? La mejor sería sin duda que sus adversarios, en el extremo opuesto de la escala de las opiniones, fueron igual de poco razonables. Vetar la concesión de créditos militares y, el día siguiente, reclamar «cañones para España»; predicar primero el antipatriotismo y, el año siguiente, abogar por la formación de un «frente de los franceses»; y, a fin de cuentas, zafarse del deber de realizar el servicio militar y alentar a las masas a hacer lo propio: en estos zigzags poco airosos podemos seguir las curvas que describieron sobre la cuerda floja, ante nuestros ojos maravillados, los funambulistas del comunismo. Sé perfectamente que, del otro lado de la frontera, un *homo alpinus* moreno, de altura media, flanqueado en calidad de portavoz principal por un pequeño jorobado de cabello castaño, pudo fundar su despotismo sobre la supremacía mítica de los «grandes arios rubios». Pero, hasta hoy, los franceses habían gozado de la reputación de tener una cabeza sobria y lógica. Realmente, como ha dicho Renan, para que después de una nueva derrota pueda llevarse a buen puerto la reforma moral e intelectual de este pueblo, la primera cosa que se le deberá enseñar de nuevo será el viejo axioma de la lógica clásica: *A* es *A*, *B* es *B*, *A* no *B*.

Sobre las causas profundas de semejantes deficiencias, naturalmente, hay mucho que decir e investigar. Nuestra burguesía que, pese a todo, sigue siendo el cerebro de la nación, sin duda apreciaba más los estudios serios en la época en que estaba compuesta en gran medida de rentistas. El hombre de negocios, el médico, el hombre de leyes, deben trabajar hoy denodadamente en sus oficinas porque, cuando salen de ellas, se diría que sólo les quedan energías para divertirse. Quizá si organizaran mejor su tiempo, sin reducir en nada la intensidad de su trabajo, obtendrían más satisfacciones. ¿Su diversión adopta jamás por ventura un cariz intelectual? En cualquier caso, raramente se refiere a la acción, ni siquiera de manera indirecta. En efecto, una vieja tradición nos empuja a amar la inteligencia por sí misma, al igual que el arte por el arte, y a mantenerlos apartados de la práctica. Tenemos grandes sabios y no hay técnicas menos científicas que las nuestras. Cuando leemos, lo hacemos por cultivarnos, lo que está muy bien. Pero no tenemos la costumbre de

pensar que, cuando actuamos, podemos y debemos valernos de nuestra cultura.

Por último, este pueblo deberá volver a la escuela de la verdadera libertad de espíritu. «Es bueno que haya herejes»: los círculos militares no han sido los únicos que han perdido de vista esta sabia máxima. Obviemos el pensamiento tradicionalista: formaba parte de su naturaleza. Pero, ¿qué ocurrió con los partidos llamados «progresistas»? Personalmente, la obra de Karl Marx me inspira una gran admiración. Mucho me temo que como hombre era insoportable y, como filósofo, sin duda menos original de cuanto algunos lo han querido pintar. Como analista social, nadie ha sido más poderoso. Si algún día los historiadores adeptos de una ciencia renovada deciden crear una galería de ancestros, el busto barbudo del viejo renano deberá tener un lugar en primer fila de la capilla de la corporación. Con todo, ¿es eso suficiente para que sus lecciones sirvan constantemente de percha para doctrinas de toda laya? Sabios destacados que, en sus laboratorios, no creían más que en su experiencia, han escrito tratados de fisiología o capítulos de física «según los principios del marxismo». Después de eso, ¿qué autoridad tenían para burlarse de la matemática «hitleriana»? Unos partidos que profesaban la mutabilidad de las estructuras económicas excomulgaban a los imprudentes que se negaban a prestar juramento de fidelidad a la palabra del maestro. Como si unas teorías nacidas de la observación de las sociedades europeas tal como se presentaban en 1860, y alimentadas por los conocimientos sociológicos de un sabio de esa época, pudieran continuar ejerciendo su ley en 1940.

Condorcet, imbuido del firme racionalismo del siglo XVIII, demostraba mucha más sabiduría, en su famoso informe sobre la instrucción pública, cuando afirmaba que «ni la Constitución francesa, ni siquiera la Declaración de los Derechos del Hombre deberán ser presentadas jamás a ninguna clase de ciudadanos como si de unas tablas bajadas del cielo se tratara, unas tablas que hay que adorar y creer».

No hace falta que nadie me lo recuerde: sé perfectamente que, en su fuero interno, los dirigentes de estos grupos eran mucho menos fieles a esta ortodoxia de fachada de lo que dejaban entrever. Sin embargo, ¿no nos hallamos ante el espectáculo de una asociación de los tremendos vicios que tanto han contribuido a nuestra pérdida; el gusto del equívoco aparejado a una concepción demasiado superficial del constante discurrir

del mundo? Contra los hombres de la extrema izquierda y contra los estados mayores —pues no es raro que, en una nación, los adversarios más enconados evolucionen sin darse cuenta en la misma atmósfera mental—, hay que reconocer que era Hitler quien estaba en lo cierto. No el Hitler de las grandes arengas a la muchedumbre, sino el de las confidencias, el que un día le dijo a Rauschning a propósito, precisamente, del marxismo: «Nosotros, en cambio, sabemos que no hay un estado definitivo ... que la evolución es perpetua. El porvenir es el río inagotable de las posibilidades infinitas de una creación siempre nueva».

El lector perdonará a un universitario que atribuya una parte suficientemente grande de responsabilidad a la educación y, siendo como es pedagogo, que exponga con crudeza los defectos de nuestros métodos educativos. Oscilando sin tregua entre un humanismo a la antigua, que ha logrado guardar fidelidad absoluta a sus valores estéticos, y el gusto a menudo inmoderado de las novedades, tan incapaz de preservar eficazmente los valores estéticos y morales de la cultura clásica como de crear nuevos valores, nuestra enseñanza secundaria hace demasiado poco por desarrollar la energía intelectual. Como las universidades, abruma a sus alumnos de exámenes. Concede poco margen a las ciencias de la observación, a pesar de su gran utilidad a la hora de desarrollar la iniciativa de los ojos y de la materia gris. Correctamente, atribuye gran importancia a la fisiología animal, pero descuida casi por completo la botánica, un craso error. Mientras las escuelas inglesas hacen lo posible por alentar los hobbies, los caprichos de la mente (herbarios, colecciones de piedras, fotografía y ¿quién sabe cuánto más?), las nuestras apartan púdicamente la mirada de estas «fantasías» o las ceden a los «scouts», cuyo éxito denuncia, con mayor claridad quizá que cualquier otro síntoma, las carencias de la educación «nacional». He conocido a más de un buen alumno que, después de la escuela, no ha vuelto a abrir un libro serio, y a más de un estudiante pasable o malo que ha descubierto luego un gusto profundo por la cultura. Que ocurriera una vez por azar, no tendría mayor importancia. Con tanta frecuencia, resulta preocupante.

¿Es por despecho amoroso? Como historiador, me siento inclinado a ser particularmente severo con la enseñanza de la historia. No es sólo la Escuela de Guerra la que prepara mal para la acción. Y no es que pueda reprocharse a nuestros liceos que descuiden el mundo contemporáneo. Por el contrario, le conceden un lugar cada vez más excesivo. Pero justa-

mente porque sólo les interesa el presente o el pasado muy inmediato se ven incapaces de explicarlos: al igual que un oceanógrafo que, negándose a levantar la vista hacia los astros, so pretexto de que están muy lejos del mar, se viera incapaz de descubrir la causa de las mareas. Por mucho que el pasado no determine totalmente el presente, sin aquél, éste permanece ininteligible. Peor aún: al privarse deliberadamente de un campo de visión y comparación suficientemente amplio, nuestra pedagogía histórica no logra inculcar en los espíritus que pretende formar, el sentido de la diferencia y del cambio. Por ejemplo, nuestra política en Renania, después de 1918, se ha basado en una imagen caduca de Europa, que se obstinaba en creer que el separatismo alemán, fenecido, seguía vivo. De igual modo, nuestros diplomáticos se han empecinado en seguir creyendo en los Habsburgo, esos fantasmas descoloridos hechos a medida para álbumes de fotos de salones biempensantes: temían más a los Hohenzollern que a Hitler. Tanto se anunció el deceso que, una historia verdadera no habría omitido su inclusión. Además, por su afición casi sin fisuras a las manifestaciones más superficiales de la vida de los pueblos, que son también, en las épocas más próximas a nosotros, las más fáciles de comprender, nuestros programas escolares cultivan la obsesión de lo político. En cambio, se echan atrás púdicamente ante cualquier análisis social, sin ofrecer ni tan siquiera un anticipo de su aroma. ¡Que nadie me acuse de pedirle demasiado a un maestro de escuela primaria o secundaria! No me parece en modo alguno más difícil interesar a un niño por las vicisitudes de una técnica, o incluso por las aparentes extrañezas de una civilización antigua o lejana, que por un cambio de ministerio; y no era un manual de los que yo defiendo el que obligaba a los alumnos de noveno curso* a recitar, con total corrección, que la monarquía de julio había sustituido el «título hereditario de par» por el «título vitalicio de par». ¿No había nada mejor que enseñar a esos chavales, nada con mayor interés humano, con mayores probabilidades de llamar su maleable atención y dejar una huella duradera en ella, nada más instructivo para su educación como futuros ciudadanos de Francia y del planeta? También en este ámbito reclamamos que se abran las ventanas de par en par y se proceda a un saneamiento radical de la atmósfera. Será tarea de los jóvenes. Para

* Estudiantes de nueve años, aproximadamente. *(N. del t.)*

reformar tanto la preparación intelectual del país como la dirección de sus ejércitos, contamos con ellos mucho más que con las cinco academias, las autoridades supremas de la Universidad o el Consejo Superior de Guerra.

Se achacan todos los pecados a nuestro régimen político de preguerra. Personalmente no me siento demasiado inclinado a hablar bien de ello. El parlamentarismo ha promovido con demasiada frecuencia las intrigas, a expensas de la inteligencia o de la abnegación. Para convencerme, me basta con mirar a mi alrededor. Los hombres que nos gobiernan han salido en su mayoría de esas ciénagas. Si hoy reniegan de los usos y costumbres que los han convertido en lo que son, no es más que por astucia de zorro viejo. El empleado desleal, el que ha abierto una caja fuerte en su beneficio, no extravía las copias ilegales que ha hecho de las llaves: le asusta demasiado la idea de que otro, más listo que él, las recoja y lo despoje a su vez del botín.

Cuando haya llegado la hora de la verdadera recuperación, cuando podamos volver a exigir que nos dirijan con total transparencia, e imponer la disolución de las facciones en caso de que hayan perdido la confianza del país, no podremos limitarnos a volver a poner nuestros pies sobre las huellas de anteayer. Las monstruosas asambleas que pretendían regirnos eran un legado absurdo de la historia. Unos Estados Generales, reunidos para decir «sí» o «no», contaban sus miembros por centenares. Una cámara gobernante se condena al caos desde el momento mismo en que acepta convertirse en una muchedumbre; de hecho, cabe preguntarse si una cámara hecha para sancionar y controlar puede gobernar. Nuestra maquinaria de partidos exhalaba un aroma a cafetines enmohecidos o a oscuros despachos de negocios. Ni siquiera podía escudarse en la excusa del poder, ya que se desmoronó como un castillo de naipes en cuanto soplaron los primeros vientos de la arbitrariedad. Prisioneros de unos dogmas que sabían desfasados, de programas que habían renunciado a llevar a la práctica, los grandes partidos aglutinaban falazmente a hombres que se habían formado opiniones completamente opuestos sobre los grandes problemas del momento, como pudo apreciarse a la perfección en Múnich. Y separaban a otros que, en cambio, pensaban lo mismo. En la mayoría de los casos, no lograban decidir quién ocuparía el poder. Ser-

vían simplemente de trampolín para los más hábiles, que se echaban unos a otros del pináculo.

Es incontestable que nuestros ministros y nuestras asambleas nos han preparado mal para la guerra. Sin duda, los mandos supremos les ayudaron poco. Pero, precisamente, nada pone más en evidencia la molicie de un gobierno que su capitulación ante los técnicos. En 1915, las comisiones de las cámaras hicieron más para dotarnos de artillería pesada que todos los artilleros del país. ¡Cómo no hicieron lo mismo sus sucesoras, y más a tiempo, con los aviones y los carros de combate! La historia del Ministerio del Armamento parece una lección ejemplar de la sinrazón; resulta inaudito que, para improvisar su creación, haya habido que esperar a los primeros meses de la campaña. Debió haber surgido desde el primer día de la movilización, con sus cuadros a punto. Rara vez el Parlamento les negaba sus créditos, si los especialistas sabían pedirlos con el coraje suficiente. Pero no tenía fuerza para obligarlos a emplearlos bien. Además, aunque era capaz de resignarse a hurgar en los bolsillos de los electores, temía mucho más importunarlos. Su repugnancia a imponer a los reservistas los períodos de ejercicio necesarios supuso un rudo golpe al principio de los ejércitos nacionales. Es cierto que las rutinas del cuartel, poco proclives a un empleo racional de las distintas etapas de esta instrucción, le habían dejado expedito el camino. En varias ocasiones los presidentes del Consejo hubieron de reclamar plenos poderes. Era un reconocimiento público de que la maquinaria constitucional chirriaba. Más hubiera valido reformarla antes de que fuera demasiado tarde. Como solución fácil que era, no se advirtió en ningún momento que estos plenos poderes sirvieran para reforzar el ejercicio del gobierno ni para ponerlo en orden. Viciados por la práctica de los pasillos, nuestros jefes políticos creían informarse cuando, de hecho, no hacían más que recoger chismes fruto del azar de los encuentros. Los problemas mundiales y los problemas nacionales sólo se les representaban bajo el ángulo de las rivalidades personales.

De modo que ese régimen era débil. Pero no era tan perverso como se le ha querido pintar. Entre los crímenes de que se le ha acusado, algunos se nos antojan puramente imaginarios. Se ha repetido una y otra vez que el partidismo y, sobre todo, el anticlericalismo, habían sembrado el desorden en el ejército. Puedo atestiguar que, en Bohain, el general Blanchard asistía todos los domingos a misa. Suponer que esperó para ello a

que estallara la guerra sería injuriar de la manera más gratuita imaginable su valor cívico. Tenía una y mil veces razón, ya que ésa era su fe, en cumplir públicamente su deber de creyente. El no creyente que se lo hubiera reprochado habría sido un sonso o un alma vil. Pero no veo por qué sus convicciones religiosas, afirmadas lealmente, le habrían debido impedir obtener el mando de un ejército por parte de unos gobiernos llamados «de izquierda», y llevar a ese ejército a la derrota.

Así pues, ¿gobernaban en realidad tanto nuestros parlamentos y los ministros que salieron de sus filas? De los sistemas anteriores habían heredado varios cuerpos de funcionarios de grandes dimensiones, que distaban de dirigir y controlar. Sin duda, los móviles de partido pesaban muy a menudo en la elección de los jefes de equipos. Soplara el viento en la dirección que soplara, los nombramientos impuestos raramente eran los más afortunados. Y el reclutamiento de las bases seguía teniendo un carácter casi exclusivamente corporativo. La Escuela de Ciencias Políticas, el refugio preferido de los hijos de los notables, poblaba con sus alumnos las embajadas, el Tribunal de Cuentas, el Consejo de Estado, la Inspección de Finanzas. La Escuela Politécnica, cuyos bancos asistían al estrechamiento de por vida de los vínculos de una solidaridad maravillosa, no nutría sólo a los estados mayores de la industria, sino que abría el acceso a la carrera de ingeniero público, cuya promoción obedecía a las leyes de un automatismo casi mecánico. Las universidades, por mediación de un complejo mecanismo de consejos y comités, se cooptaban casi exclusivamente entre ellas, con el consiguiente peligro para la renovación del pensamiento, y ofrecían a sus profesores unas garantías de permanencia que el sistema actual, según dice, ha abolido. Pertrechado con su riqueza y con el prestigio que ejerce siempre el sonajero de un título entre las almas en apariencia más filosóficas, el Instituto de Francia conservaba, para bien o para mal, su dignidad de potencia intelectual. Si por casualidad la política interfería en la elección de los miembros de la Academia, nunca fue por instigación de la izquierda. «Conozco —dijo antaño Paul Bourget—, tres bastiones del conservadurismo: la Cámara de los Lores, el gran Estado Mayor alemán y la Academia francesa.»

¿Erró o acertó el régimen al respetar a estas corporaciones antiguas? Puede disertarse al respecto interminablemente. Unos alegarán la estabilidad, la tradición del honor. Otros, con los que reconozco simpatizar,

replicarán: rutina, burocracia, morgue colectiva. En cualquier caso, hay algo indudable: el error fue craso en dos aspectos.

¡Qué barahúnda cuando, mediante la creación de una Escuela de Administración, un ministerio del Frente Popular pretendió poner en entredicho el monopolio de la Escuela de Ciencias Políticas! El proyecto era inoportuno. Sin duda, más habría valido favorecer mediante becas el acceso universal a las funciones administrativas y confiar la preparación a las universidades, según el concepto amplio de cultura general que da su fuerza al Civil Service británico. Pero la idea de partida era justa. Sea cual fuere la naturaleza del gobierno, el país sufre si los instrumentos del poder son hostiles al propio espíritu de las instituciones públicas. Una monarquía necesita un personal monarquista. Una democracia es débil, en detrimento de los intereses comunes, si sus altos funcionarios, formados en su desprecio y, por el imperativo de la fortuna, procedentes de las clases cuyo imperio ha querido precisamente abolir, sólo se ponen a su servicio a regañadientes.

Por otra parte, el sistema de cooptación, oficial o no, que imperaba en casi todos los grandes cuerpos, provocó una intensificación excesiva del poder de la edad. Como en el ejército, la promoción, con algunas excepciones, era por lo general bastante lenta y cuando por ventura los ancianos que se perpetuaban en la cima aceptaban tender la escalera a algunos de sus cadetes, escogían preferentemente a sus mejores alumnos. Las revoluciones nos parecen deseables u odiosas en función de que compartamos o no sus principios. Pero todas tienen una virtud inherente a su entusiasmo: son un acicate para los verdaderos jóvenes. Aborrezco el nazismo. Pero, como la Revolución Francesa, con la que uno se sonroja al compararla, la revolución nazi ha puesto ante el cuadro de mandos, a la cabeza de las tropas o del estado, a hombres que debido a que tenían una mente fresca y no habían sido formados en las rutinas escolares, eran capaces de comprender «lo sorprendente y lo nuevo». Para oponerse a ellos no teníamos más que a señores canosos o a jóvenes envejecidos.

Sin embargo, un régimen, sea cual sea la capacidad de resistencia que hayan adquirido sus rodamientos, es, ante todo, tal y como lo ha hecho la sociedad que pretende regir. Puede ocurrir que la máquina arrastre a su conductor. Con mayor frecuencia, tiene tanto valor como las manos que la manejan. Me río al oír a algunos hombres de negocios que conozco, horas después de haber «insertado», gracias a su dinero contante y so-

nante, un artículo en nuestros diarios más serios, enfurecerse elocuentemente contra la venalidad de la prensa o, cuando han encargado a un ex ministro un libro en defensa de sus intereses mezquinos, mofarse de esos «fantoches» del Parlamento. ¿Quién es más merecedor de la soga, el corrupto o el corruptor? Nuestros grandes burgueses se quejan constantemente del cuerpo docente. En la época en que controlaban mejor que hoy el erario, les parecía natural conceder una partida presupuestaria menor a los profesores de sus hijos que a sus criados. ¿Puede exagerarse el perjuicio que nos ha infligido la tradicional avaricia francesa? También en este ámbito, el espíritu de la pequeña ciudad de provincias no ha dejado de triunfar.

Por encima de todo, nuestro mecanismo político adolecía, hasta llegar a atascarse literalmente, del gran malentendido de los franceses.

Resulta sano y positivo que, en un país libre, las filosofías sociales contradictorias puedan combatir con entera libertad. En el estado actual de nuestras sociedades, resulta inevitable que las diferentes clases tengan intereses opuestos y sean conscientes de sus antagonismos. La desgracia de la patria comienza cuando deja de comprenderse la legitimidad de estos enfrentamientos.

Aquí y allá he pronunciado la palabra «burguesía». No sin escrúpulos. Este tipo de palabras, desgastadas por el tiempo y a la vez objeto de constantes desvirtuaciones del sentido, entorpecen la nomenclatura, aún a tientas, de las ciencias humanas, encierran en unos contornos demasiado vagos unas realidades demasiado complejas. Sin embargo, no queda más remedio, hasta nueva orden, que seguir empleando el vocabulario que una lengua imperfecta pone a nuestra disposición. Con la condición de definir los términos. Así pues, llamo burgués al francés que no debe sus recursos a su trabajo manual; cuyos ingresos, sea cual sea su origen y su abundancia, sumamente variable, le dan un desahogo económico y le procuran una seguridad, a este nivel, muy superior a las incertidumbres del salario de un obrero; cuya instrucción, ya recibida desde su infancia, si su familia está arraigada, ya adquirida durante una ascensión social excepcional, supera, por su riqueza, sus formas o sus pretensiones, la norma cultural más común; al francés que, a fin de cuentas, se siente o cree miembro de una clase llamada a ejercer un papel dirigente en

la nación y que, en infinidad de detalles de su modo de vestir, su lengua, su sentido del decoro, refleja, de una manera más o menos instintiva, su apego a este carácter distintivo de grupo y a este prestigio colectivo.

Ahora bien, la burguesía de la Francia de preguerra, entendida en este sentido, había dejado de ser feliz. Las revoluciones económicas que se atribuían a la última catástrofe mundial, aunque no fuera exactamente cierto, menoscababan la tranquila estabilidad de las fortunas. La renta, antaño recurso casi exclusivo de muchas familias, esperanza última de otras tantas que se encontraban en los primeros escalones hacia el éxito, se volatilizaba entre unas manos atónitas. La resistencia de los asalariados se unía en bloque contra cualquier presión sobre las remuneraciones obreras, reduciendo en cada crisis el beneficio patronal y los correspondientes dividendos. En los países nuevos, la expansión de la industria y los progresos de la autarquía condenaban a una anemia creciente a los capitalismos tanto de Europa como de Francia. El empuje de las nuevas capas sociales amenazaba la potencia, económica y política, de un grupo acostumbrado a mandar, que en conjunto, llevaba mucho tiempo adaptado a las instituciones democráticas. Muchos de sus miembros habían preconizado incluso su instauración, pese a que los usos y costumbres, como sucede ordinariamente, evolucionaron más lentamente hacia el derecho. La papeleta de voto entregada al pequeño campesino y al obrero no había modificado en lo esencial, durante más de una generación, la dominación tradicional ejercida sobre las provincias por los notables de las clases medias. Había sido incluso beneficioso para sus intereses, al permitirles echar, en parte, de los escalafones más elevados de la jerarquía funcionarial, a sus viejos adversarios de la burguesía más alta o de la nobleza. Entre esos hombres ajenos a las intransigencias aristocráticas, la democracia satisfacía una afición perfectamente sincera por la justicia humana. Todavía no inquietaba a su bolsa ni a la solidez de su modesto prestigio. Pero llegó el día en que, con el aguijón de la tragedia económica, el elector de a pie hizo oír su voz más alto y con mayor peligro. Los rencores fueron atizados por una sensación vívida del retorno de la desigualdad. Obligado a pagar personalmente, cada día con mayor crudeza, el burgués creyó percibir que las masas populares, cuyo trabajo era la fuente profunda de sus propias ganancias, trabajaban en cambio menos que en el pasado —lo cual era cierto— e incluso menos que él mismo, lo que no era probablemente exacto, pero, en cualquier caso, daba escasa

cuenta de los diferentes matices de la fatiga humana. Comenzó a indignarse de que el peón pudiera permitirse el placer de ir al cine, ¡igual que el patrón! El espíritu de las clases obreras, a las que la inseguridad crónica había acostumbrado a vivir sin preocuparse excesivamente del mañana, chocaba con su respeto innato por el ahorro. Entre esas masas que blandían el puño en alto, exigentes, un tanto ariscas y cuya violencia reflejaba un gran candor, los más caritativos apenas si lograban encontrar al «buen pobre» respetuoso de la novelas de Mádame de Ségur. Los valores del orden, la bondad dócil, la aceptación complaciente de la jerarquía social que se habían inculcado mediante la educación, moldeando unos espíritus naturalmente poco amigos de las novedades, parecían a punto de ser barridos y, con ellos, podía desaparecer algo sin duda más precioso: un poco de ese sentido nacional que, aunque los ricos nunca lo sepan bastante, impone a los humildes una dosis de abnegación mucho mayor que a sus amos.

La burguesía, ansiosa y descontenta, también estaba amargada. Demasiado desacostumbrada como estaba a realizar cualquier esfuerzo de análisis humano para tratar de comprenderlo, prefirió condenar al pueblo del que procedía y con el que, si hubiera reflexionado un poco más, habría sentido que le unía una profunda afinidad. Resultaría difícil exagerar la conmoción que, en las filas de las clases acomodadas, incluso entre los hombres en apariencia con mayor apertura de espíritu, provocó el advenimiento en 1936 del Frente Popular. Todos los que tenían cuatro monedas creyeron oír rugir el vendaval del desastre, y el espanto de las amas de casa sobrepasó, si era posible, al de sus esposos. Hoy se acusa a la burguesía judía de haber fomentado esta deriva. Pobre sinagoga, con su sempiterna venda sobre los ojos. Puedo atestiguar que tembló más incluso que la iglesia. Lo mismo ocurrió con el templo. «Ya no reconozco a mis industriales protestantes», me decía un escritor nacido en ese medio. «Antaño eran los más preocupados por el bienestar de sus obreros. ¡Y ahora son los más encarnizados contra ellos!» Una larga grieta separó en dos bloques a los grupos sociales, dividiendo de un día para otro al conjunto de la sociedad francesa.

No tengo la más mínima intención de emprender aquí la apología de los gobiernos del Frente Popular. Una paletada de tierra piadosamente lanzada sobre sus tumbas por quienes pusieron un momento su fe en ellos: eso es todo cuanto merecen esos muertos. Cayeron sin gloria. Lo peor de

todo es que sus adversarios poco tuvieron que ver en ello. Ni tan siquiera cabe achacarlo todo al poder de los acontecimientos, que indudablemente los superaron. La tentativa sucumbió, ante todo, debido a las locuras de sus partidarios o de quienes afectaban serlo. Pero la actitud de la mayor parte de la opinión burguesa fue inexcusable. Vio con malos ojos, estúpidamente, tanto lo bueno como lo malo. He visto a un hombre valiente, en ningún modo insensible al placer de los ojos, negarse a poner los pies en la Exposición Universal. No importaba que ofreciera un tesoro incomparable, el orgullo de nuestra nación, las obras maestras del arte francés. Había sido inaugurada por un ministro execrado. Su organización, decía, había sido comprometida por las exigencias de los sindicatos. Con eso bastaba para considerarla un anatema. ¡Con qué abucheos fue acogida la sugerencia de organizar las actividades de ocio de la Exposición! Todo el mundo se mofó del tema, fue boicoteado. Las mismas personas hacen hoy denodados esfuerzos al respecto, porque la idea ha sido retomada, con mayor o menor seriedad y bajo otro nombre, por un régimen más acorde con sus opiniones.

Independientemente de los posibles errores de los jefes, ante todo hubo, en ese entusiasmo de las masas frente a la esperanza de un mundo más justo, una honestidad conmovedora, ante la cual sorprende que los corazones justos hayan podido mostrarse insensibles. Pero cuántos patronos de los que he conocido fueron capaces, por ejemplo, de comprender cuánta nobleza conlleva una huelga de solidaridad, aunque sea poco razonable: «si por lo menos —dicen—, los huelguistas defendieran sus propios salarios». Hay dos categorías de franceses que no comprenderán jamás la historia de Francia, quienes son incapaces de emocionarse ante el recuerdo de la consagración de Reims y los que leen sin conmoverse el relato de la fiesta de la Federación.* Poco importa la orientación actual de sus preferencias. Su impermeabilidad a los más hermosos estallidos del entusiasmo colectivo basta para condenarlos. En el Frente Popular —el verdadero Frente, el de las masas, y no el de los políticos—, resucitaba en parte el espíritu del Champ de Mars durante aquel soleado

* El autor se refiere a la coronación en Reims de los reyes de Francia, y a la fiesta de la Federación, que celebra el aniversario del movimiento nacional, emanado de las provincias, que, en 1789, sirvió para consolidar la unidad francesa. *(N. del t.)*

14 de julio de 1790. Por desgracia, los hombres cuyos ancestros prestaron juramento sobre el altar de la patria habían perdido contacto con estas fuentes profundas. No es casual que nuestro régimen, teóricamente democrático, nunca haya sabido dar a la nación unas fiestas que fueran verdaderamente de todo el mundo. Hemos dejado a Hitler la tarea de resucitar nuestras antiguas peanas. En el 1.er ejército conocí a los oficiales encargados de mantener la «moral» de las tropas. Para esa tarea, los mandos habían escogido a un banquero muy parisino y a un industrial del norte. Creían que, para deslizar «unas cuantas verdades» en los diarios del frente, había que revestirlas primero de bromas pesadas. En cuanto al Teatro de los ejércitos, cuantas más farsas escabrosas representaba, más contento estaba. Cada vez más alejada del pueblo, cuyos auténticos estados anímicos había renunciado a tratar de comprender para acercarse a él, negándose a tomarlo en serio o temblando en su presencia, la burguesía se alejaba al propio tiempo, sin quererlo, de la Francia a secas.

Al abrumar al régimen acababa por condenar de una manera perfectamente natural, a la nación que lo había escogido para sí. Al perder la esperanza en su propio destino, muy a su pesar, acabó por perder la esperanza en su patria. ¿Pretenderá alguien que exagero? Relean los diarios que tan sólo ayer leía la burguesía y la inspiraba: son edificantes. Cuando Bélgica acababa de rechazar la alianza con Francia en beneficio de una neutralidad tristemente falaz, un amigo bruselense me confió: «No se imagina el perjuicio que han supuesto para su causa los semanarios franceses. Proclaman, una semana tras otra, que están ustedes podridos. Y ¡qué quiere que hagamos! Les creemos». Por nuestra parte, nosotros también les concedíamos excesivo crédito. Una gran parte de nuestras clases todavía dirigentes, las que nos suministraban nuestros jefes de industria, nuestros principales administradores, la mayoría de nuestros oficiales de reserva, se fueron a la guerra imbuidos de este temor. Recibían las órdenes de un sistema político que les parecía corrompido hasta la médula; defendían un país que juzgaban de antemano incapaz de resistir; los soldados que dirigían procedían, en su opinión, de un pueblo degenerado.[1]

1. *29 de agosto de 1914.* «Mi correo crece sin parar. Entre las misivas que recibo, figuran muchas peticiones de sacerdotes o de mujeres que me piden insistentemente que ponga a Francia bajo la advocación del Sagrado Corazón. Muchas de esas súplicas son

Fueren cuales fueren su valor personal y la intensidad de su patriotismo, ¿se trataba de una buena preparación mental para luchar, como habría sido necesario, «hasta el último suspiro»?

Por añadidura, los estados mayores compartían plenamente estos prejuicios. No porque estuvieran contaminados hasta ese punto. Mucho distaba para que todos los oficiales de carrera, incluyendo los que ocupaban los mayores cargos, procedieran de medios hereditariamente favorecidos por la fortuna. Por el contrario, más de uno seguía apegado, por sus orígenes, a las capas populares. Por su profesión y por su sentido del honor, estaban muy alejados de los bajos espíritus mercantilistas. El porvenir del capitalismo, suponiendo que hubieran tenido el tiempo de reflexionar al respecto, no les habría suscitado seguramente ninguna consideración particular, y la redistribución de la riqueza no asustaba en modo alguno a la mayoría de entre ellos. Hombres casi todos ellos con un gran sentido del deber, patriotas fervorosos, eran los soldados de Francia. Les habría sonrojado que alguien los confundiera con mercenarios al servicio de algún interés privado o de clase. Pero ellos ¿qué sabían de las realidades sociales? La escuela, la casta, la tradición habían construido a su alrededor un muro de ignorancia y error. Sus ideas eran simples. «Los de izquierda» eran «antimilitaristas»; pensaban mal, no respetaban la autoridad, que constituye, como todo el mundo sabe, la fuerza principal de las armas. En cuanto a los socialistas, los conocían desde hacía tiempo: eran los malos soldados que se quejan constantemente de los acontecimientos ordinarios y en ocasiones, para colmo del horror, hacen llegar a los diarios sus lloriqueos. Cualquiera que pactara con esa gente se volvía sospechoso. El propio Roosevelt tenía algo de «bolchevista» (como le oí decir a todo un jefe de estado mayor). Además, al carecer en su inmensa mayoría de grandes inquietudes y haber sido educados, desde su adolescencia, a rehuir la herejía, esta ortodoxia de vuelos cortos les bastaba y sobraba. No trataban en modo alguno de informarse. Entre los diarios que podían encontrarse en la mesa de nues-

conmovedoras ... Otras, por desgracia, parecen más inspiradas por la pasión política que por los sentimientos religiosos. Nuestras derrotas son presentadas como un castigo merecido infligido por dios a la República. ¿Está acaso en entredicho la unión sagrada?...» (Raymond Poincaré, *Au Service de la France: neuf annèes de souvenirs*, Librairie Plon, París, 1926, tomo V, p. 165.)

tro cantinero, *Le Temps* representaba el rojo más extremo. De este modo, un grupo de jóvenes jefes, reclutados entre los individuos más inteligentes, no abría nunca un periódico que reflejara, por lejanamente que fuera, las opiniones profesadas, con razón o sin ella, por la mayoría de los franceses.

Admitamos nuestra culpa. No lo deploro sólo hoy: uno de los errores más graves de los hombres que han tenido el honor de representar, a lo largo de los últimos años, las tendencias auténticamente liberales, desinteresadas y humanamente progresivas, fue abstenerse de realizar cualquier esfuerzo por hacerse comprender mejor por un grupo profesional en el que pervivían valores morales tan elevados. El malentendido se remonta, en mi opinión, al asunto Dreyfus, y nuestro lado de la barricada no fue, en su origen, responsable. Pero no por ello es excusable. Cuántas veces, al ver a mis camaradas beber, como si de suero se tratara, en las fuentes del odio y la estulticia que continuaban siendo, incluso durante la guerra, unas sórdidas revistas semanales, me dije para mis adentros: «¡Qué lástima que personas tan valientes estén tan mal informadas! ¡Qué vergüenza sobre todo que nadie nunca haya tratado realmente de esclarecerlos!»

Pero existe un hecho, y ahora podemos medir sus resultados. Mal instruidos sobre los infinitos recursos de un pueblo que seguía siendo mucho más sano de lo que las lecciones envenenadas les habían inclinado a pensar; incapaces, tanto por desdén como por rutina, de extraer a tiempo sus reservas profundas, nuestros jefes no sólo se han dejado abatir. Demasiado pronto han considerado natural ser derrotados. Al deponer antes de tiempo las armas, han asegurado el éxito de una facción. Es cierto que algunos buscaron en un golpe de Estado el medio de enmascarar su culpa. Sin embargo, otros altos mandos y casi todos los soldados del ejército distaron de decantarse de manera consciente por metas tan egoístas. Sólo aceptaron el desastre con rabia en el corazón. No obstante, también ellos la toleraron demasiado pronto, porque veían en ella atroces consuelos: el de masacrar, bajo las ruinas de Francia, a un régimen que aborrecían; el de humillar la testuz ante el castigo[2] que el destino había enviado a una nación culpable.

2. Ya en 1914, la idea obsesiva del castigo preocupaba a algunos franceses.

Pertenezco a una generación que tiene mala conciencia. Es cierto que volvimos muy fatigados de la última guerra. También teníamos, después de cuatro años de ociosidad combativa, gran prisa por volver a poner sobre la mesa de trabajo, donde las habíamos dejado invadir por la herrumbre, las herramientas de nuestros diversos oficios: queríamos recuperar el tiempo perdido afanándonos el doble. He ahí nuestras excusas. Hace mucho tiempo que he dejado de creer que basten para exonerarnos.

Muchos comprendimos en seguida el abismo al que amenazaban con precipitarnos la diplomacia de Versalles y la diplomacia de la Ruhr. Éramos conscientes de que lograban asestarnos un doble golpe: enemistarnos con nuestros aliados recientes; y mantener sangrantes los antiguos litigios que nos enemistaban con aquellos a los que acabábamos de vencer con harto esfuerzo. Pero no ignorábamos que en Gran Bretaña y Alemania yacían dos potencias latentes. Los mismos hombres, o prácticamente los mismos que nos han aconsejado hacer nuestra la triste sabiduría de Luis XVIII, incluso antes de que llegara el momento, nos alentaron entonces a la magnificencia de Luis XIV. No éramos lo suficientemente idiotas para creer, como ellos, que en una Francia empobrecida, relativamente despoblada y con un potencial industrial mediocre, semejante política fuera oportuna: si es que podía haberlo sido alguna vez. Como no éramos profetas, no adivinamos el nazismo. Pero supimos prever perfectamente que, revistiendo una forma cuyos contornos éramos incapaces de esbozar con precisión, el sobresalto alemán volvería a producirse algún día, alimentado por los rencores que nuestras locuras sembraban una y otra vez, y que su desencadenamiento sería terrible. Si se nos hubiera preguntado cuál sería el final previsible de una segunda guerra, habríamos respondido sin duda manifestando la esperanza de una segunda victoria. Pero sin engañarnos sobre el hecho de que, en esta nueva tormenta, la civilización europea correría el riesgo de ensombrecerse para siempre. Por otra parte, advertíamos en la Alemania de entreguerras la pujanza aún tímida de las buenas voluntades, francamente pacíficas, honestamente liberales, que nuestros jefes habrían debido alentar. Todo eso lo sabíamos. Y, sin embargo, por pereza, por abulia, hemos dejado que sucediera. Hemos temido los embates del gentío, los sarcasmos de nuestros amigos, el desprecio y la incomprensión de nuestros maestros. No nos atrevimos a ser, en la plaza pública, la voz que grita, al principio en el desierto, pero que al menos, sea cual sea su suerte al final, siempre tendrá el con-

suelo de haber voceado su credo. Preferimos recluirnos en la tranquilidad timorata de nuestros talleres. ¡Ojalá nuestros cadetes puedan perdonarnos la sangre que tiñe nuestras manos!

Todo lo que se ha leído más arriba sobre las flaquezas que, poco a poco, iban minando la robusta salud del país, sobre el letargo intelectual de las clases dirigentes y sus rencores, sobre las propagandas carentes de lógica y cuyas combinaciones adulteradas intoxicaban a nuestros obreros, sobre nuestra gerontocracia, sobre el malestar imperante en el ejército, en la nación, hace tiempo que lo murmurábamos entre amigos selectos. Pero, ¿cuántos tuvieron las agallas de proclamarlo en voz alta? Es cierto que no teníamos alma de partisanos. No lo lamentamos. Aquellos de entre nosotros que, excepcionalmente, se alistaron en los partidos políticos acabaron casi siempre por convertirse en sus prisioneros, más que los guías. Pero no era a los comités electorales adonde nos debía haber llevado el deber. Teníamos una lengua, una pluma, un cerebro. Adeptos a las ciencias del hombre o sabios de laboratorio, quizá fuimos desviados de la acción individual por una especie de fatalismo inherente a la práctica de nuestras disciplinas. Nos han acostumbrado a ver en todo, tanto en la sociedad como en la naturaleza, el juego de fuerzas imponentes. Ante estas olas gigantescas, de una fuerza irresistible, casi cósmica, ¿de qué podían valer los pobres aspavientos de un náufrago? Fue una mala interpretación de la historia. Entre todos los rasgos que caracterizan a nuestras civilizaciones, no hay ninguno más significativo que el inmenso progreso en la toma de conciencia de la colectividad. Ahí reside la clave de gran número de contrastes que oponen con inusitada crudeza las sociedades del pasado a las del presente. Una transformación jurídica, a partir del momento en que es percibida, no se produce de la misma manera que si hubiera permanecido puramente instintiva.

Los intercambios económicos no obedecen a las mismas leyes si los precios son conocidos o no por el conjunto de los participantes. ¿Pero de qué está hecha esta conciencia colectiva, si no es de una multitud de conciencias individuales que se influyen unas a otras sin tregua? Formarse una idea clara de las necesidades sociales y esforzarse por difundirla es introducir una simiente nueva en la mentalidad común; es darse la oportunidad de modificarla un poco y, por consiguiente, de incidir, en la medida que sea, en el curso de aquellos acontecimientos que están regidos, en último término, por la psicología de los hombres. Ante todo, nuestras

tareas cotidianas eran las que se imponían sobre las demás. En la mayor parte de los casos, sólo tenemos el consuelo de decir que fuimos buenos obreros. Pero, ¿fuimos siempre y con suficiencia buenos ciudadanos?

No expongo estos remordimientos por una suerte de deleite taciturno. La experiencia no me ha enseñado que un pecado confesado fuera, por el mero hecho de su confesión, más fácil de sobrellevar. Pienso en quienes me leerán: en mis hijos, sin duda, o algún día, quizá entre los jóvenes, en otras personas. Les pido que reflexionen sobre las culpas de sus mayores. Poco importa que las juzguen con la severidad implacable de los espíritus aún frescos, o les deparen la indulgencia divertida cuyo beneficio desdeñoso conceden de buena gana las generaciones ascendientes a los ancianos. Lo esencial es que las conozcan para evitarlas.

Hoy nos encontramos en la horrenda situación de que la suerte de Francia ha dejado de depender de los franceses. Desde que las armas que no teníamos empuñadas con suficiente solidez se nos cayeron de las manos, el porvenir de nuestro país y de nuestra civilización es objeto de una lucha en la que la mayoría de nosotros no somos más que espectadores un poco humillados. ¿Qué será de nosotros si, por desventura, Gran Bretaña cae también? Nuestro resurgir nacional sufrirá un largo retraso. Estoy convencido de que se tratará tan sólo de un retraso. Los resortes profundos de nuestro pueblo están intactos y están listos para saltar de nuevo. Los del nazismo, en cambio, no podrán soportar la tensión creciente, hasta el infinito, que los actuales amos de Alemania quieren imponerles. Por último, es posible que los regímenes «traídos en furgones del extranjero» hayan sido relativamente duraderos en nuestro país. Pero nunca han gozado, debido a la repugnancia de una nación orgullosa, más que de la tregua del condenado. ¿No sentimos acaso cómo muerde cada día más cruelmente nuestras carnes la llaga de la ocupación? La aparente bondad de sus primeros compases ya no engaña a nadie. Para juzgar el hitlerismo basta, a mi modo de ver, con contemplarlo en acción. Pero prefiero evocar infinitamente más la imagen de una victoria inglesa. No sé cuándo llegará el momento en que, gracias a nuestros aliados, podremos recuperar el control de nuestro sino. ¿Se irán liberando fracciones de territorio una detrás de otra? ¿Se irán formando, en oleadas consecutivas, ejércitos de voluntarios que respondan al llamamiento de la patria en peligro? ¿Surgirá en algún lugar un gobierno autónomo que se irá extendiendo por doquier como una mancha de aceite? ¿O nos levantare-

mos al unísono en un arrebato total? Un viejo historiador como yo no cesa de mascullar mentalmente estas imágenes. Su pobre ciencia no le permite decantarse por una de estas posibilidades. Lo digo con total franqueza: espero, en cualquier caso, que aún tengamos sangre por derramar, aunque deba tratarse de la de seres queridos (no hablo de la mía, a la que no atribuyo tanto valor). Pues no hay salvación sin sacrificio, ni libertad nacional plena si no se ha trabajado por conquistarla.

No será a los hombres de mi edad a quienes corresponderá reconstruir la patria. La Francia de la derrota habrá tenido un gobierno de vejestorios. Algo perfectamente natural. La Francia de una primavera nueva deberá ser asunto de jóvenes. Poseerán el triste privilegio, con respecto a sus mayores de la primera guerra mundial, de no tener que protegerse de la pereza subsiguiente a la victoria. Sea cual sea el desenlace final, la sombra del desastre de 1940 no se disipará en mucho tiempo. ¿Quizá sea positivo verse obligado a trabajar así, anegado de rabia? No tendré la presunción de trazarles un programa. Serán ellos mismos quienes extraigan las nuevas leyes del fondo de su cabeza y de su corazón. Adaptarán los contornos a las lecciones de los acontecimientos. Sólo les suplicamos que rehuyan la aridez de los regímenes que, por rencor u orgullo, pretenden dominar a las masas sin instruirlas ni comulgar con ellas. Nuestro pueblo merece que se le dé confianza y que esté bien informado. También esperamos de ellos que, al tiempo que crean lo nuevo, cuanto más nuevo mejor, no rompan los puentes con nuestro antiguo patrimonio que no está o que, al menos, no está del todo donde han querido situarlo los supuestos apóstoles de la tradición. Hitler le dijo un día a Rauschning: «Hacemos bien en especular más sobre los vicios de los hombres que sobre sus virtudes. La Revolución Francesa apelaba a la virtud. Mejor será que nosotros hagamos lo contrario». Habrá que perdonar a un francés, es decir, a una persona civilizada —pues ambos adjetivos son indisociables— que anteponga a esta enseñanza la de la Revolución y la de Montesquieu: «En un estado popular es necesario un resorte, que es la virtud». ¡Qué importancia tiene que la tarea se complique aún más por ello! Un pueblo libre y cuyas metas son nobles corre un doble riesgo. Pero ¿por qué infundir a los soldados en el campo de batalla el miedo de la aventura?

Guéret-Fougères (Creuse): julio-septiembre de 1940

SEGUNDA PARTE

EL TESTAMENTO DE MARC BLOCH

Independientemente de donde muera, ya sea en Francia o en territorio extranjero, sea cuando sea, confío a mi querida mujer o, en su ausencia, a mis hijos, la tarea de ocuparse de mis exequias como estimen oportuno. Serán funerales exclusivamente civiles: los míos saben que no quiero que sean de otro tipo. Pero deseo que, ese día —en la cámara mortuoria o en el cementerio—, un amigo tenga a bien leer las siguientes líneas:

No he pedido que se recitaran sobre mi tumba las plegarias hebraicas, a pesar de que sus cadencias acompañaron hasta su descanso postrero a tantos de mis antepasados y a mi propio padre. Toda mi vida he tratado de alcanzar una sinceridad absoluta de la expresión y del espíritu. Considero la complacencia con la mentira, por muchos pretextos con que se adorne, la peor lepra posible del alma. Como hizo un ser mucho más elevado que yo, desearía de buen grado que sobre mi lápida se gravaran estas palabras sencillas: *Dilexit veritatem.* Por ello no podría tolerar que, en la hora del adiós supremo, cuando cada hombre tiene el deber de resumirse como persona, se apelara en mi nombre a las efusiones de una ortodoxia en la que no creo.

Pero más odioso me resultaría aún que alguien pudiera ver en este acto de probidad algo parecido a una renuncia cobarde. Afirmo pues ante la muerte, si es necesario, que nací judío; que nunca se me ha ocurrido negarlo ni he hallado ningún motivo válido para sentir la tentación de hacerlo. En un mundo presa de la barbarie más atroz, la generosa tradición de los profetas hebreos, que el cristianismo, en su vertiente más pura, retomó para ampliar, ¿no sigue siendo acaso una de nuestras mejores razones de vivir, creer y luchar?

Ajeno tanto a cualquier formalismo confesional como a cualquier solidaridad supuestamente racial, me he sentido toda la vida ante todo simplemente francés. Unido a mi patria por una tradición familiar ya di-

latada, nutrido de su legado espiritual y de su historia, incapaz en realidad de concebir otra en la que pudiera respirar a gusto, la he amado mucho y la he servido con todas mis fuerzas. Jamás he sentido que mi condición de judío supusiera el más mínimo obstáculo a estos sentimientos. No he tenido la ocasión de morir por Francia en ninguna de las dos últimas guerras. Al menos puedo, con total sinceridad, rendirme el siguiente testimonio: muero como he vivido, como un buen francés.

Después, si se han podido encontrar, se leerá el texto de mis cinco menciones honoríficas.

Clermont-Ferrand, 18 de marzo de 1941

TERCERA PARTE

ESCRITOS CLANDESTINOS

I. LA ALIMENTACIÓN HUMANA Y LOS INTERCAMBIOS INTERNACIONALES EN LOS DEBATES DE HOT SPRINGS[1]

• La primera conferencia de las Naciones Unidas congregó en Hot Springs, Virginia, entre el 18 de mayo y el 3 de junio de 1943, a los delegados de cuarenta y cuatro naciones invitadas por el presidente Roosevelt. Tenía la misión de analizar las posibilidades de una iniciativa internacional concertada para la mejora de los regímenes alimentarios, la buena orientación de la producción agrícola y una mejor distribución de los productos de la tierra entre los pueblos y los hombres.

No podemos pretender abarcar ahora todos los problemas tratados o abordados. Pero dos de ellos parecen prioritarios para todos aquellos que quieran escrutar el porvenir o prepararse para él. Son la política alimentaria y la política de los intercambios comerciales internacionales.

• Inspirándose en los trabajos de la Sociedad de las Naciones, en ocasiones concretándolos, la conferencia ha constatado una vez más la existencia, en la humanidad actual, de grandes grupos en situación crónica de desnutrición. Se trata, por una parte, de pueblos enteros, en particular en Asia y, por otra, en el seno de las propias naciones de la civilización occidental, de grandes grupos sociales. Más numerosos son todavía, entre nosotros, los grupos «vulnerables», víctimas con demasiada frecuencia de la «malnutrición»: los niños, los adolescentes, las mujeres embarazadas.

La ayuda que debe aportarse a los pueblos «desnutridos» corresponde a la política de los intercambios internacionales, de la que hablaremos en seguida. En cambio, la existencia en el interior de cada nación de grupos «infraalimentados» o «malnutridos» plantea el problema de las diferen-

1. *Les Cahiers Politiques*, n.º 4, noviembre de 1943, p. 20.

tes políticas alimentarias nacionales. Estas políticas pueden concretarse en diferentes medidas, pero ante todo exigen una organización metódica de la producción y la distribución de alimentos y, por lo tanto, una adaptación de la agricultura a las necesidades reales de los consumidores, más que a su poder adquisitivo. Dos países que han optado por esta vía durante la guerra parecen determinados a perseverar en ella después de la victoria. Se trata de Rusia y —un hecho aún más notable— de Gran Bretaña. Es ocioso observar que este tipo de políticas presupone un grado de dirigismo considerable de la economía, que probablemente será incompatible con una liberalización excesiva de los intercambios internacionales.

• Así pues, incluso los problemas internos ya plantean, en definitiva, problemas internacionales. Estos últimos se han abordado de manera directa y han sacado a la luz pública opiniones profundamente encontradas.

1. PROBLEMAS

Grosso modo, el mundo comprende tres categorías de países o regiones:

a) Los países industriales, que tienen una renta nacional per cápita elevada, como Inglaterra y los países de Europa occidental;

b) Los países agrícolas ricos, con una baja densidad demográfica en relación con sus recursos naturales. Su renta nacional per cápita es a menudo tan elevada y en ocasiones más que la de los países industriales. Citaremos como ejemplo a Australia y Nueva Zelanda: Estados Unidos y Canadá pertenecen al mismo tiempo a esta categoría y a la anterior;

c) Los países agrícolas pobres, con una elevada densidad demográfica en relación con sus recursos naturales: China, India, Polonia, etc.

Los países agrícolas pobres son aquellos cuyo régimen alimentario es más deficiente. Su situación sólo ha mejorado muy lentamente durante el período del capitalismo liberal. La libertad sólo les ha beneficiado en una medida muy limitada y es casi indudable que la mera abolición de las trabas aduaneras tendría hoy un efecto insignificante sobre su economía. Necesitan una ayuda decidida de los países industriales y de los países

agrícolas ricos. Los primeros podrían aportarles el capital que precisan, en primer lugar para mejorar sus técnicas agrícolas, y sobre todo para poder crear industrias ligeras (transformación de productos alimentarios, productos textiles, etc.), que reducirían su excedente de población agrícola. Los países agrícolas ricos les aportarían, durante el período de transición, los artículos alimentarios necesarios para mejorar de inmediato sus condiciones de subsistencia. Por último, algunos países industriales y los países agrícolas ricos, que casi siempre tienen muy poca población, abrirían sus fronteras a la emigración procedente de los países agrícolas pobres.

De modo que los países agrícolas pobres se presentaron en la Conferencia de Hot Springs como solicitantes de ayuda. Pero, aunque pueda parecer paradójico, no eran los únicos. Los países agrícolas ricos también figuraban entre los demandantes y justo es reconocer que su causa es susceptible de ser defendida. Su principal agravio contra los países industriales es que el saldo de los intercambios entre mercancías industriales y mercancías agrícolas era desfavorable antes de la guerra a los países agrícolas, y que este hecho se debía esencialmente a la situación de monopolio de los países industriales. Las regiones del mundo que, por mor de sus ventajas naturales o de sucesos históricos, han podido ser las primeras en hacer acopio del capital indispensable para la producción industrial moderna y desarrollar una industria poderosa, han podido así gozar de una posición de privilegio en relación con los países agrícolas, por lo que han estado en situación de dictar sus propias condiciones para la venta de sus productos. Por el contrario, los países agrícolas han visto cómo, en cuanto han querido subir el precio de sus productos, sus mercados han escapado de su control. La agricultura requiere mucho menos capital que la industria, y los países industriales casi siempre pueden aumentar su producción agrícola.

Los países agrícolas se lamentan, además, de la poca de flexibilidad en la demanda de productos alimentarios. Un pequeño aumento de la producción o una ligera reducción de la demanda provocan unas disminuciones de precios catastróficas. Es lo que ocurre cuando las cosechas son buenas o cuando los países industriales padecen una recesión, aunque sea ligera. Por ello, en los períodos de crisis los precios agrícolas disminuyen mucho más rápidamente que los precios industriales. De aquí que el esfuerzo de los países agrícolas por obtener el beneplácito de los paí-

ses industriales a la hora de incrementar los precios de sus productos, justifique su deseo de crear organismos internacionales que velen por el mantenimiento de unos precios agrícolas elevados. Así pues, es lógico que aspiren, en resumidas cuentas, a una economía monopolística que constituiría la contrapartida del monopolio natural del que disfrutan los países industriales, monopolio natural complementado en la mayoría de los casos por el monopolio artificial derivado de las ententes a las que llegan sus productores. Era de esperar, por lo tanto, que los productores agrícolas trataran de coaligarse en la Conferencia de Hot Springs para obtener mejores condiciones de intercambio para sus mercancías.

Mientras no se trate más que de las relaciones entre países industriales y países agrícolas ricos, el problema es de importancia secundaria. En ambos tipos de países las poblaciones ya han logrado un nivel de vida elevado, que les da derecho casi siempre a disfrutar de un régimen alimentario sensiblemente superior al que los fisiólogos califican de mínimo. Pero es evidente que la extensión del régimen de monopolio de la industria a la agricultura tendría consecuencias catastróficas para los países agrícolas pobres. En efecto, monopolio significa restricción de la producción y, por consiguiente, desaparición de cualquier esperanza de una economía de la abundancia que permitiera mejorar las condiciones de existencia de las masas humanas más desfavorecidas. El mundo tendería hacia una economía estática o en desarrollo sumamente lento, algo soportable para los países industriales y los países agrícolas ricos, pero que perpetuaría la situación miserable de los países agrícolas pobres. Resulta por lo tanto esencial, cuando se examinan los resultados de la Conferencia de Hot Springs, tener siempre presente la siguiente pregunta: ¿las soluciones propuestas tienden a una economía de restricciones o a una economía de la abundancia?

2. LAS RESOLUCIONES DE LA CONFERENCIA

Los países industriales, importadores de productos alimentarios, y los países agrícolas ricos, exportadores de los mismos artículos, se han enfrentado entre sí respecto al problema de las «existencias reguladoras». Hubo un acuerdo unánime en el seno de la Conferencia sobre la necesidad de crear organismos encargados de regularizar el mercado y los precios

de los principales productos agrícolas. Nadie desea volver a la anarquía característica de la época de entreguerras. Pero las desavenencias surgieron en el momento en que se trató de determinar las atribuciones de estos organismos. Los países importadores de productos agrícolas aceptaron darles las competencias necesarias para impedir el desmoronamiento de los precios después de una cosecha buena o su ascenso desmesurado en caso de que la cosecha fuera mala; en una palabra, para sustraer los precios a la influencia de las variaciones atmosféricas. Es el principio según el cual funciona en Francia el «Office du Blé». Teóricamente, esta oficina no tiene el cometido de subir los precios a un nivel superior al que se establecería de acuerdo con el libre juego de la oferta y la demanda. Su misión consiste esencialmente en crear existencias durante los años buenos y guardarlas hasta el momento en que las malas cosechas hacen que el consumo rebase la producción corriente. Estas existencias reguladoras no perjudicarían en modo alguno los intereses de los países consumidores, puesto que el nivel medio de los precios no variaría. Servirían para incrementar la seguridad de los países productores al ponerlos a resguardo de fluctuaciones violentas. Los países importadores también han dado su acuerdo en lo que respecta al posible empleo de las existencias reguladoras durante las crisis. En efecto, resulta esencial, cuando por uno u otro motivo comienza una recesión económica en un punto del globo, impedir que sus efectos se propaguen. Si unos organismos como los que se contemplan son capaces de sostener los precios de los productos agrícolas el tiempo necesario para que las medidas adoptadas contra la depresión surtan efecto, se protegerá el poder adquisitivo de los países exportadores de productos agrícolas y se amortiguará la caída del nivel general de los precios.

Pero los países exportadores querían más. Querían que los organismos que gestionarán las existencias reguladoras tengan también derecho a realizar adquisiciones en tiempos normales, cuando los precios de los productos agrícolas parezcan demasiado bajos en relación con los de los productos industriales. Nadie ha sido capaz de determinar cuál debería ser la relación entre precios industriales y precios agrícolas. Pero se ha constatado que los productores agrícolas consideran que la relación que imperaba antes de la guerra era muy desfavorable para ellos. Por añadidura, la experiencia de los años de preguerra ha demostrado que, para hacer subir los precios de los productos agrícolas, basta con limi-

tar su producción, por lo que los representantes de los países agrícolas han insistido en dar competencias a los nuevos organismos agrícolas en materia de fijación de contingentes de producción o exportación para los distintos países.

De modo que se ha planteado un dilema, que consiste esencialmente en lo siguiente: la organización de la producción mundial representa incontestablemente un régimen económico superior a la libertad pura y simple, cuando la reglamentación tiende a una expansión de la producción. Si se tratara únicamente de escoger entre la libertad pura y simple, por una parte, y, por otra, un plan de producción mundial tendente al incremento de la producción, debería concederse preferencia al plan. Pero, en Hot Springs, los términos de la elección eran la libertad, mitigada por medidas destinadas a aportar cierto orden a los mercados, y un sistema de organización de índole proteccionista. En estas condiciones, la elección no plantea ninguna duda. Ante todo, hay que descartar el peligro de un sistema de monopolios agrícolas que comprometa durante muchos años una expansión económica mundial.

En efecto, todas las resoluciones propuestas atribuían a los consumidores una representación en los organismos encargados de administrar las existencias reguladoras. Los países productores no tendrían probablemente ninguna objeción a que esta representación fuera equivalente a la que tendrán ellos. Sin embargo, nos ha parecido que la representación de los consumidores sería absolutamente incapaz de impedir el triunfo de las tendencias proteccionistas, debido esencialmente a la siguiente razón: casi todos los países del mundo tienen una actitud ambivalente ante las restricciones de la producción, pues casi todos deben defender al mismo tiempo los intereses de sus consumidores y de sus productores. Por ejemplo, un país importador de algunas categorías de productos alimentarios es al propio tiempo exportador de otras categorías. O bien, en caso de que importe todos los productos alimentarios que necesite, exportará otras mercancías, en particular materias primas, cuyo régimen será con toda probabilidad el mismo que el de los productos alimentarios. De modo que en el interior de cada país existe un conflicto de intereses entre consumidores y productores. Pero una de las pocas conclusiones inequívocas que cabe inferir de la experiencia económica de los últimos veinte años es la supremacía política de los productores. Más poderosos, mejor organizados que los consumidores, casi siempre logran que sus tesis

triunfen. En una palabra, no hay ninguna garantía de que los delegados de los países importadores de productos alimentarios en los organismos encargados de la gestión de las existencias reguladoras, defiendan enérgicamente el punto de vista de los consumidores. Sometidos como estarán a la influencia de ciertas categorías de productores, es más que probable que se vean obligados a tratar con los representantes de los países productores de artículos alimentarios. Les concederán aumentos de precios para los productos alimentarios a cambio de aumentos de los precios de los productos que ellos mismos exportan.

Aunque la resolución final sobre las existencias reguladoras recoja frases ambiguas, en conjunto el peligro de una organización agrícola mundial con tendencias restriccionistas ha quedado provisionalmente descartado. Este resultado ha podido obtenerse gracias a la intervención, sobre todo, de los ingleses.

La pregunta que debería haber constituido el objeto esencial de la Conferencia, a saber: «¿Cómo dar a los países agrícolas pobres el poder adquisitivo que necesitan para mejorar el régimen alimentario de su población?», se ha examinado de manera muy superficial. La delegación francesa propuso un plan que preconizaba la modernización de la agricultura de esos países, su industrialización, las migraciones suficientes para reducir la presión demográfica en las regiones más pobres en recursos naturales, y medidas para acabar con las prácticas monopolísticas de los países industriales. Estas propuestas se recogieron en las resoluciones finales, pero en ningún momento se discutieron a fondo. Quizá pueda aducirse que no entraban dentro de las atribuciones de la Conferencia de Hot Springs y que serán otras asambleas internacionales las que deban discutirlas. Pero no por ello dejan de constituir la esencia del problema inscrito en el orden del día de esta primera Conferencia.

3. POSTURA DE LAS DIFERENTES POTENCIAS EN HOT SPRINGS

Los países que han defendido la tesis del control de la producción son los exportadores de alimentos y materias primas, esencialmente los países de América Central y América del Sur, Cuba y los *dominions* británicos, con Australia en primera fila. Sin embargo, lo han hecho con reservas, ne-

gándose a propugnar una economía de restricciones. Se trata en sí mismo de un signo favorable, con el que se indica que, en el mundo actual, caracterizado por unas posibilidades técnicas infinitas, el maltusianismo económico cada día es más impopular. Casi podría decirse que los países exportadores tenían mala conciencia. Es este malestar el que explica en parte el éxito de sus adversarios, al impedir que las medidas de control de la producción figuraran de manera explícita en las resoluciones finales.

Gran Bretaña ha dirigido el combate contra las tendencias restrictivas. Confirmando unas informaciones que hemos podido obtener por otras fuentes, la actitud de la delegación británica en Hot Springs muestra que Inglaterra teme una coalición de los países productores de alimentos y materias primas, que provocaría que los precios de estas mercancías, en relación con los precios de los productos industriales, llegaran a un nivel muy superior al que imperaba antes de la guerra. Resultado de ello sería que Inglaterra, para obtener la misma cantidad de importaciones, tendría que vender un volumen mucho más elevado de mercancías nacionales. Dado que las salidas comerciales para las mercancías británicas después de la guerra serán probablemente reducidas, eso significaría que Inglaterra tendría graves dificultades para equilibrar su balanza comercial.

Pero, en su ataque contra las tendencias restriccionistas, los delegados británicos tuvieron la desagradable sorpresa de comprobar que sus *dominions* se encontraban en el bando opuesto. Cabe señalar que, en el seno de la comisión que se ocupaba de las existencias reguladoras, los dos líderes de las tendencias opuestas eran, por una parte, Inglaterra, y, por otra, Australia. Puede concluirse a título provisional sobre la Conferencia de Hot Springs, en lo que concierne a Inglaterra, que la oposición entre sus intereses y los de sus *dominions* constituirá para ella una molestia considerable cuando quiera fijar una política económica conjunta.

Los delegados norteamericanos, naturalmente, tuvieron la tentación de liderar a los países exportadores de productos alimentarios. La mayoría de sus intervenciones fueron dirigidas a apoyar a los delegados de esos países. Los motivos de esta actitud son fáciles de comprender. En primer lugar, Estados Unidos es un país exportador de alimentos. Por otra parte, el conjunto de su política sudamericana exige que defiendan la economía de los países de América del Sur.

Sin embargo, en Hot Springs los norteamericanos cedieron casi siempre ante los ingleses. Al parecer, Inglaterra y Estados Unidos habían llegado

a un entendimiento, al menos tácito, para no plantear ciertas cuestiones delicadas, relacionadas con el porvenir de ambos imperios, antes de que concluya la guerra.

4. POSTURA Y PERSPECTIVAS DE FRANCIA

En cuanto a la postura de la delegación francesa en Hot Springs, respondió a los intereses más evidentes de Francia. Desde el punto de vista de los problemas discutidos, Francia se encuentra exactamente en la misma situación que Inglaterra. Es cierto que no importa más que cantidades limitadas de productos alimentarios, pero es una gran importadora de materias primas de origen agrícola, en particular de algodón, a las que se aplican también las resoluciones de Hot Springs. Por otra parte, adquiere en el extranjero la mayor parte de las materias primas mineras y petroleras que necesita. Pero es probable que las soluciones que prevalezcan a nivel internacional para los alimentos se apliquen también a estos productos. En cualquier caso, constituirán un antecedente. Por ello la delegación francesa se ha opuesto a los proyectos de organización de la producción, puesto que responden a una tendencia restrictiva. Pero es evidente que se trata de una postura provisional. Ni en este ámbito ni en los demás debe Francia adoptar una postura conservadora. Por lo tanto, hay que comenzar a sentar las bases para una organización internacional de tendencia expansionista y aprovechar las ocasiones que puedan surgir para hacer triunfar esta concepción. En este empeño, Francia podría recibir el apoyo de gran parte de la opinión pública de Inglaterra y Estados Unidos, por no mencionar a los demás países.

II. LA VERDADERA ERA DE LOS JUECES[1]

Acaba de publicarse un pequeño volumen que ya se busca mucho en las librerías. No sólo porque rebose talento, un talento cuyo envidiable patrimonio, por despreciable o fútil que nos haya parecido habitualmente su empleo, nadie ha querido negar jamás al Sr. de Monzie.* La inspiración más endiablada, la malevolencia más felina no habrían bastado por sí solas para granjearle semejante éxito. El libro gusta, ante todo, por dar una satisfacción largo tiempo reprimida a una suerte de inhibición colectiva. Pues es, desde el principio hasta el final, un panfleto contra el régimen policial de Vichy. ¡Un terrible panfleto, a fe mía! El propio mariscal sale indemne únicamente al precio de una omisión aún más injuriosa que si hubiera sido objeto de las invectivas. En efecto, para poder leer sin tapujos lo que todos pensamos de una arbitrariedad cada día más odiosa, hasta ahora había que contentarse con intercambiar cautelosamente, bajo capa, pequeños boletines clandestinos; el más medroso de los franceses sólo deberá pagar 23,5 francos en la tienda de la esquina. ¿Es de extrañar que el público se haya precipitado sobre él? Que semejante libro se exponga en los escaparates incluso de la zona Sur, que Vichy no haya tenido la audacia o el permiso de prohibirlo, constituyen sin duda un signo curioso de los tiempos.

Sin embargo, dios nos libre de alabar el coraje y desinterés de la obra. El solo nombre de Sr. de Monzie debería ser suficiente para protegernos de semejante tentación. El libro es un acto de candidatura. No está muy lejos de ser un acto de traición. Es cierto que, al adular el desprecio unánime de los franceses por el despotismo fastidioso que les oprime, el Sr. de Monzie, a quien sus allegados califican habitualmente de «antigua mujer

1. *Les Cahiers Politiques*, n.º 4, noviembre de 1943, p. 28.

* El autor hace referencia al libro de Anatole de Monzie *La Saison des juges*.

de la vida», espera recuperar ante nuestros ojos la virginidad política. Pero es con los alemanes con quienes cuenta ante todo para encaramarse al poder. Como han hecho Doriot o Bucard. Poco importa que, además de solicitar como ellos el apoyo de nuestros enemigos, lo busque simultáneamente en otras facciones. Nuestro odio se niega a hacer distingos entre Abetz o Himmler. Al igual que hacía aquel miserable periodista de *L'Oeuvre* o de *Matin*, la independencia que adopta con respecto a Vichy sólo es posible por una intensificación de su servilismo ante Berlín. Cuando pone en entredicho el proceso de Riom, lo hace por contraposición con el «orgullo» alemán, que se negó antaño a entregar a los culpables de 1914. Cuando denuncia enérgicamente los abusos de la policía de Vichy, es a cambio de cubrir con un velo de silencio los crímenes de la Gestapo. Costaría menos perdonar ese silencio si tuviera el buen gusto de ser universal. Por una de esas habilidades torpes en las que a veces caen los espíritus más retorcidos, el Sr. de Monzie ha querido hacer algo más que callarse. La Gestapo aparece efectivamente en algunas páginas del libro. Aparece bajo los focos de esa prisión bonachona de Langon donde el propio autor, tras haber cometido no sé qué insignificante delito al cruzar la línea de demarcación, fue al parecer encerrado durante una noche. Una imagen fidedigna, ¿no es cierto?, de lo que los campos de concentración, las mazmorras ocultas y las cámaras de tortura han deparado a los mártires de la Resistencia. ¿Qué pensáis vosostras, ¡oh! familias de nuestros muertos?

No nos demoremos en desenmascarar estas triquiñuelas casi cándidas a fuer de sutiles. Ni en preguntar al Sr. de Monzie cómo, en su opinión, habría podido mantenerse el régimen del armisticio sin represión policial. Sin duda, los jefes populares pueden permitirse cierta blandura. Pero un gobierno aborrecido por la mayoría de los gobernados, ¿qué más apoyos podría tener que los cabos de vara? Imaginamos que Peyrouton, Pucheu y Bousquet replicarían algo como: «Desde el momento en que han consentido la capitulación —y la han aplaudido—, desde el momento en que han aceptado la colaboración —y han lamentado no haberla dirigido—, ¿qué otra cosa habrían hecho en nuestro lugar más que añadirle un poco más de hipocresía?» Una vez más, dejemos estas consideraciones, que se inscriben esencialmente en el terreno de lo efímero. En nuestros *Cahiers*, por principio volcados en el mañana, nos interesa este libro en la medida en que se esfuerza por adentrarse en el porvenir. En

efecto, propone un programa que trasciende el horizonte inmediato. Se resume en una palabra: «indulgencia».

Indulgencia, ante todo, en el interior. Para todos los culpables, verdaderos o supuestos, tanto para los auténticos malvados como para los buenos y perseguidos injustamente; una amnistía general, un asentimiento universal: para los traficantes del mercado negro (el Sr. de Monzie, que sabe cómo hay que hablarle a un tribunal, finge preocuparse ante todo por los humildes, los peces gordos pasarán después, mezclados con el resto); para los adversarios actuales de Vichy, por lo menos en la medida en que la Gestapo no se encargue directamente de sus casos; para sus secuaces de mañana; para los políticos de preguerra, fueran cuales fueran sus errores; para los reos de traición cuando, a su vez, hayan sido arrojados del pináculo. Hay en todo esto mucha marrullería, una marrullería muy especial. Lo que el Sr. de Monzie presenta al pueblo es un cebo, creyéndolo demasiado fatigado para no dejarse arrastrar de buen grado hacia las soluciones fáciles. Para el propio Sr. de Monzie sería la mejor garantía de seguridad: independientemente del flanco por el que se le ataque, ya sean sus actividades anteriores a 1939 o su función desde el armisticio, qué fácil resulta imaginarlo pavoneándose y diciendo: «¡Basta! ¿No saben que estamos todos reconciliados?» Sin embargo, no temamos admitir que esta muelle inclinación al perdón es sin duda reflejo, en un viejo y tortuoso espíritu como el suyo, de su parte más sincera. Para indignarse y castigar, habría que tener un mínimo de fe en lo que nuestros ancestros del 93, en su lengua carente de remilgos, llamaban virtud. Nadie puede acusar al Sr. de Monzie de pecar de ese tipo de fanatismo.

Por otra parte, no nos engañemos: aunque en ningún lugar se llegue explícitamente a esta conclusión, este gigantesco beso de perdón, en opinión del Sr. de Monzie, no debería limitarse únicamente a Francia. Hay en Alemania hombres demasiado inteligentes para no ignorar que su derrota es inevitable. Su única ambición consiste pues en limitar los perjuicios tanto como sea posible. Para ello, consideran que la primera condición es hacer que Vichy resulte aceptable para los aliados. Un Vichy represor no atraerá ninguna simpatía, pero un Vichy dulcificado, benigno, que reinaría con suavidad sobre una Francia lánguida, ¿no constituiría un paso intermedio de ensueño antes de la paz? Entiéndase bien, antes de una paz muelle, una paz sin vencedores ni vencidos; una paz «blanca». En una palabra, la paz con la que sueñan los amigos alemanes del

Sr. de Monzie; una paz de la que, según ha comunicado a su entorno, espera hacer las veces de «encargado del registro».

¿Hemos de tomar partido ante este programa? La respuesta está dada de antemano. Ante la idea de una paz «blanca», los gobiernos aliados han contestado: «capitulación incondicional». Ante la idea de una falsa paz interior, nuestro gobierno, que es el Comité Nacional de Liberación, ha respondido: «inculpación de Pétain y de sus satélites». La unión de los franceses, de acuerdo. Pero entre verdaderos franceses, por favor. El castigo de los traidores no responde sólo a una necesidad profunda y legítima de la conciencia popular, cuyos imperativos no se podrán rehuir sin condenarla a una amargura prolongada y peligrosa: ¿cabe imaginar realmente la reconciliación de los verdugos de Châteaubriant con las familias de sus víctimas? Para nosotros, este justo castigo será también el único medio de vengar nuestro honor: ante nosotros mismos y ante el mundo. Sin duda, será proporcionado a los crímenes, no se confundirá a los meros extraviados con los culpables conscientes, se aplicará con moderación y equidad. Pero, cuando sea necesario, se aplicará con gran rigor. Sólo así podrá exonerarnos de cualquier complicidad con los miserables que han tenido la desfachatez de presentar a unos pueblos sorprendidos, la imagen de una Francia arrodillada en la derrota y la vergüenza. Una Francia que no tiene nada que ver con la que nuestros amigos esperan que ocupe el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones. La Francia de la renovación será una Francia enérgica y dura, una Francia que sabrá repudiar cualquier solidaridad con aquellos que la han vendido, estafado, asesinado; una Francia que, implacable con los crímenes del pasado, no temerá seguir aplicando rigurosamente unas leyes equitativas, que protejan al conjunto de la comunidad, a esos mercachifles para los cuales el corazón del Sr. de Menzie desborda de una ternura tan conmovedora. No, Sr. de Monzie, no estamos tan exhaustos como usted cree: la guerra y la Resistencia, esa Resistencia con la que comulga cada vez más la inmensa mayoría de nuestro pueblo, han atizado en nosotros el ardor revolucionario que, a su manera, es un arrebato del corazón, pero no da cabida a la debilidad. Su *Saison de juges*, su «era de los jueces», está totalmente desplazada. De momento sólo estamos en la era de los corchetes de la justicia. La verdadera era de los jueces vendrá después, mal que le pese; y será la de los jueces justos.

III. UN FILÓSOFO DE GRATA COMPAÑÍA[1]

Ya habíamos conocido al Farsante del Mundo Occidental. Hoy nos encontramos ante el Funambulista del Orden Moral. Tengo el honor de presentarles al Sr. Albert Rivaud, miembro del Instituto, profesor de la Sorbona y de la Escuela Libre de Ciencias Políticas, colaborador de *Capital* y de *La Revue des Deux Mondes*, ex *gran maître de l'Université*. ¡Qué hombre, qué cabeza, qué doctrina!

El Sr. Rivaud, erigiéndose en augur, acaba de gratificarnos, en un número reciente de *La Revue des Deux Mondes* (1 de noviembre de 1943), con un estudio penetrante sobre la enseñanza de la filosofía, la desgracia de los tiempos que vivimos, la responsabilidad de los profesores y el modo de convertirlos en guardianes del orden. Habla como especialista, es decir, como pensador. Así pues, el gran mal que padece la enseñanza se debe a que la República ha llevado a la esfera de la cultura y de los encargados de impartirla, a personas de poca monta que, precisamente por esta razón, no están hechas para semejante privilegio. La instrucción, como ya decía Thiers, constituye un «modo de alcanzar el desahogo» y no debe confiarse a cualquiera. Se ha despreciado esta admonición prudente y ¡qué derroche! En lugar de convertirse, de un extremo al otro del país, en los propagadores de una doctrina sana, los jóvenes agregados de filosofía, a quienes se inició con demasiada premura en los secretos de los dioses, se convirtieron en los adalides del desorden, comenzaron a pedir cuentas al poder, se obstinaron en razonar sobre la iniquidad social, haciendo planear la incertidumbre sobre los principios más sacrosantos. Algunos —¡qué horror!— no dudaron en erigirse en teóricos de las reivindicaciones populares y se deslizaron incluso en los brazos del

1. *Les Cahiers Politiques*, n.º 5, enero de 1944, p. 27.

comunismo. El Sr. Rivaud no llega hasta el extremo de pretender que la derrota fuera el fruto doloroso de estas perversiones del pensamiento universitario. Pero, sin duda, la enseñanza de la filosofía contribuyó a arruinar a Francia. Conviene pues —y las circunstancias son propicias— invertir esta tendencia. Henos por fin ante un plan constructivo: la función de profesor de filosofía no será la de alentar a los alumnos al examen crítico de las ideas y las instituciones, sino la de inculcarles profundamente los principios que hacen fuertes a los países: el respeto de lo que está instaurado y la exhortación a la obediencia. Qué satisfacción para los manes de Victor Cousin que, en efecto, había convertido la agregaduría de filosofía en una máquina cuya función era instigar sólidamente en las cabezas pensantes la religión del Orden Moral: en concreto, lo que Édouard Herriot llamó una vez ingeniosamente el «espiritualismo constitucional».

Pero, ¿cómo hacerse con una élite lo bastante numerosa y fiel para dispensar esta educación selecta? Hay un medio sumamente sencillo: contratar a los profesores en función del papel que se les quiere asignar. Acabemos con esos concursos públicos en los que sólo se enfrentan los talentos y las inteligencias. Al diablo con esos procedimientos bárbaros donde queda descartada la verdadera élite. Habrá que tratar de distinguir lo antes posible, entre la muchedumbre de los jóvenes franceses, a los futuros guardianes de la ortodoxia. Se les calificará, se les aupará y favorecerá, y a quién le cabe duda de que, con todos los expedientes delante, el encargado de los contratos universitarios —¿por qué no el propio Sr. Rivaud?—, a su vez un hombre leal, será capaz de separar juiciosamente el trigo de la paja. Se acabará con las cabezas llenas de pájaros. Sólo se concederá el honor de enseñar a hombres cuya moralidad haya sido verificada.

Esta doctrina radical se nos expone en una prosa agradable, rebosante sin embargo de ocurrencias espirituales, la menor de las cuales no es, pese a deslizarse incidentalmente, una delicada acusación dirigida a los judíos. Habría hecho mal en privarse. Cuesta tan poco y está tan de moda. Un hombre de grata compañía no puede omitir estos detalles sin atraerse las sospechas de ignorar burdamente las reglas de la etiqueta. En las prisiones de la Gestapo, esta actitud da lugar a torturas y masacres. En los cenáculos académicos, se lleva con tanta naturalidad como un anillo en la mano o unos impertinentes. Por supuesto, no se dan nom-

bres. El pensamiento científico enuncia las propiedades del triángulo de una manera general, y no del triángulo concreto que se traza sobre la pizarra. El que un número considerable de profesores judíos estén en prisión en Alemania o sean perseguidos en Francia por amar demasiado a su país, es un hecho que carece de importancia. Pero, de todas formas, ¿en quién está pensando el Sr. Rivaud? ¿En Henri Bergson o en Léon Brunschvicg? En ninguno de los dos, sin duda: al parecer, se trata más bien de los jóvenes agregados. ¿Pero de quiénes? El Sr. Rivaud se da aires de inteligencia: «busquen y encontrarán. Y, si no encuentran a nadie, seguiré teniendo razón, dado que no he nombrado a nadie. Pero sé lo que sé». ¡Qué astucia sin par! Sin embargo, tanta habilidad —incontestable en este caso— carece de grandiosidad. ¿Dónde está exactamente la diferencia entre un tal Gauletier, que sostenía que la guerra de 1914 fue provocada por «los judíos y su camarilla» y el Sr. Rivaud? Está llena de matices y ¿el sentido del matiz no es acaso privilegio del ingenio francés?... Resulta más tolerable el furor esclavista al que se lanza de cabeza Déat, que estas reticencias de buen tono, estas omisiones oportunas, estas insinuaciones pérfidas que instilan su ponzoña sin dejar rastro. ¡No es elegante, Señor Ministro! Evoca usted irresistiblemente en el lector a ese «psycharion»,* a ese espíritu mezquino y malévolo que Platón estigmatiza de pasada (*República*, 519*a*).

Sin embargo, el Sr. Rivaud adopta no tanto un tono de profesor como de estadista. Nobleza obliga. En esa mente preclara residen, en efecto, los grandes proyectos, las causas últimas, las ideas constructivas, la definición de las jerarquías benéficas. El pueblo es más corto de miras. Lo que exige es la libertad inmediata, la igualdad en seguida, la justicia sin dilaciones, el fin de la opresión. Ante lo cual el augur se enmascara. «Desdichados, ¿no comprendéis que lo que así reclamáis es el fin de todo? El fin de todo, os digo, ¡y no me escucháis!» Es cierto que la función de destructor de privilegios tiene algo de bárbaro, de «asiático», dirá alguien. Para sacudir el árbol al que se ha encaramado el Sr. Rivaud, son necesarios como mínimo los brazos del eterno Calibán.** Pero, como las

* «Psycharion», diminutivo de «psyché», 'alma', con sentido obviamente peyorativo. *(N. del t.)*

** En *La Tempestad* de Shakespeare, el único habitante, un monstruo deforme, de la isla donde arriban los protagonistas. *(N. del t.)*

alarmas del poder jamás han detenido las revoluciones, Casandra se vuelve sarcástica: «¿Es eso lo que queréis? ¡Pues peor para vosotros! No haréis más que cambiar de amos y perderéis con ese cambio». ¿A quién no le resulta familiar este discurso sombrío? No hay que apurarse. El explotador siempre está dispuesto a exhortar a los esclavos a que abracen la esclavitud y a consolidar el poder. Es el mismo razonamiento de Philippe Henriot cuando dice: «Sois casi felices en vuestra servidumbre. Sois unos inconscientes al desear la liberación. Son estas cadenas de las que os quejáis las que os impiden precipitaros en el abismo». Un empleado me decía un día con tono compasivo: «¿Quién sino los humildes, que serán aplastados en la calle y tendrán hambre en sus casas, correrá con los gastos de una revolución? Los poderosos, por su parte, tienen reservas y sabrán precaverse del peligro. ¡No salgamos del orden establecido!» ¡Claro! El empleado no está tan seguro de lo que dice. Son sus aprensiones personales las que disfraza como un arrebato de caridad; también sabe enmascararlas como doctrinas, con la habilidad que tiene desde tiempos inmemoriales para dar a sus intereses la apariencia de una idea. A decir verdad, es incluso sincero, pues hace mucho tiempo que en su modo de pensar han encontrado acomodo los intereses y las ideas en una amalgama perfecta, de suerte que le resulta imposible distinguir hasta dónde llegan los intereses y hasta dónde las ideas. Es un hombre de buena fe, insisto, que, el día señalado, entrega a una revista sumamente conservadora su redacción «bien pensante», un modelo en su género, y digna, bajo cualquier concepto, de la aprobación de los Prudentes.

Filósofos, os remito a Platón, para quien el honor del hombre consiste en hacer únicamente lo que «quiere» la idea (esta hermosa cita procede de «El sofista»). Os remito a Descartes, cuya única norma era la idea pensada sin miedo; es decir, la generosidad. Os remito a Spinoza, para quien la virtud consiste únicamente en vivir para la verdad: «Unos utopistas, me dirán ustedes, y profesionalmente los conocemos demasiado bien». En efecto: sólo a base de utopías surge al final la realidad. ¿Qué puede haber más utópico que la idea de organizar, en un país esclavizado y humillado, un intento de revuelta, condenado al fracaso, congregando a gran número de personas dispuestas a ello? No obstante, así es como la Resistencia ha logrado ver la luz del día. ¿Qué puede haber más utópico que el maquis, una locura heroica, aunque locura de juventud? Y he aquí que el maquis se hace real a base de tener fe en él. Existe. Se con-

vierte en un factor a tener en cuenta en la construcción del porvenir. Por último, ¿es usted cristiano? En ese caso, ¿qué puede haber más utópico que proclamar en voz alta la venida de un reino del espíritu que acabará con las codicias y las potencias? En ese orden futuro, hasta los comunistas alcanzarán su meta, ya que el libre desarrollo de cada uno será la condición inexcusable para el libre desarrollo de todos. Sin duda se conceden el lujo de ver en él un producto necesario de la evolución. Pero ¿no les habéis refutado doctamente al respecto? Y, sin embargo, el porvenir está en marcha merced a la unión siempre dinámica de los hombres de buena voluntad. No os queda más que un recurso, que consiste en denunciar cualquier generosidad demostrando académicamente que las fuerzas de la libertad son también las fuerzas de la perdición, y que todo va de mal en peor. Para vosotros, sin duda es así, y es perfectamente justo. La Francia del mañana, que se está gestando no merced a las virtudes académicas, sino a la valentía de quienes osan luchar por la justicia, necesitará a trabajadores que no sean los turiferarios del dios de las cosas tal y como van o, más bien, tal y como, para vuestro gusto, no van lo suficiente.

Se reconoce al enemigo del pueblo en el sustrato de las doctrinas que profesa. No es necesario insistir demasiado para hacerle confesar lo esencial, esto es, que la revolución es una locura, que el pueblo no sabe lo que le conviene, que hay que devolverlo a la senda de la obediencia y conducirlo en función de unas luces superiores que sólo brillan para los augures académicos, pero son invisibles para ustedes, para mí, para los campesinos, los obreros y todos los humildes. Hay dos tipos de enemigos del pueblo: los que vociferan y los que fingen estar asqueados. El Sr. Rivaud pertenece a la segunda categoría. Este gran orador de cenáculos, con la pulcritud de sus discursos, hace las delicias de los «bien pensantes». «Habla de abundancia. Habla de oro. Y de ingenio, que nadie lo dude, está lleno de arriba abajo. Pero, sobre todo, ¡qué doctrina más poderosa!» Charlatán...

IV. A PROPÓSITO DE UN LIBRO DEMASIADO POCO CONOCIDO[1]

En 1938 el editor militar Berger-Levrault publicó una obra titulada *¿Es todavía posible una invasión?*,* firmada por el general Chauvineau, de la reserva. La respuesta, como cabía deducir de la formulación de la pregunta, era negativa. Aunque se haya reeditado (el ejemplar que tengo en la mano es de la segunda edición, de 1940), se trata de una obra poco conocida. Pero todavía puede encontrarse en las librerías, como he podido constatar personalmente. Parece que los acontecimientos de 1940 hayan aconsejado a los autores cierta discreción.

Sin embargo, la lectura de este libro tiene gran interés. Desde el punto de vista puramente histórico, es interesante saber cuáles eran, la víspera de nuestros desastres, las concepciones técnicas de los medios dirigentes del ejército francés. Y la obra del general Chauvineau parece reflejar exactamente el estado de espíritu imperante en estos círculos.

En primer lugar, viene precedido por un prólogo del mariscal Pétain. Quien haya advertido la prudencia del mariscal, el secreto del que le gusta rodear sus iniciativas, la escasa afición que tiene a asumir grandes responsabilidades, no dejará de atribuir a este hecho gran importancia. Resulta aún más significativo comprobar que este prefacio no tiene nada que ver con un acto de cortesía realizado por amabilidad. Su extensión inusual (17 páginas), el cuidado con el que el mariscal resume las teorías del general Chauvineau y la simpatía con que lo hace, la adhesión discreta pero indudable a las conclusiones del autor,[2] (pese a algunas pre-

1. *Les Cahiers Politiques*, n.º 8 (en realidad, n.º 6), abril de 1944, p. 22.

* Chauvineau, *Une invasion est-elle encore possible?*, Ed. Berger-Levrault, París, 1940. *(N. del t.)*

2. Bastarán unas cuantas citas: «Las opiniones del general Chauvineau sobre el principio de las operaciones terrestres están llenas de sabiduría» (p. XIV). «Con todo, no hay

cauciones tomadas para sacudirse de encima cualquier responsabilidad, en caso de que sea necesario) todo sugiere que el mariscal no se limita a hacer de valedor de la obra ante el público. Cabe preguntarse si no le corresponde a él la iniciativa y si, queriéndose dirigir personalmente al público, no ha encontrado en el general Chauvineau a un portavoz perfecto, al que ha confiado la tarea de expresar lo que en el fondo él mismo piensa. La lectura del último párrafo del prólogo (p. XXI) no hace sino reforzar esta impresión.

Y es precisamente tal impresión la que parece confirmarse tras la lectura del conjunto del libro. En efecto, en varias ocasiones se ve al general Chauvineau multiplicar respecto de Joffre y Foch unas críticas que parecen exaltar en cambio el papel de Pétain. Se diría que toma realmente partido entre estos jefes (en particular, de la página 74 a la 83: el conjunto del capítulo V, titulado «Una gran lección táctica») y su obra parece encaminada, entre otras cosas, a responder a todas las críticas formuladas por los mariscales Joffre y Foch en sus memorias sobre la actividad militar del mariscal Pétain. En este punto, así como en el anterior, lo que encontramos es una exposición de las tesis de Pétain.

Esas tesis cuyas líneas maestras ya conoce el público en general. Antaño, cuando fue profesor adjunto del curso de infantería en la Escuela de Guerra (de 1908 a 1910) y se había especializado en las cuestiones relacionadas con el tiro, el mariscal quedó indeleblemente impresionado por la potencia de fuego. El general Chauvineau comparte este entusiasmo. Opina que la técnica moderna permite, al combinar la fortificación y la potencia de fuego, construir sobre cualquier línea de territorio un frente continuo de defensas infranqueables. Hasta el punto de que la táctica adquiere una importancia cada vez mayor, reduciendo casi a la nada la estrategia.[3]

Por un fenómeno extraño, esta exaltación de la técnica en lo que concierne a la defensa se convierte en un desprecio altanero en lo tocante a la ofensiva. Todo el capítulo II de la segunda parte, relativa al carro de combate de asalto (pp. 92 a 109), merece leerse y puede resumirse en la

en la descripción ningún error fundamental; tan sólo algunas omisiones en relación con la actuación de la aviación» (pp. XVIII y XIX). «El mérito excepcional del general Chauvineau consiste en haber demostrado que el frente continuo se basa al mismo tiempo en las lecciones de la historia y en las propiedades técnicas de las armas y la fortificación» (p. XXI).

3. *Cf.* pp. 80 y 81, líneas 1 a 5.

fórmula lapidaria de la página 131: «En cuanto a la idea de que los carros debían conducirnos a abreviar las guerras, su fracaso es palmario». Más extraño aún resulta el enjuiciamiento de los aviones. Según el general Chauvineau, las necesidades de la lucha contra la aviación enemiga llevarán a todos los estados a construir aviones de combate cada vez más potentes y costosos, de modo que se harán menos numerosos y que nadie se aventurará a emplearlos en combate, como ha ocurrido en el mar en el caso de los acorazados. Y, seguro del porvenir, el general Chauvineau ya ve el cielo vacío de aviones de combate: «En el futuro, nuestro Ministerio del Aire inmovilizará en algunos puntos cuidadosamente protegidos unos aparatos de un precio astronómico, cuya cantidad disminuirá sin cesar, y los reservará para el contraataque, ya que las fuerzas aéreas no se atreverán a desgastarse en operaciones ofensivas emprendidas por iniciativa propia...» Orgulloso de su profecía, el general no siente ningún empacho en mostrarse irónico: «Sin embargo, los habituales del Café du Commerce, cuando necesiten diez mil aviones para doblegar a su enemigo circunstancial, volverán a sacarlos, impertérritos, armados con sus propias mentes...» Suponemos que, desde entonces, el general ha tenido tiempo de convencerse de que los aviones que han bombardeado Hamburgo o Colonia tenían un puerto de matrícula que no era el Café du Commerce.

El que los hechos hayan desmentido clamorosamente al general Chauvineau y, por ende, al mariscal Pétain, que ante la opinión pública había defendido las previsiones del general, es tan evidente que no merece siquiera la pena insistir. Sería inútil disimular la gran responsabilidad en nuestros desastres que errores de semejante magnitud han hecho recaer sobre estos hombres. En estas condiciones, resulta bastante penoso ver al mariscal apoyar las campañas casi oficiales por mor de las cuales se reprocha a otros no haber dado a Francia suficientes carros de combate ni aviones, cuando él había dado su aprobación personal a quienes negaban cualquier valor a los aviones y, sobre todo, a los carros. Pero nuestras conclusiones no pueden acabar ahí. En efecto, a pesar del silencio relativo que rodea hoy al trabajo del general Chauvineau, su volumen no se ha quedado sin lectores. No hay ningún francés un poco informado que no haya oído hablar de los «errores» que acabamos de señalar y de sus repercusiones militares.

Pero hay todo un orden de cosas del que hasta ahora se ha hablado mucho menos. El general Chauvineau, entre otras muchas originalida-

des, no se ciñe al ámbito de la técnica militar pura. Lo abandona deliberadamente para adentrarse en el terreno de la diplomacia: en la última parte del libro (desde la página 168 hasta el final), esboza un verdadero programa de política exterior, e incluso de política interior.

Parece evidente que, en cualquier país, es responsabilidad del gobierno dar un rumbo general a la vida política de la nación. Dicho rumbo rige las relaciones exteriores y la elección de las alianzas. De la situación determinada de este modo proceden los problemas militares que debe resolver la comandancia, como expresa la célebre fórmula de Clausewitz: «La guerra es la prosecución de la política por otros medios». El ejército se encuentra así al servicio del gobierno responsable de la nación.

La concepción del general Chauvineau es muy distinta. Para él, es la técnica militar la que rige la elección de las alianzas e impone a la nación su política exterior. Lo que equivale a poner en manos de los jefes del ejército la dirección general del país y el control del gobierno. Se trata de un militarismo declarado abiertamente que no tiene nada que envidiar al militarismo prusiano. Al consentir preparar semejante obra y avalarla ante el conjunto del país, el mariscal Pétain dejaba entrever sus ambiciones y lanzaba, sin duda inconscientemente, una grave advertencia a todos los ciudadanos. No parece que esta deducción y las teorías del general Chauvineau se hayan sacado lo bastante a la luz del día.

Pero las aplicaciones prácticas del principio formulado son aún más interesantes. El principio de los frentes continuos e infranqueables permite en efecto al general Chauvineau demoler toda la política exterior francesa para construir otra completamente nueva.

En primer lugar, la Sociedad de las Naciones carece de interés: «un grupo de potencias ya no podrá ... imponer ... su voluntad a aquellas naciones privilegiadas que puedan dotarse del frente continuo, porque dichas naciones estarán demasiado seguras de su invulnerabilidad para que puedan hacer mella en ella las presiones diplomáticas».[4]
Así pues, el frente continuo evitará «a la humanidad las guerras de coalición que un pacto de seguridad colectiva observado de manera rigurosa provocaría inevitablemente».[5]

4. Página 179.
5. Página 180.

Por si fuera poco, es imposible socorrer a los países alejados: «la intervención armada de Estados Unidos en Europa tiene, por la aplicación del citado principio, una eficacia reducida»,[6] y, «al no haberlo comprendido, nuestra diplomacia ha puesto el brazo de Francia en unos engranajes demasiado peligrosos; después de 1918, ha prometido nuestra ayuda a naciones alejadas, a las que no podíamos socorrer... ¿Cómo es posible que no hayamos denunciado unas alianzas que se habían vuelto peligrosas? Desde el punto de vista de la estrategia clásica resulta sorprendente.»[7]

Además, ¿por qué habríamos de interesarnos por estas naciones pequeñas? El general nos lo explica: «La vida de una pequeña raza, posible en el marco de un país que la protege y la alimenta, puede resultar perfectamente detestable si es librada a su propia suerte...» «La libertad de los pueblos a disponer de sí mismos (*sic*) es una fórmula superflua cuando esos pueblos tienen el poder de imponer su libertad a otros, mientras resulta peligrosa en el caso contrario. Que las almas bienintencionadas que abren las puertas de sus jaulas a los canarios crean hacerles un favor, resulta en el mejor de los casos excusable. Pero que los autores de un tratado tengan ideas tan simples sobre las posibilidades de existencia de los grupos humanos puede provocar graves sinsabores».[8]

En estas páginas asoma la nariz del general que, arrastrado por la pasión, ha abandonado el terreno estrictamente militar para pasar al de la filosofía política. Y lo que nos dice al respecto no tiene nada de nuevo. Nos parece haberlo oído antes y a nadie le extrañará la singular convergencia de las tesis del general con las de Alemania. A decir verdad, aunque el mariscal Pétain, a pesar de que normalmente aborrece las responsabilidades, haya esbozado en el prólogo el gesto de ocultarse detrás de las conclusiones políticas del general, no podemos evitar pensar que, al presentar esta obra al público francés, se haya comprometido gravemente.

Pues, a fin de cuentas, ¿cómo no advertir dónde quieren desembocar estas líneas escritas en 1938, el año de la anexión de Austria y del Acuerdo de Munich? Al privar a Francia de aliados, y vetarle cualquier intento de contacto con Estados Unidos y, naturalmente, con Rusia,[9] conducen a dar

6. Página 185.
7. Página 190.
8. Páginas 190 y 191.
9. Página 191.

carta blanca a Alemania en toda Europa oriental y dejar a Francia con la teoría de los frentes continuos y un armamento cada vez más refinado por única garantía de seguridad. Esto es precisamente lo que deseaba Alemania, lo que ha tratado de imponernos hasta sus últimas consecuencias, es el sistema que, al destruir Checoslovaquia y acabar con las amistades que se había granjeado Francia en 1918, permitió a Alemania aplastarnos, aislados como estábamos.

Estas conclusiones revisten tal magnitud que su autor tenía que ser forzosamente consciente de ella. La técnica militar no justifica por sí sola que las haya suscrito. Estamos en presencia de una tesis política que se insinúa bajo la máscara de la técnica militar, tomándole prestados argumentos circunstanciales: es la política que nos recomendaba Alemania. Hasta ahora, se creía que el mariscal Pétain, al defender el libro del general Chauvineau, se había ceñido a apoyar estulticias y que era cómplice de un mero error militar. No seremos nosotros quienes neguemos la mediocridad del mariscal, pero sí creemos necesario destacar que no le ha impedido ponerse al servicio de una maniobra política destinada a ayudar al enemigo y se convierte por ello en reo de una verdadera traición.

En efecto, llegará el día, quizá muy pronto, en que podamos sacar a la luz las intrigas urdidas en nuestro país entre 1933 y 1939 a favor del Eje Roma-Berlín, para entregar el cetro de Europa, destruyendo con nuestras propias manos todo el edificio de alianzas y amistades nacionales. En este aspecto, las responsabilidades de los militares franceses no pueden disociarse de las de políticos como Laval, periodistas como Brinon, hombres de negocios como los de Creusot,* esbirros como los agitadores del 6 de febrero, pero, aunque no sean las únicas, son especialmente peligrosas y culpables por haberse dejado arrastrar por esta vasta corriente. En la instrucción del proceso de la inmensa labor de traición, el libro del general Chauvineau ha pasado a constituir desde ahora mismo un documento de primer orden.

* Localidad de Borgoña célebre por su siderurgia. *(N. del t.)*

V. SOBRE LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA

Esta cuestión de importancia capital, que el CGE ha inscrito en su programa de trabajo, será objeto de varias notas e informes de los *Cahiers politiques*, bajo la responsabilidad de sus autores.

NOTAS EN DEFENSA DE UNA REVOLUCIÓN DE LA ENSEÑANZA

Todas las desgracias nacionales claman, primero, por un examen de conciencia; después (porque el examen de conciencia, si no propicia un esfuerzo por mejorar, no es más que una suerte de complacencia taciturna) por la elaboración de un plan de renovación. Cuando, después de la victoria inminente, los franceses nos reencontremos sobre una tierra que haya recuperado la libertad, nuestro gran deber será rehacer una Francia nueva.

De todas las reconstrucciones indispensables, la de nuestro sistema pedagógico no será la menos urgente. En la esfera tanto de la estrategia, como de la práctica administrativa o, simplemente, de la resistencia moral, el desmoronamiento se ha producido ante todo entre nuestros dirigentes y (¿por qué no tener el valor de reconocerlo?) en una parte sustancial de nuestro pueblo; ha sido una derrota tanto de la inteligencia como del carácter. Lo que equivale a decir que, entre sus causas profundas, las deficiencias de la formación que nuestra sociedad impartía a sus jóvenes han tenido una función decisiva.

Una reforma tímida no será suficiente para enmendar estos vicios. No se le devuelve la educación a un país poniéndole parches a sus viejas rutinas. Se impone una revolución. No sucumbamos al descrédito que un régimen odioso querría arrojar sobre esta palabra, a la que ha escogido para camuflarse. En la enseñanza, como en todos los ámbitos, la preten-

dida revolución nacional ha oscilado constantemente entre la vuelta a las rutinas más obsoletas y la imitación servil de sistemas ajenos al talante de nuestro pueblo. La revolución que deseamos sabrá ser fiel a las tradiciones más genuinas de nuestra civilización. Y será una revolución porque impondrá novedades.

No nos llamemos a engaño: será una tarea ruda. No se hará sin desgarros. Siempre será difícil persuadir a los maestros de que los métodos que han utilizado tanto tiempo y de manera tan concienzuda quizá no fueran los mejores posibles; a los hombres maduros, de que sus hijos se beneficiarán de recibir una educación distinta a la suya; a los antiguos alumnos de las grandes Escuelas, de que estos centros adornados del inmenso prestigio del recuerdo y la camaradería deben ser suprimidos. Pero en este caso, como en los demás, el porvenir será de los audaces; y para todos los hombres dedicados a la enseñanza, el peligro más grave está en la cómoda complacencia con las instituciones en las que se han ido creando poco a poco un nido confortable.

En unas pocas páginas resulta imposible debatir el programa de esta revolución necesaria. Su esquema preciso se trazará más adelante, si procede, y en colaboración. Por el momento me ceñiré a algunos principios rectores.

Se impone una condición preliminar, tan imperiosa que, de no cumplirse, no podrá hacerse nada serio. Es menester, tanto para la educación de sus jóvenes, como para el desarrollo permanente de la cultura en el conjunto de sus ciudadanos, que la Francia del mañana sepa gastar incomparablemente más de lo que ha gastado hasta la fecha.

En este sentido, dos episodios de la preguerra han marcado brutalmente la actitud de los elementos que la derrota iba a izar al poder y que la victoria destronará pronto. Cuando era ministro de la «Prosperidad», André Tardieu elaboró un amplio programa de «equipamiento nacional», en el que comenzaba por proscribir, lisa y llanamente, de dicho equipamiento nacional cualquier dotación científica (más tarde, si no me equivoco, un arrepentimiento de última hora hizo que se incluyeran en el presupuesto algunos créditos para los laboratorios, pues, después de todo, la *Schwerindustrie* no puede ignorar por completo que los técnicos sirven para algo; las bibliotecas, en cambio, siguieron sumidas en el ol-

vido: ¿algún «realista» se ha preocupado por los libros? y, sobre todo, ¿qué necesidad de leer pueden tener los franceses demasiado pobres para comprar libros?). Cuando era ministro de la «Gran Penitencia», Pierre Laval, deseoso ante todo de habérselas con los salarios, aunque fuera de carambola, decidió efectuar unos oscuros recortes en los gastos de la República, y pudimos comprobar que, de todos los gobiernos civilizados, el de Francia era el único que hacía extensivo este ahorro a las obras de la inteligencia. «Lo que siempre nos ha llamado la atención de sus gobernantes —me dijo un día un amigo noruego—, es el escaso interés que atribuyen a las cosas del espíritu.» Una sentencia terrible. Desearíamos dejar de merecerla de una vez por todas...

De modo que nos harán falta nuevos recursos. Para nuestros laboratorios. Para nuestras bibliotecas probablemente aún más, pues hasta ahora han sido las grandes víctimas (las bibliotecas sabias, pero también las llamadas populares, cuyo miserable estado, comparado con lo que ofrecen Inglaterra, América e incluso Alemania, es una de las vergüenzas más inconfesables de nuestro país. ¿Quién ha logrado hojear el catálogo de la biblioteca de una ciudad grande sin sentirse invadido por la melancolía?, ¿quién ha visitado la biblioteca de una ciudad de provincias sin constatar la reducción progresiva de sus compras, la decadencia de la cultura desde hace unos cincuenta años? La burguesía llamada ilustrada ya no lee apenas; y no se da ocasión a que los libros tienten a quienes, por proceder de medios menos acomodados, estarían encantados de poder leer). Para nuestras empresas de investigación. Para nuestras universidades, nuestros liceos y nuestras escuelas, donde conviene que entren la higiene y la alegría: la juventud tiene derecho a dejar de estar confinada entre muros leprosos, en la oscuridad de sórdidas mazmorras. También nos harán falta recursos, digámoslo sin tapujos, para dar a nuestros maestros, en todos sus grados, una existencia no lujosa (la Francia con la que soñamos no es una Francia del lujo), pero sí suficientemente despreocupada de las mezquinas angustias materiales, bastante protegida contra la necesidad de buscar medios de sustento accesorios, para que estos hombres puedan abordar sus tareas de enseñanza o de investigación científica con un espíritu completamente libre, que no deje en ningún momento de refrescarse en las fuentes vivas del arte o de la ciencia.

Pero estos sacrificios indispensables serían vanos si no se hicieran en pro de una enseñanza totalmente rejuvenecida.

Una palabra, una palabra odiosa, resume una de las taras más perniciosas del sistema actual: *bachotage*.* En efecto, donde menos profundamente ha calado este veneno ha sido en la enseñanza primaria: aunque me temo que también en ella ha penetrado. La enseñanza secundaria, la de las universidades y las grandes escuelas están absolutamente infectadas.

«Bachotage.» Dicho de otro modo, temor al examen y a la clasificación. Aún peor: lo que no debía ser más que un revulsivo, destinado a poner a prueba el valor de la educación, se convierte en un fin en sí mismo, hacia el cual se acaba orientando todo el proceso educativo. Ya no se invita a los niños o los estudiantes a adquirir los conocimientos cuya solidez se evaluará, mejor o peor, mediante un examen. A lo que se les invita es a preparar el examen. De igual modo, un perro sabio no es un perro que sabe muchas cosas, sino un perro que ha sido entrenado a imitar, mediante algunos ejercicios escogidos de antemano, la ilusión del saber. «Logrará usted seguramente el título el año próximo —decía ingenuamente un juez de un tribunal de agregaduría a uno de mis estudiantes—, este año todavía no está usted lo bastante preparado para el concurso.» Durante los veinte últimos años, este mal ha causado espantosos estragos. Nuestros estudiantes de licenciatura tropiezan de certificado en certificado. Desde la revolución nacional, ya no se entra en la abogacía sin un examen suplementario. Algunos liceos han organizado, interrumpiendo con ello el ritmo regular de los estudios, un examen de «prebachillerato». En las librerías médicas de París se venden, ya preparadas, preguntas para acceder a la categoría de interno, que no hay más que aprender de memoria. Algunas instituciones privadas han desglosado los programas tema a tema y se jactan de haberlo hecho con tanta exactitud que a la mayoría de sus candidatos sólo les plantean preguntas ya tratadas y corregidas. De arriba abajo de la escala, la atracción de los futuros exámenes ejerce un efecto indudable. En detrimento de su instrucción, en ocasiones de su salud, un sinfín de niños asiste siendo demasiado jó-

* Preparación acelerada e intensiva de exámenes. *(N. del t.)*

venes a unas clases concebidas originalmente para personas de mayor edad, porque hay que evitar a cualquier precio el posible retraso que más adelante les impediría cumplir el límite de edad fijado por tal o cual gran Escuela. «Todos nuestros temarios científicos de enseñanza secundaria —me dijo un físico—, están concebidos en función del de la Escuela Politécnica.» Y, en los liceos o los colegios, los exámenes constantes alientan menos la emulación, por otra parte mal entendida, que la aptitud para el trabajo apresurado, que padecerán más tarde nuestros miserables adolescentes, en plena canícula, en aulas recalentadas.

No creo que sea necesario insistir en los inconvenientes intelectuales de semejante manía examinatoria. Pero no estoy tan seguro de que sus consecuencias morales se hayan percibido con idéntica claridad: el temor ante cualquier iniciativa, tanto por parte de los maestros como de los estudiantes; la negación de la curiosidad; el culto del éxito, que ha suplantado al gusto por el conocimiento; una especie de temor perpetuo y de hosquedad cuando lo que debería imperar es la alegría desenfadada de aprender; la fe en la suerte (pues estos exámenes, al margen de cómo los perciban los examinadores, son por naturaleza aleatorios: recordemos si no la terrible y sorprendente encuesta de Piéron y Laugier, que tan sabiamente acallaron los jefes de la Universidad: entre un corrector y otro, e incluso entre las manos del mismo corrector, de un día a otro, la conclusión fue que se producían variaciones sumamente inquietantes en las notas); y, por último, un factor infinitamente más grave, la fe en el fraude. Pues en nuestras clases se «copia» los días de las pruebas escritas, se copia en nuestras aulas de examen, se copia con mucha mayor frecuencia y con mucho más éxito de lo que las autoridades quieren reconocer oficialmente. Es cierto, estoy al tanto, todavía subsisten, gracias a dios, personas honestas. Admito incluso que son numerosas. Tienen mucho mérito. «Cómo habrás copiado de bien»: así fue como un alumno conocido, que acababa de sacar el primer puesto en un examen y lo había logrado sin trampas, fue increpado, con un tono de admiración atroz, por uno de sus camaradas. ¿Es ésta la atmósfera en la que debe formarse a la juventud?

He dicho que no podía presentar aquí un programa detallado de reforma. Su elaboración será muy delicada. Se imponen algunas sentencias de muerte. ¿Quién cree aún en el examen final de bachiller, en su capacidad de selección, en la eficacia intelectual de esta compresión didáctica aleatoria? Naturalmente, subsistirán varios procedimientos de selección,

pues seguirán siendo necesarios; pero deberán concebirse de una manera más racional y en un número suficientemente restringido para que la vida del escolar o del estudiante deje de verse confinada a una repetición obsesiva de pruebas. De momento, me contentaré con una sugerencia muy sencilla y de aplicación muy fácil desde un principio.

Como todos mis colegas, he corregido exámenes e interrogado a candidatos. Como todos, reconozco que puedo cometer errores. Sin embargo, ¿he llegado a confundir una prueba excelente con otra muy deficiente, o incluso con una de nivel medio? Creo que raramente me ha ocurrido. Pero, cuando veo que un examinador decide que tal o cual examen de historia, por ejemplo, de filosofía, o incluso de matemáticas, merece un 13,25, y aquél de más allá un 13,5, sobre un total de 20 puntos, no puedo —con la debida consideración— evitar pensar que se trata de una broma pesada. ¿Qué báscula de precisión tiene ese hombre que le permita medir con una aproximación del 1,2 por 100 el valor de un examen de historia o un razonamiento matemático? Solicitamos encarecidamente que —a imagen y semejanza de varios países extranjeros— la escala de las notas sea reducida imperiosa y uniformemente a cinco grandes categorías: 1 ó «muy deficiente», 2 ó «deficiente», 3, que será «pasable», 4, equivalente a «bien», y 5, que querrá decir «muy bien» (y no «perfecto», una palabra vedada a la imperfección humana). Al menos, siempre que las notas *ex aequo* no presenten inconvenientes. Deberá encargarse a un matemático que estudie el problema de los concursos para plazas limitadas. Pero, también en este caso, se deben poder eludir refinamientos demasiado exagerados, cuya absurdidad no advertimos debido a que nos hemos acostumbrado con el tiempo a ellos. Cualquier cosa será mejor que una tontería inicial que degenera en injusticia.

Pero, por su parte, el abuso de exámenes quizá no sea sino uno de los síntomas de deformaciones más profundas. Una vez más, hablaré poco de la escuela primaria. En la medida en que la conozco —debo admitir que estoy menos familiarizado con ella que con el liceo y la universidad—, no se libra de defectos. Sin embargo, me parece mucho menos mal adaptada a sus fines que los centros de los dos otros niveles. Los errores de la enseñanza secundaria y superior son patentes. Pueden exponerse brevemente como sigue.

La enseñanza superior ha sido devorada por las escuelas superiores de inspiración napoleónica. Ni siquiera las facultades merecen más nombre que el que tienen. ¿Qué es la Facultad de Letras, ante todo, sino una fábrica de profesores, como la Politécnica una fábrica de ingenieros o artilleros? Cuestión de la que se deducen dos consecuencias igualmente deplorables. La primera es que preparamos mal a la investigación científica y que, por ello, nuestra investigación está feneciendo. Pregúntenle a un médico al respecto, por ejemplo, o a un historiador; si son sinceros, sus respuestas no diferirán apenas. Es uno de los factores, por cierto, que más ha perjudicado a nuestro prestigio internacional: en muchos campos, los estudiantes extranjeros han dejado de venir a visitarnos porque nuestras universidades ya no les preparan más que a pasar unos exámenes profesionales que para ellos carecen de interés. Por otra parte, al especializarlos demasiado pronto, no damos a nuestros grupos dirigentes la cultura general de alto nivel sin la cual cualquier hombre de acción no pasará nunca de contramaestre. Formamos a jefes de empresa que, pese a ser buenos técnicos —estoy dispuesto a admitirlo—, no conocen realmente los problemas humanos; a políticos que ignoran el mundo; a administradores que aborrecen las novedades. A nadie le inculcamos el espíritu crítico que sólo podría imbuirse en las mentes a través de la contemplación y el recurso a la investigación sin trabas (pues en este punto convergen las dos consecuencias señaladas más arriba). Por último, creamos deliberadamente pequeñas sociedades cerradas, en las que se potencia el sentido de corporación, que no alienta ni la generosidad de espíritu ni la conciencia de ciudadano.

¿El remedio? Una vez más, debemos renunciar a entrar en detalles en este primer esbozo. Digamos únicamente, en dos palabras, que pedimos la reconstitución de unas verdaderas universidades, de ahora en adelante divididas no en rígidas facultades que se consideran a sí mismas patrias estancas, sino en agrupaciones versátiles de disciplinas; y, después, simultáneamente a esta gran reforma, la abolición de las escuelas especiales. Su lugar lo ocuparían algunos institutos de orientación técnica, en los que se impartiría la última fase de una formación que preparara a ciertas carreras: después, sin embargo, sería obligado el paso a las universidades. Para acabar la formación específica de determinada categoría de ingenieros, la escuela de puentes y caminos, por ejemplo, es indispensable; en cambio, nada justifica que la formación científica general, una prerro-

gativa de la universidad, se imparta en una escuela separada del resto por tabiques estancos, como la Politécnica.

Dos ejemplos tomados de manera imparcial en dos momentos radicalmente opuestos de nuestra historia política, permitirán sin duda comprender, mejor que largas disertaciones, la rutina con la que queremos acabar y la nueva orientación que deseamos adoptar.

Antaño vimos cómo el Frente Popular se propuso acabar con el cuasi monopolio de la Escuela de Ciencias Políticas, auténtico invernadero de la administración superior. Políticamente, se trataba de una idea sana. Un régimen siempre tiene derecho a no reclutar a sus servidores en un medio cuyas tradiciones le son casi unánimemente hostiles. Pero ¿qué se les ocurrió a los hombres a la sazón en el gobierno? Habrían podido optar por instaurar un gran concurso de acceso a la administración civil, análogo al admirable examen del Civil Service británico y, como él, común a todas las ramas de la administración, basado ante todo en pruebas de cultura general, y que da gran cabida, gracias a la posibilidad de combinar libremente las opciones, a los intereses y curiosidades de los alumnos; como él, por último, preparado en universidades de espíritu más abierto. Prefirieron esbozar la creación de una nueva escuela especial: una nueva Escuela de Ciencias Políticas, aún más restrictiva que su rival...

El régimen de Vichy ha suprimido las Escuelas normales. Se trata sin duda alguna de una medida fundamentalmente política. Nadie podría llamarse a engaño ante los absurdos agravios que utilizó como coartada. Las Escuelas normales daban a los institutores, y volverán a darles de nuevo, una instrucción general y una formación técnica igualmente sólidas. Sin embargo, hay que convenir en que, al salir de estos centros, forzosamente un tanto replegados sobre sí mismos y con unos programas necesariamente rígidos, a las mentes jóvenes no les resultaría inútil recuperar el contacto con medios estudiantiles más heterogéneos, así como con formas de educación más críticas y versátiles. Sustituir la Escuela normal por una estancia en los liceos, como quiso Vichy, es un contrasentido. Los futuros maestros aprenden en ellos menos de lo que se les enseñaba mejor en la antigua Escuela. Pero no vería ningún inconveniente, por mi parte, en que, una vez reinstauradas las Escuelas normales, concluyeran su ciclo de estudios con un año de trabajo muy libre en las universidades.

Hace varias décadas que se estructura y reestructura sin cesar la enseñanza secundaria. Sin duda, las incoherencias grotescas de los tres últimos años no revelan más que la incapacidad profunda del régimen para crear o coordinar nada. Pero el desequilibrio se remonta más atrás. Responde a causas profundas. El antiguo sistema humanista ha pasado a mejor vida. No ha sido sustituido. Lo que ha provocado un profundo malestar, que se trasluce de muchas maneras. Siempre ha habido malos alumnos que, más adelante, se convertían en hombres instruidos y cultos. No creo equivocarme al afirmar que este caso, en nuestro días, ha dejado en absoluto de ser excepcional. A la inversa, muchos alumnos supuestamente buenos no volverán a abrir un libro una vez acabados los estudios. A decir verdad, ¿abrieron realmente en clase los libros por más páginas que las de los «pasajes escogidos»? Al mismo tiempo, la falta de afecto que sienten los jóvenes por la enseñanza es innegable. Soy bastante viejo para recordarlo: hace unos cuarenta años se iba al liceo con más alegría; se salía de él menos gustosamente. El éxito del movimiento de los «boy-scouts» se explica por muchas razones. Entre ellas figura en primera línea, que nadie lo dude, el fracaso de la educación oficial. En su panda o patrulla, el niño encuentra lo que cada vez le aporta menos el liceo o el colegio: un mayor espíritu de equipo, unos jefes más próximos a él, unos «centros de interés» más adaptados para seducir y fijar la espontaneidad de una inteligencia fresca.

En lugar de profundizar en estas críticas, quizá valga más exponer someramente cuáles son nuestros deseos.

Queremos una enseñanza secundaria sumamente abierta. Su función consiste en formar élites sin atenerse a criterios de origen o de fortuna. De modo que, desde el momento en que debe dejar de ser (o de reconvertirse en) una educación clasista, se impondrá una selección. Probablemente siga siendo necesario un examen de entrada, que deberá ser muy sencillo y adaptado a la infancia: una prueba de inteligencia más que de conocimientos... o de capacidad de imitación como la de los loros. Subsistirán los exámenes para pasar de nivel. Pero no de un año a otro. Pretender juzgar a un niño o a un adolescente en función del trabajo de una decena de meses es conocer mal la psicología del crecimiento; mejor dicho, es negar la fisiología del crecimiento. ¡Cuánto puede variar el desarrollo de un niño de un mes a otro!

Queremos una disciplina más acogedora en clases menos numerosas; una disciplina ejercida por maestros y administradores a los que se les habrá enseñado al menos los rudimentos de esta psicofisiología cuya existencia acabo de recordar; que los institutores la aprendan; que los profesores de enseñanza secundaria dejen de tener derecho, como ocurre hoy (¡y no siempre se privan de ejercerlo!), a ignorarla de forma radical. En lugar de tratar de plegar al niño a un régimen implacablemente uniforme, se procurará cultivar sus aficiones, e incluso sus «chifladuras». La idea de «ocio dirigido», que se arrogó Vichy con el nombre de educación general, deformándola, podía haber resultado muy fecunda. Convendrá retomarla con la ayuda de un personal joven. La educación física ocupará un lugar destacado. Ajena a cualquier exceso ridículo, a cualquier admiración beata o malsana por un atletismo de élite, será ni más ni menos lo que debe ser: un medio de fortalecer el cuerpo y, por ende, la mente; una invocación del espíritu de equipo y de la lealtad.

Solicitamos una gran libertad para combinar las materias en la enseñanza: una libertad que será tanto más sencilla por cuanto la supresión del corsé de los exámenes debe propiciar una gran variedad de iniciativas. ¿Somos plenamente conscientes de que, por culpa del examen final de bachiller, Francia es actualmente uno de los pocos países en el que cualquier experimentación pedagógica, cualquier novedad que no tenga de inmediato un carácter universal, están prohibidas en la práctica? La imposición universal de la obligatoriedad del latín es un sinsentido; tanto como la uniformidad de un programa de matemáticas demasiado avanzado, ante el que algunas mentes, que quizá haya que compadecer, pero jamás condenar, se rebelan de un modo espontáneo y natural. No nos proponemos en modo alguno acabar con la tradición humanista. El latín seguirá enseñándose, en perjuicio, como es natural, de las lenguas vivas. Su conocimiento resulta indispensable para cualquier disciplina de tipo histórico. Permite acceder a una literatura cuyos ecos distan de haberse apagado. Sobre todo, el aprendizaje de una lengua de carácter sintético es una gimnasia intelectual casi insustituible. Pero para que este estudio dé frutos, debe ser serio, por lo que se le ha de asignar un número de horas suficiente. En lugar de recitar torpemente sus textos, como ocurre tan a menudo hoy, más valdría que no se impartiera en absoluto; por encima de todo, en la educación hay que eludir los enfoques aproximativos. Por ello, pese al admirable valor estético e intelectual del griego, temo que

no pueda ser mantenido, salvo con carácter excepcional: una onza de latín, algunos granos de griego…, me quedo con el buen peso del primero. Por lo demás, no deberá sentirse falsa vergüenza por recurrir a las traducciones. Del liceo no debería salir ningún alumno que no hubiera tenido contacto con las grandes obras de la Antigüedad. Es cien veces preferible haber leído, en una traducción, el texto completo de *La Odisea* o *La Orestíada* que contentarse con explicar penosamente dos o tres docenas de versos. Un magistrado del siglo XVIII, según cuenta Tallemant des Réaux, cuando su hijo, que estudiaba con los jesuitas, le pidió que le enviara un ejemplar de la *Leyenda dorada*, le remitió en su lugar el *Plutarco* de Amyot: «Hijo —le escribió en una nota—, aquí tienes la vida de los santos tal como la leen las personas honestas». Dejo al parlamentario su propia opinión sobre la hagiografía. Pero ¿quién no suscribe la que le merecía la literatura griega, aunque fuera conocida, como en el caso de Amyot, en un ropaje francés?

Pedimos que la educación científica, que deseamos extensiva y profunda, deje de lado con determinación lo que no es más que objeto de aprendizaje técnico. La finalidad de la enseñanza secundaria es formar espíritus y no ingenieros, químicos o agrimensores antes de tiempo. Estos especialistas encontrarán más adelante las escuelas que necesitan. Desearíamos que, sobre todo hasta la edad de catorce o quince años, se concediera una importancia mucho mayor que en el pasado a las disciplinas de la observación, entre las cuales la botánica, practicada sobre el terreno, parece destinada a ocupar un lugar preeminente. Rogamos a los matemáticos que recuerden que la función principal de la enseñanza secundaria, por ejemplo de la geometría, es mucho menos la acumulación de conocimientos (un gran número de los cuales serán en un futuro perfectamente inútiles para el conjunto de los alumnos) que un maravilloso instrumento para aguzar el raciocinio. Opinamos que pueden aligerarse de manera considerable los programas de estudios de asignaturas como la química, en los que la cantidad de fenómenos expuesta es excesiva.

Pedimos que, mediante una enseñanza de la historia y la geografía entendida en sentido amplio —personalmente añadiría, al menos en el caso de la historia: totalmente refundida—, se intente dar a nuestra juventud una imagen verídica y global del mundo. Evitemos reducir la historia, como se ha tendido a hacer últimamente, a los acontecimientos exclusivamente políticos registrados en una Europa muy cercana en el

tiempo. El pasado remoto imbuye del sentido y el respeto de las diferencias entre los hombres, a la vez que despierta la sensibilidad a la poesía de los destinos humanos. En el presente, a un futuro ciudadano de Francia le es más útil hacerse una imagen justa de las civilizaciones de la India o de China que conocer de memoria el conjunto de las medidas en virtud de las cuales el «Imperio autoritario» se transmutó en un «Imperio liberal». Aquí también, como en las ciencias físicas, se impone una elección radicalmente nueva.

En resumen, pedimos una revisión razonada y exhaustiva de los valores imperantes. La tradición francesa, incorporada en un largo temario pedagógico, nos es muy cara. Queremos conservar sus aportaciones más preciosas: su gusto por la humanidad; su respeto por la espontaneidad espiritual y la libertad; la continuidad de las formas del arte y el pensamiento que constituyen el caldo de cultivo esencial de nuestro espíritu. Pero sabemos que, para serle verdaderamente fieles, nos está exigiendo que la perpetuemos en el porvenir.

PALABRAS PRELIMINARES DE GEORGES ALTMAN

(A LA EDICIÓN ORIGINAL DE *LA EXTRAÑA DERROTA*)

Resulta admirable que este *Testimonio** haya podido ser pensado, escrito y puesto a resguardo para nosotros en el mes de julio de 1940, en una Francia sacudida por la conmoción del desastre.

Cuando todo se desmoronaba, cuando imperaba la confusión más espantosa entre los hombres y las cosas, cuando el país de la libertad, los Derechos del Hombre, la grandeza espiritual, la dulzura de la vida, se travestía, por obra y gracia de Vichy, en una tribu alentada a honrar a tótems bárbaros y tabúes absurdos, cuando tantos clérigos se sumían en la servidumbre, resulta admirable que un gran testigo, que cuatro años después entró al servicio de la Resistencia, pudiera descubrir y analizar con tanta lucidez los secretos de la más extraña de las derrotas.

No dudamos en afirmar que, hasta la fecha, no ha aparecido sobre la Francia de 1940 un relato, una explicación, un alegato de una penetración tan lúcida y un esquema tan nítido. Declaremos alto y claro que la voz de ultratumba de un gran mártir civil, muerto sin haber dudado jamás del renacer de su patria, es mucho más elocuente y veraz que muchas otras sobre el mal que sumió a Francia en esa noche oscura.

Marc Bloch escribió este texto, como él mismo dice, «en pleno arrebato de rabia». La hermosa rabia de un espíritu que se rebela, la ira de un testigo que sabe lo que ocurrió. Pero este combatiente sumido en plena debacle, este historiador obligado a vivir, a padecer uno de los peores momentos de nuestra historia, supo, pese a su repugnancia y su rebelión, dar a su pensamiento y a su estilo una serenidad y una amplitud de miras

* Recordemos que se trataba del título original de la obra de Bloch, como se aclara en el prólogo de Hoffmann. *(N. del t.)*

implacables. *La extraña derrota* tiene el talante, el tono y la intensidad de los ensayos que se escapan a las prisas y la superficialidad del presente, que permanecen al margen de la riada acelerada y frenética de los hechos. Escrito en caliente, sin demora, bajo el azote sofocante de la oleada, este libro ha sabido tomar la suficiente distancia histórica.

Con eso ya sería suficiente. Pero contiene algo más que la descripción vivida y certera del desastre de 1940; todo el Testimonio, y especialmente su segunda parte, es un examen de conciencia, la sobrecogedora confesión de un gran intelectual francés que se inclina sin piedad sobre un mundo y sobre una casta. El texto adopta entonces el tono de una meditación apasionada sobre los demás y sobre sí mismo: militares, políticos, funcionarios, profesores, obreros, campesinos, todas las categorías sociales de la nación desfilan bajo el ojo atento del testigo, con una capacidad de síntesis digna del mejor Vauvenargues. Es cierto. El relato tiene aires de máxima, de golpe lapidario. Comprueben cómo explica el desorden, el miedo, la ambición, el valor, con qué osadía serena este hombre, que forma parte de la aristocracia de la burguesía, no duda en reencontrar espontáneamente en el pueblo más humilde de Francia las constantes de la libertad, la humanidad y la dignidad. Marc Bloch, combatiente en las guerras de 1914 y 1939, realiza numerosas comparaciones. Al hablar del valor, escribe:

> No conocí, en 1914-1918, mejores guerreros que los mineros de los departamentos de la región del Norte o de Pas-de-Calais. Con una sola excepción. Me sorprendió mucho tiempo, hasta que me enteré fortuitamente de que aquel timorato era un esquirol, un obrero no sindicado y empleado como rompehuelgas. No pretendo cuestionar ningún credo político. Quiero señalar simplemente que cuando se carece, en tiempo de paz, del sentido de la solidaridad de clase, la capacidad de trascender el interés egoísta inmediato tampoco se da en el campo de batalla.

Gracias a su experiencia de los hechos vistos y oídos, el capitán Marc Bloch pinta unos retratos de los mandos supremos franceses durante la «guerra extraña», absoluta y crudamente verídicos, como lamentablemente bien sabemos. Pero la crítica siempre lleva aparejadas opiniones sobre el presente y sobre el porvenir, observaciones de método y de táctica, en las que se entreve cómo el moralista, el historiador, con una sorprendente facilidad, adivina y pronostica.

Explicación, admonición, profecía confiada en la resurrección: hoy, en nuestra situación de libertad reconquistada, este testimonio sobre una derrota extraña escrito en 1940 ha adquirido una especie de belleza soberana, la grandeza que tienen los textos escritos en la actualidad y pensados para la posteridad. Veamos, por ejemplo, si las siguientes líneas, redactadas en julio de 1940, no podrían constituir una regla de oro para los reformadores franceses de 1946:

> Sea cual fuere la naturaleza del gobierno, el país sufre si los instrumentos del poder son hostiles al propio espíritu de las instituciones públicas. Una monarquía necesita un personal monárquico. Una democracia es débil, en detrimento de los intereses comunes, si sus altos funcionarios, formados en su desprecio y, por el imperativo de la fortuna, procedentes de las clases cuyo imperio ha querido precisamente abolir, sólo se ponen a su servicio a regañadientes.

Todo Marc Bloch y su gran alma de humanista francés se condensan en las líneas siguientes:

> Cuántos patronos de los que he conocido fueron capaces, por ejemplo, de comprender cuánta nobleza conlleva una huelga de solidaridad, aunque sea poco razonable: «si por lo menos —dicen—, los huelguistas defendieran sus propios salarios...» Hay dos categorías de franceses que no comprenderán jamás la historia de Francia, quienes son incapaces de emocionarse ante el recuerdo de la consagración de Reims, y los que leen sin conmoverse el relato de la fiesta de la Federación.

En cuanto a los últimos párrafos del *Testimonio* de Marc Bloch, que comienzan por una especie de introducción solemne: «Pertenezco a una generación que tiene mala conciencia...», reto a cualquier francés sensible ante los problemas espirituales a que los lea sin sentir la emoción que produce una dignidad humana sin fisuras; una pureza, por otra parte, que vuelve a aparecer en la sencillez con que el Marc Bloch de la Resistencia comunica a su familia sus últimas voluntades en caso de que sufriera una muerte súbita. Ya en 1940 anticipaba que debería volver al combate, un combate de otro tipo, la nueva aventura de la Resistencia civil en la Francia ocupada:

> Lo digo con total franqueza: espero, en cualquier caso, que aún nos quede sangre por derramar, aunque deba tratarse de la de seres queridos

> (no hablo de la mía, a la que no atribuyo tanto valor). Pues no hay salvación sin sacrificio, ni libertad nacional plena si no se ha penado por conquistarla.

Marc Bloch tenía mil veces razón al concluir: «Sea cual sea el desenlace final, la sombra del desastre de 1940 no se disipará en mucho tiempo».

Su testimonio atraviesa esa sombra.

El mundo intelectual, la Francia universitaria, la inteligencia francesa, saben perfectamente cuán grande ha sido su pérdida.

Todos y cada uno de los libros de Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos*, *La historia rural francesa: caracteres originales*; *La sociedad feudal*, han supuesto un descubrimiento, una conquista original de la ciencia moderna sobre el pasado. Sus colegas, sus estudiantes, los historiadores de todos los países, un vasto público de élite, saben que el profesor Marc Bloch fue una de las mentes más inquisitivas, uno de los historiadores más refrescantes de los que pueda enorgullecerse Francia.

> Recuerdo perfectamente —ha dicho el profesor británico Brogan—, el día en que llegó a Cambridge la noticia de la muerte de Marc Bloch y con qué satisfacción se acogió el rumor, lamentablemente falso, de su evasión. ¡Qué golpe asestó al conjunto del mundo ilustrado la confirmación de la noticia de su muerte!

Se trata sin duda de una figura de primer orden, cuya obra viva se sitúa entre las fuentes a las que durante más tiempo irán a beber, una tras otra, las futuras generaciones de estudiantes, investigadores y sabios.

...Sabía que estaba en la Resistencia cuando nos contactó en Lyón, pero desconocía hasta qué punto un hombre podía hacer concordar su vida con su alma y su espíritu.

...Querido Marc Bloch, querido Narbonne de la Resistencia... Al principio de su *Testimonio*, cuando menciona su calidad de judío, de la que no «se enorgullece ni avergüenza», dice:

> ...Francia, el país del que algunos estarían dispuestos a conspirar para expulsarme y quizá (¿quién sabe?) lo consigan, será siempre, pase lo que pase, la patria de la que no podría desarraigar mi corazón. He nacido en ella, he bebido en las fuentes de su cultura, he hecho mío su pasado, sólo respiro bien bajo su cielo y, por mi parte, he tratado de defenderla con todas mis fuerzas.

No han logrado expulsarlo del suelo, ni del espíritu, ni del combate; lo pudieron «expulsar» de la vida... Pues ofrecía su sangre de antemano. Y, sin embargo...

Nos costó mucho tiempo resignarnos a la idea de que los brutos hubieran apagado esa luz.

Ya era demasiado penoso saber que lo habían golpeado, torturado, que ese cuerpo delgado, de una distinción tan natural, que ese intelectual tan sutil, tan mesurado, tan orgulloso, había sido hundido en el agua helada de una bañera, temblando y ahogándose, que había sido abofeteado, azotado, ultrajado.

Era una imagen absolutamente intolerable la de un Marc Bloch entregado a las bestias nazis, la de ese arquetipo tan acabado de la dignidad francesa, de un humanismo exquisito y profundo; saber que ese espíritu se había convertido en una presa de carne y hueso en manos de los hombres más viles... En Lyón nos encontrábamos algunos de sus amigos y camaradas de lucha clandestina, cuando nos enteramos de su detención, y nos puntualizaron en seguida: «Lo han torturado». Un preso lo había visto en los locales de la Gestapo, sangrando por la boca (¡una estela de sangre había sustituido la última sonrisa maliciosa que me dejó en herencia en la esquina de una calle, antes de ser arrebatado por el horror!). Recuerdo que, al oír esa palabra («sangraba»), brotaron de todos nuestros ojos lágrimas de rabia. Y los más curtidos inclinaron la cabeza, abatidos, ante esa injusticia flagrante.

Pasamos varios meses de espera, de esperanza. ¿Deportado? ¿Seguiría en Montluc, la prisión de Lyón? ¿Habría sido transferido a otra ciudad? No supimos nada hasta el día en que nos anunciaron: «Ya no hay esperanza. Ha sido fusilado en Trévoux el 16 de junio de 1944. Han identificado su ropa y sus papeles». Lo mataron junto a otros a los que su valor infundió coraje.

Pues sabemos cómo murió; un chaval de dieciséis años temblaba junto a él: «Va a doler». Marc Bloch le tomó con afecto del brazo y le dijo solamente: «No, hijo, no duele». Y fue el primero en caer, gritando: «¡Viva Francia!».

En esas palabras al tiempo sublimes y familiares, en su simplicidad antigua, veo la prueba admirable de la unidad serena de una vida en la que el descubrimiento poderoso y renovado del pasado no hizo más que apoyar la fe en los valores eternos del hombre, una fe activa, por la que supo morir.

Rememoro esa escena encantadora en la cual Maurice, uno de nuestros amigos jóvenes de la lucha clandestina, con su cara de veinte años arrebolada de alegría, me presentó a su «nuevo fichaje», un señor de cincuenta años, condecorado, con el rostro delicado bajo un cabello gris plata, la mirada aguda detrás de sus gafas, una cartera en una mano y un bastón en la otra; un poco ceremonioso al principio, mi visitante sonrió al tenderme la mano y dijo con amabilidad:

—Sí, yo soy el «pupilo» de Maurice...

Así, sonriendo, fue como Marc Bloch entró en la Resistencia, y, viendo esa sonrisa, me despedí de él por última vez.

Desde el primer día, en nuestra vida jadeante, acosada, forzosamente bohemia, admiré la preocupación por el método y el orden que aportó nuestro «querido maestro». (Este apelativo académico nos parecía ridículo, a él y a nosotros, como si se tratara del vestigio de un pasado real pero ya tan distante, tan desplazado en relación con las preocupaciones que teníamos, como un sombrero de copa que surgiera de entre metralletas.) En un primer momento, el querido maestro aprendió los rudimentos de la acción ilegal y de la insurrección. Y al poco tiempo vimos a ese profesor de la Sorbona compartir con una flema sorprendente la vida agotadora de «perros callejeros» que llevaron los miembros de la Resistencia en nuestras ciudades.

Sé que no le importunaré si digo que amaba el peligro y que, como dice Bossuet, «el alma guerrera se había adueñado en él del cuerpo al que da vida». Se había negado a aceptar el armisticio y a Pétain, y siguió librando la guerra en el puesto que le deparó el destino. Pero aportó a nuestro alboroto clandestino, a nuestras citas, reuniones, carreras e imprudencias, un gusto por la precisión, por la exactitud, por la lógica, que daba a su arrojo sereno una especie de encanto estrafalario que a mí personalmente me fascinaba.

—Veamos, veamos, no nos apresuremos, hay que acotar el problema...

El problema podía consistir en hacer que los jefes regionales de los Movimientos de la Resistencia respetaran determinadas consignas; organizar un envío de armas; imprimir un panfleto clandestino; tener a punto las autoridades clandestinas que habían de tomar el relevo el día D...

Cuando, en la esquina de una calle, en nuestros encuentros confidenciales, veía a Marc Bloch con su gabán con el cuello levantado, friolero

como era, y su bastón en la mano, intercambiar trocitos de papel misteriosos y comprometedores con nuestros colegas jóvenes, vestidos con cazadora o chándal, con el mismo aire plácido con el que habría entregado sus exámenes a unos estudiantes de agregaduría, me decía para mis adentros, y sigo pensándolo, que nadie, aparte de quienes la han vivido, puede imaginarse cuántas virtudes exaltantes tuvo la Resistencia civil y clandestina en Francia.

La Gestapo, las milicias, la policía de Pétain causan estragos. Cada día, como decíamos, «caía un amigo», un amigo que estaba ahí con nosotros hacía apenas unos minutos y que desaparecía como devorado por el abismo. Y era sustituido por otros, una y otra vez. ¡Qué despacio pasa el tiempo! ¡Cómo se pierde a veces la esperanza! ¡Cuán lejanos parecen la victoria y el final de la pesadilla! Los maquis luchan, las prensas clandestinas giran, la voz de barítono de la Resistencia se escucha, tenaz, en todas partes. Registros, detenciones, disparos callejeros, torturas, tiroteos... Qué solos nos sentimos a veces, cuán rodeados de indiferencia, resignación y complicidades atroces.

Al poco tiempo toda la Resistencia conocía ya a Marc Bloch. Demasiados. Pues veía y quería ver a demasiada gente. Había conservado de la vida legal y universitaria la idea de que, en el trabajo, «si quieres ser bien servido, sírvete a ti mismo». Y quería hacer lo más posible por sí solo. Por ser un apasionado de la organización, le preocupaba legítimamente poner a punto todos los complejos engranajes de la vasta administración subterránea por conducto de la cual los Movimientos Unidos de la Resistencia dirigían los maquis, los grupos irregulares, la propaganda, la prensa, los sabotajes, los atentados contra los invasores, la lucha contra la deportación. Tenía un espíritu guerrero. Aunque no fuera militar en el sentido profesional de la palabra, solía bromear diciendo: *«En la guerra de 1914, nunca pude ascender de grado. ¿Sabe que soy el capitán más viejo de todo el ejército francés?»*

Se había visto obligado, como todos, a desprenderse de su verdadera identidad para asumir un nombre doble, triple o cuádruple: uno sobre el carnet falsificado, otro para los camaradas, otro para la correspondencia. ¿Por qué escogió primero el pseudónimo insólito de *Arpajon*? Le divertía evocar esa pequeña ciudad de la periferia del sur de París y el tren de vapor pintoresco que resoplaba antiguamente de noche por el mercado del *Quartier Latin*, su barrio de las escuelas. Cuando se hubo «quema-

do», como decíamos, el nombre de Arpajon, decidió «seguir en la misma onda» y se llamó *Chevreuse*. Una vez «quemado» Chevreuse, juzgamos más razonable hacerlo «salir» de la Île-de-France y pasó a denominarse *Narbonne*...

Como Narbonne se convirtió pronto en el delegado de *Franc Tireur* en el directorio regional de los MUR en Lyón; como Narbonne debía dirigir, junto con los delegados de *Combat* y *Libération*, la Resistencia en esa ciudad, hasta la trágica redada que lo llevó al suplicio...

Aunque fuera Narbonne para la Resistencia, fue para quienes lo albergaron *M. Blanchard*: con ese nombre viajaba clandestinamente, por ejemplo, para asistir a las reuniones del Comité Général et d´Études de la Résistance (CGE) en París. Había aceptado esta vida de riesgos e ilegalidad con un entusiasmo casi deportivo, pues conservaba por otra parte una juventud, una salud física que admiraba en él cuando lo veía subirse a la carrera al tranvía que lo conducía a su vivienda de Lyón, situada detrás de la Cruz Roja, una vivienda improvisada cuyo mobiliario principal era una «cocina» que le servía para quemar regularmente unos documentos demasiado abundantes.

Iba a menudo a buscarlo a esa calle tranquila y campestre de l'Orangerie, en Cuire; habíamos acordado que yo no debía subir y que para hacerle bajar tenía que silbar desde la calle algunas notas de una música de Beethoven o de Wagner: casi siempre eran las primeras notas de *La cabalgata de las Valquirias*. Bajaba con su sonrisa divertida y siempre me decía:

—No está mal, Chabot, pero todavía desafina un poco, ¿sabe?

Imagínense a este hombre, hecho para el silencio creativo, para el estudio sosegado en un gabinete lleno de libros, correr por las calles, descifrar con nosotros en una mansarda de Lyón el correo clandestino de la Resistencia...

Y sobrevino la catástrofe. Después de un año de desvelos, la Gestapo logró echar el guante a una parte del directorio de los MUR. Marc Bloch fue detenido, torturado, encarcelado. Y el final admirable que hemos relatado...

El 16 de junio de 1944, veintisiete cadáveres fueron descubiertos en Saint-Didier-sur-Formans, cerca de Lyón. Algunos amigos lograron hacerse con fotos de la policía judicial: las inspeccionamos ansiosamente. Un rostro de anciano cubierto por una barba de diez días, un fragmento

de ropa, las iniciales M.B., documentos falsos a nombre de Maurice Blanchard. Era Marc Bloch.

—Si salgo de ésta, volveré a mis clases —nos decía a menudo.

Amaba su oficio con pasión. Soñaba con una vasta reforma de la educación de la que había publicado las líneas maestras en la revista clandestina del CGE, *Les Cahiers politiques*. Adoraba a su familia, su mujer, tan valerosa y tan bondadosa, que murió súbitamente mientras él se encontraba en Montluc, a sus seis hijos, Alice, Étienne, Louis, Daniel, Jean-Paul, Suzanne...

He conocido a pocos hombres cuyo espíritu, corazón y comportamiento tuviesen una distinción tan natural. Tenía la tendencia espontánea a situarlo todo a escala humana y a valorarlo mediante parámetros espirituales. En las alertas, las persecuciones, las partidas precipitadas, las redadas de la vida subterránea, no buscaba la evasión, como se suele decir, sino la vuelta a los verdaderos ámbitos que enmarcaban su vida: el pensamiento, el arte.

Recuerdo una noche de luna llena sobre el edificio de la Cruz Roja en que acompañé a Marc Bloch a su alejado retiro. La noche parecía tan liviana y tan distante del drama angustioso en que nos debatíamos, que Marc Bloch sintió ganas de hablar de música y poemas, no para olvidar los riesgos y el horror, sino para evocar un poco las bellas disciplinas del espíritu, las bellezas profanadas, proscritas, eclipsadas momentáneamente, que justifican la existencia de un hombre y por las que luchaba Marc Bloch.

En sus correrías nocturnas siempre llevaba un libro en la mano, para leer y para señalar en él sus citas clandestinas con una criptografía misteriosa, un sistema de creación propio del que se enorgullecía. Pero siempre escogía bien los autores, para no perder el tiempo.

Las últimas que vi en su mano fueron una obra de Ronsard... y una antología de cuentos populares franceses de la Edad Media.

GEORGES ALTMAN
(Chabot)

ANEXOS

I. INFORME SOBRE LOS ABASTECIMIENTOS DEL 1.er EJÉRCITO

En el presente informe se presentan los resultados de la experiencia del oficial de la 4.ª oficina del estado mayor del 1.er ejército, quien desde octubre de 1939 hasta el final de la campaña, fue responsable en particular de las cuestiones relativas al aprovisionamiento en carburante.

Para apreciar en qué condiciones se elaboró, cabe recordar que los expedientes del servicio de gasolina y, en particular, los carnets de pedidos y las actas fueron destruidos junto con el resto de los archivos del 1.er ejército, de conformidad con las prescripciones del general Prioux, el 28 de mayo de 1940. Así pues, no podré aportar siempre a las observaciones que formularé a continuación la precisión de todos los detalles deseables.

Por otra parte, habría querido elaborar este informe en colaboración con el capitán Lachamp, comandante del parque de combustibles y logística del 1.er ejército, con quien trabajé en perfecta armonía durante toda la campaña y a cuya energía y competencia —sancionadas por una mención honorífica del ejército— me permitiré rendir homenaje desde el principio.

La participación del capitán Lachamp habría sido especialmente preciosa por su calidad de ingeniero especializado y con gran experiencia en la explotación del petróleo, con un grado de competencia técnica que no puedo arrogarme personalmente. Lamentablemente, las comunicaciones entre la zona ocupada y la zona libre han entorpecido cualquier intento de colaboración. Sólo me queda expresar la esperanza de que, a ser posible, se le pida la redacción de un informe paralelo al mío.

1. CONDICIONES GENERALES DE FUNCIONAMIENTO DEL SERVICIO

Pueden distinguirse claramente dos períodos:

1.º, hasta el 10 de mayo, una fase de espera y preparación, durante la cual ninguna unidad del ejército estuvo en combate;

2.º, a partir del 10 de mayo, el período de operaciones activas. Obviamente, nos centraremos de manera especial en esta fase, sin por ello descuidar los problemas anejos a los preparativos que surgieron en la primera.

El período de operaciones activas se subdivide a su vez en dos fases:

Hasta la penetración de los alemanes en el Mosa, y luego en dirección al Oise, el abastecimiento en carburante pudo realizarse, a grandes rasgos, según las líneas maestras trazadas por los reglamentos y el plan de operaciones: creación en Bélgica de depósitos de vanguardia con toneles y bidones en puntos fijados de antemano en emplazamientos señalados primero sobre el mapa, y que la experiencia reveló perfectamente adecuados a las necesidades de las operaciones —requisa de un depósito civil en Mons, tras llegar a un acuerdo con el Estado Mayor belga—; utilización de los depósitos de retaguardia, instalados en el período de espera; renovación constante de los suministros mediante trenes (a granel y embalaje a granel) que despachaba la estación de regulación.

A partir del 19 de mayo, aproximadamente, los depósitos de retaguardia, amenazados por el enemigo, hubieron de ser abandonados después de su destrucción; desde el interior del país no se pudo enviar ningún despacho por tren. Tuvimos que improvisar el abastecimiento con medios de fortuna: requisa de la fábrica de gasolina sintética de Carvin (cuyos depósitos tuvimos que destruir a su vez más tarde); toma de posesión de las reservas civiles de Lille y de algunos trenes estacionados en las líneas de la región del Norte; empleo de los recursos de la plaza de Dunkerque, rápidamente inutilizados a raíz del incendio de la refinería provocado por el bombardeo aéreo enemigo; requisas de gasolina en los garajes. Afortunadamente, los recursos locales resultaron abundantes en esta región industrial y en ningún momento hubo que suspender operación militar alguna por falta de combustible.

2. ORGANIZACIÓN GENERAL DEL SERVICIO

Recordaré brevemente los grandes rasgos de la organización impuesta por los reglamentos de los tiempos de paz y modificada después, en algunos aspectos, durante el invierno 1939-1940, de acuerdo con las nuevas instrucciones del Alto Estado Mayor.

La explotación de los depósitos y el abastecimiento de las unidades eran responsabilidad del Parque de Combustibles y Logística (PEI), compuesto por un estado mayor importante y una compañía de explotación, bastante numerosa también, que fue reforzada con oficiales y tropa por el Alto Estado Mayor desde el comienzo de las operaciones.

Una compañía de transporte de carburantes (camiones cisterna y algunos camiones de plataforma), dependiente del ejército ferroviario, formaba parte de la dotación orgánica del ejército y respondía a las órdenes del comandante del Parque de Combustibles y Logística. Una segunda compañía del mismo tipo, en la reserva general del Alto Estado Mayor, había sido asignada temporalmente al ejército, en el período de espera, para cumplir las mismas funciones en tiempo de guerra. Siguió a disposición del ejército durante todo el período de operaciones activas. Desde el comienzo de la contienda, el Alto Estado Mayor puso a disposición del ejército una tercera compañía. Como estaba estacionada en la región de Cambrai, durante la penetración alemana en el sector del Oise, recibió una orden de repliegue de la Dirección de etapas. Al retirarse en dirección al Soma, dejó de poder ayudar al ejército.

El Parque de Combustibles y Logística estaba bajo las órdenes del comandante general de artillería, a través del oficial superior jefe del Servicio de Municiones y Combustibles.

Este modo de organización suscita los siguientes comentarios:

1.º El PEI pertenece al cuerpo de artillería. Y las compañías de transporte de carburante al ejército ferroviario, a pesar de que están a las órdenes, como se ha dicho, de la comandancia de artillería, lo que provoca cierta dualidad de mando, con atribuciones a veces mal definidas por una y otra parte. Eso provocó durante el período de espera algunos problemas en los diversos niveles de mando. Cabe preguntarse si no podría lograrse una simplificación reuniendo pura y simplemente estas compa-

ñías. Hay que añadir que, durante las operaciones activas, este hecho no volvió a provocar más problemas graves.

2.º La compañía de explotación, reforzada al comienzo de las operaciones (como ya hemos indicado), resultó ser durante la campaña inútilmente numerosa y difícil de manejar. En realidad, las condiciones excepcionales que creó el abandono de la mayoría de los depósitos no permite aventurar sobre este punto una conclusión de carácter general, puesto que es precisamente a esos depósitos, cuyo número menguó rápidamente, a los que estaba destinada la compañía. No obstante, cabe preguntarse si no resultaría más eficaz prever una compañía de explotación menos numerosa, poniendo al mismo tiempo a permanente disposición del PEI una unidad de zapadores, especializada en la instalación de los llamados depósitos «de aldea» —toneles y bidones camuflados en oquedades del terreno— y en la descarga de trenes. El hecho de haber tenido que apelar constantemente a la colaboración de los regimientos de zapadores, integrados en los servicios orgánicos de los cuerpos del ejército o en el propio ejército, pareció complicar en varias ocasiones los enlaces y acarreó algunos retrasos. Además, la necesidad de exponer cada vez a los oficiales y la tropa de esas unidades en qué consistían las obras de instalación, no parece propiciar una pronta ejecución de las tareas prescritas.

3.º Pero es sobre todo la organización del sistema de mando lo que habría que modificar. Un ejemplo hará comprender los peligros que habría presentado durante las operaciones activas el número excesivo de escalafones previstos, si las atribuciones se hubieran respetado en todos los casos al pie de la letra.

Durante la estancia del puesto de mando del ejército en Valenciennes, el 16 de mayo, si no me equivoco, llegó a mi oficina un subteniente de carros de combate. Me comunicó que varias unidades de su ejército, que combatían en el bosque de Mormal, se exponían a tener que interrumpir las hostilidades por falta de carburante; venía de parte de sus jefes para solicitar un avituallamiento de extrema urgencia. Normalmente, una orden del Estado Mayor del ejército, para llegar hasta una compañía de transporte de carburantes, habría debido pasar de forma sucesiva por el general comandante de artillería, el jefe de escuadra, el jefe del Servicio de Municiones y Combustibles y el comandante del PEI. En efecto, tal era el procedimiento que se seguía en el período de espera. No es necesario insistir en los retrasos que el respeto de la vía jerárquica habría

ocasionado en unas circunstancias como las señaladas. Seguro de contar con la aprobación de los jefes, por lo tanto comuniqué la orden directa por teléfono a una de las compañías de transporte de carburante de que dirigiera uno de sus camiones cisterna hacia un punto, indicado sobre el mapa, donde debía encontrarse el oficial de carros de combate, para llevar después el camión hasta su destino. Así se hizo.

Se podrían citar infinidad de episodios análogos. De hecho, durante la campaña el Estado Mayor del ejército dio órdenes directas al PEI. Aún más: gracias a un acuerdo tácito con el comandante del Parque, cuyas funciones obligaban a realizar frecuentes desplazamientos, ocurrió a menudo que, en los casos de urgencia, el oficial encargado en el Estado Mayor del ejército del abastecimiento en carburante comunicara sus órdenes, sin pasar por ningún intermediario, a los depósitos o a las compañías de transporte de carburantes.

Si estos procedimientos, impuestos por la propia naturaleza de una guerra llevada por el enemigo a un ritmo acelerado, no fracasaron, se debió únicamente a la amplitud de miras del comandante general de artillería del ejército y del jefe de escuadra que dirigía el Servicio de Municiones y Combustibles, así como a la abnegación y el compañerismo de que hizo constantemente gala el capitán Lachamp. Pero parece arriesgado preservar, incluso durante el período de preparación o aunque las operaciones hubieran sido relativamente lentas, una organización del mando que ha resultado en la práctica demasiado rígida, sin exponerse a inconvenientes insuperables en cuanto comienzan realmente las operaciones activas. No corresponde al autor del presente informe proponer un proyecto de reorganización que, manifiestamente, debería inscribirse en una remodelación de mayor envergadura. Me limitaré a preguntar si no se podría prever un sistema en el cual el servicio de abastecimientos estuviera concentrado en su totalidad en manos del oficial comandante del PEI, a su vez bajo la autoridad directa del comandante general del ejército. Al menos en lo que concierne a las cuestiones relativas a los avituallamientos propiamente dichos y con abstracción de los problemas puramente administrativos que pudiera plantear. Por otra parte, nada parece justificar que la contabilidad de los abastecimientos y avituallamientos siga haciéndose, como ocurre ahora, por partida doble: primero en el PEI y luego en el Servicio de Municiones y Combustibles. En la guerra moderna, el abastecimiento de combustible ha adquirido demasiada impor-

tancia para seguir considerándolo un anexo al servicio de municiones o incluso de la artillería. Ante todo, los actuales imperativos bélicos imponen una rapidez extrema en la toma de decisiones y medidas defensivas y parecen condenar de antemano una multiplicación inútil de los niveles de mando.

Añádase a ello que el ahorro en personal que este sistema supondría permitiría sin duda que el Estado Mayor del ejército pudiera asignar dos oficiales, en lugar de uno, a las cuestiones especializadas en materia de avituallamiento en carburante. Un esquema inspirado en el ejemplo de las prácticas habituales en el 1.er ejército en materia de abastecimiento en municiones. El sistema actual obliga al oficial encargado de los carburantes a permanecer constantemente en el puesto de mando, durante las operaciones activas, y le impide realizar por consiguiente cualquier misión de enlace y de visita de los depósitos, cuando el buen conocimiento de un servicio exige poder entrar en contacto directo con las unidades cuyas necesidades hay que satisfacer y con los órganos subordinados encargados de satisfacerlas.

3. ORGANIZACIÓN DE LOS ENLACES

Desde los primeros compases de la campaña, tanto el comandante del PEI como yo mismo consideramos que sólo un buen sistema de enlace entre el Estado Mayor del ejército, el PEI y los cuerpos del ejército, permitiría el buen funcionamiento de los abastecimientos en unas condiciones de movilidad cada día más acentuadas. Generalizando las medidas previstas en un principio para la entrada de las tropas en Bélgica y que habían sido completamente satisfactorias, pudimos implantar un sistema de ese tipo. Como sus resultados han sido positivos y como, por otra parte, los reglamentos no preveían nada al respecto, probablemente no deje de carecer de interés describir las medidas que adoptamos.

Un oficial del PEI, con su automóvil, estaba adscrito con carácter permanente al Estado Mayor del ejército. Además, las dos compañías de transporte de carburantes tenían ante dicho Estado Mayor su propio motociclista que, naturalmente, había reconocido de antemano, además del emplazamiento de la compañía, el del mando del PEI. Así, la transmisión

de las órdenes y actas pudo realizarse en el interior del servicio sin saturar la oficina de correos del ejército. Los desplazamientos de carburante pudieron realizarse sin que se interrumpiera jamás el enlace. Un ejemplo, tomado de los últimos días de la campaña, ilustrará la utilidad de este método. Cuando, la noche del 27 al 28 de mayo, el general Prioux hubo ordenado la destrucción de los depósitos de Lille, la orden fue notificada primero por conducto de uno de los dos motociclistas mencionados. Este agente, atrapado sin duda por un bombardeo, no llegó a su destino. En cuanto se constató que no volvía al puesto de mando, se confió un segundo ejemplar de la orden al oficial de enlace del PEI que, al disponer de automóvil, llegó a tiempo para garantizar la ejecución de esta importante destrucción.

Por otra parte, el PEI enviaba cada día un oficial de enlace ante cada cuerpo de ejército y jefe de compañía, en ocasiones varias veces. Este oficial, que siempre era el mismo para cada unidad y que, por consiguiente, estaba al corriente de sus necesidades específicas, se presentaba regularmente ante el Estado Mayor del ejército, antes y después de llevar a cabo su labor de enlace. De este modo podían regularse perfectamente los abastecimientos, en función a la vez de las necesidades de las grandes unidades y de los servicios disponibles. Hay que añadir que, en varias ocasiones, los oficiales encargados de estos enlaces trajeron de vuelta consigo informaciones de índole general que se comunicaron de inmediato a la 3.ª oficina del Estado Mayor del ejército.

4. MATERIAL

1.º Armamento

La dotación personal en armamento de la compañía de explotación del PEI era prácticamente inexistente. Las compañías de transporte de carburante poseían algunas ametralladoras montadas sobre camiones (2 por compañía, si no me equivoco), pero el armamento individual solía ser muy deficiente. Sería sumamente deseable que, en el futuro, los suboficiales y los hombres del PEI estuvieran todos provistos de armas. En efecto, no sólo es incontestable, desde el punto de vista de la moral, que únicamente el hombre armado se siente un verdadero soldado, sino que la guerra ac-

tual no comporta manifiestamente la misma separación absoluta de antaño entre las tropas de combate y los servicios llamados de retaguardia. Los camiones cisterna —una de cuyas compañías entró en Bélgica inmediatamente después de las vanguardias de la compañía de asalto—, se vieron obligados a realizar en numerosas ocasiones abastecimientos a escasa distancia de la línea de fuego. Los destacamentos de explotación de los depósitos se vieron, tras la avanzada alemana, expuestos directamente a los ataques del enemigo y, en Douai por ejemplo, unos paracaidistas enemigos aterrizaron junto a ellos. Cuando, en Cambrai, un jefe de batallón de infantería organizó la defensa, hubo de renunciar a emplear el destacamento de la compañía de explotación encargada del depósito de esta ciudad, por la sencilla razón de que esos hombres carecían de armas.

2.º Material para el transporte de carburantes

Los camiones cisterna procedían casi exclusivamente de las requisas. Por lo general, prestaron unos servicios excelentes. De hecho, si, después del 19 de mayo, pudieron realizarse abastecimientos, fue sobre todo gracias a ellos. Sin embargo, hay que señalar que la dotación de la 3.ª Compañía, que el Alto Estado Mayor había puesto a disposición del ejército, se componía en gran parte de camiones de un peso excesivo para emplearlos en todos los itinerarios, debido en particular al peligroso exceso de carga que habrían impuesto a determinados puentes.

Pero el abastecimiento de las unidades en combate impone también, para poderse ejecutar con la suficiente rapidez, un empleo frecuente de embalajes (toneles y bidones) que deben cargarse sobre los camiones de plataforma. Lamentablemente, la dotación de la Compañía de Transporte de Carburantes en camiones de este tipo era, al 10 de mayo, patentemente inferior a las previsiones del cuadro de efectivos. Estas previsiones demostraron infravalorar sensiblemente las necesidades reales, en especial porque una parte importante de los camiones de plataforma debe ser empleada forzosamente para el transporte de los ingredientes (aceite y grasa, petróleo de limpieza). En cierta medida se pudo remediar esta peligrosa carencia provocando, los días 13 y 14 de mayo, la requisa de numerosos camiones en el centro industrial de Valenciennes (camiones conducidos originariamente por civiles procedentes de la leva forzosa y,

al cabo de algunos días, cedidos a los chóferes que figuraban entre el personal de las compañías). Únicamente estas oportunas requisas evitaron que algunas compañías en combate se quedaran sin carburante. Pero sólo fueron posibles gracias al azar, que puso a disposición del ejército los recursos de una aglomeración industrial excepcionalmente rica. Y este remedio a la escasez de la dotación orgánica apenas si fue suficiente. No cabe duda de que habría que completar a este respecto las previsiones reglamentarias y velar por su ejecución.

Por otra parte, los embalajes vacíos son muy difíciles de recuperar durante una campaña. Sugerimos por ello que, a imagen y semejanza de lo que hace el ejército británico, se prevean embalajes mucho más ligeros, y por lo tanto mucho menos onerosos, concebidos para un solo uso y cuya pérdida estuviera de alguna manera prevista de antemano.

5. ORGANIZACIÓN DE LOS ABASTECIMIENTOS

1.º Los abastecimientos en Bélgica

Durante el período de espera, con el acuerdo de la 2.ª oficina del Estado Mayor del Grupo de ejércitos de Infantería y gracias a informaciones de origen privado, pudo efectuarse una encuesta sobre los recursos en combustible de que disponía Bélgica. Permitió completar, precisar y rectificar las indicaciones con que contaban el 1.er ejército y los ejércitos destacados en la zona una vez hubo estallado la guerra. Facilitó la organización del abastecimiento durante los combates que se libraron en el Dyle y en el canal de Charleroi. En ese mismo periodo, se propuso un proyecto de instrucción sobre las requisas de gasolina en territorio belga al Alto Estado Mayor, que respetó sus líneas maestras en sus sucesivas instrucciones definitivas al respecto.

2.º Organización de los abastecimientos con camiones cisterna

Obviamente, los aprovisionamientos directos de los vehículos de las unidades por medio de los camiones cisterna enviados por el ejército, sólo puede realizarse en lugares suficientemente disimulados y situados fuera de los puntos más expuestos a los bombardeos (es decir, al margen de los

cruces de caminos, de las grandes rutas y de las aglomeraciones de cierta importancia). Además, por idénticos motivos de seguridad, se solían llevar a cabo de noche. Pero este tipo de emplazamientos a menudo son difíciles de localizar con exactitud sobre un mapa, sin exponer a graves riesgos a los guías de las columnas, debido especialmente a la facilidad de cometer errores en la oscuridad. Por otra parte, es conveniente dejar al jefe de cada columna de camiones de depósito cierto margen para determinar los emplazamientos definitivos, después de haber reconocido el terreno y la situación en que se encuentra (bombardeos, estado de los caminos).

La experiencia ha demostrado que el procedimiento descrito a continuación era el más recomendable.

Se comunicaba por adelantado un lugar de encuentro al oficial de enlace de la compañía de transporte de carburantes y al de la unidad interesada. La reunión solía fijarse delante de una iglesia del pueblo en cuestión (se procuraba evitar el ayuntamiento, a veces difícil de reconocer de noche). Se daba por supuesto que ninguna de las dos columnas debía entrar en el pueblo. Únicamente se ponían en contacto los jefes de las columnas, que determinaban el punto de abastecimiento en un lugar conveniente en las inmediaciones de la aldea.

6. DESTRUCCIÓN

La retirada que hubo de emprender el 1.er ejército impuso la adopción, a medida que se iba retrocediendo, de las medidas necesarias para que los recursos en carburantes que nos vimos forzados a abandonar no cayeran intactos en manos del enemigo.

Los procedimientos de destrucción se habían estudiado cuidadosamente durante el período de espera. Mezclar la gasolina o el gasóleo con productos que los volviera inutilizables, como el alquitrán o el azúcar, se juzgó poco práctico. Estos procedimientos, que al parecer eran los predilectos del ejército británico, tienen el inconveniente de que no son decisivos. Al cabo de cierto tiempo, los productos introducidos en los contenedores se van depositando en el fondo. Incluso suponiendo que no se produzca esta sedimentación, basta con una nueva destilación para que

los carburantes puedan volver a propulsar motores. Así pues, optamos por el incendio, único medio de destrucción realmente eficaz.

De modo que se incendiaron los depósitos de los embalajes o los bidones que fuimos abandonando paulatinamente. Las destrucciones se realizaron sin que ninguna persona sufriera el más mínimo accidente y, gracias a la abnegación de los oficiales, los suboficiales y el personal del PEI, con una gran regularidad. Las únicas excepciones fueron los depósitos de Saint-Quentin que, debido a una avanzadilla del ejército alemán, escaparon al control del comandante del PEI; y uno de los depósitos de Lille, el cual el destacamento encargado de destruir no pudo alcanzar porque el ejército británico había destruido los puentes que franqueaban el canal, que no pudo atravesar. Al margen de estos dos depósitos, puedo asegurar que, desde los depósitos situados en territorio belga hasta los de la aglomeración urbana de Lille, ninguno de los contenedores que el ejército se vio obligado a abandonar pudo ser utilizado por el enemigo. De acuerdo con la orden específica formulada oralmente por el general Prioux, los camiones cisterna fueron vaciados y sus depósitos agujereados la noche del 28 al 29 de mayo, antes de la retirada hacia la costa de los últimos miembros del ejército de la región de Lille.

Para concluir, me permitiré recordar que numerosos oficiales, suboficiales y miembros del PEI y de las compañías de transporte de carburantes recibieron menciones honoríficas. El oficial encargado de estos asuntos en el Estado Mayor del 1.er ejército recibió una mención del cuerpo del ejército por parte del general Blanchard, que dirigía el Grupo de ejércitos de Infantería, en virtud de la Orden general n.º 7, del 29 de junio de 1940, por el siguiente motivo:

«Durante las operaciones en Bélgica, asumió la pesada carga de la organización y la ejecución de los abastecimientos en carburantes. Hizo gala, en circunstancias siempre difíciles, de gran sagacidad, de un método seguro y de una energía tenaz, permitiendo así la ejecución de los movimientos fijados por los mandos.»

Aunque esta mención de momento no se haya incluido entre las que pueden optar a la concesión de la Cruz de Guerra, el oficial que la recibió ha creído oportuno mencionar, a modo de conclusión de su informe,

el testimonio de satisfacción con que premiaron los mandos la buena ejecución de los abastecimientos en carburantes del 1.er ejército durante la campaña del Norte.

Fougères, comuna de Bourg-d'Hem (Creuse)
Firmado: MARC BLOCH

Marc Bloch
Capitán de la reserva
Profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de París.*

* *Nota de la edición de 1990*: El 18 de septiembre de 1940, Marc Bloch recibió la carta reproducida a continuación, enviada por la Secretaría de Estado de la Guerra, gabinete del general supremo del Estado Mayor del ejército, en Vichy.

«Apreciado Sr. Bloch:

Le devuelvo adjunto el informe que me ha enviado, así como un ejemplar dactilografiado. Disculpe la mala calidad del papel. Andamos escasos de material.

He entregado un ejemplar a la 3.ª y 4.ª oficinas. Envío otro al coronel Vignol, en Wiesbaden.

Le agradezco que se haya tomado la molestia de anotar con tanta claridad sus interesantes observaciones sobre la campaña del 1.er ejército. La 4.ª oficina del Estado Mayor del ejército aprecia mucho este documento, que será cotejado con otros procedentes de los demás ejércitos.

Un saludo muy cordial,

Joseph Duchatelet.»

El 24 de agosto de 1940, el Estado Mayor del ejército, «ante la necesidad de aprovechar al máximo las enseñanzas que nos puede deparar la guerra», exigió «de manera particular, que se recoja toda la información útil sobre las virtudes y los defectos de los materiales empleados durante las operaciones activas». De modo que el Estado Mayor instaba a los generales que dirigieron las regiones militares 7.ª, 9.ª, 12.ª, 13.ª, 14.ª, 15.ª, 16.ª y 17.ª, a «invitar a los oficiales que ocuparon un puesto de mando entre el 10 de mayo y el 24 de junio de 1940 y que puedan ofrecer consejos útiles al respecto, a elaborar un informe especial sobre los materiales empleados en sus unidades».

II. LAS MENCIONES MILITARES HONORÍFICAS DE MARC BLOCH, 1915-1940

Orden general n.º 2, del 19 de enero de 1915

El coronel Hirdman, comandante de la 350.ª Brigada de Infantería, otorga una mención honorífica de la Brigada al ayudante Bloch, Marc, del 72.º Regimiento de Infantería: «Dirigió su sección con gran energía y dio muestras de un desprecio absoluto por el peligro».

Orden de la división n.º 15, del 3 de abril de 1916

El general comandante de la 125.ª División de Infantería otorga una mención honorífica de la División al ayudante *Bloch, Marc*, de la 4.ª Compañía del 72.º Regimiento de Infantería: «Excelente jefe de sección, que ya ha recibido la mención honorífica de la Brigada. Siempre está dispuesto a participar voluntariamente en las misiones peligrosas. La noche del 24 al 25 de marzo de 1916, mientras una compañía situada junto a la suya daba un golpe de mano contra una trinchera enemiga, dirigió con gran inteligencia y sangre fría un destacamento de granaderos cuya misión era desviar la atención del enemigo hacia una dirección falsa».

Orden de la división n.º 47, del 17 de noviembre de 1917

El general Arlabosse, comandante de la 87.ª División de Infantería, otorga una mención honorífica de la División a

Bloch, Marc, Léopold, Benjamín, teniente del 72.º Regimiento de Infantería: «Excelente oficial de información. Durante las últimas operaciones de octubre de 1917, se encargó con inteligencia, una capacidad de trabajo encomiable y suma valentía, del servicio de observación en el sector de la División. A pesar de que su observatorio fue destruido por

un proyectil enemigo y era blanco de numerosos obuses, siguió prestando servicio a cara descubierta, dando así a sus subalternos un hermoso ejemplo de coraje y sangre fría. Ha proporcionado a la comandancia información valiosísima sobre la fisonomía del combate. Ya tiene dos menciones honoríficas».

Orden de la división n.º 115, del 6 de julio de 1918

El general Dhers, comandante de la 87.ª División de Infantería, otorga una mención honorífica de la División a

Bloch, Marc, Léopold, Benjamin, teniente y oficial de información en el 72.º Regimiento de Infantería: «Oficial notable, tanto por los elevados sentimientos que lo animan como por el elevado grado de competencia del que ha hecho gala en sus funciones de oficial de información, su inmensa capacidad de trabajo y su desprecio absoluto del peligro. En el período de los ataques ... realizó varios reconocimientos arriesgados, durante los cuales hubo de recorrer en varias ocasiones zonas que eran objeto de un violento bombardeo. Pudo llevar así a su jefe de regimiento informaciones valiosísimas que contribuyeron al éxito de las operaciones. Dio además ejemplo de gallardía y una fría determinación en el desempeño de sus misiones».

Orden general n.º 7, del 29 de junio de 1940

El general de ejército Blanchard, comandante del grupo de ejércitos n.º 1, otorga una mención honorífica del Cuerpo de ejército a

El capitán Bloch

De la 4.ª oficina del Estado Mayor del 1.er ejército: «Durante las operaciones en Bélgica, asumió la pesada carga de la organización y la ejecución de los abastecimientos en carburantes. Hizo gala, en circunstancias siempre difíciles, de gran sagacidad, de un método seguro y de una energía tenaz, permitiendo así la ejecución de los movimientos fijados por los mandos».

III. A MODO DE EPÍGRAFE PARA *LA EXTRAÑA DERROTA**

«No odio la vida y amo su imagen,
pero sin ataduras que recuerden la esclavitud.»

CORNEILLE, *Poliuto*, V, II

«Uno de los ejes de mi moral es amar la vida y no temer la muerte.»

DESCARTES, carta a Mersenne,
fechada el 9 de enero de 1639

«Para vivir hay que saber decir: "Muramos".»

LAMENNAIS, carta al marqués de Coriolis,
19 de diciembre de 1828

A lo que cabría añadir la siguiente frase de Lamennais, que hoy (junio de 1943) tiene un eco tremendamente actual: «Hijo mío, siempre estará incompleta una vida hermosa que no acabe en el campo de batalla, el patíbulo o la cárcel» (citada por Duine, p. 317, quien aclara que al parecer iba dirigida a Heinrich Heine).

* Primera página de los diarios que llevó Marc Bloch a partir de octubre de 1940 y que tituló *MEA*.

IV. EL GENERAL QUE PERDIÓ A SU EJÉRCITO

Sobre los viejos bancos de la Escuela de Guerra
siempre, señores míos, destaqué.
Mi profesor de historia militar
me enseñó que un general muy escarnecido

Antaño, de noche, buscaba a su ejército.
Linterna en mano, este héroe valeroso
repetía: «Qué curioso, se ha volatilizado;
no creo lo que ven mis ojos».

¡Ay!, hermano, infortunado Soubise,*
qué falta me haría tu pabilo;
pues tampoco yo sé qué ventolera
me ha birlado hasta el último batallón.

¡Oh!, mis oficiales, joven tropa alerta,
educados desde la infancia en el arte sutil
de dibujar la flecha naranja o verde
que alegrará el mapa del *Kriegspiel*;

¡Y tú el primero, báculo de mi vejez,
Jefe de Estado Mayor, que un día de esperanza
escogí entre todos por tu destreza
en guiar tu barca por los pasillos!

* Soubise, Charles de Rohan (1715-1787), derrotado vergonzosamente en Rosbach, al comienzo de la Guerra de los Siete Años. *(N. del t.)*

Decidme: ¿Dónde se ha metido?
¿Dónde están mis tanques? ¿Dónde mis soldados de infantería?
La escuadra y el cartabón, ¿dónde los he extraviado?
¿Qué habéis hecho con mis hangares?

«Vea, mi general, aquí está el mapa,
sobre el que hemos dibujado todo a la perfección,
pero, sobre el terreno, que el diablo me lleve,
no sé por qué no encontramos nada.

Todo lo habíamos clasificado mentalmente,
previendo cómo sería el frente el día D y cien días más.
Mas, ¡ay!, el enemigo es un aguafiestas
que siempre va donde nadie lo espera.»

Pero, ¿qué ruido de pasos se oye por la carretera?
¡Dios mío! Son los Señores Alemanes.
Entran. ¡Me rindo, pase lo que pase!
Me espera el triste rancho de los campos.

Pero, según dicen, no hay prisión tan resistente
de la que, gracias a la agudeza de su espíritu,
no pueda huir un hombre hábil
prometiendo al carcelero cuanto quiera.

Y, al no poder ser jefe de ejército,
puesto que he perdido hasta el último soldado,
quizá, en la Francia desarmada,
el enemigo me haga JEFE DE ESTADO.

28 de abril de 1942

V. MARC BLOCH Y LA U.G.I.F.

Entre los papeles de Marc Bloch han aparecido varias copias de cartas y notas referentes en particular a la creación de la UGIF (Unión General de los Israelitas de Francia) por el régimen de Vichy. La Ley del 29 de noviembre de 1941, publicada en el Diario Oficial del 2 de diciembre de 1941, establecía lo siguiente:

«Artículo 1
Queda instituida, en el seno de la Comisaría General de Asuntos Judíos, la Unión General de los Israelitas de Francia. Esta Unión tendrá por objeto representar a los judíos ante las autoridades públicas, en particular en relación con las cuestiones de asistencia, previsión y reinserción social. Cumplirá las tareas que le confíe el Gobierno en estos ámbitos.

La Unión General de los Israelitas de Francia será una entidad pública autónoma, dotada de personalidad civil. Estará representada ante la justicia y en los actos de la vida civil por su presidente, que podrá delegar su poder en parte o en su totalidad a un mandatario.

Artículo 2
Todos los judíos con domicilio o residencia en Francia deberán afiliarse obligatoriamente a la Unión General de los Israelitas de Francia.

Todas las asociaciones judías existentes quedan disueltas, con excepción de las asociaciones culturales israelitas legalmente constituidas.

Los bienes de las asociaciones judías disueltas serán entregados a la Unión General de los Israelitas de Francia … »

Reproducimos a continuación algunos documentos que nos han parecido de interés particular para ilustrar tanto La extraña derrota, *como la participación de Marc Bloch en la Resistencia:*

• La correspondencia intercambiada con Jean Ullmo entre abril y mayo de 1941 sobre la función de la nueva oficina de Estudios del Consistorio;

• Dos extractos de cartas enviadas a Henri Lévy-Bruhl y Georges Friedmann, así como el texto dactilografiado de una carta cuya firma propuso, entre otros, a grandes intelectuales y universitarios de confesión israelita, y que Marc Bloch redactó para denunciar la política de la UGIF. Estos tres documentos figuraban en los archivos del Centro de Documentación Judía Contemporánea, con sede en París. Proceden de los archivos de la Comisaría General de Asuntos Judíos (instaurada por Vichy), el servicio de «arianización» económica y las direcciones regionales de Toulouse y Montpellier. Se trata manifiestamente de copias de extractos de la correspondencia, controlada, que Marc Bloch envió a sus amigos y allegados. Llevan la fecha del 9 de febrero de 1942.

• La nota sobre la UGIF de Georges Friedmann, encontrada entre los papeles de Marc Bloch, y que, después de ser debatida por el autor de La extraña derrota, *dio lugar a la carta, que difiere en varios puntos con ella, que Marc Bloch hizo firmar a varias personas ilustres.*

• La lista de las firmas encontrada entre los papeles de Bloch y grapada a la nota de Friedmann, pero en la que figuran sin duda alguna los nombres de los firmantes de la carta de Marc Bloch sobre la UGIF, de finales de marzo de 1942.

1. CORRESPONDENCIA CON JEAN ULLMO

Clermont-Ferrand (Puy de Dôme)
103 boulevard Gergovia

2 de abril de 1941

Apreciado Señor,

Espero que la bondad de un amigo permita que la presente carta llegue a sus manos sin necesidad de pasar por correos. También puede ocurrir que la reciba usted por partida doble. En efecto, el amigo a quien la entrego, antes de irme al campo, todavía no sabe con certeza si irá a Lyón durante las vacaciones de Semana Santa y, en cualquier caso, no puede fijar todavía la fecha de su viaje. Si mientras tanto encuentro una ocasión más propicia, la aprovecharé. No tendrá usted más que destruir la segunda copia.

Estoy seguro de que le parecerá natural que, tras la conversación que mantuvimos hace unos días y sobre la cual he reflexionado mucho, quiera precisarle por escrito cuál es mi postura. Le agradecería que, a ser posible, mi carta fuera comunicada al Sr. Isaac y a otras personas que se interesan por el asunto sobre el que conversamos.

I. Juzgaría francamente inoportuno cualquier esfuerzo por recoger una documentación que no se centre *exclusivamente* en la demostración de la tesis siguiente (cuya veracidad hemos comprobado): los judíos franceses son tan franceses como los demás y, en su inmensa mayoría, buenos franceses. De modo que rechazamos cualquier estudio general sobre el «problema judío», sobre las características del judaísmo en sí, etc. Llegará el día en que reivindiquemos de nuevo el lugar que nos corresponde legítimamente en una sociedad francesa de la cual, moralmente, nunca hemos salido. Las únicas pruebas que debemos reunir son las que puedan respaldar esta justa reivindicación. Evitemos dar armas a quienes querrían confinarnos en un gueto. Tampoco debemos creer que estas rarezas estén autorizadas y que, dado que no los vamos a publicar, los expedientes que elaboremos nunca podrán ser perjudiciales. La base de este razonamiento sería falsa. Por partida doble. En efecto, 1) en la práctica, resulta imposible trabajar en secreto; 2) no podemos tener la garan-

tía de que algún día no vayan a aplicarse medidas de control, incluso confiscaciones. La prudencia y la dignidad nos aconsejan evitar cualquier acción clandestina.

II. Si decidimos reunir una documentación orientada a la consecución de los objetivos precisos y modestos que acabo de indicar, no deberá hacerse a iniciativa exclusiva de los judíos. Una vez más, hay que evitar todo cuanto nos dé la apariencia de constituir un grupo al margen de los demás franceses. Personalmente, sólo podría suscribir una iniciativa en cuya dirección participen intelectuales de origen cristiano y, a ser posible, de esta confesión.

III. Huelga precisar que no se tolerará ningún gesto de arrepentimiento, ya sea político o de otro tipo. Todas las opiniones han tenido representación en nuestro seno. Todas tenían ese derecho.

IV. Los refugiados expulsados a nuestro país por las persecuciones de que han sido objeto en sus patrias de origen, deberían ser bienvenidos al país de los derechos del hombre. Su causa no es exactamente nuestra causa. Tenemos derecho a decirlo, porque así es. No tenemos por qué avergonzarnos de la acogida que les haya deparado el conjunto de los franceses.

V. En la práctica, una empresa como la que ha concebido usted, incluso aunque fuera más modesta, requiere una aportación de fondos. Por otra parte, al contarme yo mismo entre los raros supervivientes de la gran iniquidad, deseo con especial ardor que se conceda apoyo, de una manera compatible con sus gustos y dignidad, a los intelectuales de origen judío que han sido víctimas del Estatuto. Pero, también en este caso, es conveniente rehuir cualquier apariencia de sociedad secreta. Asimismo, debemos evitar que un día nos puedan acusar de haber sido los agentes o asalariados de unos medios exclusivamente financieros. Al decirle esto, puede estar seguro de que no estoy cediendo ante ningún prejuicio. Es natural que entre nosotros, quienes estén en condiciones de aportar ayuda material lo hagan, y sólo podemos mostrarles agradecimiento por ello. Pero es indudable que, con razón o sin ella, las «altas finanzas» resultan sospechosas para la opinión pública. Estamos obligados a tenerlo en cuenta. Recuerde la famosa calumnia del «Sindicato». Así pues, propongo: 1) una contabilidad perfectamente explícita y clara; 2) que sea una sola organización la que proporcione los fondos: el Consistorio, que tiene una función oficial y puede trabajar en pleno día.

No me excusaré por haber expresado mis ideas con toda la claridad que he podido. Sé que es lo que usted deseaba. Espero ardientemente que estemos de acuerdo en todos los puntos y que, más adelante, pueda ayudarle en la medida de mis fuerzas. Me temo que no puedo prometerle una colaboración personal demasiado activa. Mi salud me impone de momento algunos cuidados y, por otra parte, sigo teniendo la intención de salir de Francia a principios de verano. Por razones que sin duda adivinará, no podría aceptar una remuneración. Pero aceptaré gustoso proponerle algunos colaboradores. Ya he pensado en un nombre para los asuntos económicos. Y, por supuesto, estaré a su entera disposición cuando quiera pedirme la opinión sobre una cuestión de la que sepa algo.

Aprovecho la ocasión para enviarle un cordial saludo,

Sr. MARC BLOCH

Clermont-Ferrand (Puy de Dôme)
103, boulevard Gergovia

Lyón, a 7 de mayo

Muy Sr. mío,

Me he demorado un poco en responder a su carta fechada el 2 de abril para poder presentarle los primeros resultados obtenidos en el sentido indicado por usted. El Sr. Heilbronner, presidente del Consistorio, ha nombrado a nuestro centro oficina de Estudios del Consistorio. Le ha hablado al respecto al cardenal Gerlier, quien ha acogido la iniciativa favorablemente y ha autorizado a los clérigos a colaborar con él; la colaboración del abad Chaîne, profesor de la Facultad Católica de Lyón, está garantizada. Por otra parte, por mediación del Sr. Isaac, se ha contactado con el Sr. André Mazon y el Sr. D. Parodi y todo parece indicar que podemos contar con su participación.

Nuestras actividades actuales se centran en el problema de la comunidad francesa; el Sr. Heilbronner nos ha pedido que recogiéramos material para un estudio que le ha encargado la *Revue des Deux Mondes* sobre la historia de dicha comunidad. Se trata, como puede apreciar, de una manifestación cuasi oficial cuyo interés salta a la vista.

El único punto sobre el que no puedo darle plena satisfacción es la limitación rigurosa de los temas, que no ha sido juzgada oportuna por el conjunto de las personalidades consultadas.

Confío en que, pese a ello, nos permita contar con su colaboración, que nos resultaría de un valor incalculable, o que, en su defecto, tenga a bien designar a los colaboradores suyos que considere más capacitados para ayudarnos.

Agradeciéndole una vez más el interés que ha tenido la gentileza de mostrar por nuestro empeño, al que las propias críticas que ha formulado serán, así lo espero, de suma utilidad, le reitero mis respetuosos saludos,

J. ULLMO

2. CARTAS SOBRE LA U.G.I.F.

Carta al Sr. Bruhl

...¿Podría leer usted el documento adjunto? Ha surgido, con cierto retraso, de una conversación que tuve hace aproximadamente tres semanas con Friedmann. Ambos nos mostramos inquietos por el cariz, digamos *grosso modo* «sionista», que podían tomar las actas, aprobaciones o iniciativas del Consejo de Administración de la Unión de los Israelitas. Especialmente a tenor de lo que sabemos o adivinamos de su composición. En mi opinión se trata de un grave peligro de cara al futuro. Quiero decir: cuando, como usted y como yo, se piensa ante todo como un francés. Por esta razón me he decidido a redactar y enviar una carta al presidente del citado Consejo, cuyo texto le remito adjunto. En lo referente a la gestión, me parece irreprochable.

Carta al Sr. Friedmann

...He aquí el texto que le propongo. Se lo envío con un ligero retraso. No lo lamento, pues me ha dado tiempo a recibir su nota, que me ha parecido excelente, y tenerla en cuenta en mi documento personal.

No obstante, opino que no hay que demorarse demasiado. En principio, habría preferido esperar a recibir sus objeciones al respecto, en caso

de que las tenga usted. Pero puedo recibir también otras objeciones de otros corresponsales, que también deba quizá tener en cuenta. Después de meditarlo, el procedimiento más sencillo me parece el siguiente:

Le envío el texto con la idea de que me haga el favor de recoger firmas en Toulouse y quizá en sus alrededores. En caso de que se formularan objeciones de peso, espero que me dé carta blanca para modificar el texto en el sentido apuntado.

En el caso de Lyón, faltaría a la amistad que nos une si no escribiera a Lévy-Bruhl. Pero que eso no le impida escribir por su parte al amigo del que me habla. Por otra parte, no sé cuál será exactamente la reacción de L-B.

En Clermont, escribiré a Bauer (del «Collège de France»). Tenía la intención de escribir a Oualid, que se encuentra en Marsella. Bien pensado, me parece preferible renunciar. Se había planteado la posibilidad de que participara en el Comité. Creo que renunció. Me parecería delicado para él, y en cualquier caso un poco molesto, que, después de ese rechazo, hiciera las veces de asesor. Olmer, de la Fac[ultad] de Medicina de Marsella, se encuentra en la misma situación.

Aquí trataré de ver a mi colega Lisbonne, de la Facultad de Medicina, y a Milhaud, ex decano del Colegio de Abogados. En realidad, tengo la impresión de que es inútil recoger demasiadas firmas, e incluso peligroso para los propios firmantes, en los que debemos pensar, por muy inmunes que seamos nosotros personalmente a cualquier aprensión. Existe un control postal y seríamos extrañamente ingenuos si supusiéramos que nuestra iniciativa no va a llegar a oídos de personas a las que quizá se comunique el contenido de la propia carta que les escribo hoy a ustedes. En mi opinión, nuestra postura es irreprochable, porque no hemos salido en ningún momento del marco de la legislación vigente. Pero una declaración con un número excesivo de adhesiones podría provocar una conmoción y, por ello, cortar en seco la iniciativa que nos proponemos llevar a cabo.

Con todo, desearía que no todas las firmas fueran de universitarios. Por otra parte, aunque huelgue precisarlo, no quiero en absoluto firmas de representantes de las altas finanzas.

El presidente del Consejo de Administración de la Unión (que más arriba he denominado erróneamente «Comité») se menciona expresamente en el artículo 7 de la Ley del 29 de noviembre de 1941 que tengo ante mí. Le ruego me comunique qué piensa al respecto.

Texto dactilografiado presentado para su firma

Señor, los israelitas franceses nos dirigimos a usted y al Presidente, nombrado por el Consejo de Administración de la Unión constituida en virtud de la Ley del 29 de noviembre de 1941.

Sabemos perfectamente que la tarea que ha asumido será pesada. Le expresamos nuestro agradecimiento más sincero por los servicios que, desde ese cargo delicado, sin duda prestará a todas las personas contempladas por la legislación reciente.

Consideramos también nuestro deber decirle, con confianza y franqueza, con qué ojos vemos la situación actual y cuál nos parece que debería ser la función de la Unión. Pensamos que es conveniente que no haya ningún equívoco sobre los sentimientos cuyo eco hemos recogido en tantas ocasiones al indagar entre todos los israelitas franceses que hemos tenido ocasión de abordar.

Francia, a la que hemos servido como mejor hemos podido, y a la cual, como ya lo ha hecho un gran número de los nuestros, sacrificaríamos gustosos, mañana mismo, nuestra sangre o la de nuestros hijos, es nuestra patria. A idéntico título que nuestros compatriotas, ya sean de origen católico o protestante, entre los cuales tenemos tantos amigos queridos y antiguos compañeros de armas, nos sentimos hijos leales y agradecidos de esta madre común.

Tanto las esperanzas como los duelos de Francia son nuestras esperanzas y nuestros duelos. Los valores de la civilización, por los cuales sentimos un apego apasionado, son los que ella nos ha enseñado. Sean cuales sean nuestras convicciones filosóficas, políticas o religiosas, y por dispares que sean, el pueblo francés es nuestro pueblo. Es el único que conocemos.

Confiamos por lo tanto en que usted y sus compañeros del Consejo de Administración harán cuanto esté en su mano por tratar de preservar una unión entre nuestros hermanos franceses y nosotros tan estrecha como sea posible; en que no propondrán, adoptarán ni llevarán a cabo ninguna iniciativa que, aunque motivada por el deseo de aliviar los infortunios más respetables, pudiera tener por efecto, directo o indirecto, el aislarnos moralmente de la comunidad nacional de la cual, a pesar de la persecución de la ley, queremos seguir siendo unos miembros leales; en que se opondrán, de la manera que juzguen oportuna y dentro de los

límites de sus derechos, contra cualquier sugerencia que conduzca a crear, agravar o consagrar semejante escisión. Somos conscientes de lo necesarias y hermosas que son las instituciones de beneficencia. Estamos enteramente a su servicio. Pero creemos que ante todo deben evitar convertirse en el instrumento, aunque sea de una manera totalmente involuntaria, de una separación que atentaría contra los sentimientos más profundos de los israelitas franceses. Conocemos demasiado bien la generosidad de espíritu de tantos compatriotas nuestros de extracciones distintas, hemos recibido de ellos muestras de solidaridad demasiado conmovedoras para no juzgar inútil y, al tiempo, peligroso, semejante retroceso en la ayuda mutua, en caso de que llegara a producirse.

En una palabra, por cruel que sea hoy el destino que pesa sobre muchos de nosotros, por grande que sea la amenaza que se cierne sobre nuestros hijos, nuestra mayor inquietud es nuestro apego por Francia. Somos franceses. No podemos concebir dejar de serlo. Ni para nosotros ni para nuestros hijos podemos imaginar un porvenir que no sea francés. Es ese porvenir el que les pedimos que preparen o protejan.

Les autorizamos a comunicar el contenido de la presente carta, si lo consideran apropiado, a las autoridades a quienes deseen hacerla llegar.

Reciba mis respetuosos saludos,

Marc Bloch, profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de París, adscrito a la Universidad de Montpellier; Caballero de la Legión de Honor, con carácter militar, Cruz de Guerra 1914-1918. Mención honorífica del Cuerpo del ejército (1940).

3. NOTA DE GEORGES FRIEDMANN SOBRE LA UNIÓN DE LOS ISRAELITAS DE FRANCIA

En virtud de la Ley del 29 de noviembre de 1941 se ha creado la Unión de los Israelitas de Francia. Bajo el nombre de «judíos residentes en Francia», son miembros obligados de ella ciertos ciudadanos franceses y un gran número de ciudadanos de otras nacionalidades. La Ley del 29 de noviembre de 1941 constituye así, para los franceses procedentes de abuelos de confesión israelita, una nueva etapa hacia el menoscabo, desde el punto de vista jurídico, de su condición de franceses. Si con ello se rompieran los vínculos espirituales que han trabado entre sí los franceses

desde hace más de cincuenta años, independientemente de sus opiniones filosóficas y religiosas, se correría el riesgo de atentar gravemente contra la unidad nacional de Francia.

Por otra parte, una ley más reciente, del 16 de enero de 1942, asocia la Unión a las medidas de expolio de las autoridades ocupantes. Preocupados ante todo por la salvaguardia de los valores morales que vinculan a los israelitas franceses con el conjunto de los franceses, no queremos plantear ahora, a pesar de lo trágica que pueda llegar a ser su repercusión, problemas de índole material. Pero no podemos evitar constatar que, justificando las inquietudes que había suscitado el propio texto del acto constitutivo, esta nueva Ley despoja a la Unión de cualquier prerrogativa, presentándola como una mera asociación de beneficencia.

Como franceses de ascendencia israelita, no podemos reconocer por lo tanto a los miembros del Consejo de Administración de la Unión como compatriotas. Les advertimos, si aún estamos a tiempo, de las responsabilidades que están contrayendo ante la opinión pública y ante el porvenir.

Juzgamos más necesario decir, firme y francamente, con qué ojos vemos la situación actual. Pensamos que es conveniente que no pese ningún equívoco sobre los sentimientos cuyo eco hemos recogido en tantas ocasiones al indagar entre todos los israelitas franceses que hemos tenido ocasión de abordar.

Francia, a la que hemos servido como mejor hemos podido, y a la cual, como ya lo ha hecho un gran número de los nuestros, sacrificaríamos gustosos, mañana mismo, nuestra sangre o la de nuestros hijos, es nuestra patria. A idéntico título que nuestros compatriotas, ya sean de origen católico o protestante, entre los cuales tenemos tantos amigos queridos y antiguos compañeros de armas, nos sentimos hijos leales y agradecidos de esta madre común. Tanto las esperanzas como los duelos de Francia son nuestras esperanzas y nuestros duelos. Los valores de la civilización, por los cuales sentimos un apego apasionado, son los que ella nos ha enseñado. El pueblo francés es nuestro pueblo. Es el único que conocemos.

Expresamos el ardiente deseo de preservar una unión entre los demás franceses, nuestros hermanos, y nosotros, tan estrecha como sea posible.

Nos oponemos de antemano a cualquier propuesta que, aunque concebida para aliviar los infortunios más respetables, pudiera tener por efecto, directo o indirecto, el aislarnos moralmente de la comunidad nacional de la cual, a pesar de la persecución de la ley, queremos seguir siendo unos miembros leales; nos oponemos contra cualquier iniciativa, venga de donde venga e independientemente de los pretextos con que se adorne, que conduzca a crear, agravar o consagrar semejante escisión.

Somos conscientes de lo necesarias y hermosas que son las instituciones de beneficencia. Estamos enteramente a su servicio. Pero creemos que también ellas deben evitar, ante todo, convertirse en el instrumento, aunque sea de una manera totalmente involuntaria, de una separación que atentaría contra los sentimientos más profundos de los israelitas franceses. Conocemos demasiado bien la generosidad de espíritu de tantos compatriotas nuestros de extracciones distintas, hemos recibido de ellos muestras de solidaridad demasiado conmovedoras para no juzgar inútil y, al tiempo, peligroso, semejante retroceso en la ayuda mutua, en caso de que llegara a producirse.

En una palabra, por cruel que sea hoy el destino que pesa sobre muchos de nosotros, por grande que sea la amenaza que se cierne sobre nuestros hijos, nuestra mayor inquietud es nuestro apego por Francia. Somos franceses. No podemos concebir dejar de serlo. Ni para nosotros ni para nuestros hijos podemos imaginar un porvenir que no sea francés.

Es ese porvenir el que pedimos a los franceses que preparen y protejan.

4. FIRMANTES DE LA CARTA DE MARC BLOCH

Las siguientes personas firmaron el 31 de marzo de 1942:

Gaston Alexandre: comerciante de Toulouse, Cruz de Guerra 1914-1918, tesorero del Comité Departamental de Asistencia (Beneficencia Nacional).

Marcel Alexandre: industrial de Toulouse, Cruz de Guerra 1939-1940.

Dr. Max Aron: profesor de la Facultad de Medicina de Estrasburgo. Doctor en Ciencias, ex combatiente 1914-1918, Caballero de la Legión de Honor, Medalla de Plata en la Lucha contra las Epidemias.

Edmond Bauer: ex profesor de la Universidad de Estrasburgo, ex subdirector de laboratorio en el «Collège de France», Caballero de la Legión de Honor, Cruz de Guerra 1914-1918.

E. Benveniste: ex profesor del «Collège de France», combatiente de la guerra 1939-1940.

Marc Bloch: profesor de la Sorbona, Caballero de la Legión de Honor con carácter militar, Cruz de Guerra 1914-1918, mención honorífica del Cuerpo del ejército 1940.

Raymond Bloch: comerciante de Toulouse, Caballero de la Legión de Honor, medalla militar, Cruz de Guerra 1914-1918, Cruz de los Combatientes Voluntarios.

Louis Cahen: ex ingeniero jefe de P.T.T. (Correos, Telégrafos y Telecomunicaciones), Caballero de la Legión de Honor, Cruz de Guerra 1914-1918.

Benjamin Crémieux: escritor, profesor agregado de universidad. Adscrito al Ministerio de Asuntos Exteriores 1920-1940, Oficial de la Legión de Honor (Caballero con carácter militar), Cruz de Guerra 1914-1918.

Georges Friedmann: profesor agregado de universidad, ex profesor de las Universidades Técnicas de París.

P. Grunebaum-Ballin: presidente de la Sección Honorífica del Consejo de Estado, Comandante de la Legión de Honor.

Arnold Hanff : ingeniero jefe de PTT, Caballero de la Legión de Honor, Cruz de Guerra 1914-1918.

Ramond Hesse: abogado en el Tribunal de Apelación de París, Caballero de la Legión de Honor.

René Hurstel: comerciante de Toulouse, Cruz de Guerra 1914-1918.

Paul Lévy: inspector general de Minas, profesor de la Escuela Politécnica, ex presidente de la Sociedad de Matemáticas de Francia, Oficial de la Legión de Honor, ex comandante de la sección de defensa antiaérea del VI ejército 1917.

Henri Lévy-Bruhl: profesor de la Facultad de Derecho de París, Caballero de la Legión de Honor con carácter militar, Cruz de Guerra 1914-1918.

Dr. Marcel Lisbonne: profesor de la Facultad de Medicina de Montpellier, ex jefe de servicio del «Institut Pasteur» de París, Caballero de la Legión de Honor con carácter militar.

Alfred Lyon: doctor en Medicina, jefe de clínica en la Facultad de Medicina de Toulouse, Cruz de Guerra 1939-1940.

Benjamin Milhaud: abogado en el Tribunal de Apelación de Montpellier, ex decano del Colegio de Abogados, ex alcalde de Montpellier, Oficial de la Legión de Honor..

Raymond Milhaud: abogado del Tribunal de Niza, ex decano del Colegio de Abogados, Caballero de la Legión de Honor.

René Milhaud: abogado del Tribunal de Apelación de Toulouse, ex miembro del Consejo de la Orden, hijo de combatiente muerto por Francia 1914-1918.

Roger Nathan: consejero técnico del Ministerio de Producción Industrial, Caballero de la Legión de Honor, Cruz de Guerra 1914-1918.

Dr. D. Olmer: profesor de la Facultad de Medicina de Marsella, médico consultor de hospitales, Caballero de la Legión de Honor, Cruz de Guerra 1914-1918.

Paul Raphael: administrador de la Liga Francesa de Enseñanza, secretario general de la Sociedad de Historia de la Revolución de 1848, Caballero de la Legión de Honor.

Jacques Trèves: ingeniero de P.T.T., Caballero de Legión de Honor por hechos de guerra 1939-1940, Cruz de Guerra con palma 1939-1940.

Paul Wahl : inspector general honorífico de «Ponts et Chaussés», Oficial de la Legión de Honor por hechos de guerra, Cruz de Guerra 1914-1918 (7 menciones, 4 de ellas del ejército).

Robert Waitz: ex profesor agregado de la Facultad de Medicina de Estrasburgo, ex internista de los hospitales de París.

Henri L. Weill: inspector general honorífico de Minas, Oficial de la Legión de Honor, Cruz de Guerra 1914-1918.

Daniel Lévi: ex Cónsul General de Francia, Caballero de la Legión de Honor, ex combatiente 1914-1918.

ÍNDICE

Anexos